

Ira Levin

# El Hijo de Rosemary



Traducción de María Vidal Campos



grijalbo mondadori

Título original: *Son of Rosemary*

Traducido de la edición de Dutton, Nueva York

© 1997 Ira Levin

© 1998 de la traducción castellana para España y América:

GRIJALBO (Grijalbo Mondadori, S.A.)

Aragó, 385. 08013 Barcelona

Se han parafraseado fragmentos de la letra de las siguientes canciones:

«Let's Face the Music and Dance» © 1935, 1936, Irving Berlin

«Change Partners» © 1937, 1938, Irving Berlin

«Blue Skies» © 1927, Irving Berlin

«Isn't This a Lovely Day» © 1935, Irving Berlin

«Cheek to Cheek» © 1935, Irving Berlin

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora

Fotografía de la cubierta: Antoni Catany, *Composició con muñecas*.

Cedida por A.G.E. FotoStock

Primera edición en Mito Bolsillo

ISBN: 84-397-0367-8

Depósito legal: B. 17.440-1999

Impreso en España

1999. - BIGSA, Manuel Fernández Márquez, s/n, mod. 6-1

*A Mia Farrow*

*La Biblia hace constar, con fehaciente claridad, que Satanás existe y que es muy poderoso. No se trata de un mito, no es una simple proyección de nuestro cerebro cuando intentamos explicar los misterios del mal. Es un perverso poder espiritual cuyo único objetivo consiste en combatir la obra de Dios.*

BILLY GRAHAM  
Newsweek, 13 de noviembre de 1995

*There may be trouble ahead,  
But while there's moonlight and music  
And love and romance  
Let's face the music and dance.*

*Befare the fiddlers have fled,  
Before they ask us to pay the bill  
And while we still have the chance  
Let's face the music and dance.*

IRVING BERLIN  
«Let's Face the Music and Dance»  
Follow the Fleet, 1936

Esto es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son o bien producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es mera coincidencia.

# UNO



# 1

En Manhattan, la clara y vigorizante mañana del martes 9 de noviembre de 1999, el doctor Stanley Shand, dentista jubilado y con dos divorcios en su curriculum matrimonial, abandona el piso de la avenida Amsterdam, donde reside, y se dispone a dar su paseo cotidiano. Pese a sus ochenta y nueve años, camina con paso enérgico, lleva erguida la cabeza, tocada con gorra de cuadros, y la vivacidad brilla en sus ojos. Disfruta de una salud de hierro y de un secreto, un magnífico secreto que alienta todos sus instantes conscientes. Participa desde hace treinta y tres años –a decir verdad, se ha convertido recientemente en el último participante vivo– en un acontecimiento cósmico cuya fructificación definitiva se va a cumplir en el plazo máximo de dos meses.

En la confluencia de Broadway y la calle Setenta y cuatro, un taxi sin control se precipita a toda velocidad sobre la acera y aplasta al doctor Shand contra la pared del teatro Beacon. El hombre fallece instantáneamente.

En el mismo instante –pocos segundos después de las 11.03 de la mañana–, en el sanatorio Halsey-Bodein, de Upper Montclair (Nueva Jersey), se abren los ojos de la paciente de la habitación 215. Unos ojos que han permanecido cerrados durante todos los años que la mujer lleva ingresada en el establecimiento: desde mil novecientos setenta y algo, más tiempo del que recuerda cualquier persona del Sanatorio Halsey-Bodein.

La apergaminada enfermera negra que aplica un masaje al brazo derecho de la mujer hace gala entonces de una extraordinaria presencia de ánimo. Traga saliva, respira hondo y sigue con el masaje.

–Hola, nena –saluda en tono cordial–. Nos alegra la mar tenerte ya con nosotros.

El nombre que figura en la placa de su uniforme es CLARISE; por encima del mismo cuelga una chapa en la que reza I♥ANDY. Separa una mano, la alarga hacia la mesita de noche y busca a tientas el pulsador del timbre.

La paciente mira hacia el techo y pestañea. Frunce los labios, en los que brilla la saliva. Ha entrado en la cincuentena, tiene tez pálida y bonita figura. La cabeza, con el bien peinado cabello castaño rojizo cuajado de hebras grises, se inclina a un lado, implorantes las pupilas azules.

–Vas a recuperarte –le tranquiliza Clarise, al tiempo que aprieta el pulsador, dos veces–. No te preocupes, enseguida vas a sentirte mejor. –Baja el brazo de la mujer y lo deja apoyado en la superficie de la cama. Dice–: Voy a buscar al médico. No te preocupes. Todo se arreglará.

La mujer la ve salir de la habitación.

–¡Tiffany! ¡Quítate esos malditos auriculares! ¡Avisa a Atkinson! ¡La doscientos quince ha abierto los ojos! ¡Está despierta! ¡La doscientos quince está despierta!

¿Qué diantres había ocurrido?

Estaba sentada ante el escritorio, junto a la ventana de la alcoba, hacia las siete de la tarde, mientras Andy miraba la televisión tendido en el suelo, más o menos a un metro de distancia. Ella escribía a casa una carta en la que hablaba del traslado a San Francisco, a la vez que se esforzaba en no oír a Kukla y Ollie, ni el maldito aquelarre que se desarrollaba tempestuosamente en el piso de al lado, el de Minnie y Román... y allí se encontraba ella ahora, en una soleada habitación de hospital, con la intravenosa de un gota a gota en un brazo y una enfermera dándole masaje en el otro. ¿Andy también estaba herido? ¡Oh, Dios, no, por favor! ¿Se había desencadenado alguna clase de desastre? ¿Cómo es que ella no se acordaba de nada?

Sacó la punta de la lengua, se humedeció los labios, notó que los cubría una capa de ungüento mentolado. ¿Cuánto tiempo había permanecido dormida? ¿Un día? ¿Dos? No le dolía nada y, sin embargo, no podía moverse. Se esforzó de nuevo en aclararse la garganta.

Entró corriendo la enfermera.

–Ya viene el médico –anunció–. Tranquila.

–¿Está... aquí mi hijo? –susurró Rosemary.

–No, sólo usted. ¡Habla! ¡Alabado sea el Señor! –La enfermera bajó la manga del brazo de Rosemary, le apretó la mano y se desplazó a los pies de la cama–. ¡Jesús bendito!

–¿Qué... ha pasado? –preguntó Rosemary.

–Nadie lo sabe, nena. Estabas inconsciente como una luz apagada.

–¿Cuánto tiempo?

Clarise echó una manta sobre los hombros de Rosemary y enarcó las cejas.

–Con exactitud, no lo sé. No trabajaba aquí cuando te ingresaron. Tienes al doctor en ascuas.

Dedicó una sonrisa a Rosemary. Era una enfermera llamada Clarise, que lucía una chapa de I♥ANDY.

–Mi hijo se llama Andy –dijo Rosemary, al tiempo que le devolvía la sonrisa–. ¿Ese corazón significa amor?

–Exacto –respondió Clarise. Tocó con el dedo la redonda insignia de fondo blanco–. «Yo amo a Andy.» Ahora hacen estas chapas dedicadas... dedicadas a todo. A toda clase de cosas. Como «Yo amo Nueva York»; en fin, a cualquier cosa.

–Es una monada –calificó Rosemary–. No lo había visto nunca.

Un hombre de bata blanca pidió excusas al pasar entre el grupo de personas de edad que miraban desde el umbral; un hombre alto y corpulento, pelirrojo, de barba

espesa y también roja. Clarise volvió la cabeza, se apartó y fue a cerrar la puerta.

–Está hablando y puede mover la cabeza.

–¡Hola, señorita Fountain! –saludó el médico, mientras se acercaba a la cama y sonreía a través de la frondosidad rojiza de su barba. Dejó el maletín y una carpeta de cartulina encima de la silla situada junto al lecho–. Soy el doctor Atkinson –se presentó, a la vez que bajaba el embozo de la sábana–. Esta es una gran noticia.

Sus dedos cálidos tomaron la muñeca de Rosemary y, levantada la muñeca, observó el segundero de su reloj de pulsera.

–¿Qué me ha ocurrido? –preguntó Rosemary–. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

–Poco a poco, aguarde un momento –dijo el médico, sin apartar la vista del reloj. Bajo aquella barba, no parecía ser mucho más viejo que ella, se andaría alrededor de los treinta y cinco. Un estetoscopio ultramoderno le colgaba del cuello, como una delgadísima corbata cromada sobre el fondo de la chaqueta. En un lado de ésta llevaba una placa con el nombre de DR. ATKINSON y en el otro una chapa de I♥ ANDY... Rosemary supuso que Andy sería algún miembro del personal o el paciente favorito del sanatorio. Trataría de hacerse con una de aquellas chapas antes de abandonar el establecimiento hospitalario.

El doctor Atkinson le soltó la muñeca y le dedicó una sonrisa.

–Hasta ahora, estupendo –diagnosticó–. Sorprendentemente. Por favor, tenga paciencia conmigo durante unos minutos más. Quiero asegurarme de que no nos va a dejar otra vez. En cuanto tenga esa certeza, le contaré todo lo que sabemos. ¿Le duele algo?

–No –respondió Rosemary.

–Bueno. Procure relajarse, sé que no le va a ser fácil.

No lo era. Que sepamos...

Eso significaba que había cosas que ignoraban...

Y el nombre por el que le había llamado: señorita Fountain...

Un helado vacío empezó a ampliársele en el estómago, mientras el médico le exploraba el corazón, le examinaba los ojos y los oídos, le tomaba la presión sanguínea.

Ella llevaba allí más de dos días, tuvo esa certeza. ¿Dos semanas?

La habían hechizado. Minnie, Román y el resto de los miembros del aquelarre. Ese era el objeto de la cantinela. Descubrieron que iba a llevarse a Andy a cinco mil kilómetros de distancia de ellos, que ya había comprado los billetes de avión.

Recordó que también echaron un maleficio sobre su viejo amigo Hutch, tiempo atrás, cuando ella estaba embarazada, temerosos de que Hutch supiera demasiado sobre brujería, sobre la auténtica brujería, de que adivinase lo que le habían hecho a ella y al hijo que llevaba en su seno. El pobre Hutch pasó tres o cuatro meses sumido en un coma inexplicable y luego murió. Ella tenía suerte al estar viva, pero ¿qué

había sido de Andy? El niño se encontraba totalmente en poder de los adoradores del diablo mientras ella permanecía acostada allí; trató de no pensar en que ellos habían estado alimentándole y educándole, siempre a su lado.

–¡Malditos sean! –exclamó.

–Lo siento, no la he entendido bien –dijo el médico, y se sentó junto a la cama. Acercó más la silla e inclinó su pelirroja cabeza hacia Rosemary.

–¿Cuánto tiempo? –le preguntó ella–. ¿Semanas? ¿Meses?

–Señorita Fountain...

–Reilly –le corrigió–. Rosemary Reilly.

El médico se echó hacia atrás, abrió la carpeta que descansaba en su regazo y bajó la vista para escudriñarla.

–¡Verá usted! –dijo Rosemary–. Tengo un hijo de seis años que está... que está con personas de las que no me fío absolutamente nada.

–A usted la ingresaron aquí –explicó el doctor Atkinson, baja la mirada– el señor y la señora Clarence Fountain, quienes dijeron que era nieta suya y que se llamaba Rosemary Fountain.

–Los Fountain –dijo Rosemary– pertenecen a ese grupo de personas de las que hablo. Son quienes me pusieron en esta situación, quiero decir en el estado de coma. ¿No es lo que se llamaba «coma inexplicable»?

–Sí, pero un coma no es...

–Sé lo que me han hecho –le interrumpió; se incorporó, tratando de apoyarse en un codo, pero volvió a caer. Probó de nuevo a incorporarse, a pesar de las advertencias y de las manos que se extendieron hacia ella; en esa ocasión logró asentar el codo en un punto firme y sostenerse en él. Se mantuvo erguida, con los ojos al mismo nivel que los del doctor Atkinson. Insistió–: Sé lo que me han hecho, pero no voy a contárselo a usted porque también sé, por experiencia, que creería que estoy loca. No lo estoy. Le agradecería que me dijese cuánto tiempo llevo aquí, dónde me encuentro exactamente y cuándo estaré en condiciones de marcharme a casa.

El doctor Atkinson se arrellanó en el asiento y aspiró una bocanada de aire. La contempló, con aire grave.

–Está usted en un sanatorio de Upper Montclair, en Nueva Jersey.

–¿Un sanatorio? –repitió Rosemary.

El médico asintió con la cabeza.

–Halsey-Bodein. Nuestra especialización... cuidados prolongados.

Rosemary se le quedó mirando fijamente.

–¿Qué día es hoy? –preguntó.

–Martes –respondió él–. Nueve de noviembre...

–¡Noviembre! –exclamó Rosemary–. Anoche era mayo. ¡Santo Dios!

Se dejó caer sobre la almohada, con las manos en la boca y los ojos clavados en el

techo, llorando. Mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre... ¡Seis meses! ¡Arrebatados a su vida! ¡Y Andy en manos de aquellas personas durante los seis períodos de treinta días y treinta noches!

Observó que el médico seguía mirándola con expresión grave, manteniendo aún la distancia...

Se quitó las manos de encima de la boca y se las puso delante de los ojos. El dorso, la piel de ambas manos aparecía... *jaspeada*. Una mancha oscura, dos... Se tocó una mano con la yema de los dedos de la otra. Miró al médico.

–Lleva usted aquí mucho tiempo –dijo él.

Se acercó un poco más, cogió la mano de Rosemary y la estrechó. La retuvo. Clarise, en el otro lado de la cama, cogió la mano que estaba en su zona. La mirada de Rosemary fue de uno al otro, desorbitados los ojos, temblorosos los labios.

–¿Quiere que le dé un sedante? –preguntó el facultativo.

–No –Rosemary movió la cabeza negativamente–. No quiero volver a dormirme. Nunca. ¿Qué edad tengo? ¿En qué año estamos?

El doctor Atkinson tragó saliva, las lágrimas afluyeron a sus ojos.

–En... mil novecientos noventa y nueve –dijo.

Rosemary se le quedó mirando.

Él asintió. Clarise lo confirmó, se mordió el labio inferior y movió la cabeza afirmativamente.

–La trajeron aquí en septiembre de mil novecientos setenta y dos –dijo el doctor Atkinson, parpadeó–. Hace poco más de veintisiete años. Con anterioridad pasó usted cuatro meses en el hospital de Nueva York. Los Fountain, quienesquiera que sean, establecieron un depósito con cuyos fondos se han venido sufragando desde entonces los gastos de su estancia y mantenimiento en el sanatorio.

Tendida boca arriba, apretados los párpados, Rosemary sacudió la cabeza. *¡Imposible! ¡Imposible! ¡Imposible!* ¡El aquelarre logró su objetivo! ¡Andy había alcanzado el estado adulto, un extraño al que educaron *ellos*, a su modo y para sus fines! ¡Ahora podía encontrarse en cualquier sitio... o muerto, que ella supiera!

–¡Oh, Andy, Andy! –exclamó, llorosa.

–¿Cómo es que conoce la existencia de Andy? –preguntó el doctor Atkinson, desorbitados los ojos.

–Se refiere a su hijo –terció Clarise, al tiempo que palmeaba la mano de Rosemary–. También se llama Andy.

–¡Ah! –articuló el doctor Atkinson, y aspiró una bocanada de aire. Se inclinó sobre Rosemary, le dio unas palmaditas en la mano y le acarició el pelo, mientras ella sollozaba, tendida en la cama. Señorita..., señora Reilly –dijo el médico–, Rosemary... Ya sé que es un consuelo muy pequeño, cuando usted ha perdido tantos años, pero, que yo sepa, hasta el momento sólo dos personas han sobrevivido tras permanecer en

coma durante un período tan prolongado. El hecho de que usted haya emergido, y emergido tan... limpiamente, con sus facultades en condiciones tan relativamente buenas... en fin, es un milagro, eso es lo que es, Rosemary, un auténtico y completo milagro.

## 2

La dejaron sola un momento, después de que Clarise le limpiase la cara pasándole un paño húmedo, le alisara el pelo y le sirviera un vaso de agua, del que ella bebió unos sorbos. Rosemary pidió que le levantaran un poco la cabecera de la cama. Apoyada en la almohada, miró a través de la ventana, que, al otro lado del soporte de la botella del goteo intravenoso, se abría a los otoñales árboles de noviembre, apropiadamente desprovistos ya de hojas.

También había pedido un espejo.

No fue una medida acertada.

Consideró la situación... Luego levantó el mango de plástico de encima de la manta, miró de nuevo a tía Peg y le dirigió otra mueca dolorida, mueca que tía Peg le devolvió, claro. Resultaba extraña, aquella semejanza. La diferencia principal estribaba en que la última vez que Rosemary la vio, la querida tía Peg rondaba la cincuentena, mientras que ella, Rosemary, tenía ahora cincuenta y ocho cumplidos.

Mentalmente había sumado dos veces  $31 + 27$  y en ambas ocasiones el resultado que obtuvo fue 58.

Y Andy tenía treinta y tres.

Se le volvieron a llenar de lágrimas los ojos. Cambió el espejo por los pañuelos húmedos y se secó los ojos. *Domínate, vieja danta. Si continúa vivo, aún te necesita.*

No le ocasionarían ningún daño físico, naturalmente; lo veneraban. Ese era el problema. Al haberlo criado Minnie y Román Castevet y compañía, por no citar la sucesión de asiduos visitantes adoradores procedentes de todo el planeta.

Andy debía de haber crecido tan mimado y consentido como el peor de los emperadores romanos. Y acaso tan perverso como... como el ser en el que ella odiaba pensar. Los brujos del aquelarre sin duda hicieron cuanto estuvo en su mano para despertar, fomentar y alentar la parte más siniestra de Andy.

Ella se había esforzado en combatir su influencia, con la esperanza de imbuirle amor al prójimo por el procedimiento de derrochar cariño sobre él, de inculcarle honradez y sentido de la responsabilidad mediante el buen ejemplo: el ilustrado credo de Summerhill. Incluso durante la época en que Andy era demasiado pequeño para entenderlo, ella se lo sentaba cada noche en el halda antes de...

—¿Señora Reilly?

Volvió la cabeza hacia la puerta. Asomada en el umbral aparecía una atractiva muchacha de pelo moreno, aproximadamente de su edad... de su edad antes de aquello. El traje sastre azul marino de la mujer, elegante y nada futurista, adornaba las solapas en punta de la chaqueta con un ribete blanco y en una de esas solapas lucía una chapa de I♥ANDY.

Se presentó, sonriente:

–Soy Tara Seitz, la psicóloga del sanatorio. Si prefiere estar sola, seguiré mi camino, pero ya he hablado con otros supervivientes de coma y creo que puedo serle útil. ¿Me permite entrar?

Rosemary asintió.

–Sí –dijo–. Soy señorita, no señora. Estoy divorciada.

Tara Seitz entró en la habitación y fue a sentarse en la silla situada junto a la cama. Saturó el aire de ondulantes efluvios de Chanel n.º 5. Eso, al menos, era igual que antes; Rosemary lo aspiró a fondo.

La sonrisa de modelo de Tara Seitz dibujaba hoyuelos en sus mejillas.

–El doctor Atkinson está realmente emocionado por el modo en que estás reaccionando, Rosemary –tuteó Tara Seitz–. Él y el doctor Bandhu, nuestro jefe de servicios, quieren hacer unas pruebas un poco más tarde; si los resultados son los que el doctor Atkinson espera, estarás en condiciones de iniciar mañana por la mañana la terapia física.

Cuanto antes empieces, antes te darán el alta y antes saldrás de aquí. Contamos con un equipo terapéutico verdaderamente estupendo.

–¿Cuánto tiempo crees que...? –preguntó Rosemary. Con las palmas hacia arriba, Tara sonrió: –Ese no es mi departamento. Mi mensaje principal, lamento decírtelo, es que por acongojada y desorientada que puedas sentirte ahora, mañana te sentirás todavía peor, tendrás una conciencia más clara del tiempo que has perdido. Eso es lo que ocurre con los períodos de coma más cortos y estoy segura de que el tuyo no fue básicamente distinto. *No cuentes con ello, Tara.* Pero continuó escuchando. –No obstante –prosiguió Tara–, pasado mañana te sentirás mejor que hoy, garantizado, y al día siguiente aún mejor, y así sucesivamente. Trata de recordar esto mañana. Habrás tocado fondo y en adelante todo será ascensión. De veras. –Lo recordaré –dijo Rosemary, y le sonrió–. Gracias. –¿Tienes un hijo? –preguntó Tara.

–Sí –afirmó Rosemary. Sacudió la cabeza y exhaló un suspiro–. Un hijo de treinta y tres años. Puede estar en cualquier parte. No tenemos familia en Nueva York, sólo... vecinos. –Eso no es problema –repuso Tara–. Estamos abonados a un servicio de localización. –De un bolsillo lateral se sacó lo que parecía un compacto cuadrado, de color negro. Levantó la tapa–. ¿Me das el nombre completo? Sorprendida, Rosemary contestó: –Andrew John Woodhouse... Las oscuras pupilas de Tara se clavaron en ella. –¿Qué ocurre? –preguntó Rosemary. –Has dicho Reilly –recordó Tara.

–Ese es mi apellido de soltera –aclaró Rosemary–. El de casada era Woodhouse.

–Ah. –El artilugio compacto parecía incluir una agenda de 1999; con la punta de una uña roja que semejaba una aguja, Tara tatuó datos en el interior, al tiempo que silabeaba–: Andrew, John, Woodhouse. ¿Deletreado tal como suena? –Sí –repuso Rosemary.

A la uña parecían haberla afilado ex profeso para cumplir aquella tarea; llevaba las demás muy cortas. Muy extraño.

–¿Fecha de nacimiento? –preguntó Tara.

Rosemary estuvo a punto de decir 6/66, tal como lo expresaban siempre los Castevet.

–Veinticinco de junio de mil novecientos sesenta y seis –precisó.

Tara marcó el dato, cerró el artilugio y dedicó a Rosemary la sonrisa flanqueada de hoyuelos.

–Transmitiré enseguida la petición –dijo–. A las cinco ya lo tendremos localizado.

–¿A las cinco de hoy? –se asombró Rosemary.

Tara se encogió de hombros mientras se guardaba el aparatito.

–Tarjetas de crédito, matrículas escolares y de automóviles, alquiler de vídeos, clubes de libros –dijo–, todo figura ahora en los ordenadores y todas las computadoras están conectadas o pueden conectarse entre sí de una u otra forma.

–¡Eso es maravilloso! –exclamó Rosemary.

–Tiene su lado negativo –advirtió Tara, al tiempo que se levantaba–. Todo el mundo se queja de la pérdida de intimidad. ¿Te gustaría ver la tele? Es el mejor sistema que se me ocurre para que te pongas al corriente acerca de cómo funcionan ahora las cosas. Vas a encontrar cambios enormes. –Abrió el cajón de la mesita de noche–. Por ejemplo, ha terminado la guerra fría. Ganamos, ellos cedieron. –Sacó una especie de pequeña paleta delgada, de color marrón, y apuntó uno de los extremos hacia el fondo de la habitación–. Oh, esa pantalla de mala muerte. Te trasladaron aquí el mes pasado; ahora sé por qué.

Asegurada a la pared, encima de una cómoda, una pantalla gigante de televisión se encendió en un estallido de música y color.

–Me encargaré de que los de mantenimiento te proporcionen uno grande enseguida –dijo Tara–. Esto es el mando a distancia. ¿Utilizaste uno alguna vez?

–Uno parecido –Rosemary tomó aquella especie de paleta llena de botones–. Más sencillo.

Al inclinarse, Tara impregnó el aire de Chanel.

–Es fácil –dijo, en tanto señalaba con la uña en forma de aguja–. Por aquí se aumenta o disminuye el volumen, este botón sirve para seleccionar el canal. Estos otros son para el color.

Rosemary fue pulsando botones, para cambiar la imagen del televisor y pasar de una mujer feliz que sostenía una lata de alubias a un niño no menos dichoso con su desayuno de cereales y a un presentador de piel oscura con una chapa de I♥ANDY en la chaqueta. Inmovilizó el pulgar. El bigotudo presentador negro hablaba de incendios incontrolados en California.

–Este es un canal de información continua –le susurró Tara al oído–. Es uno de

los que merece la pena que mires.

Rosemary volvió la cabeza para preguntar:

–¿Quién es Andy?

De pie, Tara se mantuvo muy erguida, aspiró hondo y luego exhaló el aire, muy abiertos los ojos.

–¿Por dónde empezar? –dudó, mientras miraba con cara de luna a Rosemary–. Andy –dijo– sólo es el hombre más hermoso, el hombre más carismático que existe sobre la faz de la Tierra. Surgió de la nada hace unos años –bueno, apareció en Nueva York, pero nadie lo conocía anteriormente– y ha estimulado y unido al mundo entero. No pretendo decir que lo haya unido políticamente, sino que lo ha hecho en lo que se refiere a... compañerismo, solidaridad, predisposición para colaborar y respetarnos mutuamente; es sensacional. Nos encontrábamos en una situación realmente abominable, con todas esas chaladuras para el año dos mil saliendo de quién sabe dónde, los tiroteos por las calles y todo lo demás. Andy nos hizo comprender que tanto si a Él le llamábamos Dios, Alá o Buda, todos nosotros éramos hijos del mismo Dios único. Nos guía rumbo al año dos mil –Andy, me refiero– como raza humana, revitalizada y renovada.

Reclinada en la almohada, con la vista sobre Tara, Rosemary comentó:

–Eso es maravilloso...

–Lo verás de un momento a otro, garantizado –suspiró Tara, sonriente–. Los H. D. tienen contratadas toneladas de anuncios, por todo el mundo y en todos los idiomas. Es su organización, su fundación... las dos cosas, me parece. Lo vi en directo el pasado mes de junio en el Radio City Music Hall. ¡Hablando de fascinar! No hace muchas apariciones directas, en público; casi siempre comparece en programas especiales de televisión. Y pasa una barbaridad de tiempo a solas, entregado a la meditación. Es una persona muy espiritual, pero también tiene su faceta humana, divertida. ¡Todo el mundo le considera el mejor, así que las chapas están ahora en todos los idiomas, incluido el braille!

Se interrumpió para tomar aliento.

–¿Cuál es... su nombre completo? –preguntó Rosemary.

–Adrián Steven Castevet –respondió Tara–, pero a él le gusta que la gente, todo el mundo, le llame Andy.

Rosemary se la quedó mirando.

Tara asintió.

–Tanto en la chabola de un vagabundo como en una sesión plenaria del Congreso –dijo–. Lo mismo da. Esa es la clase de persona que es. La primera vez que le ves... ¡ahí está! ¡Mira!

Rosemary volvió la cabeza.

¡Santo cielo!

El mando a distancia se le escapó de entre los dedos mientras miraba.

Se parecía a Jesucristo... el Jesucristo de calendario eclesiástico, no el semita de nariz ganchuda que había visto en las diapositivas de las clases de la Universidad de Nueva York. Su larga melena y la barba recortada eran rojizas, los ojos de color avellana. La nariz era recta, la mandíbula, cuadrada.

¿Ojos de color avellana? ¿Andy?

¿Dónde estaban aquellos bonitos ojos de tigre que tan intensamente habían escudriñado los suyos?

Sin duda llevaba lentillas... o le sometieron a alguna operación ideada durante el tiempo en que ella permaneció en coma. Aunque nada podía enmascararle frente a ella, ni los ojos color avellana, ni la barba, ni los veintisiete años. Andy. Andy. Andy.

–Oh, vaya, es la versión abreviada –dijo Tara, cuando sobre el fondo azul celeste apareció un áureo símbolo solar–. ¿No es una persona majestuosa? ¿No es alguien verdaderamente especial?

Rosemary asintió.

–No dejes de mirar la pantalla –instó Tara–. Verás la versión completa. Y también otras. Son los mejores anuncios de la televisión. Los realizan directores famosos.

Rosemary volvió a coger el mando a distancia y lo observó como si se le hubiera olvidado para qué servía.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Tara.

Rosemary alzó los ojos hacia ella y le preguntó:

–¿Qué significan las siglas H. D.?

Tara le sonrió.

–Hijos de Dios –aclaró–. Vuelvo dentro de un momento. –Dio media vuelta y se encaminó a la puerta, donde hizo un alto y apuntó a Rosemary con el aguijón de la uña–. Vamos a dar con *tu* Andy –afirmó–. ¡Garantizado!

\* \* \*

En el curso de los siguientes cinco minutos vio la versión completa del mismo anuncio, así como otras dos versiones abreviadas distintas.

Vio a Andy de lejos, ovacionado en Central Park por una alfombra interminable de personas.

En la cubierta de un portaviones, aclamado por ingentes formaciones de marineros.

Vio a Andy en primer plano, mirándola directamente a los ojos, cálido, afectuoso y también un poco pícaro. Dios, se había hecho todo un buen mozo, guapo y apuesto, a pesar de sus ojos corrientes. Y ella era objetiva en el juicio, no se dejaba arrastrar por la pasión de madre.

Le oyó ahora; su voz era sonora pero amable, con el mismo timbre un sí es no es áspero que se podía apreciar en ella el día anterior, cuando contaba seis años. No le pedía que hiciese algo grande, sólo deseaba que ella pensara un poco en el hecho de que todos descendíamos en realidad del mismo grupo relativamente reducido de antepasados, fueran cuales fuesen las proporciones, forma y color de cada uno, y que desde luego somos todos una misma familia. ¿Resultaba lógico que nos dedicásemos con tal asiduidad a fastidiarnos unos a otros? ¿No podíamos encendernos aunque sólo fuera un poco, y encender nuestras velas, y tal...

Rosemary sopesaba aquello mientras Clarise y otra enfermera la colocaban en una camilla con ruedas.

Mientras la trasladaban a una sala de reconocimiento.

Mientras los doctores Bandhu y Atkinson le extraían sangre de un brazo y aplicaban sensores electrónicos a sus extremidades.

O ella había realizado una labor soberbia de verdad en la educación de Andy durante los primeros años de la vida del chico... o los miembros del aquelarre encontraron un superdisfraz para el hijo de Satanás.

Eso es lo que era, había que olvidarse de tratar de considerarlo de otra forma. También era hijo de Belcebú, no sólo era hijo de ella.

Pero el aquelarre, sus trece miembros, ¿no habrían muerto ya? Incluso los más jóvenes, Helen Wees y Stan Shand, se andarían en aquellas fechas por los sesenta y tantos años.

Cualquier cosa que Andy estuviese haciendo con una fundación llamada Hijos de Dios y su riada de anuncios, era obra *suya* y no de los integrantes del aquelarre. Le gustaba que le llamasen Andy; ¿no era eso una buena señal? Desde el primer momento, Román quiso imponerle el nombre de Adrián Steven –era el de su padre y el suyo verdadero–, pero ella lo vetó.

Habían dispuesto de veintisiete años para llamarle Adrián Steven o cualquier otro nombre que quisieran. Pero él eligió el de Andy.

Quizá Summerhill había funcionado.

\* \* \*

Sentada en la cama, liberada ya del gota a gota intravenoso, se tomaba una sopa y, en el momento en que hacía una pausa en una de las docenas de canales –un empalagoso presentador entrevistaba a la esposa de un asesino convicto–, Tara irrumpió en la habitación con los brazos alrededor de un estallido de rosas rojas y amarillas y crisantemos de color castaño.

–¡Hola, mírate! –dijo; llevó los ramos de flores a la cómoda y los dejó allí–. Lamento comunicarte que aún no tenemos ninguna noticia acerca de tu hijo. Han

encontrado cuarenta y dos Andrews Johns Woodhouse, pero sólo uno, que reside en Aberdeen (Escocia), tiene la edad adecuada. Es un trillizo. Pero estoy segura de que darán con el tuyo.

No cuentes con ello, Tara.

–Todos estos programas de entrevistas –dijo Rosemary–, cuando esté en una forma decente, ¿crees que podría aparecer en uno?

Tara volvió la cabeza; la miró con ojos como platos.

–¿Bromeas? –dijo–. ¡Éstas... son de ellos! Este ramo que ves ahora, las rosas, y sus archienemigos los crisantemos. Alguien llamó a alguien, el cual llamó a alguien, quien llamó a alguien, etcétera, etcétera. Incluso mientras mantenemos esta conversación, el Canal Cinco está montando sus bártulos al otro lado de la avenida.

Rosemary la contempló fijamente.

–¡Eres famosa! –anunció Tara–. ¿No has pescado las noticias? ¡Eres la mujer que esta mañana ha despertado de un coma que ha durado veintisiete años y medio y que ahora está sentada viendo la televisión! Y tomando sopa. Vas a entrar en el libro Guinness de los récords. ¿Existía eso allá en tu época?

Rosemary asintió con la cabeza.

–Cuando estés lista –dijo Tara–, puedes aparecer en cualquier programa que te apetezca.

–Muy bien –repuso Rosemary–. Y tengo hermanos y hermanas que aún deben de vivir, probablemente en Omaha; ¿podría buscarlos tu servicio de localización?

–Tal vez ellos conozcan el paradero de tu hijo –apuntó Tara, y se acercó a la cama con su artilugio agenda en la mano.

–Lo dudo –opinó Rosemary.

–¿Qué hay de su padre?

Rosemary permaneció en silencio unos instantes y luego preguntó:

–¿Existe un actor famoso llamado Guy Woodhouse? Un actor teatral y cinematográfico.

Tara sacudió la cabeza.

–No –dijo.

–¿Oíste alguna vez el nombre de un tal Guy Woodhouse?

–Nunca –respondió Tara–, y lo veo todo.

–Entonces, lo más probable es que haya muerto –dijo Rosemary.

Tara se la quedó mirando.

Rosemary le dio primero el nombre y la fecha de nacimiento de Brian y después los de los demás.

Guy debió de haber muerto pronto durante los veintisiete años.

O Satanás era galés... ¿y por qué no? Parafraseando a Oscar Wilde o a quienquiera que fuese: una vez se perpetró una violación, de lo que uno se entera

luego es de que ha dejado de pagar sus deudas.

Por la razón que fuera, Guy no había logrado cobrar el precio convenido por los nueve meses de utilización del cuerpo de Rosemary. No consiguió convertirse en el sucesor de Olivier o Brando.

Pobre Guy.

Perdón, más lágrimas, no.

### 3

La noche del martes 23 de noviembre, dos fechas antes del día de Acción de Gracias y dos semanas después de su milagroso despertar, Rip van Rosie –consenso de toda la prensa amarilla– concedió su primera entrevista en directo por televisión.

Con su cabellera rehabilitada (cortesía del experto nuevo peluquero), ataviada con un elegante sobretodo (cortesía del departamento de modas de unos importantes grandes almacenes), se apeó de la larga limusina blanca (cortesía de la cadena) que la había trasladado desde el Waldorf Astoria, donde aquella mañana le habían alojado en una *suite* de lujo del ático (cortesía de la dirección), hasta los estudios del West Side. Flanqueada por miembros del servicio de seguridad, avanzó hábil y valerosamente a través de la zafiedad desconsiderada de los reporteros.

–Fui ayudante de producción en la CBS-TV antes de mi matrimonio –explicó a la maquilladora que la atendía.

–He oído eso en alguna parte –repuso la maquilladora, mientras la empolvaba.

–En la década de los sesenta, las mujeres se quedaban en casa después de casarse –dijo Rosemary–. Al menos, yo lo hice.

–Yo podría soportarlo –afirmó la maquilladora, mientras le cepillaba el pelo.

Entronizada en una alta silla, cubierto el vestido (cortesía de un importante salón de bodas) con una toalla (cortesía de la maquilladora), Rosemary no pudo por menos que admirar a tía Peg, reflejada en el espejo. Cuarenta y cinco años, como máximo.

–Eres un hada –elogió.

–Tienes una cara preciosa –repuso la maquilladora, mientras le aplicaba el pulverizador.

–Lo que queda de ella –dijo Rosemary.

\* \* \*

Había elegido aquel programa por dos motivos: primero, porque se emitía en directo, de forma que no había posibilidad de que suprimieran lo que pensaba decir, en el caso, sorpresa, de que pensarán que estaba loca; y segundo, porque el presentador parecía inteligente y sinceramente interesado por su audiencia.

Se enfrentó a él por encima de una estrecha consola, con las cámaras al acecho.

–Díganos, Rosemary –empezó el locutor, inclinándose por encima de sus brazos cruzados–, ¿qué fue lo primero que pensó al recuperar el conocimiento?

El hombre iba, como de costumbre, en mangas de camisa; llevaba tirantes y una chapa de I♥ANDY.

Rosemary sonrió. Servido en bandeja.

–En lo primero que pensé fue en mi hijo Andy –dijo.

–Sí, ya sé que en alguna parte tenía o tiene usted un hijo llamado Andrew. Así que en realidad lleva usted su chapa por dos Andys, ¿no?

Rosemary aspiró hondo –*bendito hombre*– y dedicó una sonrisa a la chapa de I♥ANDY prendida en su propio vestido.

–No –dijo, acarició la chapa y levantó la cabeza–, la llevo sólo por un Andy, mi hijo, Andrew John Woodhouse. Vivíamos en el piso contiguo al de unas personas que se llamaban Castevet, amigas nuestras. Sucedió, al parecer, que cuando caí en coma, ellos se hicieron cargo de Andy y lo cuidaron. Quizá lo adoptaran legalmente. Confío en encontrar pronto a mi hijo, ahora que estoy en pie.

El presentador se la quedó mirando a través de los cristales de las gafas.

–¿Está diciendo, Rip... Rosemary, que *Andy*, Andy Castevet es hijo suyo?

–Sí –respondió Rosemary–. Sé que se suponía que Minnie Castevet fue su madre, pero era demasiado vieja. Nuestro piso, el piso en que vivíamos Andy y yo, estaba junto al de los Castevet, pared con pared. Estaba en la Bram, la casa Bramford.

El rostro de Rosemary no salía de los monitores del estudio, la cámara repasaba cuidadosamente su boca, sus ojos.

–¿Y... Román Castevet era el padre de Andy?

–No –dijo ella–. El padre de Andy fue mi ex marido, un hombre llamado Guy Woodhouse. Creo que ya ha muerto.

El entrevistador, parpadeó tras los cristales de sus gafas y dijo:

–Una declaración asombrosa, Rosemary Reilly. Es de conocimiento general, ya sabe, que la Bram fue el hogar en que Andy pasó su infancia.

–No, yo ignoraba eso –repuso Rosemary–. Lo de que sea de conocimiento general, me refiero.

–¿Ha intentado ponerse en contacto con él?

–Eso es lo que estoy haciendo ahora –manifestó Rosemary–. Pensé que éste sería un modo de ahorrar un montón de explicaciones a un montón de personas que se mostrarían absolutamente escépticas.

–Lo encontraremos –aseguró el presentador, y le dirigió una sonrisa por encima de la consola–. Puede que tengamos noticias de Andy antes incluso de que acabe el programa. –Se volvió hacia la cámara, con expresión incrédula. En primer plano, declaró–: Uno nunca sabe... Aquí hemos anunciado una candidatura presidencial, aquí se ha arrestado a un malversador de fondos... ¿por qué no podemos presentar a la auténtica madre de Andy? Vamos a hacer una pausa; enseguida volvemos con Rosemary Reilly, «Rip van Rosie», y pasaremos imágenes de las apariciones de Andy en este estudio, además de las llamadas telefónicas de ustedes... y acaso tengamos también la reacción del propio Andy. ¡Ya saben que no van a tocar esa tecla!

\* \* \*

Las compañías telefónicas de todo el mundo registraron la mayor oleada de conferencias de tres minutos que jamás se había producido.

\* \* \*

Tras dos nuevas pausas, el presentador se inclinó hacia adelante, encorvados los hombros, y dijo:

–Rosemary, en el transcurso de la última interrupción hemos recibido una llamada de Diane Kalem, coordinadora de prensa de los Hijos de Dios, que también estuvo invitada en este programa. Andy se encuentra en su retiro de Arizona, pero le han informado de las alegaciones que ha hecho usted aquí esta noche, en el sentido de que es usted su verdadera madre. Durante el último cuarto de hora ha estado viendo el programa. –Miró la cámara que tenía encendida la luz roja–. ¡Hola, Andy! –y volvió la vista hacia Rosemary–. Diane me dice, lo cual no constituye ninguna sorpresa, que Andy le desea a usted lo mejor, de todo corazón, y se une a la enhorabuena general por su milagrosa recuperación.

–Muchas gracias, y también muchas gracias a Andy –dijo Rosemary.

Dirigió la mirada a la *cámara*, de la luz roja.

–Diane me dice también que Andy tiene una pregunta para usted. ¿Está dispuesta a responderla?

–Naturalmente –accedió Rosemary.

–Andy quisiera saber –dijo el presentador, mientras el cámara accionaba el *zoom* para tomarle en primer plano– si recuerda usted qué estaba haciendo exactamente en el momento en que cayó en el estado de coma en que ha permanecido durante veintisiete años y medio.

Corte a Rosemary.

–Sí, lo recuerdo –afirmó–. En mi memoria eso ocurrió hace sólo quince días. Estaba sentada ante el escritorio, junto a la ventana de mi alcoba. Él escritorio era un antiguo pupitre escolar, de esos cuya superficie es una tapa que se levanta. Escribía una carta en una Olivetti portátil. –Se volvió hacia la cámara de la luz roja y dijo–: Andy estaba echado en el suelo, boca abajo. Miraba la televisión. *Kukla, Fran y Ollie...*

Por encima de la consola que los separaba, el presentador emitió una risita al mirar a Rosemary.

–*Kukla, Fran y Ollie...* –Se volvió hacia la cámara y sacudió la cabeza, sonriente. Comentó–: Para mí, eso tiene el timbre de la verdad. Aguardaremos a ver cuál es la

reacción de Andy. Nunca se sabe qué va a ocurrir aquí a continuación. Malmoe, Suecia, ¡adelante!

\* \* \*

Andy solicitó disponer de un poco de intimidad, de forma que se produjo otra pausa y trasladaron a Rosemary al despacho de alguien, un despacho vacío, en cuyo escritorio parpadeaba la lucecita roja de un teléfono.

La mujer tomó asiento, respiró hondo y levantó el auricular. Se lo llevó al oído.

–¿Andy? –dijo.

Las lágrimas de Rosemary brotaron copiosamente.

–¡Me dijeron que habías muerto! ¡Me siento tan furioso en este momento... y tan feliz, todo a la vez...!

Ninguno habló. Rosemary probó a abrir un cajón del escritorio –cerrado con llave– y luego hizo lo propio con otro, en busca de pañuelos de papel.

–¿Sigues ahí?

Ella se pasó el dorso de la mano por debajo de los ojos para secarse las lágrimas.

–¡Sí, cariño!

–Atiende. Mi coordinadora de prensa está hablando con ellos por otra línea. Si no quieres, no tienes por qué intervenir en el último espacio del programa. ¿Vas a hacerlo?

Rosemary lo sopesó, mientras se secaba las lágrimas.

–Lo haré –determinó–. Nos hemos encontrado gracias a él, no voy a dejarlos estancados ahí solos, en mitad del programa.

Andy vertió en el oído de Rosemary el tintineo de una risa.

–Había olvidado lo dulce que eres. No, no lo había olvidado. Hablaré yo también. Tendremos que convocar mañana una conferencia de prensa, a menos que no lo desees. ¿Dónde te han hospedado?

–En el Waldorf –dijo Rosemary–. ¡Esto es fantástico! ¡Estoy hablando con un hombre adulto y ese hombre eres tú! ¡Hace dos semanas tenías seis años, Andy!

–¿Cuándo estarás allí, madre?

–¡En cuanto termine el programa! –dijo–. ¡En cuanto pueda llegar al hotel!

–Teniendo en cuenta el tráfico, habrás llegado hacia las diez y media. Yo estaré allí a las once menos cuarto.

Rosemary se quedó boquiabierta.

–¿Desde Arizona?

–Estoy en el Columbus Circle. Tengo un apartamento aquí, sobre las oficinas de los Hijos de Dios de Nueva York. Digamos que voy volando. ¿Qué número de habitación tienes?

–¡No lo recuerdo! ¡Es una *suite* de lujo en el ático!  
–Allí me tendrás. ¡Estás divina en televisión!  
Riendo y llorando al mismo tiempo, Rosemary respondió:  
–¡Oh, ángel mío, tú sí que eres estupendo!

## 4

La multitud congregada a la entrada del estudio parecía aumentar en progresión geométrica y proporcionaba excusa suficiente para proceder a una huida rápida. Rosemary repitió la promesa de que ella y Andy volverían a comparecer juntos en el programa, promesa formulada en antena, y, en compañía de los hombres de seguridad, abandonó el estudio, por una puerta lateral, para atravesar primero la cocina de un restaurante griego y después un garaje, hasta llegar a la limusina que la esperaba en la Novena Avenida: la vía de escape prevista originalmente para la sencilla Rip van Rosie.

El conductor, un campeón, la tuvo de vuelta en el Waldorf poco después de las diez. Los guardaespaldas la guiaron a través de un vestíbulo saturado de murmullos, la pusieron en el ascensor adecuado y la subieron al piso adecuado, el treinta y uno. Un conserje corrió a introducir la tarjeta en la cerradura de la puerta mientras ella firmaba trozos de papel salidos de las carteras de los hombres de seguridad.

El contador de mensajes registrados en el teléfono del recibidor indicaba 37. Rosemary pulsó el botón de SUSPENSO y SIN LLAMADAS.

A las once menos veinte se había duchado, había arreglado su bien caracterizado y envejecido rostro –aún le ponía enferma– y, de pie ante el espejo del dormitorio, abrochaba su chapa de I♥ANDY en la prenda de estar por casa menos extraña de la montaña de ropa que habían enviado los grandes almacenes, una especie de túnica, un caftán de velvetón azul cobalto. Algo así.

Una llamada a la puerta dejó en suspenso los latidos del corazón de Rosemary.

–¡Servicio de habitaciones!

El corazón reanudó los latidos. Había pedido unas fuentes de langostinos y queso. Un camarero de pelo blanco empujó el carrito a través de la puerta; su rostro era casi tan rojo como su chaquetilla de botones dorados, en la que tampoco faltaba la chapa de I♥ANDY.

–¿Lo dejo en el salón, señora? –preguntó.

–Sí, por favor –dijo ella, y siguió al camarero y a su mesita rodante en la que había una docena de platos con tapa en forma de cúpula–. Sólo he pedido langostinos y queso.

–Cortesía de la dirección, señora. ¿Debo abrir el mueble bar?

–Por favor...

Rosemary encendió el televisor gigante mientras el camarero desplegaba las alas de la mesita y disponía de nuevo los platos, los cubiertos, las servilletas. El telediario se andaba ya por las noticias deportivas, así que Rosemary apagó el televisor.

–¿No hay una nota que firmar? –preguntó–. Por la propina...

–No, señora, desde luego que no. –El camarero desplegó las puertas de madera de

teca de un pequeño bar con fondo de espejos—. Sin embargo, sería para mí un honor...

Rosemary le firmó una servilleta de cóctel.

De pie en la ventana, separó las cortinas y contempló las líneas rojas y blancas que trazaban los automóviles abajo, muy abajo, líneas que llegaban hasta Park Avenue por separado, para después fundirse y alejarse en bloque. ¿Qué podría decir tras los abrazos y los besos? ¿Cómo encuadraría las preguntas que tenía que hacer? Y, lo más importante, ¿cómo podría tener la certeza de que las respuestas de Andy eran verídicas?

Fue estupendo llamarle ángel mío, expresaba sus sentimientos y era bueno para su autoestima. Lo había hecho a menudo y Andy se había portado angélicamente a menudo. Pero también era medio diablo, ella no debería permitirse olvidarlo, en especial aquella noche.

Andy le había mentido antes, verosímelmente, y más de una vez. Sólo unos meses atrás —digamos casi veintiocho años antes— había roto un trozo pequeño del mármol de la repisa de la chimenea de Minnie y Román y convenció de modo absoluto a los tres no sólo de que él...

Una llamada a la puerta.

Rosemary volvió la cabeza y echó a andar hacia el recibidor, pero...

—¡Servicio de habitaciones!

Y entró otro camarero de chaquetilla roja, con una bandeja apoyada en el hombro; en la bandeja había una cubeta enfriadora de vino y unas copas.

—Champán, con los saludos de la dirección.

Rosemary se quedó quieta, suspiró y dijo:

—Gracias, es un detalle precioso. ¿Le importaría dejarlo en el bar?

Regresó a la ventana.

Con sus cinco años y medio de edad, Andy había convencido por completo a los tres no sólo de que él...

—¿Se me va a dar por lo menos un abrazo antes de abrirla?

Rosemary giró en redondo.

De pie, junto al bar, Andy le dirigía una sonrisa radiante.

—¡Andy! —Dios bendito... Se peinaba el negro pelo hacia atrás con ambas manos, sonrojado el barbudo semblante, brillantes las pupilas.

—No quería llamar la atención —dijo, y se acercó a ella, embutido en su chaquetilla roja de botones dorados y chapa de I♥ANDY, al tiempo que echaba a un lado la corbata de lazo, se desabrochaba el cuello de la camisa y luego abría los brazos.

Tras los besos y abrazos, los suspiros y las caricias, las lágrimas y los pañuelos de papel, Andy envolvió con una servilleta el cuerpo de la botella de champán, hizo girar ligeramente el corcho y provocó el estampido del tapón al dispararse... todo ello con el gracioso donaire de un estudiante.

Riendo entre dientes, Rosemary le preguntó:

–¿Dónde te agenciaste ese vestuario y todo lo demás?

–Abajo, en el bar –repuso él, y se sumó a las risas de Rosemary–. Juré a un camarero mantener el secreto. ¡No tienes idea de cómo le encanta a la gente ayudarme!

Dio unos golpecitos a la botella envuelta en la servilleta y vertió espuma en la copa de cristal de Rosemary. La llenó hasta el borde...

Hizo lo propio con la suya...

Se miraron el uno al otro por encima del borde de las copas, él más alto que ella, mientras la espuma bajaba y se confundía, burbujeante, con el vino de color oro claro. Andy meneó la cabeza.

–Las palabras no pueden expresarlo –le dijo.

Mirándose fijamente a los ojos, entrechocaron las copas, tomaron un sorbo.

–¿Contactos? –preguntó Rosemary.

–Anticuada magia negra –respondió Andy.

–Son hermosos –dijo ella–. Es una auténtica mejora.

Entre risitas, Andy se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Y pensé que eras sincera –dijo él–. Sentémonos, mamá. Tengo un montón de cosas que contarte.

\* \* \*

–Los Hijos de Dios –explicó Andy– iban a ser una trampa, una trampa mortal, un modo de exterminar toda vida humana. Al final, él iba a ganar. Armagedón instantáneo. –Le fulguraron las pupilas, de un modo tan intenso que Rosemary casi vio de nuevo sus ojos de tigre–. Ahora bien –continuó Andy–, al enterarme de esto, ¡de lo que él permitió que te hicieran, sin insinuarme nunca el menor INDICIO acerca de ello...! –Aspiró una larga y profunda bocanada de aire–. Ahora, más que nunca, ¡me alegro de haberle jodido! Perdona el lenguaje, pero eso es lo que hice, mamá. Me cargué su Plan Maestro, una obra cuya preparación y montaje le llevó treinta y tres años.

Se sentaron uno junto al otro, de cara, con las manos cogidas, sobre un mullido sofá oscuro, ambos con una pierna debajo del cuerpo.

–Por eso apareció en el momento en que lo hizo –dijo Andy–. En los aquelarres siempre se le «convoca»... lo emplazan las brujas falsas, las verdaderas, las falsas que se creen brujas de verdad, todo el gremio en peso. Él se ríe. Pero necesitaba un niño que tuviese la edad apropiada en el año 2000. Así que cuando el conciliábulo de adoradores suyos de la Bramford le llamó en el sesenta y cinco, contigo en el altar, él respondió. –Rosemary desvió la mirada–. Lo siento –dijo Andy, agachó la cabeza y

besó las manos de su madre—. Eso fue realmente genial por mi parte. Lo siento. Debió de ser una experiencia terrible.

Rosemary aspiró aire. Le miró.

—Continúa —dijo—. ¿Cómo se suponía que iba a funcionar el plan?

No apartó los ojos de Andy mientras tomaba un sorbo de champán.

—Bueno —Andy se humedeció los labios y dejó la copa sobre la mesita de café—, en primer lugar, surgiría un líder carismático, un gran comunicador. —Sonrió a Rosemary—. Con ojos de aspecto humano normal. Tendría la edad de Jesucristo durante su ministerio; incluso podría dársele un toquecito para que se le pareciera un poco. —Levantó el mentón y se pasó los dedos por debajo de la barba—. Lo suficiente para atraer a los cristianos —sonrió—, pero no lo bastante para asustar a los musulmanes, los budistas y los judíos. Al ser quien era, tenía que disponer de las conexiones y fondos precisos para lanzar la mejor y más importante campaña mediática de toda la historia mundial.

Dejó de sonreír. Desvió la vista. Exhaló el aire de los pulmones, inquieto.

Rosemary le observó.

Andy volvió a centrar en ella su mirada.

—Cuando el plan alcanzara su apogeo —dijo—, cuando confiaran en él todos los habitantes de la Tierra, salvo un puñado de A. P. —ateos paranoides—, los traicionaría. La peor y mayor traición de la historia mundial. Química biológica. No quieras saberlo.

Rosemary se estremeció. Química biológica sonaba a algo mortífero, fuera lo que fuese.

Andy se le acercó más y le apretó las manos.

—Con ese objetivo me criaron, madre —dijo—. Él y los integrantes del aquelarre. Pero cuando murieron los miembros fuertes del conciliábulo de adoradores del diablo —Minnie, Román y Abe— empecé a hacer preguntas. Por entonces era un adolescente. Un montón de aquellos ritos y ceremonias eran risibles y otro montón eran... repulsivos. Me caen bien los humanos, al margen de quién los creara; soy medio humano, ¿no? La mitad tuya. Más de la mitad, ¡mírame!

Rosemary dijo que sí con la cabeza, al tiempo que se mordía el labio.

—De modo que me rebelé —dijo Andy—. Tu mitad era más fuerte que la suya. Esos pocos años que convivimos tú y yo —meneó la cabeza, húmedos los ojos—, me esforcé cuanto pude en conservar el recuerdo de ellos, tu calor y dulzura, tu bondad...

Se frotó un ojo con los nudillos y trató de sonreírle.

Rosemary le acarició la mejilla.

—Ah, mi Andy... —articuló.

Se acercaron más el uno al otro, se besaron.

Rosemary se pasó el dorso de la mano por la mejilla, parpadeó, sonrió a Andy.

El muchacho se revolvió y se desabrochó los botones dorados de la cintura.

–De forma que, como he dicho, me rebelé. Mientras yo permanezca donde estoy, él no tiene ningún control sobre mí –lo que demuestra con más solidez que mi lado humano es más fuerte–, así que tomé la decisión de convertir realmente los Hijos de Dios en lo que él sólo pretendía que pareciesen, algo beneficioso para la humanidad. El mensaje de Andy es sencillo y verídico y no excluye a nadie, salvo a los ateos paranoides y, ¿sabes una cosa, mamá? Resulta. La temperatura ha descendido unos cuantos grados. Todo el mundo se manifiesta un poco menos irascible. Profesores y alumnos, patronos y empleados, maridos y esposas, amigos, países... Las cosas se desarrollan de un modo más sencillo y amable entre el personal. En cierto modo, es un tributo a ti, mamá. No sólo en un sentido, es lo que es: un tributo a cuanto me diste durante aquellos primeros años.

Rosemary le examinó.

–¿Cómo se...?

–... ¿Se siente él? –Andy exhaló un suspiro; sonrió–. ¿Cómo puedo expresarlo? Imagínate a un padre conservador cuyo hijo ingresa en el Cuerpo de Paz, y luego multiplícalo por diez.

Rosemary también le sonrió y dijo:

–Sabes pulsar las teclas de una persona liberal.

–Soy un gran comunicador –repuso Andy, devolviéndole la sonrisa–. Está furioso. Nosotros nos encontramos en la oposición. Pero mientras yo siga aquí, él no puede hacer nada para pararme los pies. Si pudiera, a estas horas ya lo habría hecho. – Consultó su reloj, de múltiples esferas, negro y oro. Se puso en pie y dijo–: Tengo que marcharme.

–¿Tan pronto? –protestó Rosemary; se levantó también y con el codo le rozó la mano.

–Tengo que visitar a unas personalidades –dijo.

–¡No has comido nada! ¡Con todos esos platos de ahí!

Andy se puso la chaquetilla y rió entre dientes.

–Madre –dijo–, a partir de mañana no te voy a dejar en paz un minuto. –Puso una tarjeta encima de la mesita de café–. A través del número que figura ahí se llega a mí en cuestión de minutos. –La rodeó con un brazo y se encaminaron a la puerta–. Hay un hotel de primera en las plantas inferiores del edificio que ocupo. Nos mudaremos allí mañana por la mañana. Yo estoy en el ático, en el piso cincuenta y dos, desde donde se domina el parque. No puedes imaginar qué vistas tiene. Los Hijos de Dios de Nueva York cuentan con tres plantas, la octava, la novena y la décima. –En el recibidor se abotonó el cuello de la camisa–. ¿Crees que estarás preparada para la conferencia de prensa de mañana por la tarde? Si supiese ahora que no es así, podría suspenderse.

–Claro que lo estoy –respondió ella, al tiempo que le ajustaba el broche de la corbata de lazo–. Será divertido.

Andy alzó el barbado mentón y dijo:

–Necesito la bandeja y el enfriador de botellas. Si no, me van a descubrir.

Rosemary mantuvo entreabierta la puerta unos centímetros, sosteniéndola con el pie, mientras le observaba acercarse al bar; le sonrió cuando volvió.

–¡Qué magnífico día de Acción de Gracias va a ser! –comentó.

–¡Ah, mierda, lo había olvidado! –exclamó Andy–. Tengo un compromiso. He de ir a casa de Mike van Burén. ¿Querrás ser mi pareja? Por favor. –Estaba frente a ella, con la bandeja al hombro. Dijo–: No tengo más remedio que ir. Va a estar allí la mitad del ala derecha republicana. El sábado por la noche dormí en la Casa Blanca y es importante que me mantenga imparcial, ya que precisamente ahora empiezan las primarias.

–Bueno, no es precisamente mi círculo de amistades –dijo Rosemary, mientras le abotonaba la chaquetilla–, pero claro que te acompañaré, cariño.

–Van a volverte del revés –le sonrió Andy.

Ella se le acercó todavía más y le miró a los ojos. Con la mano aún en torno a uno de los botones dorados, le preguntó:

–¿Has sido completamente sincero conmigo, Andy?

Los ojos color avellana –qué bonitos eran, ahora que se había acostumbrado a verlos– se clavaron en los suyos, inmutables, serios.

–Te lo juro, mamá –afirmó–. Sé que cuando era pequeño solía mentir. Y ahora también lo hago... mucho. Pero a ti nunca, mamá. Te debo demasiado, te quiero demasiado. Créeme.

Rosemary le acarició la mejilla.

–Y yo, mi... niño –dijo.

–¡Oh, por favor!

Se besaron y Rosemary le vio alejarse con la bandeja sobre el hombro.

Cerró la puerta, enarcadas las cejas.

## 5

*La madre de Andy está en el Waldorf y puedes apostar algo a que Andy también está allí... anoche voló en un reactor desde Arizona, lo dijeron en las noticias.*

Y va a celebrarse una conferencia de prensa a las tres de esta tarde en la sede de los Hijos de Dios de Nueva York. Concretamente en el Columbus Circle.

Residentes en la zona triestatal reunieron toda la información disponible, incluyeron una amplia H soleada que se extendía por toda la región, se concedieron un permiso adicional de cuatro días de vacaciones, a partir del día siguiente, subieron a sus automóviles, autobuses, ferrocarriles, LIRR, trenes B, trenes D, y vehículos diversos y abandonaron sus oficinas de la periferia del centro. A las once, personas de todas las proporciones y descripciones cubrieron hasta el último palmo cuadrado de acera en la ruta lógica entre el punto A y el punto B: nueve manzanas al norte de Park Avenue, y cinco manzanas al oeste, tres de ellas de doble longitud, sobre la calle Cincuenta y nueve Este y Central Park South-.

De los miembros del Departamento de Policía de Nueva York, sobrecargados ya con los preparativos del desfile del día de Acción de Gracias, muy bien hubiera podido esperarse cierto grado de aspereza desabrida en el trato con la población civil mientras se afirmaban en el suelo contra las chirriantes líneas de gente..., pero prevalecieron las sonrisas y el buen humor. Todo aquello, ¿no era en honor de *Andy*? ¡Y de la *mamá* de *Andy*, por el amor de Cristo!

Andy y Rosemary se abrazaron en el recibidor de la *suite*. Andy llevaba la cazadora de cremallera de los Hijos de Dios, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas; Rosemary, un traje chaqueta de modelo exclusivo, con su chapa de I♥ANDY, y zapatos de tacón alto. Andy le presentó al grupo que le había acompañado: su coordinadora de prensa, Diane; su camarada y chófer, Joe; su secretaria, Judy, que se encargaría de los cuatrocientos veintinueve mensajes transferidos al ordenador de los Hijos de Dios y a los que había que asignar prioridad; y Mohamed y Kevin, que ya estaban en el dormitorio reuniendo envases de cartón ondulado para las ropas. Habían hecho el viaje en una furgoneta sin ningún letrero ni distintivo, a través del parque de la calle Sesenta y cinco, para descender luego por la Segunda Avenida, a fin de eludir a las multitudes.

–¿Has visto lo que ocurre ahí fuera? –preguntó Diane.

–No puedo creerlo –dijo Rosemary–. ¡Es como cuando vino el Papa, y como cuando vino el presidente Kennedy!

Diane asintió. Su cardada cabellera era gris, sus ojos de color violeta y se andaría por los sesenta y muchos años. Un áureo logotipo de los Hijos de Dios colgaba de la pechera de su extralargo vestido oscuro.

–¡Todas esas pacientes personas –dijo en plan de diva con voz de contralto– que

esperan y rezan por una mirada de la madre de tu hijo! Lo que vi anoche me hizo comprender que no ibas a pasar de largo entre ellos, a toda velocidad, en una limusina con los cristales de las ventanillas tintados; eres una mujer gentil y bondadosa. Así que asumí toda la responsabilidad del asunto –se dio una palmada en el pecho, provocando ondulaciones de velvetón–. Andy no tuvo nada que ver con todo esto, fue idea mía por completo, pero es agradable si tú estás...

Recostados hombro con hombro sobre la tapicería de parches de imitación de cuero, entrelazadas las manos –la derecha de él, la izquierda de ella–, avanzaron por Park Avenue en un coche de caballos, acompañados por el rítmico tableteo de los cascos del tiro. Agitaban los brazos, sonreían e inclinaban la cabeza repetidamente para saludar a la multitud que les ovacionaba desde los cordones de contención, a ambos lados de la calzada, a las pancartas de fabricación casera en las que se leía YO AMO A ANDY Y YO AMO A LA MADRE DE ANDY, a las manos que ondulaban en las ventanas de los edificios de oficinas.

Encabezaba la marcha un coche de la policía; miembros del servicio de seguridad caminaban a la lenta velocidad del vehículo; otro guardaespaldas iba sentado delante, junto al conductor, tocado con sombrero de copa. En cada manzana de edificios, más o menos, Andy abrazaba a Rosemary y le daba un beso en la mejilla; la muchedumbre, entonces, prorrumpía en aclamaciones. Andy se inclinó para susurrarle al oído:

–Al cabo de un rato, esto te hace sentir como una idiota, ¿verdad?

Y el gentío acentuaba el volumen decibélico de sus vítores.

Resonaba en el cielo el zumbido de los helicópteros de los medios de comunicación. Cuando la pausada comitiva –coche de la policía, carruaje tirado por caballos, coche de la policía– que se deslizaba por debajo de los aparatos dobló hacia el oeste en la calle Cincuenta y nueve, los automóviles empedraron de inmediato los carriles de la izquierda de Park Avenue a través de las Sesenta y Setenta.

Tuvieron que esperar unos minutos en la Quinta Avenida hasta que las cámaras dejaron de rodar frente al hotel Plaza, resplandeciente bajo la iluminación de los focos.

Andy le dijo al oído:

–Películas, mensajes publicitarios, tomas de modelos, uno no puede ir a ninguna parte en esta ciudad.

La multitud estalló en aclamaciones.

Siguieron a lo largo de Central Park South; continuaron agitando los brazos, sonriendo, inclinando la cabeza a las multitudes cada vez más numerosas, a las pancartas –YO AMO A ANDY, YO AMO A ROSEMARY– desplegadas en el parque y que se extendían en las ramas de los árboles.

Frente a ellos, donde concluía el parque, fulguraba una inmensa torre de cristal

dorado que parecía clavarse en las alturas azules del cielo.

Rosemary se volvió hacia Andy, al tiempo que sacudía la cabeza.

–Estoy soñando –dijo; le abrazó y le besó en la mejilla. La muchedumbre elevó en el aire su clamor.

\* \* \*

Con el índice señalando hacia adelante por encima del estilizado micrófono, determinó:

–Usted.

–Gracias. ¿Cómo prefiere que le llamen: Reilly, Woodhouse o Castevet?

–Bueno... –contestó Rosemary–, parece que todo el mundo se inclina ahora por el nombre de pila... no sé si eso es influencia de Andy o si hubiera ocurrido así de todas formas –una pequeña risa general, que la sorprendió–, de modo que simplemente Rosemary será estupendo –dijo ella–. Legalmente, soy Rosemary Eileen Reilly. En realidad, la denominación que más me gusta es la que he visto hoy en algunas pancartas: «Madre de Andy».

Más risas, una breve salva de aplausos y chisporroteo de cámaras. Entre los espectadores, Diane batió palmas estruendosamente, a la vez que sonreía e inclinaba la cabeza.

En una encarnación anterior, la Torre había sido un inmueble de oficinas, la sede de una compañía cinematográfica, y la altura extraordinaria de sus techos permitió al arquitecto de los Hijos de Dios de Nueva York diseñar su auditorio, en la novena planta, en forma de anfiteatro semicircular, una idea de Andy. Cinco gradas altas, con el suelo cubierto por una moqueta de color verde bosque como la totalidad de los centímetros cuadrados del lugar, proporcionaban asiento a unas sesenta personas, otras veinte permanecían de pie a los lados. En la media luna que configuraba el estrado, Andy y Rosemary se sentaron a una mesa revestida de azul celeste y de la que pendía el logotipo dorado de los Hijos de Dios. Colgadas de las barras del techo, tres negras cámaras de vídeo dirigían sus cabezas con visera en esta o aquella dirección, hacían una pausa, giraban. Mohamed y Kevin deambulaban de un lado para otro con los micrófonos de brazo articulado.

Sonriente, mientras los aplausos se iban desvaneciendo, Rosemary señaló a su izquierda y dijo:

–Usted. No, usted. Sí.

–Rosemary, ¿cómo se siente después de haberse perdido todo el desarrollo de la infancia y juventud de Andy?

–Espantosamente –confesó Rosemary–. Desde luego, esa es, sin el menor asomo de duda, la peor parte de la experiencia. Pero me alegra comprobar –sonrió a Andy y

le apretó la mano— que se las ha arreglado tan perfectamente sin mí.

Andy se inclinó hacia adelante.

—No me las arreglé tan bien —repuso—. No ha sido así, y mamá tampoco se lo ha perdido todo. Ya le dije anoche —o durante la madrugada de hoy, debería precisar— que estuvo a mi lado durante los años más importantes, del primero al sexto. Ella es la que me puso en el camino que estoy recorriendo hoy.

La besó en la mejilla.

Aplausos. Cámaras.

—¡Rosemary! ¡Rosemary!

—Usted —señaló Rosemary de nuevo.

—Rosemary, hasta ahora nadie ha sido capaz de localizar al verdadero padre de Andy ni de encontrar información alguna acerca de él, desde el verano de 1966. ¿Puede explicarnos por qué es así?

—No, no puedo —contestó Rosemary—. Guy se fue entonces a California, nos divorciamos y perdimos todo contacto.

—¿Podría contarnos algo más sobre él?

Rosemary permaneció en silencio un momento. Luego se aclaró la garganta y dijo:

—Era un buen actor, como ya dije anoche. Actuó en Broadway en tres obras: *Lutero*, *Nadie quiere a un albatros* y *A punta de pistola*. Tuvimos nuestras diferencias, evidentemente, pero era, o es, una buena persona... muy amable y considerado, nada egoísta...

—Hay algunas zonas —intervino Andy, apoyada la mano; en el brazo de Rosemary— en las que la memoria de mamá aún no ha regresado. Por favor, ¿podríamos pasar a otra cuestión? ¿John?

\* \* \*

Rosemary deseaba hablarle a solas, pero cuando llegaron a la *suite* de la planta séptima, una docena de hombres y mujeres, el círculo interior de los Hijos de Dios de Nueva York, ocupaba el salón. Un camarero ofrecía *hors d'oeuvres* y un mozo de mostrador servía vino. Diane le presentó a William, el director del departamento jurídico, y a Sandy, el director de publicaciones, y antes de que Rosemary hubiese conseguido establecer una base de conocimiento de sus nombres y apellidos, cuando aún estaba con su primer cóctel Gibson, Andy ya la había tocado el hombro y le dirigía la mirada de «lo-siento-pero-tenemos-que-irnos» con aquellos ojos color avellana realmente bonitos. Andy se excusó ante William y Sandy y se la llevó a un aparte.

—Lo siento, mamá, tengo que irme ya —anunció—. Unos funcionarios del servicio

de sanidad pública de Luisiana vienen a verme, es un encuentro concertado la semana pasada y no estoy seguro de los temas que vamos a tratar ni de lo que puede durar la entrevista. Si necesitas algo o deseas ver determinado espectáculo esta noche, habla con Diane, con Judy o con Joe. La granja de Van Burén está en Pensilvania; partiremos al mediodía e iremos en automóvil. –Movi6 su leonada cabeza en direcci6n a la ventana–. Joe te llamará.

La bes6 en la mejilla y se fue.

Junto a la ventana, a unos seis metros, con una copa en los labios, Joe miraba a alguien o algo del parque, o quizá s6lo reflexionaba, gigantesco y s6lido, con su chaqueta de pana y sus pantalones vaqueros. Los hombres parecían llevar ahora vaqueros en todas partes. Tenía el pelo canoso, pero para ser un viejo resultaba extrañamente atractivo, sexualmente atractivo en cierto aspecto. Era algo que ella no había experimentado en bastante tiempo.

Un hombre realmente viejo. La edad de ella mutiplicada por dos. Tal vez. Joe dio media vuelta y vio que Rosemary le estaba mirando. Ella sonri6.

–Rosemary... –Diane la palme6 en el hombro y la oblig6 a volverse–, Jay, nuestro director financiero, quiere conocerte.

–Es todo un honor, Rosemary! –dijo Jay–. Una bendici6n! Y qué paseo! Diane, eres un genio! –Parecía un arrendajo: pequeño, de ojos brillantes tras los cristales de las gafas, con el pelo del tono más negro de toda la gama de negros–. Exposici6n de una hora larga, exposici6n global! –alarde6–. A un coste total de quinientos d6lares! Eso si la caballeriza nos pasa la factura, y existen muchas probabilidades de que no lo haga!

Rosemary se excus6 y se acerc6 al bar para que volvieran a llenarle la copa.

–Actualmente no nos piden muchos c6cteles Gibson –dijo el camarero, revolviéndose. –Eres la madre de Andy? Rosemary se volvi6.

–Canaps de cangrejo –dijo Joe, que sostenía un par de palillos.

–Ah, gracias, Joe –Rosemary tom6 uno. Pidi6 un whisky al camarero, y comieron los redondos canapés de cangrejo calientes, sonriéndose mutuamente con los ojos. Los de Joe eran de color castaño oscuro; la nariz daba la impresi6n de haber sobrevivido a una o dos fracturas.

–Muy bueno –apreci6 Rosemary.

–Humm –repuso él; se pas6 una servilleta por los labios, mientras terminaba de masticar–. No tengo palabras, Rosemary –dijo–, para explicarte lo orgulloso que me siento de estar tan cerca de tu hijo y de poder ayudarle. Creía haber vivido ya mis mejores años y que éstos quedaban a mi espalda –era agente de policía en esta ciudad, placa de oro–, pero siempre estuve equivocado. Y ahora que también eres parte de este cuadro... bueno, no s qué decir.

–Qu te parecen las aclamaciones? –sugiri6 ella, sonriente.

–Buena idea –opinó Joe.

–Por las aclamaciones –dijeron a dúo, entrechocaron sus copas y tomaron sendos sorbos.

–Si alguien te plantea algún problema –le dijo Joe–, yo soy el hombre con el que necesitas hablar. Chalados o plastas –y ten la seguridad de que los tendrás a barullo–, cualquier clase de contratiempo que se te presente, no tienes más que informarme de ello.

–Lo haré –afirmó Rosemary.

–Cuando Andy se confina en su retiro –manifestó Joe– o simplemente anda atareado por ahí en alguna parte y no me necesita, yo suelo pasar el rato en el gimnasio de la planta decimocuarta. Además, vivo ahí mismo, en la Quinta Avenida. Así que no vaciles en recurrir a mí.

–No vacilaré –dijo Rosemary–. ¿Cuál es tu apellido, Joe?

El hombre suspiró.

–Maffia. –Alzó dos dedos–. Con dos efes. No, no pertenezco a ella y sí, he conseguido que se me tenga cantidad de respeto.

Rosemary le sonrió.

–Estoy segura de que lo tendrías si te llamas Joe Smith –dijo.

–Rosemary –Diane le cogió por el hombro y la obligó a volverse–, Craig está especialmente deseoso de conocerte. Es nuestro director de producciones televisivas.

Mientras Rosemary conversaba con Craig, Joe le dio un toquecito en el hombro con la punta del dedo.

–No lo olvides –recomendó–. Andy dijo a las doce del mediodía.

\* \* \*

No deseaba ofender a Joe Maffia –porque el hombre le caía bien, no porque imaginase la existencia de razones más vulgares–, de modo que durante los primeros quince minutos, más o menos, la conversación se desarrolló a tres bandas. Él explicó, hablando por encima del hombro, por qué los Vikingos tenían una buena posibilidad de derrotar a los Vaqueros, y ella les contó a Joe y a Andy que siempre le asaltaba la tentación de dejar caer objetos afilados cuando veía los globos de Macy desde un piso superior; y también les habló de sus deseos de que la gritasen y agitasen los brazos y de vivir o así un poco, desde la ventana de la alcoba, el episodio de la Princesa-Gracia-en-el-balcón.

Aunque, cuando salieron del túnel de Lincoln, hizo una seña a Andy y, en el siguiente lapso de silencio, él puso un dedo en el apoyabrazos de su derecha. Un ancho revestimiento protector se desplazó hacia arriba en la parte posterior del asiento delantero, con lo que quedó bloqueada la calva nuca de Joe y suprimió

también la mitad de la claridad diurna; asimismo, los dejó aislados en un rumoroso cubículo de cuero negro iluminado por la claridad azul que filtraban los cristales tintados.

–Andy –susurró Rosemary–, me siento de lo más incómoda al tener que andar con cien ojos respecto a lo que digo acerca de Guy, y el divorcio, y...

–Te las has arreglado estupendamente –repuso Andy–. No fue más que una pregunta.

–¿Y las referentes a Minnie y Román?

Andy se encogió de hombros.

–No habrá más entrevistas. Si no disfrutas con ellas, no hay razón para celebrarlas. Pero la verdad es que estuviste formidable. Aquí lo tienes, míralo otra vez. Lee. –Llevaba consigo dos periódicos. Las primeras páginas de ambos tabloides las llenaba la misma fotografía a toda plana, una imagen en la que Andy besaba a Rosemary en la mejilla, tomada durante la conferencia de prensa, y sobreimpresos en blanco los epígrafes-titulares de ¡AGRADECIMIENTO! en uno y ¡ACCIÓN DE GRACIAS! en el otro–. Y no tienes por qué hablar en susurros –dijo, al tiempo que movía la cabeza en dirección a la parte delantera del vehículo–. Está escuchando casetes o deportes. No puede oír nada de lo que decimos aquí; créeme, lo sé.

Frunció las cejas estilo Groucho Marx.

–¿Qué hay de los otros? –preguntó Rosemary–. Ignoro lo que saben los demás: Diane, William...

–¡Nadie sabe nada! –replicó Andy.

–¿No están implicados en...?

–¿En qué? ¿En brujería? ¿En satanismo?

Ella asintió con la cabeza. Andy se echó a reír.

–Te prometo que no –dijo–. Tuve bastante de eso para toda la vida. Para diez vidas que viviera. A todos los que colaboran en las tareas de los Hijos de Dios –a los que ocupan los puestos clave, quiero decir– los seleccioné y los contraté después de haber tomado la decisión de dar un giro de ciento ochenta grados a las cosas. William estuvo desempeñando el cargo de embajador en Finlandia bajo el mandato de tres presidentes. Diane es algo así como la reina del mundillo de la prensa; permaneció treinta y cinco años en la Asociación del Teatro. No tienen idea de lo que en principio pretendían ser los Hijos de Dios, sólo saben que es... una organización que ayuda a la gente en un sinnúmero de modos distintos. Se enorgullecen de formar parte de ella, y lo mismo cabe decir de todos los demás.

–¿Pero de dónde creen que salió? –preguntó Rosemary.

–Del mismo sitio que todas las demás –repuso Andy–. La fundó y costeó un grupo anónimo de industriales altruistas. Todo está documentado. Y en lo que concierne a la identidad de mi padre –cogió las manos de Rosemary y se inclinó hacia

ella—, hay ahora exactamente dos personas sobre la Tierra (lo que me recuerda que tengo una cosa más que decirte, no dejes que se me olvide), sólo dos personas existen ahora sobre la Tierra que saben quién es. —Señaló a Rosemary con el índice y después se señaló a sí mismo—. Nosotros. —Apretó las manos de su madre y sostuvo su mirada—. Por eso me siento tan... feliz de volver a estar contigo. No sólo porque eres mi madre. ¡También porque sabes quien soy, porque no tengo que ocultarte la verdad! ¿Y no sientes tú algo parecido hacia mí? ¿A cuántas personas has contado lo de aquella noche?

Rosemary sacudió la cabeza negativamente.

—A ninguna —dijo—. ¿Quién iba a creerme?

—Yo —respondió Andy.

Se miraron..., se abrazaron con todas sus fuerzas.

—¡Te quiero tanto! —le dijo Andy al oído.

Y ella, a su vez, le murmuró también al oído:

—¡Oh, Andy, te quiero, corazón!

Se besaron mutuamente en las sienes, en las mejillas, en las comisuras de la boca... Ella le empujó hacia atrás; se soltaron del abrazo, se volvieron.

Sentados, separados.

Respirando entrecortadamente.

Andy se echó el pelo hacia atrás, peinándose con los dedos, desvió la cara hacia la ventanilla, miró al exterior. Tocó el brazo del asiento y los cristales de las ventanillas de ambos lados descendieron cosa de un centímetro y cuarto.

Por aquella rendija, Rosemary vio pasar fugazmente la fachada de un centro comercial.

Colinas pardas.

—Stan Shand murió el nueve de noviembre.

Rosemary volvió la cabeza.

—En el mismo instante en que te despertaste —dijo Andy—, inmediatamente después de las once. Un taxi le atropello delante del teatro Beacon.

Rosemary se estremeció, emitió un jadeo.

—No es posible que se trate de una coincidencia —dijo Andy—. Era el último superviviente del conciliábulo satánico, el decimotercero. Román dijo que había hechizos que duraban eternamente y hechizos que finalizaban cuando moría el último de los brujos que lanzaban el conjuro. Me dejó uno de sus grabados, Stan; así fue como lo descubrí. Él fue quien me enseñó arte y música, y el modo adecuado de limpiarme los dientes con hilo dental.

Enseñó la dentadura.

Rosemary sonrió y, tras un suspiro, dijo:

—Me gustaría que hubiese muerto unos cuantos años antes.

–Tampoco te hubiera servido de gran cosa. Leah Fountain falleció hace sólo un par de meses. Había rebasado el centenar de años.

El cubículo de cuero negro efectuó un amplio giro a la derecha.

–Escucha, Andy –dijo Rosemary–. Cada vez que voy con los fisioterapeutas, en cuanto pongo la cabeza en la almohada me quedo como un tronco. El martes y ayer fueron... *de locura*, y anoche estuve leyendo un anuario que cogí en el puesto de periódicos, pero aún no me he puesto al día. Mike van Burén, el evangelista de la televisión, ¿es también el presidente del Consorcio Cristiano?

–No, no –repuso Andy–. Ese es Rob Patterson. Mike van Burén es el antiguo comentarista de televisión al que vetaron los republicanos y que se presenta como candidato de un tercer partido.

–Espero no hacerme un lío y mezclarlos a todos –confió Rosemary.

## 6

Mike van Burén, con su corbata roja, su camisa blanca, su traje azul y su chapa áurea de I♥ANDY y con el cuchillo de trinchar en una mano y un tenedor de dos púas en la otra, se apartó de la cabecera de la mesa para hacer sitio y permitir que su hermana Brooke, directora de la campaña, con delantal blanco sobre el vestido azul, depositara un enorme y succulento pavo adornado con perejil y servido en fuente de alba porcelana. Los invitados aplaudieron, doce a cada lado de la mesa, radiantes sus rostros iluminados por los reflejos que, al recibir la luz, irradiaban el blanco damasco y la porcelana blanca, la cristalería y la cubertería de plata.

Brooke se apartó a un lado, sacudió y se sopló las manos, mientras Mike se adelantaba un paso.

–¡Sencillamente precioso, Brooke! –alabó–. ¡Enhorabuena a Dinah!

Otro aplauso para Dinah... presumiblemente en la cocina y presumiblemente acompañada.

Sentada a la izquierda de Van Burén, mientras batía palmas, Rosemary examinó al grupo que tenía enfrente. ¿Sería posible? Todos aquellos hombres, desde Andy, que estaba justo delante de ella, hasta Joe, en el extremo, así como los que ocupaban su mismo lado de la mesa –se inclinó hacia adelante para mirar más allá de Rob Patterson–, sí, hasta el último ocupante masculino de la mesa llevaba corbata roja, camisa blanca y traje azul. Todos lucían chapa de I♥ANDY, sencilla o de fantasía, salvo el propio Gran Comunicador. Al menos, el traje de éste era de raya fina. Y, claro, vestido decentemente para variar, su aspecto era elegantísimo.

–Muchachos... –empezó Van Burén. De pie ante el pavo, con los brazos a lo largo de los costados, aguardaba a que se impusiera el silencio–. Antes de seguir adelante... –Se volvió hacia su derecha y sonrió–. Andy, ¿quieres hacernos el honor de bendecir la mesa?

–No, señor –declinó Andy, al tiempo que le devolvía la sonrisa–, no, mientras Rob Patterson esté sentado a esta mesa.

Ronroneó un murmullo de aprobación. Mark Mead, director ejecutivo del Consorcio Cristiano de Patterson, se separó un poco de la mujer sentada a su izquierda y sonrió a Andy.

–Muy bien dicho, Andy –aprobó.

El propio Patterson, junto a Rosemary, se puso en pie y declaró:

–Muchas gracias, Andy. En la vida me he sentido más halagado. Si tenéis la bondad de inclinar la cabeza...

Rosemary lanzó una subrepticia ojeada a través de la mesa; Andy le envió un guiño y se frotó el ojo como si se le hubiera metido en él una mota de polvo o algo así.

Al concluir el relativamente breve sermón, Van Burén procedió a trincar el pavo. Se le daba muy bien; no había más remedio que concedérselo. Doblado sobre el ave, operando encima de su parte exterior con el cuchillo, el tenedor y unas ocasionales tijeras, fue cortando lonchas de carne oscura, una tras otra, sin dejar de hacer comentarios.

–Como antiguo locutor de radio y televisión, Rosemary, puedo asegurarte con cierto alto grado de autoridad en la cuestión que ayer te desenvolviste magníficamente.

–Gracias –dijo Rosemary.

–Irradiaste candor y sinceridad. Que son cualidades admirables en una mujer.

–¿Y en un hombre no? –preguntó ella.

–¡Y siempre con la ocurrencia ingeniosa a punto! –Van Burén lanzó una sonrisita de duendecillo pícaro en dirección a Rosemary, en tanto seguía dándole al trinchado–. ¡Y eso es algo que valoro muy alto!

–Rosemary, querida.

Ella se volvió hacia Rob Patterson.

–Fue tan amable por parte de Andy –dijo éste–. Tan típico de su generosidad sin límites. Un momento que atesoraré durante el resto de mi vida.

Rosemary le sonrió:

–Eres demasiado amable.

–A veces, Rosemary –dijo Rob Patterson, y le rozó la muñeca–, tengo la impresión de que el mismo Andy se pasa un poco de bueno, de que es demasiado generoso, excesivamente tolerante. Pienso de modo particular en los A. P., en lo que concierne al asunto de las velas. Confío en que no compartas la postura tolerante de tu hijo. Creo que Mike tiene toda la razón en este caso; algo hay que hacer respecto a ellos, como no les cortemos las alas, ¡estropearán el acontecimiento para todos los demás, incluidos nosotros!

Rosemary sabía que los A. P. eran los ateos paranoides y que una de las cuñas publicitarias de los Hijos de Dios estaba relacionada con las velas, pero no tenía la más remota idea de lo que estaba hablando Rob Patterson. Lanzó una mirada en busca de ayuda, pero el Gran Comunicador estaba en comunicación con el Gran Rebanador.

La rescató la mujer que ocupaba el asiento contiguo al hombre, por el otro lado, y que le palmeó en el brazo con entusiasmo.

–¡Venga, Rob, no vuelvas a empezar de nuevo con tus vociferaciones contra los ateos paranoides! Hoy es el día que nosotros dedicamos a las bendiciones, no a las maldiciones, ¿verdad, Rosemary? Andy dice que unas cuantas velas más o menos no tienen importancia, ¡y eso es suficientemente bueno para mí! ¡Debes de estar rebosante de orgullo! ¡Merle y yo nos ponemos a tirar cohetes si el chico permanece

dos años en el mismo colegio!

–Andy –dijo Mark Mead, que, sonriente, se inclinó hacia el otro lado de la mujer situada a su izquierda–, ¿te importaría pasarme el apio?

En el extremo de la mesa, Joe captó la mirada de Rosemary y la saludó agitando los dedos.

Rosemary le devolvió el gesto.

Joe presentaba todo el aspecto del buen republicano, allí sentado, con la cabeza apoyada en la mano y dedicado a escuchar a la señora Lush Rambeau.

–¡Ay! ¡Jesús! –Van Burén dejó caer el cuchillo y se agarró la mano; goteó la roja sangre sobre la pechuga blanca del pavo.

Con un grito sofocado, Rosemary le lanzó su servilleta.

\* \* \*

En cuanto Andy subió a la parte posterior de la limusina, tras Rosemary, ésta se apoyó en el hombro de su hijo, entre gemidos.

–¡Dioses! ¡Qué... rollo! ¡Uauuuu!

Andy la abrazó mientras el cubículo negro arrancaba.

–¡Ah, pobre criatura! –dijo, y proyectó una lluvia de besos sobre la cabeza de Rosemary–. Gracias, gracias. Los buñuelos de maíz estaban buenos, ¿verdad?

Ella murmuró algo sobre el cuello del abrigo de Andy y volvió la cabeza para mirarle.

–¿Estoy loca –le preguntó– o distribuyeron la mesa copiando la distribución del cuadro de Norman Rockwell?

Andy se dio una palmada en la frente. :

–¡Sí! –exclamó–. ¡Eso es! ¡Por algo no me abandonaba la sensación de *deja vu!*

¡Era eso! Todos los objetos blancos, y las copas sencillas.

–Y el vestido y el delantal de Brooke, eso creo que también estaba en la pintura.

Exhalaban un suspiro. Andy retiró el brazo y se enderezaron en el asiento, a la vez que meneaban la cabeza. Se alisaron los abrigos, se arreglaron el pelo.

Las luces sacudían sus tenues fulgores, una sucesión de latigazos azulados.

–¿Eh, qué era eso de las velas? –preguntó Rosemary–. Capté algo sobre ellas al principio, pero luego...

–Una cosa que llevamos entre manos –repuso Andy–. Ya te lo explicaré después. ¿Crees que Mark Mead es homosexual?

–Tal posibilidad cruzó por mi mente –contestó Rosemary.

–Me parece que andaba tirándome los tejos.

–Van Burén hacía lo mismo conmigo –dijo Rosemary–. Irradio candor y sinceridad.

–Bueno, pues así es –confirmó Andy y le dio un golpecito en el pelo.

–Sí –articuló ella–. En especial cuando le miento al mundo entero a través de la televisión.

–Dijimos, no más entrevistas. A menos que tú lo desees.

–¿Qué hay de conversaciones con la gente?

Miraron por la ventanilla. Empezó una serie más lenta de azotes luminosos, luces ámbar.

–Sabes por qué lo hacía, ¿verdad?

–¿Por qué quién hacía qué? –preguntó Rosemary, y volvió la cabeza.

–Por qué Van Burén te tiraba los tejos.

–Irradio candor y sinceridad –le informó–. Y siempre tengo a punto una ocurrencia ingeniosa.

–Y posees una encantadora inocencia –adujo Andy–. También irradas *signaturas*. A petición. Una salida contigo y le votarán en todos los estados.

Rosemary se apartó y se puso a escudriñarle.

–Sigamos contigo –dijo.

Andy le sonrió.

–¿Has impuesto tu *cansina*, mamá! –dijo–. La gente adora a la madre de Andy más de lo que quiere a Andy.

–Oh, venga ya.

Rosemary le dio un metido.

Andy rió entre dientes.

Rosemary se acurrucó en el asiento. Se apoyó en el hombro de su hijo.

Luces rosadas, lentas y uniformes.

–¿Qué tal fueron las cosas en la Casa Blanca el sábado por la noche?

Andy se lo explicó durante unos veinticinco kilómetros o así.

–¡Vaya! –exclamó Rosemary.

Andy suspiró.

–Los demócratas son más divertidos –dijo–. Eso no tiene vuelta de hoja.

\* \* \*

–Las únicas salidas –dijo– están en las plantas del garaje, en el vestíbulo, en los pisos ocho, nueve y diez y en mi apartamento. El ascensor es el de más alta velocidad que permite la ley; en toda la ciudad sólo hay seis como él. Seiscientos metros por minuto. Lo que viene a ser...

–Ahórrame los detalles –le cortó ella.

Estaban frente al barbado mentón en una cámara cilíndrica no mucho más amplia que una cabina telefónica, disparados hacia arriba cada vez más deprisa, mucho más

rápido de lo que a ella le gustaba. Aquello era como un tubo de lápiz labial puesto del revés, cuero rojo hasta la altura del hombro, de sus hombros, y bronce u oro macizo, que ella supiese, desde allí hasta el reluciente techo.

–¿Montó esto sólo para ti?

–Me lo debe.

Movieron las mandíbulas hasta que los oídos saltaron.

–He marcado unas cuantas veces aquí.

–Ahórrame también esos detalles, Andy.

–Ya llegamos. Prepárate para la madre de todas las vistas, madre de todas las madres.

Un número 52 en rojo se encendió y silbó por encima de sus cabezas mientras disminuía la velocidad de ascenso.

La cabina se abrió dividiéndose a espaldas de Andy; éste retrocedió a través del espacio recién ampliado, la tomó de la mano y la condujo afuera –al tiempo que golpeaba la pared con la otra mano–, a una especie de casa-salón-sala cinematográfica-galería de arte suavemente iluminada, con suelo de color negro, sobria pero elegantemente amueblada en negro con adornos dorados, y la pared del fondo convertida en un Cinerama de ciudad y estrellas y una luna en cuarto creciente, sobre la que se movían luces de aeroplanos.

–¡Oh, Andy! –jadeó Rosemary, boquiabierta. Se mordió el labio.

Andy la hizo adentrarse en el piso, le quitó el abrigo, lo dejó caer, y se despojó del suyo mientras avanzaban entre sofás. Rosemary se balanceó, ante la puerta abierta de un avión al que faltaban escasos minutos para aterrizar. Abajo, el parque era una alfombra oscura; el East Side y varios kilómetros, una rutilante exposición de feria mundial. Por encima, la blancura selenita bañaba las estrellas de un cielo color azul cobalto.

–Una noche perfecta –comentó Andy, encuadrando entre los codos el cuerpo de Rosemary, por detrás, para subir los brazos y apoyarlos por delante en los hombros de su madre.

Ella se echó hacia atrás, contra el cuerpo de Andy, y suspiró.

–Pedí luna llena –dijo él, con la mejilla sobre la sien de Rosemary–, y me han enviado eso. ¿Qué le vas a hacer?

Rosemary sonrió, mientras contemplaba el rutilante diorama y acariciaba la mano de Andy, apoyada en su hombro. Él alargó el otro brazo, para señalar:

–Ese es el puente Whitestone... Y ahí está Queens, todo el tinglado...

–Es increíble –dijo Rosemary.

Descendió el brazo de Andy, que la retenía por la cintura y el hombro, al tiempo que la besaba en la oreja.

–También yo tuve un agujero de veintisiete años –dijo, cálido el aliento–, con la

diferencia de que lo pasé despierto.

–Andy...

–No te tuve cerca de mí cuando me tocaba aprender lo referente a las mujeres, ni durante la adolescencia y todo eso, así que ahora, en el mismo instante en que disponemos de este tremendo vínculo entre nosotros, tú eres alguien que irrumpe en mi vida..., alguien mayor, desde luego, pero mucho más hermosa que cualquier otra mujer de este planeta.

La hizo dar media vuelta y la besó en la boca, oprimió con fuerza su cabeza y su cintura, la apretó contra sí cogida del talle, acarició con su lengua la lengua de Rosemary. Ella forcejeó hasta zafarse; Andy se echó hacia atrás –sus ojos de tigre recobraron su tonalidad avellana– y retiró los brazos; respiraba entrecortadamente.

Rosemary se cubrió la boca con el dorso de la mano, le miró fijamente, estremecida, doblemente sobresaltada por lo que había visto y por lo que Andy le había hecho.

–Tus antiguos ojos... –articuló.

Andy respiró hondo, alzó la mano un momento, tragó saliva. Volvió a respirar. La contempló, con los ojos color avellana. Asintió.

–Siguen ahí –confesó–. Es una manera de... desear que parezcan distintos. Perdí un poco el control.

Ella se le quedó mirando.

–¿Un poco? –dijo–. ¿Eso fue «perder el control un poco»?

Andy se inclinó hacia ella.

–¡Tú eres la única mujer, la única persona con la que puedo estar!

Mientras hablaba, sus ojos adoptaron la condición atigrada, que enseguida se desvaneció.

Aspiró aire, permaneció erguido y sacudió la cabeza como si tratara de aclarársela.

–Con todas las demás –dijo–, temo dejarme llevar hasta el final. Incluso en la obscuridad.

Rosemary retrocedió en torno a él, al tiempo que sacudía la cabeza, alzada la mano.

–Lo siento, Andy –lamentó–. Te compadezco, te quiero, pero...

Sacudió de nuevo la cabeza, retrocedió unos pasos.

Andy levantó ambos brazos.

–Soy yo el que lo siente –dijo–. He perdido el control no un poco, sino mucho. Nunca más volverá a ocurrir. Te lo juro. Por favor. Perdóname, te lo suplico. Escucha, iba a decírtelo, mañana salgo de viaje y quizás eso sea bueno. Lo es. Puedes ir a visitar a tu familia. Yo voy a estar de retiro unos días y después viajaré a Roma y a Madrid. Estaré de regreso el seis de diciembre, lunes.

Rosemary exhaló el aire de sus pulmones. Asintió con la cabeza.

–Supongo que es buena cosa –dijo–. Quizá los dos hemos sido... nos hemos esforzado más de la cuenta tratando de recuperar el tiempo perdido.

–No te incluyas en la culpa –repuso Andy–. Fui yo, no; nosotros.

–Nunca –hizo hincapié Rosemary–, *nunca* permitas que vuelva a suceder algo parecido a esto.

–No lo permitiré, lo juro.

Rosemary respiró.

–Buenas noches –se despidió–. ¿A qué hora te vas?

–Temprano –dijo Andy–. Joe me llevará al aeropuerto, pero volverá enseguida, por si le necesitas. Todos los demás también están a tu servicio. Cualquier cosa que desees, no tienes más que pedirla. Y también tienes el número de teléfono que te di; funciona en todas partes.

–Gracias. –Rosemary dio media vuelta y recogió su abrigo. Volvió la cabeza para desear–: Que tengas buen viaje.

Andy esbozó una semisonrisa.

–Tú también. ¿Crees que irás?

–Probablemente. –Le miró. Dijo–: Te quiero.

–Te quiero –correspondió él–. Perdóname, por favor.

–¿Cómo se llega al ascensor normal? –preguntó Rosemary.

–Coge éste –dijo Andy–. Puedes apearte en el vestíbulo y luego torcer a la derecha. Aún estarías esperando el ascensor normal cuando con éste habrás llegado a la séptima.

Rosemary suspiró.

–Y me habré mareado para acabarlo de rematar...

Pero se dirigió a la pared de ónice, pulsó el botón situado junto al cilindro de metal y la cabina se abrió. Entró en el Revlon Express, se volvió y saludó con el brazo a Andy ante las resplandecientes y parpadeantes luces. Andy la besó.

Rosemary apretó la V y cuando la cabina se cerraba en torno suyo, pulsó APERTURA.

Andy estaba de cara a la ventana; la luz le hizo volverse. La miró, enarcadas las cejas.

–Las velas –recordó Rosemary–. Ibas a contármelo.

–Ah. –Andy sonrió y se encogió de hombros–. Es sólo un proyecto que tenemos en marcha, velas encendidas para saludar al año 2000. Una idea bastante cursi, pero la gente la ha acogido bien, a excepción de los ateos paranoides. Incluso la mayoría de los ateos están dispuestos a encenderlas –¡toma ya!–, pero queda ese puñado que se niega, a causa de nuestro nombre, los Hijos de Dios.

Rosemary salió del ascensor y le examinó a través del salón.

–¿Quieres decir que *todos* encenderán su vela? –preguntó–. ¿Todos en todo el país?

–En todo el mundo –confirmó Andy–. Excepto unos pocos bosquimanos, quizá. En calles y parques, en casas, tiendas, escuelas, iglesias, mezquitas, sinagogas, burdeles..., en todas partes. En el primer minuto del año 2000, hora del meridiano de Greenwich. A las siete de la tarde aquí, a medianoche en Londres, por la mañana en Moscú... Se supone que simbolizará... ya sabes, «una raza humana revitalizada y renovada».

Rosemary continuó mirándole a través de la estancia, de pie allí, ante la luna, las estrellas y la ciudad.

–Andy –articuló–, eso no es cursi, es una idea preciosa... –Dio unos pasos hacia él–. ¡Serán un billón de puntos de luz!

El cilindro metálico se cerró a su espalda.

Andy sonrió.

–Algo así como más de ocho billones –calculó–. Las velas son nítidas: azul celeste por la parte exterior, con núcleo central amarillo. De forma que cuando las miras desde lo alto, de arriba abajo, son como el logotipo.

–¿Hay velas especiales? –dijo Rosemary.

–En tubos de cristal. –Asintió Andy. Con el pulgar y el índice indicó la altura de un vaso largo–. Llevamos ya más de un año fabricándolos. Es uno de nuestros proyectos más importantes. Catorce fábricas en Japón y Corea. Trabajan día y noche, siete días a la semana.

–¡Oh, Andy! –exclamó Rosemary; dejó caer el abrigo y se le acercó–. ¡Es una idea hermosa! ¿A quién se le ocurrió?

Andy se removió un poco, como abrumado, sonrió y dijo:

–A ver si lo adivinas. Da tres nombres.

Ella le abrazó.

–¡Oh, ángel mío! –Le besó en la mejilla–. ¡Es maravilloso! ¡Hará del Fin de Año un acontecimiento realmente importante para toda la humanidad!

–En términos generales, esa es la idea –le sonrió Andy.

–¡Es fantástico! –Volvió a abrazarle y a besarle–. ¡Me siento tan orgullosa de ti!

Repitió el abrazo y los besos.

–Si pretendes que me comporte...

–¡Huy!

Con los brazos levantados, Rosemary retrocedió. Le besó y recogió el abrigo.

–Que tengas un viaje maravilloso, maravilloso –deseó–. ¡Vuelve a casa cuanto antes, cariño! ¡Te echaré tanto de menos!

–Lo mismo digo, mamá –repuso Andy; le dedicó una sonrisa rutilante frente a su universo de luces.

Rosemary apretó el botón de apertura de la puerta del ascensor, subió a la cabina, se volvió, agitó el brazo y pulsó la V.

Dejó escapar un suspiro al quedar encerrada dentro de la cabina.

¡Qué hermosa, qué hermosísima idea! ¡Todo el mundo, en todas partes, toda la humanidad civilizada encendiendo las velas amarillas y azul cielo de los Hijos de Dios, en el primer minuto del año 2000, hora del meridiano de Greenwich!

Lástima que unos cuantos excéntricos deslucieran algo el proyecto, pero desde luego tenían sus derechos, como Andy sabía perfectamente.

¡Qué ángel! ¡No era de extrañar que le adorase el mundo entero!

Verdaderamente: ¿Hubo *alguna vez, alguna* madre, en *alguna* parte que tuviese tanta razón para sentirse orgullosa de su hijo?

Sólo María, se respondió –mientras bajaba hacia el centro de la tierra a la velocidad de seiscientos metros por minuto–, sólo María.

# DOS



Decidió aplazar la visita a Omaha hasta pasado el día de Año Nuevo. De sus cinco hermanos, todos mayores que ella, tres continuaban vivos, una hembra y dos varones. Había hablado por teléfono dos veces con cada uno de ellos, una vez como Rip van Rosie y otra como madre de Andy... Probablemente esas ocasiones representaban mucho más tiempo del que había hablado con ellos en todo el año que precedió al día en que los miembros del aquelarre la apartaron de la circulación. Brian, el hermano al que más apreciaba, que se había unido a Alcohólicos Anónimos, gracias a Dios, y estaba seco desde el 82, iba a partir el lunes junto a su esposa Dodie, con motivo de su treinta y cinco aniversario, para emprender un crucero alrededor del mundo –encenderían sus velas en Auckland (Nueva Zelanda)– y Eddie, el menos santo de su devoción, no parecía haber cambiado nada con el tiempo.

–Dile a Andy que su tío Ed habla en nombre de treinta mil miembros del gremio de carniceros cuando dice, con todos los respetos, que debería dejar de ser tan blandengue con los ateos paranoides. Van Burén tiene razón; deberíamos *obligarles* a encender velas, a punta de pistola si es preciso.

\* \* \*

Judy fue Vassar '93 y naturalmente era muy bonita, con su luminosa cabellera negra recogida en recatado moño, su piel color canela, sus ojos espléndidamente orillados de negro y su lunar rojizo, del tamaño de una moneda de diez centavos, por encima del puente de la nariz. Llevaba la chapa de I♥ANDY prendida en un sari de tono pastel. Su apellido era Kharyat. El lunes por la mañana, envuelta en seda color lima, llevó a Rosemary un desglose efectuado en impresora de ordenador de los miles de mensajes recibidos desde las seis de la tarde anterior, junto con los modelos que se sugerían para responder a la mayor parte de ellos.

Se sorbía la nariz y se secaba los ojos continuamente, mientras Rosemary y ella trabajaban en la mesa colocada junto a la ventana del salón. A ese paso, el rímel no le iba a durar hasta la hora del almuerzo. Rosemary le tocó una mano y le preguntó:

–¿Ocurre algo malo, Judy?

Judy suspiró, sus ojos castaños miraron tristemente a través del negro chafarrinón del lápiz de ojos que quedaba allí.

–Un *chico* –dijo, y levantó la vista–. ¡Oye, no puedo creerlo!

Sollozó y se aplicó el pañuelo de papel a los ojos. Rosemary suspiró y asintió con la cabeza; recordaba a su Guy.

–Seguro que le pueden hacer polvo a una –declaró. Palmeó la mano de Judy.

Animó—: Si quieres contármelo, soy una buena oyente.

Se parecía por oírlo.

—Gracias —articuló Judy, y se las arregló para esbozar una sonrisa, mientras se enjugaba los ojos—. Sobrevivo.

Cuando se disponían a marchar, Rosemary vislumbró en el maletín de Judy unas cuadrículas de crucigrama, rellenas con letra cuidadosamente caligrafiada.

—¿Juegas al *Scrabble*? —le preguntó.

A la preciosa india se le iluminó el rostro.

—¡Apuesta a que sí! ¿Dos minutos de límite...?

—Hummm... Una noche, dentro de poco —pospuso Rosemary.

\* \* \*

La división de TV ocupaba la cuarta parte de la planta décima, en el noroeste. Al acercarse al despacho de Craig, Rosemary pasó por delante de unos cuantos miles de palmos cuadrados de compartimentos desiertos con escritorios vacíos: ordenadores y teléfonos, pero ni un alma. Cuadros y papeles clavados con chinchetas en las mamparas...

Ataviados con pantalones vaqueros y camisetas de manga corta de los Hijos de Dios, apoltronados en sus sillones y apoyadas las zapatillas deportivas que calzaban en la mesita de café, Craig y Kevin veían la televisión: Edward G. Robinson en una película en blanco y negro. Ellos también eran personas en blanco y negro (aunque se suponía que usar la voz negro estaba fuera de lugar, por no decir proscrito). Craig parecía Adam Clayton Powell y Kevin hubiera parecido un muchacho de diecinueve años llamado Kevin... de no ser porque hoy en día bastantes Kevin de diecinueve años son probablemente bajos y además chinos.

—¡Rosemary! ¡Hola! —saludaron y se pusieron en pie de golpe.

Kevin volcó su Coca-Cola.

—Sentaos, sentaos —dijo Rosemary—. ¡Caray, qué vista más maravillosa!

Se llegó a la ventana y su mirada dejó atrás los edificios del West Side para llegar al río Hudson y recorrer de punta a cabo, en toda su longitud, el puente de George Washington.

—¿No es formidable? —comentó la voz profunda de Craig, a espaldas de Rosemary.

—¡Fantástico! —Rosemary se volvió, movió la cabeza en dirección a la puerta y quiso saber—: ¿Dónde está la gente?

—Vacaciones desde Acción de Gracias hasta Año Nuevo —explicó Craig—. Todo el personal.

—Eso es generosidad —dijo Rosemary.

–Andy es así –sonrió Craig–. No hay mucho que hacer; el espectáculo de Año Nuevo está listo.

–¿Qué me dices de lo que hay en rodaje?

–No gran cosa –repuso Craig–. Estamos reduciendo la producción para el año próximo. Casi todo serán reposiciones.

Kevin limpió la mesa con toallas de papel.

–¿Qué estabais viendo? –preguntó Rosemary, con los ojos puestos en Edward G. Robinson, que le suplicaba a Hedy Lamarr, no, a una dama que se parecía a ella.

–*La mujer del cuadro* –dijo Craig–. Fritz Lang, 1944.

–No creo haberla visto –dijo Rosemary.

–Es buena. Cine negro.

Se sentaron y miraron la película durante unos minutos.

–¿Me querías ver por algún motivo en particular? –preguntó Craig.

–Sí –dijo Rosemary.

–Perdón, tenía que habértelo preguntado en cuanto llegaste. –Se puso en pie. Se dirigió a Kevin–. Tú sigue mirando la película. Vamos adentro.

Le mostró a Rosemary el despacho contiguo. Allí todo daba la impresión de que no quedaba nada por hacer; encima de dos mesas escritorio había pilas de documentos, impresos de ordenador y revistas, a lo largo de una pared había monitores, altavoces y un equipo de audio; en las otras, estantes con casetes y discos. Craig separó dos sillones giratorios móviles.

Cuando Rosemary tomó asiento, Craig la imitó, hizo rodar su sillón para acercarlo al de ella y se inclinó hacia adelante, apoyados los codos en los brazos del sillón, entrelazadas las manos, ladeada la cabeza, listo para escuchar.

–Lamento que, incluso aunque Andy haya bajado la temperatura en términos generales, quede todavía un punto caliente, el que se refiere a los ateos paranoides y la forma en que reaccionan. Ignoro qué tenéis en marcha...

–Casi nada –dijo Craig.

–... y tampoco deseo meter baza allí donde no hago falta...

–Rosemary –declaró Craig–, aceptaremos de mil amores cualquier sugerencia que desees brindarnos.

–Sé que Andy quiere que se respeten los derechos de esa gente –manifestó ella–, ¿pero no parece que dista bastante de haber hecho lo suficiente sobre eso? Me gustaría ver un mensaje publicitario en el que enfocara el asunto frontalmente, y quiero decir frontalmente, un anuncio en el que hable sin tapujos a mi hermano Eddie, el coleccionista de armas, mientras aún hay tiempo de enfriar las cosas antes de Año Nuevo. De modo que tendría que hacerse enseguida. Y creo que de manera sencilla sería mejor que complicada.

Craig bajó la vista, y golpeó rítmicamente el suelo con las zapatillas deportivas

que calzaba.

–Eso tiene mucha lógica, Rosemary –opinó–. ¿Lo has comentado con Andy?

–No –dijo la mujer–. Deseaba comprobar primero si había en marcha alguna cosa, y consultarte a ti.

–Gracias, es un detalle que aprecio –repuso Craig–. ¡Eh, tengo una idea! ¿Por qué no damos un repaso a lo que hemos hecho –los especiales, las cuñas publicitarias, todo el cotarro– y luego, cuando Andy esté aquí de vuelta, que será... ¿cuándo?, ¿el lunes?, tú lo preparas a toda velocidad y nosotros podemos montar una reunión para tratar no sólo esto, sino también la manera de evitar tanto recorte de la nueva producción. Eso fue idea de Jay... ya sabes, el genio de los números. –Meneó la cabeza y se dio unos toquitos en la sien–. Esa clase de gente, no sé de dónde salen.

Enseñó a Rosemary el modo de utilizar la reproductora de casetes y su mando a distancia, así como la forma en que, más o menos, se preparaban las cintas... la producción propia de los Hijos de Dios, la cobertura de noticias relativas a sus actividades y los documentales de todas clases sobre temas relacionados con las mismas. También las películas, algo sobre los discos de larga duración que usaban diferentes tocadiscos.

–¡Es impresionante! –exclamó Rosemary, y miró a su alrededor–. No tendréis por casualidad *Lo que el viento se llevó*, ¿o sí?

–Mira por dónde, sí que la tenemos –sonrió Craig–. Incluidas pruebas, tomas desechadas y un montón de material diverso.

–¡Oh, Dios! –exclamó Rosemary–. ¡Estoy en la GLORIA!

\* \* \*

–Buenos días, ¿puedo preguntar quién llama? –articuló una agradable voz femenina con un pelín de L japonesa en la pronunciación.

–Aquí, la madre de Andy –dijo Rosemary–. Él me dio este número.

–Un momento, por favor. ¿Habla Rosemary E. Reilly?

–Sí –dijo Rosemary.

–Hágame el favor de colgar, Rosemary. Andy corresponderá a su llamada enseguida. Si desea usted llamar a un número distinto, pulse el uno.

Rosemary colgó, con la sospecha de que había estado hablando con un microcircuito integrado de ordenador. Habría tenido que ver *El mundo está loco, loco, loco*.

Levantó un poco más los almohadones sobre los que descansaba la espalda, se puso las gafas, tomó la otra mitad de la medialuna de encima del plato que estaba sobre la bandeja, qué diablos, y empezó a morderla mientras echaba un vistazo al crucigrama. Solucionó mentalmente la esquina superior izquierda y pasaba la página

del periódico con una sola mano para pasar al suplemento de libros cuando sonó el teléfono. Soltó el periódico y el trozo de medialuna, se chupó la yema de los dedos para eliminar las migas, se limpió los dedos frotándoselos en el satén de la ropa de la cama y descolgó el auricular.

–¿Hola?

–Hola, mamá, ¿todo va bien?

–¡No podría ir mejor! –respondió Rosemary–. ¡Desayuno en la cama! Me siento como en una película de la MGM, la vieja Metro Goldwin Mayer. Norma Shearer, Garbo...

Se dejó caer sobre la seda.

Andy rió al oído de Rosemary.

–Creo que deberías cortar.

Sonriente, ella se quitó las gafas y preguntó:

–¿Dónde estás, ángel?

–En Roma, precisamente en el lugar más adecuado para un ángel.

–Tu voz suena como si estuvieses a la vuelta de la esquina.

–Ya me gustaría. ¿Qué ocurre?

–No pretendo ser avasalladora, pero... –empezó.

–Si se trata de Craig y del mensaje comercial, le llamé para otro asunto y me lo ha contado. Creo que es una gran idea.

–¿De verdad? –dijo Rosemary.

–Absolutamente. Hay que hablar con alguien que mire las cosas con ojos nuevos, ¿y quién puede tener ojos más nuevos que Rip van Rosie? No sólo respecto a los anuncios, sino también respecto a todo lo que está en marcha. Has puesto el dedo sobre una llaga que yo debería haber detectado hace semanas. Pondremos manos a la obra ya, tú incluida. Lo que siento es verme ahora en medio de un asunto que me impide estar allí ahora. Vuelvo el sábado.

–¡El sábado! –exclamó Rosemary.

–He cancelado la visita a Madrid. –Un segundo–. Hasta ahora, nunca había echado de menos a nadie.

\* \* \*

Vio el lote completo de cuñas publicitarias y mensajes especiales de los Hijos de Dios –los mejores del medio, indudablemente–, magníficamente producidos, escritos y puestos en imágenes con elegancia y sensibilidad... En todos figuraba Andy. A veces, cuando hablaba con ella, acerca de la gran iluminación, de encender la vela de Rosemary, y demás, la mujer casi veía en los ojos nuevos el titilar de los antiguos. Ella entonces rebobinaba la cinta, detenía el retroceso, avanzaba las imágenes poco a

poco, fotograma tras fotograma, pero no, allí no había nada... sólo los ojos color avellana y el recuerdo de Rosemary, en el que volvía a captar sus hermosos ojos de tigre como colofón al beso, aquel beso maligno, espantoso...

Pero, realmente, ¿podía alguien reprochárselo? ¡Pobre ángel solitario...!

Y no era como si ella tuviese el aspecto físico que debía de tener su vieja madre. Todo artículo que aparecía en los diarios y revistas y toda noticia de los bustos parlantes de la televisión... en fin, era inútil pensar siquiera en lo que tenían que decir sobre el particular.

Lo miró, cinco o seis veces, una cuña de diez segundos en la que Andy aparecía como el mejor Jesucristo, fuerte, bondadoso y guapísimo, ni más ni menos, mientras le encargaba a su madre que no se olvidara de recoger las velas en el supermercado, o donde las adquiriese, las pusiera en un lugar fuera del alcance de los niños, y esperase a abrir el paquete de plástico hasta el momento en que lo hiciera todo el mundo, justo antes del Encendido.

Después de eso, como descanso, miró las pruebas y las tomas desechadas de *Lo que el viento se llevó*.

## 8

Pasó el viernes con los nervios como tirabuzones, pensando en que al día siguiente por la tarde Andy estaría en el aire, a diez mil metros de altitud.

Y que aterrizaría al día siguiente por la noche...

Hacia media tarde llamó a Joe con el fin de ponerse de acuerdo con él para acompañarle al aeropuerto.

–El gimnasio, centro de ejercicios físicos o lo que sea –dijo Rosemary–, es mixto a todas horas, ¿verdad?

–Unisex. Claro. ¿Cuándo piensas ir?

–Ahora –manifestó ella–. Quiero soltarme un poco. Estoy algo tensa con eso de que Andy llega mañana.

–Dame veinte minutos. Me dejaré caer por allí para presentarte a los muchachos y garantizar el que nadie se meta contigo.

–No quiero que se eche a nadie por mi culpa, Joe –dijo Rosemary.

–Sólo es cuestión de enseñar a la gente el modo en que debe comportarse, nada más. No te preocupes.

–Estupendo –dijo Rosemary–. Gracias. Cuando estés a punto. Sin prisas.

Pedalearon uno junto al otro en bicicletas estáticas. Joe le habló de Verónica, su ex después de veinte años, que trabajaba ahora en el sector inmobiliario en Little Neck, y de Mary Elizabeth, su hija, que iba a hacer un *master* en económicas en Loyola. Rosemary le habló del mensaje publicitario propuesto y de lo que le complacía colaborar activamente con los Hijos de Dios. Ambas ideas le parecieron de perlas a Joe.

Rosemary saltó a la comba, fatal, fatal, mientras Joe golpeaba y golpeaba con los puños, impresionantemente, el saco de tierra.

–Solía boxear –explicó, sin dejar de practicar el juego de piernas, dale que te pego, simultáneamente, al saco–. Guantes de oro. Peso medio.

–Yo solía saltar a la comba –repuso ella, mientras soltaba aquella maldita cuerda, que se le había enroscado en los tobillos–. En el equipo juvenil del instituto de Omaha, dos años en el campeonato escolar.

–Se ve por tu forma –dijo Joe, martilleando el saco.

Camaron uno junto al otro en las cintas deslizantes.

–Un lugar formidable, ¿eh?

–Oh, tremendo –convino Rosemary–. Un verdadero elevador de la moral.

Los fogonazos de una sesión fotográfica se disparaban al otro lado de la sala. Muchachas inmensas con trajes de baño minúsculos.

Joe adoptó un aire despectivo y desvió la vista, mientras seguía andando.

–No es mi estilo –dijo–. Ronnie era modelo de alta costura cuando empezamos a

salir juntos. La primera vez que me dio de lado llamé a Personas Desaparecidas. – Sonrió a Rosemary–. Mi madre era alta y delgada, un palo de escoba. Ya sabes lo que nos pasa a los chicos: «Quiero una chavala, justo como la chica, esa que se casó con mi querido papá».

Sin interrumpir las zancadas, Rosemary asintió.

–Sí, sé cómo es eso –dijo–. Lo sé.

\* \* \*

Seguía con los nervios de punta cuando volvió a la *suite*. Llamó a Judy, que se encontraba en casa y parecía estar en plan lacrimógeno. Más que aceptar la invitación, se precipitó sobre ella.

Llegó a las ocho en punto, con un pañuelo, un abrigo de paño con los hombros mojados y una bolsa de Bloomingdale, de color castaño. Bajo el abrigo, el sari era de color melocotón; de la bolsa salió un tablero de plástico del juego de *Scrabble* con un plato giratorio incorporado y recipientes moldeados para las fichas de las letras, una bolsa con cordón, dos plantillas negras, un reloj de arena en miniatura en una caja plateada y, naturalmente, un marcador.

Dispusieron todos los elementos del juego encima de la mesa situada junto a la ventana. Caía una nevada ligera, que espolvoreaba de blanco las copas de los árboles del parque y tendía una capa de neblina sobre los acantilados de luces de la Quinta Avenida a lo largo de ochocientos metros. Rosemary ganó la primera jugada.

A través de los cristales de las gafas observó las letras de JETTY IR de la plantilla, mientras se esforzaba en no pensar en hielo acumulándose sobre alas de avión, y en el maldito reloj puesto en un lado de la mesa (la arena se terminaba). Cogió las letras por grupos. Las colocó en los cuadros del tablero para formar la palabra JITTERY [NERVIOSO].

–Doble sobre la J –dijo–, doble palabra, cincuenta puntos de bonificación.

Judy golpeó el artilugio... no con una uña especial, sólo con un juego de perlas ovaladas.

–Cien –declaró–. Buen principio.

–Gracias –repuso Rosemary; lanzó a Judy una mirada por encima de las gafas, al tiempo que extraía nuevas letras de la bolsa.

Judy le dio la vuelta al reloj de arena, miró el tablero a través del rímel, parpadeó y procedió a colocar letras bajo la J, hasta formar JINXED [GAFADO].

–Doble palabra –dijo.

Rosemary cogió un puñado de letras, alargó la mano sin darle la vuelta al tablero y formó la palabra FOXY [ASTUTO], aprovechando la X y valiéndose del espacio libre que quedaba al lado de ésta.

Judy gimió, lloró y se mesó el pelo.

–¡Ahora ha destrozado también mi Scrabble! ¡Mira lo que hice! ¡Una X junto a un espacio libre! ¡Has ganado! ¡Me ha fundido el cerebro! ¡Él ha convertido mi vida en una MIERDA! ¡Me ha gafado! ¡Me ha gafado! ¡Por eso vi la palabra!

Se arrojó encima del tablero, sollozó y empezó a pegar puñetazos en la mesa.

–Oh, querida –dijo Rosemary, al tiempo que cogía el reloj de arena. Lo puso vertical y se levantó. Rodeó la mesa, se inclinó sobre Judy, le acarició el pelo y se lo echó hacia atrás–. ¡Ah, Judy, ah Judy...! Ningún hombre merece que nos disgustemos por él, ni siquiera..., oh, Dios, es Andy... ¿verdad? ¿Verdad que es Andy? Es él, ¿verdad?

Síes gimoteados entre sollozos, síes y Andys.

Rosemary asintió y dejó escapar un suspiro. Sus reflejos perdían rapidez. Era la edad propecta.

Judy se levantó de encima del tablero, sin dejar de llorar, con las fichas de las letras desprendiéndosele de las mejillas y el rímel aguantando sorprendentemente bien.

–¡Odio a Andy! –alzó la voz, rasgó la seda del vestido al arrancarse bruscamente la chapa, que arrojó contra la ventana–. ¡Sólo la llevaba porque no quería que tú sospechases! ¡Le odio! ¡Me fabricaré mi propia chapa para proclamar mis verdaderos sentimientos! ¡Oh, Rosemary, si conocieses toda la historia, si supieses lo que va a pasar en el noveno...!

–Chissst, chissst. –Rosemary la abrazó y trató de consolarla–. Chissst. Cálmate, querida –dijo–. Chissst. Respira hondo, lo que se dice profundamente. Eso es... Así, buena chica... Vamos... Eso está ya un poco mejor. Y ahora, ¿por qué no te das en la cara unos toquitos de agua iría y luego charlamos tú y yo largo y tendido? ¿Te gustaría beber algo? Hay servicio de habitaciones, de modo que si te apetece algo de comer, no tienes más que decirlo.

\* \* \*

Se acomodaron en el sofá.

–Habló en un acto organizado a beneficio de los damnificados indios por las inundaciones –explicó Judy, mientras se enjugaba los ojos–. El verano pasado, en el Madison Square Garden. Yo presenté una propuesta que había redactado para la mejora de los sistemas de distribución de alimentos y conseguí entregársela personalmente. En aquel mismo instante surgió el chispazo entre nosotros.

Rosemary asintió, a la escucha.

–Al cabo de unos días –prosiguió Judy–, me convocó aquí, en su despacho, y me invitó a unirme a los Hijos de Dios, al principio en calidad de secretaria, pero con la

perspectiva, la promesa, de subir más alto. Iniciamos una relación –en plan de igualdad–, pero en cuestión de días, mejor dicho, de noches, se hizo dueño y señor de mí. No puedes imaginar, ni por lo más remoto, lo increíblemente buen amante que es.

–No –respondió Rosemary–, no, claro que no, dado que soy su madre. No, desde luego, me es imposible. No.

–Quiero decir en sentido general –dijo Judy. Se acercó más a Rosemary–. En mi cultura, las mujeres estamos siempre dispuestas a confiar en las demás en lo que se refiere a cuestiones íntimas. Tengo dos hermanas casadas y a mis compañeras de cuarto en Vassar nada les gustaba más que hablar de sus actividades sexuales. Así que aunque sólo he conocido a otro hombre más –un tipo llamado Nathan del que lo mejor que puedo decir es que era un canalla–, sé que todos los hombres, y no sólo éste, se interesan más por su propia satisfacción que por la de su pareja. Y la verdad es que, cuando el orgasmo se acerca, las mujeres también hacen lo mismo, *n'est-ce pas*? ¿No nos entregamos todas en última instancia exclusivamente a nuestra propia excitación cuando empieza a elevarse?

Rosemary asintió.

–Andy no –dijo Judy, y suspiró–. Mantener siempre el dominio de sí parece formar parte de su naturaleza, siempre estaba pendiente de mí, de mis necesidades y de mis sentimientos. ¡Y de lo que está pendiente ahora es de las necesidades de ELLA, de sus malditos sentimientos! ¡No puedo soportarlo!

Se mesó el cabello.

Rosemary le cogió las muñecas.

–¿De quién? –preguntó–. ¿A quién te refieres?

–¡A la mujer que está en Roma con él! –gritó Judy–. ¡Y con la que se va a ir a Madrid! ¡Su nuevo amor! ¡La mujer con la que estuvo después de vuestra cena el día de Acción de Gracias, mientras yo me pasaba toda la noche esperando su llamada! ¡La que se llevó a su retiro el fin de semana, en vez de llevarme a mí! ¡Tiene que haber alguien! ¿Por qué otra razón iba a estar una semana sin dirigirme palabra, Rosemary, ni una sola PALABRA en ocho días con sus ocho noches? ¿Qué otra razón puede haber?

Rosemary guardó silencio durante un momento. Se encogió de hombros.

–No lo sé... –dijo.

–Y si eso fuera lo peor... –Judy respiró hondo, meneó la cabeza y lanzó una mirada de soslayo a Rosemary–. Me enseñó a practicar... unos numeritos que yo ni siquiera sabía que existiesen...

–Basta ya, no sigas –ordenó Rosemary, y su mano se cerró con fuerza en torno al brazo de Judy–. Desde luego, no quiero oír detalles. Pero te preocupas sin motivo. Andy no ha ido a Madrid, interrumpió ese viaje porque hay aquí alguien a quien él echa mucho de menos. Me lo dijo ayer por la mañana.

–¿Ah sí? –Judy se la quedó mirando.

Rosemary asintió.

–Sí –confirmó–. Vuelve mañana. Tengo la absoluta certeza de que te llamará. Me apuesto algo. Y estoy segura de que ha tenido alguna buena razón para no llamarte. También me apuesto algo.

–¡Oh, Rosemary! ¿Lo dices en serio? –preguntó Judy–. ¿De verdad no dices eso exclusivamente para que me sienta mejor?

Rosemary le sonrió.

–Judy –dijo–, soy la mamá de Andy. ¿Crees que te mentaría?

Judy sacudió la cabeza, sonriente.

–No –reconoció–, no. ¡Gracias, Rosemary! ¡Muchas gracias! –Se secó los ojos, suspiró, volvió a sacudir la cabeza–. Mírame, yo era una mujer inteligente y capacitada, con un trabajo importante que desarrollar... y él me ha hecho descarrilar por completo, me ha convertido en una pánfila llorica que pone una X junto a un espacio rosa.

Rosemary le dio unas palmaditas en la mano, se levantó del sofá y dijo:

–Vamos, empezaremos otra vez la partida desde el principio.

–¡No! –protestó Judy, al tiempo que se ponía en pie–. No sería justo. ¡Ya tenías cien! Es fácil volver a ponerla como estaba: tú tenías «jittery», yo formé «jinxed» y tú «foxy».

Sentada a la mesa, Rosemary denegó con la cabeza.

–No, cariño, empezaremos una nueva partida. Insisto.

–Vale, pero tú sales.

Mientras recogían las fichas de las letras, Judy preguntó:

–¿También los anagramas se te dan tan estupendamente?

Rosemary recordó aquel día, semanas antes de dar a luz, en que estuvo trasponiendo las letras del juego de las palabras, ordenándolas de modo que formasen alternativamente los nombres de STEVEN MARCATO y ROMÁN CASTEVET, mientras se daba cuenta de que el vecino que había trabado amistad con ella y con Guy era el hijo de Adrián Marcato, el satanista del siglo XIX que había vivido en la casa Bramford.

–Sí, se me dan muy bien –reconoció.

–La noche de Acción de Gracias –dijo Judy–, mientras esperaba a que Andy llamase, acabé por resolver el anagrama del asesino nunca visto, después de pasarme más de un año rompiéndome la cabeza tratando de solucionarlo mientras viajaba en tren o autobús o aguardaba en salas de espera. –Suspiró, se alisó el pelo–. Una compensación realmente ínfima, en verdad.

–Suena criminal –dijo Rosemary, al tiempo que sacaba letras de la bolsa.

–Fue una observación –dijo Judy–. El anagrama es «Roast Mules».

–¿«Roast Mules»?

–R, O, A, S, T –deletreó Judy, a la vez que le daba la vuelta al reloj de arena– M, U, L, E, S. Podían haberlo hecho como una palabra inglesa corriente de diez letras, tan corriente que la usaran los niños de cinco o seis años.

Tras revolver las fichas sobre el tablero, Rosemary dijo:

–Me encargaré de ello luego.

–No me vengas a implorar la solución –repuso Judy. Sacó letras de la bolsa–. Gastarás saliva en balde; soy inflexible. Y no vale utilizar el ordenador.

–No sé utilizarlo –dijo Rosemary–, pero la verdad es que tengo que aprender a dominarlo. ¡Qué magnífica herramienta! ¿Quién hubiera dicho que llegarían a ser tan pequeños y son baratos! ¡Antes llenaban habitaciones enteras! Doble en la Y, doble palabra.

A partir del espacio rosa central, fue colocando las letras de DANDY.

## 9

Le llevó de regalo un ángel: un mozalbete de pelo rizado, con una lira, un libro y un precioso par de alas, en relieve sobre una placa de terracota de unos veinticinco centímetros cuadrados, blanca sobre azul Della Robbia.

–Lo modeló Andrea della Robbia –informó Andy–. Hacia el año mil cuatrocientos setenta.

–¡Oh, Dios mío, Andy! –exclamó Rosemary, que acunó el relieve con ambas manos, como si lo adorase–. ¡Es la cosa más bonita que he visto en la vida!

–Se llama «Andy» –dijo él–. Por el ceramista, supongo.

Con una sonrisa en los labios, ella se puso de puntillas y le besó en la cara.

–¡Ah, gracias, cariño, gracias! –Besó también a Andy della Robbia... levemente, *muy* levemente. Se dirigió a su hijo–: ¡Mi hermoso ángel Andy! ¡Te adoro! ¡Te comería!

Le dio otro beso fugaz, apenas rozándole con los labios.

El desayuno-almuerzo del domingo fue la primera oportunidad que tuvieron de estar juntos. En el aeropuerto, Andy había salido por la puerta de personalidades importantes con dos hombres de edad. Parecían enzarzados en una discusión, de modo que tras un abrazo, dos apretones de mano fuera de la limusina –uno con un chino y otro con un francés–, y un intercambio visual con Andy, Rosemary volvió a la ciudad tal como salió de ella, en el asiento de delante, con Joe. Escucharon cintas de grandes orquestas de jazz de los cincuenta, charlaron acerca de los músicos y admiraron las vallas publicitarias que habían empezado a aparecer el primero de diciembre: Andy les sonreía de modo radiante por encima del texto del anuncio: *Aquí, en Nueva York, encenderemos nuestras velas a las siete de la tarde del viernes, 31 de diciembre. ¡Os quiero!*

Cuando se apearon de la limusina en la planta inferior del garaje del edificio –a las dos de la mañana, hora de Roma–, Andy sufría el clásico desfase horario. Cumplieron su cita matinal.

Rosemary y el camarero habían desplazado unos metros la mesa del *Scrabble*, al objeto de dejar espacio junto a la ventana para la mesa y las sillas del desayuno-almuerzo. Rosemary se acercó allí caminando despacio, ahuecadas las manos, y cuidadosa, *muy* cuidadosamente, dejó apoyada la placa contra el costado del carrito del servicio, de forma que Andy della Robbia fuera bien visible y, a su vez, pudiera verlo todo.

Sentado, al tiempo que untaba crema de queso sobre un bollo, Andy Castevet-Woodhouse manifestó:

–¡Tienes un aspecto espléndido! Esa es la clase de salto de cama que imaginaba.

–He de reunirme con Joe en el gimnasio a las once y media –repuso Rosemary,

ataviada con un chándal y zapatillas deportivas. Se sentó.

–Aja, ¿Joe y tú...?

–Disfrutamos de nuestra mutua compañía –declaró Rosemary, mientras desdoblaba su servilleta–. Me encantaría decirte que te ocupases de tus propios asuntos, pero la otra noche estuve jugando al *Scrabble* con Judy, así que no estoy en situación de hablar así. No cabe duda de que las mujeres indias lo hacen, al menos las que se sienten destrozadas, las maltratadas.

Andy emitió un gruñido y llenó su taza de humeante café.

–Realmente, deberías estar avergonzado de ti mismo –Rosemary agitó ante él un sobrecito de edulcorante–. Es una chica lo que se dice estupenda. ¡Y menuda campeona! Me venció dos veces y eso que yo soy buena. Pero no estoy acostumbrada al límite de dos minutos, aunque eso no es excusa. Vamos a jugar la revancha mañana o el martes.

Rasgó una esquina del sobrecito.

–Ya no me atrae –repuso Andy; levantó una loncha de salmón previamente clavada en los dientes de un tenedor de plata–. ¿Qué quieres que haga? ¿Fingir algo que no siento?

–Al menos debiste hablar del asunto con ella cara a cara.

–¡Ah, claro! –dijo Andy–. No la has visto en plan de fiscal del distrito.

Dejó el salmón sobre la crema de queso.

–Tengo la sensación de que no aguantarías un contrainterrogatorio –dijo Rosemary mientras removía el café.

Andy mordió y masticó, al tiempo que miraba por la ventana.

Rosemary tomó un sorbo de café, con los ojos sobre la placa.

–¡Es tan precioso, cariño! –exclamó–. ¡Te lo agradezco tanto!

Suspiró, atrajo hacia sí la cesta de los panecillos y bollos y rebuscó entre ellos.

Andy suspiró a su vez. Dijo:

–Tienes razón. No estoy en mi mejor momento. La llamaré luego. De todas formas, los domingos duerme hasta muy tarde.

Rosemary escogió una fina rebanada de bollo.

–Nos han invitado a una recaudación de fondos para la parálisis cerebral –dijo–. Para combatirla. Ya sabes. En el salón de baile, el miércoles, traje de etiqueta. Voy a ir con Joe. Dice que es un bailarín formidable, ¿lo es?

Andy se encogió de hombros.

–Bastante bueno –dijo. Tomó otro bocado.

–Pensé que quizá Judy y tú...

–Mamá –repuso Andy, y empezó a masticar–, ha dejado de resultarme atractiva. No puedo evitarlo. ¿Vale? Me gustaría poder hacerlo.

Rosemary extendió una delgada capa de crema de queso sobre la rebanada de

bollo y lo contempló con los ojos entornados.

–Llévate a alguna otra –sugirió–. ¿Vanessa tiene novio formal?

–No lo sé.

Rosemary se puso un trozo de bollo en la boca y empezó a masticarlo.

–Hice unas pequeñas operaciones en la tienda de Bergdorf –dijo–. Seis conjuntos vieja dama por un vestido tubular de seda arrancado de la espalda de Ginger Rogers. Se me figura que Joe cree ser Astaire y le seguiré la broma. Espero que no se lance por la borda.

Le pegó al bollo un bocado mayor y movió las mandíbulas mientras miraba por la ventana algo que debía parecerle interesante.

Con una sonrisa en los labios, Andy la observó.

–¿No eras la astuta? –dijo–. Tú ganas, somos cuatro. Pero después de Año Nuevo nos vamos a disfrutar de unas pequeñas vacaciones, tú y yo solos. Lo necesitaremos, puesto que durante todo un mes vamos a estar atareados de verdad. –Clavó los dientes del tenedor en un trozo del salmón de su plato, fruncido el entrecejo. Dijo–: Existe peligro real de que la sincronización se vaya al garete. Disponemos de sondeos que demuestran que un once por ciento de veteranos en todo el mundo aún creen que el Encendido se efectuará a medianoche en todas partes. ¿Puedes creerlo? Vamos a tener que hacer algo más. Y luego está el anuncio de los ateos paranoides. Me gustaría celebrar una reunión para tratar del asunto mañana a las tres; ¿te va bien? Craig, Diane y Hank. Quizá también Sandy; a ella suelen ocurrírsele buenas ideas.

–Tú los conoces a todos, yo no.

Levantó el rizo de salmón prendido en el tenedor, se lo puso en la boca y lo engulló, de cara a Rosemary, que tomaba un sorbo de café.

La mujer bajó la taza.

–No lo hagas –recomendó.

–¿Que no haga qué?

–Sigue con el avellana, don Chico Listo –dijo ella–. Hablo en serio, Andy. Y tampoco me vengas con que fue cosa de mi imaginación.

\* \* \*

Rosemary comprendió que disponer en la reunión de información específica sobre grupos de anarquistas paranoides podía ser de gran utilidad, de modo que pasó por la reunión del lunes de la Sociedad Cinematográfica con un susurrado «Hola, a todos» –Craig, Kevin, Vanessa, Polly y Lon Chaney, hijo, en cuya cara brotaba el pelo– y se fue derecha al despacho que aquella mañana había empezado a considerar como suyo. La ayudante de Craig, Suzanne, se lo reclamaría el lunes siguiente al día de Año Nuevo, pero tal vez podrían compartirlo, puesto que tal despacho contaba con

dos mesas.

Rebuscó entre las cintas de noticias y documentales, y se disponía a solicitar la colaboración de un ayudante experto en bancos de datos cuando tropezó con la cinta de la producción del año anterior del Sistema de Radiotelevisión Pública titulada *Anti-Andy*.

Mientras la miraba empezó a albergar serias dudas acerca de su absoluta objetividad –el narrador, un encantador a la par que locuaz sureño, lucía una gran chapa de I♥ANDY–, pero el metraje se había preparado de forma que las imágenes hablaran concisamente por sí mismas, e iban de lo estúpido a lo aterrador.

El más probable ganador de aquella división de imbéciles era la Brigada Ayn Rand, cuya media docena de cetrinos miembros rapados lucían grandes signos del dólar en sus camisetas de manga corta y otros más pequeños bajo las bandas. Se oponían a las exenciones de impuestos para las instituciones religiosas y apoyaban el «Confiamos en la Razón» sobre el papel moneda, por parte de todos, no sólo de los Estados Unidos. Habían secuestrado en Pittsburgh un tren de mercancías, al que ataron a ambos lados de la locomotora pancartas con la leyenda de ¡PAGAD VUESTROS IMPUESTOS, ANDY Y TODOS LOS HECHICEROS! Lo condujeron a través del país con su miembro femenino en la válvula, pieza simbólica basada en una de las novelas de Ayn Rand, pero que en gran medida carecía de significado para el público en general. Dejaron abandonado el tren en Montana, donde se supuso que la Brigada encontró refugio en un enclave del *laissez-faire* capitalista.

El terreno propicio para los manifestantes anti-Andy lo representaba la Unión Americana de Libertades Civiles, antes y ahora entregada a la buena lucha. Su portavoz dejó bien claro que amaba a Andy y que admiraba cuanto había hecho para mejorar las relaciones interraciales, suavizar el conflicto sobre el aborto, solucionar el problema irlandés y conseguir que árabes e israelíes volvieran a sentarse a la mesa de negociaciones. Santo Dios, ¿no llevaba dos chapas de I♥ANDY? Simplemente tenía la sensación de que si Andy se dirigía a grupos como la Junta de Jefes de Estado Mayor y gobernadores de todos los estados, entonces habría que rebautizar a los H. D., Hijos de Dios, como H. M., o sea, Hijos del Mundo, y si aquel era un problema de Europa, entonces, H. T., Hijos de la Tierra. ¿Y realmente tenía Andy que apoyarse tanto en su parecido con Jesucristo?

Brusquedad absoluta. La UALC (Unión Americana de Libertades Civiles) sorprendió a Rosemary.

El aterrador grupo anti-Andy, los Hermanos Smith, sólo la aterraba a ella. Habían sido pasto para los chistes de los cómicos de la madrugada anterior; los sureños presentaron unas cuantas muestras.

Cuatro montañeses con barbas más selváticas que sus tocayos de pastillas para la tos, los Hermanos Smith se habían refugiado en una cabaña de Tennessee

pertrechados con lo último en armamento militar y a través de megáfonos advirtieron al mundo que Andy era el hijo de Satanás, el Anticristo, y que no iban a rendirse sin combatir.

El FBI se limitó a esperar a que abandonaran la cabaña y ahora estaban en un hospital federal, afeitados, atendidos médicamente y sometidos a evaluación psiquiátrica.

\* \* \*

La reunión fue positiva en grado sumo y acabó casi antes de empezar. Participaron siete personas –Andy, Judy (con máquina estenográfica), Diane, Craig, Sandy, Hank y Rosemary– y se celebró en el despacho de Andy con vistas al Central Park South y la periferia del centro urbano. Una buena provisión de manjares vegetarianos y frutos secos cubrió la mesita de café; se sentaron en torno a ella, ocupando el sofá de cuero y varios sillones. Hank en su silla de ruedas motorizada.

–¡Tenías razón, Rosemary! –le susurró Judy, cuando entraron, radiante con su sari color ranúnculo y luciendo de nuevo la chapa de I♥ANDY–. ¡Un encuentro feliz, el de anoche!

Rosemary se alegró por la muchacha.

Y también por Andy, la comadreja embustera. «Mamá, ya ha dejado de atraerme. No puedo evitarlo. Me gustaría poder.» Rosemary le sonrió, al tiempo que tomaba un bastón de zanahoria del cuenco que Andy le ofrecía, asimismo con una sonrisa.

Todos se mostraron de acuerdo en que lo sencillo era mejor que lo complicado, tanto por efectividad como por rapidez de producción y, a partir de esa premisa, bote, pirueta y salto a la unánime decisión de emplear la misma técnica que había creado cuatro de los diez anuncios de mayor éxito de Andy... Lo que significaba que Diane y él se sentarían en sendas butacas en el estrado del anfiteatro de la planta inmediatamente inferior, la novena, y charlarían durante un par de horas acerca de los ateos paranoides y de sus derechos, mientras Mohamed y Kevin accionarían sus cámaras manuales. Posteriormente, Diane eliminaría metraje y éste se reduciría. Y se reduciría, y se reduciría, y se reduciría.

Sólo que esta vez, sugirió Diane, debía ser Rosemary quien mantuviese la charla con Andy, puesto que sus emociones y conocimientos del tema eran más sólidos que los de Diane. Por lo que a ella afectaba, podían embarcar a los ateos paranoides rumbo al Polo Sur. Además, Rosemary arrancararía a Andy respuestas emocionales mucho más ricas.

–Y dejar que ella pronuncie también algunas –dijo Diane–. Rosemary irradia honestidad y franqueza.

–¿Qué opinas, Rosemary? –preguntó Craig–. ¿Quieres echar una mano? Lo

máximo que podemos perder es unas cuantas horas mañana por la mañana. Andy, doy por supuesto que a ti te parece bien, ¿no es así?

A partir de entonces, fue una fiesta. Andy descorchó una botella de vino, y William y Vanessa irrumpieron con otra. William, nuestro embajador en Finlandia bajo tres presidentes, era guapo y de plateada cabellera..., corbata roja, camisa blanca y traje azul. Aunque también era un tipo divertido, a juzgar por el modo en que asentaba la mano sobre las posaderas de Vanessa cubiertas por la minifalda.

Entraron Yuriko y Polly –Rosemary apenas había intercambiado unas palabras con cada una de ellas–, y Mohamed y Kevin que jugaron con una de las cámaras. Se dejó caer entonces por allí todo el círculo interior de los Hijos de Dios de Nueva York, todo el diverso equipo que defendía el fuerte o simplemente zanganeaba matando el tiempo durante el generoso año final de vacaciones... los trece miembros de ese círculo.

Además de Rosemary. Tomando sorbos de refresco de jengibre, comentando con Hank y Sandy la temporada de Broadway, tal como era. Vio cerca a Judy; la muchacha le miraba con aire triste, pero su rostro se iluminó de nuevo, radiante, colgada otra vez del brazo de Andy, al que sonreían mientras hablaba con Jay... todo alborotado por unas notas que iban a llegar en enero. Rosemary también tuvo que sonreír cuando Andy calmó a Jay prometiéndole solemnemente, alzada la mano derecha, que el primer día laboral del mes de enero habría colocado en el lugar preciso fondos suficientes para atender todas las obligaciones legales de los Hijos de Dios.

Diane los convocó en el piso de abajo y pidió canapés de cangrejo y tortitas de patata para catorce.

Rosemary habló con Vanessa sobre psicología estimulante, con Yuriko sobre ordenadores y con Sandy y Polly sobre cremas para el cuidado de la piel.

Cuando las ventanas estuvieron encendidas sobre Central Park South y la partida se relajaba, Diane envió a Mohamed, Kevin y Polly abajo, para que se aseguraran de que todo estaba esmeradamente a punto en la planta novena.

Habló con Craig un momento y luego envió también abajo a Yuriko y Vanessa.

\* \* \*

Hecho un brazo de mar con su esmoquin, Joe Maffia conversó durante unos segundos con el director de la orquesta, luego rodeó la pista de baile y se dirigió a la mesa central dispuesta para doce comensales. El cha, cha, cha acabó antes de lo que normalmente se esperaba, y para cuando Joe tomó la mano de Rosemary y Andy se levantó y cogió la de Judy, los músicos habían cambiado de partitura, y algunos incluso de instrumentos, y el director los adentraba por un *popurrí* de melodías de

Irving Berlín.

Cuando Andy y Judy y Rosemary y Joe entraron en la pista, todos retrocedieron y aplaudieron con cierto entusiasmo, aunque no excesivamente, y formaron un círculo admirativo, dentro del cual las dos parejas orbitaron a los acordes de *Let's Face the Music and Dance*. Como en una película. Rosemary sonrió a Joe y dijo, apretados los dientes: –¡Oh, Dios, míralos! ¡Tienen un aspecto estupendo! ¡No puedo soportarlo!

–Tranquilízate –respondió Joe, mientras le doblaba el cuerpo hacia abajo–. Yo me encargo del trabajo. –La enderezó de nuevo–. Con el vestido que llevas, eres la verdadera ganadora, Rosemary. Es perfecto para el salón de baile. Lo que me gustaría es haber venido de frac.

Rosemary se relajó, ¿qué otra cosa podía hacer? La copa de champán que había tomado contribuyó a ello y el brazo y la mano de Joe eran sorprendentemente livianos. –¿Ves lo que quiero decir? –Eh, Joe, eres grande...

–Ronnie y yo vamos a Roseland dos veces por semana –dijo, reduciendo el ritmo–. ¿Deseaste ir alguna vez? Podrías llevar gafas oscuras, mucha gente las lleva. –Lo pensaré. –Allí.

Andy también era un buen bailarín, hacía girar el sari blanco de Judy con elegancia y estilo, ¿y qué hombre no tiene un aspecto absolutamente ideal vestido de esmoquin?

–Le doy lecciones de vez en cuando –dijo Joe, con la mirada en la misma dirección que Rosemary–. Cuando empezamos tenía dos pies izquierdos.

–¡Mastuerzo putrefacto el último! –gritó Andy por encima del hombro de Judy. Los espectadores soltaron la carcajada... y luego se precipitaron a la pista, abarrotándola otra vez, mientras las luces descendían un punto o dos y la orquesta la emprendía con el «Cambio de parejas».

Rosemary exhaló un suspiro.

–A veces me alegro de tenerlo.

Joe sonrió.

–No cabe duda de que tiene una aptitud especial para decir lo adecuado en el momento oportuno, ¿verdad? ¿Crees que eso se debe a que es hijo de un actor?

Rosemary respiró hondo.

–Quién sabe.

–No pretendí decir que tú no hayas contribuido también –se excusó Joe–. Verás, me sorprende que no hayas emprendido ninguna acción contra tu ex desde el año que fuera. Es como si él...

Andy palmeó a Joe en el hombro.

–Cambio de parejas –invocó–. Ordenes de Irving Berlin.

Rosemary y Judy intercambiaron una sonrisa mientras los cuatro obedecían las órdenes.

Andy apretó a Rosemary contra sí y parafraseando la letra de la canción le susurró al oído «que se volvía loco por ocupar el sitio de Joe y le sugería que siguiera bailando con él, sin cambiar más de pareja».

–¿Y tú vas a seguir cantando a media voz?

–Eso va debajo del título de Gran Comunicador. Lo mismo que el traje.

Dio un paso atrás, bailó con ella angélicamente y la sonrió diabólicamente. Al tiempo que saludaba inclinando la cabeza a las parejas que pasaban por su lado, dijo: –Te quiero.

Rosemary contuvo la respiración y le lanzó una mirada en el momento en que él la obligaba a girar.

–Craig anda loco sin saber qué cortar. De tu intervención. Ya ha preparado todo lo mío. En realidad, casi todo. Lo llamaremos anuncio de la mamá de Andy.

–¡Os adoro a los dos! –exclamó una niña de unos ocho o nueve años, que pasaba bailando sobre los zapatos de su padre–. ¡Encenderemos nuestras velas en Colonial Williamsburg!

–¡Yo también te quiero, tesoro! –le respondió Rosemary.

–¡Y yo, cariño! –Andy no podía ser menos. Sonrió a Rosemary–. ¿Quieres hacer otro? –La dobló hacia abajo–.

¿En el momento en que te dispongas a encender la vela, en la zona temporal que sea? –La levantó.

–Me encantaría –accedió Rosemary–. A decir verdad, estoy pensando en emprender toda una carrera. –No lo hagas –aconsejó él. Le sonrió. –¿Por qué no? –quiso saber Rosemary–. Soy la Gran Irradiadora, ¿no es cierto? ¿No irradiaba ayer? Mi resolución para el Año Nuevo es proceder a irradiar la obtención de ingresos independientes, con alguna clase de programa de entrevistas. Todas las redes de emisoras me han invitado a almorzar; empezaré a aceptar esas invitaciones.

Con la mirada sobre Rosemary, mientras daban vueltas en la pista, Andy dijo:

–No concedas demasiada importancia a esos chicos. Hoy se muestran calurosos, mañana todo será frialdad en ellos. Rosemary se echó hacia atrás y le miró con los ojos entornados.

El hombro de Andy se encogió bajo la mano de su madre. –Sólo quiero que no permitas que tus esperanzas suban demasiado, nada más –dijo. Y desvió la mirada.

–¡Oh, vamos! –repuso Rosemary–. Sé realista, Andrew. Empezará a caérseles la baba en el preciso instante en que les diga que me interesa su propuesta y, desde luego, ni en un caso ni en otro se enfriarán. Te consta que eso es cierto. Volvió la mirada sobre ella. Asintió. –Supongo que sí –confesó. –¿«Supongo»?

–¡Hemos bautizado a nuestros gemelos Andrew y Rosemary! –gritó una mujer al pasar junto a ellos, con su inmenso vientre recubierto por un vestido verde. El marido le hizo eco–. ¡Os queremos a los dos! La orquesta atacó *Cielos azules*.

–¡Oh, benditos seáis! –les deseó Rosemary, balanceándose con Andy–. ¡Benditos sean!

Dio un tirón a los pelos de la nuca de Andy, que miró a la pareja y declaró: –¡Os quiero!

Y se quedó observándolos mientras se alejaban desplazándose entre los otros bailarines.

Rosemary suspiró, atusó el pelo a Andy y apoyó la cabeza sobre su hombro. Mientras giraban al ritmo de la música canturreó en voz baja una letra que hablaba de cielos azules y de un sol brillante como nunca...

Andy miró por encima de la cabeza de Rosemary. Sacudió la suya para aclarársela. Sonrió a las parejas que bailaban alrededor de ellos.

\* \* \*

Ante la puerta de la *suite* de Rosemary, las palmas de las manos de Joe planearon sobre los hombros desnudos de la mujer, muy cerca.

–La mamá de Andy –murmuró–. Me cuesta trabajo creerlo.

El conserje se había ausentado de su mesa del vestíbulo. Quizá llegó a la conclusión de que aquel era un buen momento para ir a descargar la vejiga.

–Joe –dijo Rosemary–, a veces se me va el santo al cielo y lo pierdo todo de vista, pero Andy no es Jesucristo y yo no soy María. Soy Rosemary Reilly, de Omaha. Los hombres de mi familia trabajan para Hormel. O solían trabajar para Hormel.

Joe aspiró una bocanada de aire.

–Entiendo –dijo, cogió a Rosemary por los hombros y la besó en la boca. Ella correspondió al beso y lo retuvo contra sí.

Se sonrieron mutuamente y Rosemary sacó del bolso la tarjeta y abrió la puerta. Entraron.

Ella le dejó pasar primero y cerró la puerta tras de sí.

¿Por qué irse por las ramas? Ella estaba cachonda. Él estaba a mano.

Cogieron del bar un par de copas de coñac y dos botellines de Remy Martin y se sentaron en el sofá, con las luces muy bajas. Se abrazaron y se besaron.

Exuberantemente.

–Tengo algo que decirte –articuló Joe, al tiempo que le acariciaba la mejilla–. No me he mantenido precisamente casto desde que Ronnie y yo nos separamos, de modo que, teniendo en cuenta toda la basura que nos rodea, creo que lo mejor es que me dé un repaso antes de que nos comprometamos en, ya sabes, una relación... arriesgada. Pero tengo una sugerencia que me gustaría hacer.

–¿De qué se trata? –preguntó Rosemary.

–Bueno, he pensado en la Nochevieja –dijo Joe–. Sé que vamos a encender las

velas todos juntos, bien en la ceremonia del parque, bien en la mansión de Gracie o en cualquier otro sitio, pero se me ha ocurrido que quizá más tarde, a medianoche, tú y yo podíamos encender velas, sólo nosotros dos. Tengo algunas extra.

–Es una gran idea, Joe –dijo Rosemary, y le sonrió.

Se besaron. Joe cogió las copas de encima de la mesita de café y entregó una a Rosemary.

–Se me ocurre que podemos empezar el año con una moña –sonrió y dijo–: Pretendía hacer un juego de palabras.

Sorbió el coñac con la vista clavada en Rosemary. A su vez, ella sonrió y bebió de su copa.

–Si no es al principio del año 2000, ¿cuándo?

Joe asintió, sonriente.

–Si te detienes a pensar en ello –dijo–, puedes apostar que, después del Encendido, el porcentaje de personas que van a entregarse al placer del follaje será el más alto de toda la historia de la humanidad.

–Tienes razón –convino Rosemary–. El año 1000, olvídale.

Rieron.

–¡Dullsville! –exclamó Joe. Se dieron un besito en los labios–. ¡Dios! –Joe sacudió la cabeza–. ¡Esto es algo que no había previsto!

–Yo sí –confesó Rosemary–. Al mirarte por primera vez, pensé: «Viejo, pero sexy».

–Un montón de gracias, Rosemary.

–Mentalmente, tenía treinta años –dijo ella–. Aún sigo teniéndolos en la cabeza, a veces.

–En los labios no tienes más que dieciocho –piropeó Joe.

Se desprendieron de las copas de coñac.

Se despertó temprano y lúcida, con la sensación de estar como nueva, completamente recargada a pesar de los besuqueos y arrumacos, prolongados hasta la medianoche.

O, lo que era más probable, gracias a ellos. Había estado condenadamente cerca de olvidar por completo lo excitante que podía llegar a ser una fiesta sexual de pareja, incluso con las razonables y admirables limitaciones de Joe. Para Rosemary había sido el primer contacto real con un hombre en... casi siete años de *su* tiempo, a los que había que añadir los veintisiete más de la realidad. ¡Dioses!

Los besos no contaban, naturalmente.

Se perecía de ganas de que llegase la Nochevieja para pasarla con Joe.

¿A qué día estaban...? Era jueves, nueve. Tenía que hablar con él. ¿Cuánto se tardaba en comprobarlo? ¿Y exactamente qué cantidad de romanticismo tenían que manifestar, a la hora de la verdad?

Su moción de Año Nuevo tendría que esperar el momento oportuno; antes había que atender asuntos más importantes, como colaborar en la tarea de asegurarse de que todo el mundo efectuase el Encendido adecuadamente, llegada la hora.

De nuevo, como siempre que concedía al acontecimiento algo más que una consideración fugaz, el evento en sí, su belleza y poder simbólico la emocionaba. Hasta el martes anterior, durante la charla y el pase de cintas, no había tenido noticia de las imágenes de alta resolución que, enviadas por satélite, llegarían a la Tierra en el momento de prender las velas, ni del concierto –los Boston Pops, el Coro del Tabernáculo Mormón– que se retransmitiría en directo y en estéreo a todo el mundo. Quizás Andy no fuese un ángel, pero desde luego era un artista, porque el Encendido era nada menos que una obra formidable de arte conceptual, significativa y accesible a la humanidad en pleno.

Era un chiflado, naturalmente –¿no lo eran tantos como él?–, que se restregaba contra ella lo mismo que los bailarines, una docena de personas debía de haber... ¡En todas partes! No, no debería haberlo hecho en todas partes. Desde luego, se imponía mantener otra charla con Andy.

Al descorrer las cortinas, recibió una deslumbrante bofetada de sol dorado y levantó un brazo para protegerse los ojos de la brillantez que fulguraba sobre el acantilado de la Quinta Avenida. Un sol que rutilaba como nunca se había visto, tal como decía la canción.

Tampoco se habían visto nunca tantos practicantes del trote atlético. Entornó los párpados para mirar por debajo de los antebrazos hacia los dos carriles por los que hileras de pantalones cortos y chándales corrían en ambos sentidos, más allá de los automóviles y taxis que rodaban en dirección sur por Park Drive. ¿Quién hubiera

imaginado que pudiese haber tantos majaretas locos por la salutífera forma física dispuestos a trotar a primera hora de la mañana, en pleno mes de diciembre, bajo un cielo azul, para después irse a cumplir una jornada laboral completa...?

Canturreó aquello de que las cosas salían como nunca. Con leotardos y chándal, bufanda alrededor del cuello, sombrero de ala flexible y un par de gafas oscuras – gafas de sol hasta aquella misma mañana– corrió junto a los chalados de la forma física, una colección increíblemente atractiva de neoyorquinos de aspecto decidido, la mayoría de los cuales ostentaban la chapa de I♥ANDY, unos cuantos embutidos en camisetas decoradas con I♥ANDY, mientras que otros declaraban su I♥MOZART, el chocolate y la ISLA DE FUEGO.

Siguió con su tarareo, sobre lo aprisa que pasaba el tiempo cuando se estaba enamorado.

Y vio, con sorpresa –al otro lado de la calzada y más allá del parque, sobre Central Park West–, la casa Bram. Su tejado picudo y las torrecillas superiores, semiocultas por las ramas de los árboles. ¿Era la Bram? Lo poco que podía ver le pareció distinto en algún sentido. Más liviana.

Aguardó hasta que el semáforo situado al norte controló la circulación de taxis y turismos, y entonces atravesó la calzada.

Continuó por un camino en ligero ascenso, que se curvaba hacia la derecha; caminó por el borde, mientras los vehículos pasaban junto a ella, por su izquierda. Cerca de Central Park West, la carretera torcía a la izquierda y apareció a la vista el gótico edificio de ladrillos. La Bramford, sí señor.

La habían limpiado, mediante el baño de arena, el vapor o el sistema que utilizasen ahora. Las gárgolas habían desaparecido; las barras y estrellas ondeaban encima del pináculo del tejado.

El hogar de la infancia de Andy.

Con una sonrisa en los labios, Rosemary meneó la cabeza. Lo más probable era que en el patio se vendieran camisetas: una serie formada por una de Andy, otra de Theodore Dreiser y otra de Isadora Duncan. ¿Tendrían camisetas con imágenes de Adrián Marcato y sus recuerdos de Satanás? ¿De las hermanas Trench pasando por la sartén a la dulce Daphne? ¿De Pearl Ames y sus animalitos de compañía?

Sollozó una mujer a espaldas de Rosemary.

Volvió la cabeza y vio, al otro lado de una nevada tapia de pizarra y de un espacio cubierto de matorrales, un claro en el que había unas cuantas personas formando un círculo. A la mujer que sollozaba, una joven vestida de negro, la apartaba del grupo otra de más edad.

Rosemary cerró los ojos. Se pasó la punta de los dedos por debajo de los cristales de las gafas y se apretó, frotándoselos, los globos oculares.

El Inconcebible, el que pensaba que ella había dejado incluso de pensar, de pensar

en aquello, desde el preciso instante en que viera a Andy en televisión –exactamente se cumplía un mes de ello aquel día...–, el Inconcebible le dio una palmadita en el hombro.

Rosemary alzó la cabeza, se quitó las gafas y apartó la mano del Inconcebible. Se caló el sombrero, se cubrió la boca con la bufanda y siguió buscando un camino hacia el claro.

Descubrió uno que se desviaba del paseo por el que ella había avanzado, un camino de asfalto que trazaba una curva tras dejar atrás un letrero de *Campos de Fresas* y conducía a un punto donde seis o siete personas estaban reunidas formando un círculo alrededor de un disco de amplio diámetro, decorado en blanco y negro, dispuesto en el suelo y con unas cuantas flores y pliegues de papel encima. Algunos hombres y mujeres tenían la vista baja, como si estuvieran rezando, otros miraban al frente con expresión afligida. Varias personas, a cierta distancia, con las cámaras dirigidas sobre los reunidos, se acercaron, enfocaron el disco con los objetivos y empezaron a rodar.

Una mujer de majestuoso aspecto mediterráneo lanzó sobre el disco una brazada de rosas rojas, con los ojos cerrados y los labios escarlata en movimiento. Iba vestida de negro lo mismo que la joven, que todavía sollozando y con su madre, o quienquiera que fuese al lado, estaba sentada en uno de los bancos circundantes.

Rosemary se esforzó en mantener la calma, convencida de que experimentaba alguna clase de visión, cuando el Inconcebible se cinceló dentro de su cabeza: ANDY TIENE 33

AÑOS... LA EDAD QUE TENÍA JESUCRISTO CUANDO LE CRUCIFICARON.

Aquellas personas situadas frente al hogar de la infancia de Andy estaban reunidas en torno a un santuario que aún no existía. Pero que algún día iba a existir.

Respiró hondo y se acercó más al grupo, con los puños apretados a los costados.

El disco era un mosaico de azulejos blancos y negros y su dibujo era una rueda con radios curiosamente dentados. En el centro aparecía encajada una palabra de cuatro letras mayúsculas, de color negro, entre la masa de rosas; se puso las gafas para asegurarse: MAGI.

Ni por asomo pudo imaginar qué significaba, a qué doctores en algo podía invocar o anunciar y por qué. ¿Pero qué importaba? Volvió a quitarse las gafas, echó a andar y pasó por delante de los desconsolados, al tiempo que se calaba otra vez el sombrero y se ceñía la bufanda; apretó el paso al descender por otro camino que llevaba al paseo, emprendió el paso ligero al avistar la parte superior de una torre de cristal dorado que se alzaba a unos ochocientos metros de distancia, tropezó con alguien y siguió corriendo. Se excusó voceando por encima del hombro.

–¡Perdone, lo siento!

Un vejestorio tocado con gorra de los Yanquis y vestido con una camiseta que lucía la leyenda YO♥LOS SÍMBOLOS agitó el puño en dirección a Rosemary.

–¡Mira por donde vas, Greta Garbo!

Redujo el ritmo al llegar al paseo, aguardó y luego trotó para entrar en el camino que discurría hacia el sur.

Continuó con su paso ligero rumbo a la torre de cegadores destellos solares dorados donde estaba Andy.

\* \* \*

Andy le había dicho el martes que la tarjeta tenía validez para franquearle la entrada al vestíbulo del ascensor privado: Rosemary no había esperado utilizarla. Apretó el 10 y salió disparada como un cohete hacia las alturas. Aún era temprano, pero normalmente Andy estaba en su despacho a las ocho, según decían tanto él como los medios de comunicación.

Y allí estaba aquella mañana. Cuando había recorrido la mitad de la cuarta parte de aquella planta de vacíos cubículos con mesas inútiles, Rosemary le oyó dirigirse a alguien en tono empecinado, tratando de meter baza. Al acercarse a la puerta de la antesala, que estaba abierta, le oyó claramente decir:

–¿Me dejas hablar? ¿Por favor? Quieres... ¡Eh! ¡Por favor! ¡Déjame terminar! ¿Vale? La mitad de las vallas publicitarias aún no están a punto, nos faltan más de la mitad en China y América del Sur, pero todo funciona al ritmo debido para que el viernes, lo más tarde, estén dispuestas, en todas partes.

Rosemary entró en la antesala –Judy aún no había ocupado su mesa– y la cruzó en dirección a la abierta entrada al despacho de Andy.

–Estamos saturando de un modo absoluto la televisión desde el lunes trece, y continuaremos haciéndolo hasta finales de mes, con los dos anuncios que tú mismo dijiste que daban en la diana con la máxima claridad, el del chaval y su abuelo... ¡Lo dijiste! ¡Justo el otro día! ¡Oh, mierda...!

Rosemary vio los dedos de Andy echar hacia atrás la leonada cabellera; los vio por encima del respaldo de la silla ya que Andy estaba sentado tras su escritorio, de cara a la ventana. Sostuvo el sombrero y las gafas con una mano, levantó la otra hacia la puerta... e hizo una pausa, al no desear interrumpir. Olía a café.

–Los números van a mejorar, te lo prometo; sinceramente, no creo que eso sea necesario ni práctico, y tampoco me parece lo más apropiado que... Bueno, naturalmente que ella querrá hacerlo, lo sé.

La silla giratoria dio media vuelta y Andy se quedó mirando a Rosemary.

Ella entró en el despacho y extendió las manos con las palmas hacia arriba en gesto de disculpa.

Andy le sonrió y le hizo señas para que entrase.

–Rene –dijo por el micro del teléfono, al tiempo que se ponía en pie, vestido con camiseta de los Hijos de Dios y pantalones vaqueros–. Perdona. Dispénsame. Acaba de llegar mi madre, Rene; ¿podemos dejarlo ahora mismo, por favor? –Rodeó el escritorio mientras Rosemary se adentraba en el despacho–. Sí, lo haré –dijo. Se dirigió a Rosemary–: Te desea *bonjour*. El aeropuerto.

–Ah –articuló Rosemary. Recordaba al francés de edad al que había estrechado la mano. Agitó los dedos.

–Mi madre también te desea *bonjour* –dijo Andy. Sonrió a Rosemary con los ojos–. Hablaremos cuando estés en casa, ¿de acuerdo? Que tengas un buen vuelo. Y hazme el favor de dar las gracias a Simone por su generosa oferta y dile que deseo disponer de un poco de tiempo para programar una docena más de conciertos. *Ciao* a tus encantadoras nietas. –Colgó el teléfono– ¡Uf! –exclamó y, al tiempo que iba hacia Rosemary, se secó las manos pasándoselas por la frente y el pelo–. Gracias por rescatarme. Es uno de nuestros principales patrocinadores y un muchacho estupendo, ¡pero qué aprensivo! –Se pasó las manos por las perneras de los vaqueros–. Y su esposa es la peor soprano del mundo.

Cogió a Rosemary por los hombros y la besó en la mejilla.

Ella se arrimó a Andy, apoyó la cara en su hombro, le retuvo; escuchó los latidos de su corazón cuando los brazos de Andy se cerraron en torno a ella.

–Estás fría, ¿anduviste corriendo por la calle? –preguntó Andy.

–Hummmm –afirmó Rosemary, pegada a él.

–¿Con Joe?

–Sola.

–¿Y nadie se ha metido contigo?

Rosemary levantó la mano que sostenía el sombrero y las gafas.

Andy se echó hacia atrás y la contempló de pies a cabeza.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–He estado preocupándome por ti –dijo Rosemary. Alzó la mirada hacia él–. Temo... que pueda sucederte algo terrible...

Tras emitir un suspiro, Andy asintió.

–Puede –concedió–. Cosas terribles les suceden continuamente a las personas terribles. Mira a Stan Shand. A Kersplat.

–¡Oh, no! –le golpeó en el brazo.

–¿Tienes alguna idea particular en la cabeza? –preguntó Andy.

–No –repuso ella–. Sólo es que estoy asustada. Allá arriba, enfrente de la Bram... Le miró.

–¿Has visto lo que le hicieron a la casa? –preguntó Andy.

Rosemary dijo que sí con la cabeza.

–De ello me siento un poco culpable –confesó Andy–. Pero eso no es lo que te asustó; ¿qué fue? Veo que estás alterada...

La palmeó en la espalda.

–He visto... –silabeó Rosemary.

–¿Qué? –preguntó Andy; la acarició, bajó la mirada sobre ella.

Rosemary se encogió de hombros, suspiró.

–Sólo un hombre con un letrado anti-Andy.

–¿Un Hijo de la Libertad Original? –apuntó él–. Son una payasada, como la Brigada Ayn Rand. No te preocupes, estoy tan a salvo o tan en peligro como cualquier hijo de vecino. Más seguro. Todo el mundo me quiere, ¿recuerdas?

–Si la gente descubre...

Miró a su hijo.

–No lo digas –repuso Andy–. Desde luego, yo no voy a decirlo. ¿Quieres un poco de café? Acabo de prepararlo. Estupendo y reciente.

Rosemary suspiró y dijo:

–Me encantaría.

Andy la besó en la cabeza y a continuación se separaron. Rosemary se quitó la bufanda mientras Andy se dirigía a la mesa situada al lado del escritorio.

–Ve con Joe la próxima vez –le aconsejó–. O conmigo; a mí me sigue gustando correr. O con algún miembro de seguridad. De haberte reconocido alguien, es posible que una multitud se te hubiera echado encima.

–Muy bien –Rosemary se sentó en el sofá. Se frotó las manos.

Andy le llevó una taza de los Hijos de Dios llena de café, con una cucharilla y un paquete de edulcorante.

–La verdad es que iba a llamarte dentro de unos minutos –declaró, al tiempo que se sentaba en una silla, con una taza de café en la mano. Indicó el escritorio con un movimiento de cabeza–. Antes de que llamase Rene estuve hablando con Diane. Había celebrado una de sus teatrales reuniones tipo tormenta de cerebros en busca de alguna idea genial, pero no surgió nada esencial y tú no deberías sentirte presionada ni obligada a tenerlas; te lo digo en serio. Si quieres dedicarte la semana que viene a cumplir tus propios planes, puedo indicar a Judy que se encargue de concertar las citas con las emisoras o bien podrías...

–Al grano, Andy –le interrumpió.

–Vamos a ir a Irlanda –dijo él–. Estaremos allí unos días, la semana próxima. Dublín y Belfast. Por tus raíces irlandesas y porque quiero animar las cosas con el IRA. La idea es, si ellos ponen allí más carne en el asador respecto a nosotros que en cualquier otro sitio y eso proporciona la máxima cobertura a escala mundial, quizá los Hijos de Dios británicos puedan conseguir que el rey incremente sus visitas y nosotros mencionaremos la cuestión del huso horario cada cinco minutos. Ya

comprendo que esto va a ser difícil de vender.

Rosemary se recostó en el sofá, pestañeó varias veces, miró a Andy con los párpados entornados y bajó la taza.

–Claro que quiero hacerlo –dijo–. Andy, no te entiendo. –Se inclinó sobre él, le cogió las manos–. Actúas como si estuvieras vendiendo cigarrillos. ¡Estamos promoviendo un acontecimiento maravilloso, un acontecimiento hermosísimo que va a agitar y entusiasmar al mundo entero! No reduzcas su importancia al mínimo; el Encendido es una obra de arte. Lo digo en serio. Teníamos montones de amigos artistas, Guy y yo, y algunos creaban *happenings*, espectáculos en los que el público participaba y se enriquecía, de modo que hablo con conocimiento de causa. El Encendido va a ser el mayor acontecimiento, el mayor *happening* jamás visto.

Andy suspiró.

–De acuerdo, mamá –concedió–, dejaré de quitarle importancia.

–Naturalmente que iremos a Irlanda –dijo Rosemary–. Siempre quise ir allí algún día. –Sacudió la cabeza–. ¡Cómo me gustaría que Brian y Dodie no estuviesen en ese crucero...!

–Sólo iremos nosotros dos, tú y yo solos –dijo Andy.

Rosemary se le quedó mirando.

Él la sonrió.

–Lo de anoche fue cosa del champán –dijo–. De no ser por el champán no me habría restregado contra ti de aquella manera. Me comportaré. De verdad.

Centelleó el tigre que llevaba dentro.

–Mi ángel Andy –articuló Rosemary, y reflexionó durante unos segundos, mientras él aguardaba, con la vista fija en su madre. Al final, ella dijo–: No, decididamente voy a necesitar una secretaria a mi lado. Preferiblemente, alguien a quien conozca y con quien me compenetre. ¿Alguna sugerencia?

Andy suspiró.

–No se me ocurre quién puede ser la persona idónea, pero trataré de pensar en alguien.

–Bueno –repuso Rosemary–. Y mi novio también viene.

Andy la miró, sorprendido.

–¿Tu novio? –preguntó.

Rosemary asintió.

–Las grandes estrellas viajan así.

Sonrió y le dedicó un aleteo de pestañas en plan primera figura cinematográfica.

A Andy no pareció hacerle gracia.

En la mañana del lunes, 20 de diciembre, al día siguiente de su regreso de Irlanda, Judy se arremangó la falda del sari y se excusó:

–Perdón, tengo que salir disparada.

Pasó por delante de la silla de ruedas de Hank y echó a correr por el pasillo central de la planta décima, en pos de Rosemary.

La alcanzó en la entrada de los servicios de señoras y tiró de ella hacia el interior.

–Tengo que hablar contigo, Rosemary –dijo, tras cerrar la puerta a su espalda.

Se agachó para mirar por la parte inferior de las hojas de madera de los excusados individuales, se enderezó, recobró el aliento y se alisó el sari.

–¡Dios mío, Judy! –exclamó Rosemary, mientras se frotaba el brazo–. ¿De *Walked with a Zombie* a esto? Me alegro de que te hayas recuperado.

–Lo siento –se excusó Judy–. Por el modo en que me comporté (era todo lo que podía hacer para soportar el viaje) y por haberte lastimado. Tengo unos deseos enormes de verme fuera de aquí. Abandono. Por favor, ¿podemos reunimos esta noche? ¡Debemos vernos!

–¿Que abandonas? –preguntó Rosemary. Judy asintió.

–Abandono los Hijos de Dios, abandono Nueva York.

–¡Oh, Judy, ya sé que Andy y tú tenéis problemas...!

–Teníamos –corrigió Judy–. Todo ha terminado. Lo supe la segunda noche en Dublín. ¿Te acuerdas? Fue la noche en que Andy tenía fiebre, después de que a él y a ti os pescara aquel diluvio en... ¿dónde fue, en el parque?

Rosemary asintió.

Judy exhaló un suspiro.

–A él le gustaba cuando yo tenía que hacer de enfermera o de mamá, a todos los hombres les gusta, según he oído, pero esa noche... Oh, te lo diré luego. Por favor, tienes que darte prisa. He de contarte una barbaridad de cosas, y tengo que contártelas antes de irme. Y también quiero que me aconsejes acerca de ciertos asuntos.

–Judy –repuso Rosemary–, en mi cultura, que es básicamente la cultura de Omaha con un delgado barniz de la de Nueva York, a las mujeres en realidad no les gusta escuchar detalles acerca de los asuntos privados de sus hijos.

–No se trata de nada de eso –dijo Judy–. No en el sentido que le das. Representa cuestiones acerca de las cuales te enterarás, de todas formas, en abril o mayo, si no antes.

Rosemary la miró.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

–Te lo contaré todo después –eludió Judy–. Y te suplico que no le digas a Andy que me voy. Le llamaré mañana o esta noche, de madrugada, pero si tengo que

hacerlo cara a cara con él no podré romper. Me dirige una de esas miradas que te escrutan hasta el fondo del alma, empieza a desgranar palabras románticas y siempre me hace descarrilar; es algo por lo que me desprecio a mí misma cada vez.

Rosemary dejó escapar el aire de sus pulmones.

–De acuerdo. Esta noche. ¿A las ocho?

–Gracias –Judy le cogió las manos, se las apretó con fuerza–. Gracias.

Salieron al pasillo. Hank esperaba sentado en su silla, a unos metros de distancia, resplandeciente su cara de luna, titilantes los ojos tras los cristales de las gafas.

–Vale, Rosemary –dijo–, ¡tengamos la exclusiva sobre ti y él rey!

–¡Oh, sí, por favor! ¡Mi intención era abordar el tema!

–No hay ninguna exclusiva en absoluto –replicó Rosemary–. Ya conoces a esos reporteros británicos, presuntos.

Me besó la mano, ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Abofetearme?

–Oh, bueno –dijo Hank–, aquí tenemos noticias divertidas. Me han llegado los resultados de los sondeos del fin de semana.

–¿Son buenos? –preguntó Rosemary.

Judy le tocó en el hombro y manifestó:

–Son fantásticos. Te veré luego. –Besó a Rosemary en la mejilla–. Hank...

–Cuídate –recomendó Rosemary y se acercó a la silla de Hank.

–El anuncio se ha difundido por primera vez durante toda la semana –dijo Hank–. «Hazles encender velas» ha descendido de un promedio del veintidós por ciento al trece por ciento. Mira.

–No me lo creo –repuso Rosemary; se agachó para leer los datos de los listados. Silbó, leyó.

Hank sonrió, mientras la observaba. Ladeó la cabeza y dijo:

–Hola.

Rosemary se volvió, se irguió de pie y, a su vez, dijo:

–Hola.

A Sandy, que estaba en el umbral de la entrada de los servicios de señoras... rubia y serena, con su vestido beige de cuello alto, incluso más Tippi-Hedren en *Los pájaros* de lo normal. Debía de haber estado en uno de los retretes del fondo, seguramente demasiado lejos para poder oír lo que había dicho Judy.

Sonriente, Sandy se acercó y saludó:

–¡Hola! Bienvenida de vuelta. Confiaba en que las consecuencias del desfase horario no te hubiesen afectado hasta el punto de impedirte venir. ¡Qué viaje más emocionante ha debido de ser! Eras un sueño con tu vestido de Belfast.

–Te veré después –dijo Hank. Hizo dar media vuelta a la silla y se alejó pasillo arriba.

–Muy bien, ¡hasta luego! –se despidió Sandy de él, y dedicó a Rosemary una seña

zalamera con aquel par de manos de uñas lacadas en rojo—. ¿Qué pasa con Su Majestad?

—Absolutamente nada —repuso Rosemary—. Ya conoces a esos reporteros británicos, así llamados.

Marcharon detrás de la silla de Hank, muy juntas sus cabezas.

Apareció Craig, pasillo adelante. Hank y él jugaron un poco al te bloqueo el paso y tú me empujas, luego Hank le enseñó el listado de los datos y durante un par de minutos permanecieron todos en grupo, inclinados sobre ellos.

A continuación, Rosemary agitó el brazo y entró en la división de TV, Hank continuó pasillo arriba y Craig se dirigió a los servicios de caballeros. Sandy continuó donde estaba.

—Craig —llamó—. Cuando hayas acabado, tenemos que hablar.

\* \* \*

Una de las cosas más extrañas que observaron los ojos y los oídos de Rip van Rosie fue que, en 1999, todo el mundo escribía y hablaba de los terroristas que reivindicaban la responsabilidad, la autoría de sus atrocidades. La hermana Agnes habría partido su regla y hecho más profundas las cicatrices de su mesa escritorio.

—¡Nosotros reivindicamos lo bueno! —¡Zas!—. ¡Responsabilidad implica inteligencia y madurez! —¡Zas!— ¡Reconocen su culpabilidad! —¡Zas!— Los que digan lo contrario deben avergonzarse! —¡Zas!

Aunque Andy había hecho descender el terrorismo desde la terrible cima que alcanzó el año anterior, aún se producían violentos actos de barbarie, y no sólo en el Medio Oeste. La mañana en que aterrizaron en Belfast recibieron la noticia de la muerte en Hamburgo de más de seiscientas personas víctimas de una nueva variante de un viejo gas terrorista. Nadie había «reivindicado aún la autoría» de aquel asesinato masivo. La zona afectada, una docena de manzanas de edificios próximos al puerto, aún seguía contaminada por el gas tóxico. No se facilitaban detalles.

En el avión, durante el vuelo de regreso a Estados Unidos, Rosemary había hablado con Andy acerca de la posibilidad de realizar una cuña o una alocución con el objetivo de conseguir que todo el mundo dejase de hablar con los terroristas, de modo que los que continuaran y se criaran en ello se viesan obligados a volver al pensamiento civilizado. Andy había convenido en que era una buena idea para el año siguiente, pero no pareció volverle loco de entusiasmo, así que Rosemary se dedicaba ahora a reunir unos cuantos esbozos sobre posibles enfoques que tenía almacenados en su informe electrónico, con el fin de incitarle a moverse o bien hacer ella algo por su cuenta en esa dirección.

Ocurrió que no estaba realmente concentrada en ello mientras esperaba que Andy

la llamase para dejarse caer sobre el punto nueve. «Hazles que enciendan velas.» ¡Eso es irradiación!

Él estaba atareado con alguien. A aquellas alturas ya debía de haber visto los listados.

Al cabo de una media hora, Rosemary le llamó... y obtuvo el mensaje que había grabado Andy.

Llamó a Hank y recibió *su* mensaje.

Se puso en pie y fue a hablar con Craig. Abrió la puerta y puso unos ojos como platos.

¡Nada de Sociedad Fílmica!

Ni Craig, ni Kevin, ni nadie...

Ni asomo de los tres encargados del departamento de televisión; ¡aquello sí que era extraño!

Salió y empezó a recorrer los cubículos vacíos, donde, si aguzaba el oído y entornaba los párpados, podía detectar señales de vida en el pasillo central y en la división jurídica del otro lado: una línea de luz, el rumor de una pisada, la distante artillería de un juego de ordenador...

Hoy no.

Quietud ininterrumpida.

Volvió al despacho.

Llamada a Sandy, recepción de su mensaje.

Miró la fecha del *Times*: Lunes, 20 de diciembre de 1999 (AUMENTA EL NÚMERO DE MUERTOS EN HAMBUGO...) y comprendió, por último, que todo el mundo se había marchado misteriosamente.

También comprendió por qué debía marcharse ella también. De inmediato.

Sólo cinco días más para efectuar las compras de Navidad.

\* \* \*

Con gafas oscuras, pañuelo, suéter oscuro y pantalones, se dedicaba a echar un vistazo a los escaparates con decoración navideña de las tiendas del vestíbulo. Los botones saludaban moviendo los dedos de sus manos embutidas en guantes blancos; ella correspondió al saludo, hizo un alto para emitir una breve risita y una palabra.

«Ya conoces a esos reporteros británicos...»

Desde Dublín había enviado jerséis a toda su caterva de hermanos, cuñados, sobrinos y sobrinas..., pero aún tenía que encontrar regalos para todas las personas de allí: los integrantes del equipo de los Hijos de Dios (siete hombres, cinco mujeres), unos cuantos miembros del personal del hotel que se habían ganado algo más que dinero en un sobre (dos hombres, dos mujeres), Andy y Joe.

Andy, naturalmente, representaba un problema.

La Navidad anterior fue pan comido: un triciclo, rompecabezas y un par de libros del doctor Seuss. Ésta, poco más de seis meses después, era distinta en cierto modo, ya que el muchacho era casi veintiocho años mayor y sabía quién era su verdadero padre. No era un problema de qué, sino de si...

¡Hazle un regalo en su cumpleaños!

Sí, ella lo había decidido. En cierto modo era como el asunto de no hablar de terroristas: mantenerle consciente de la alternativa.

Valoró los guantes en la tienda de Gucci, bisutería en Lord & Taylor, colonia en Chanel.

En la tienda de Hermés eligió media docena de pañuelos y una bufanda. Regalaría la bufanda a Judy aquella noche..., sí no conseguía hacerla cambiar de idea respecto a su marcha. ¿Acaso no les era posible a ella y a Andy seguir siendo amigos? (¿Y qué quiso decir la joven con aquello de las pendientes «cuestiones de las que de todas formas ya te enterarás más adelante, en abril o mayo»?)

Pagó con su tarjeta de crédito, mientras se recordaba que al margen de quién hubiese proyectado y fundado los Hijos de Dios –y no pensemos en él en esta época del año– los fondos para su financiación procedían hoy principalmente de plutócratas como Rene Como-se-Llame, que también contribuía con otras aportaciones dinerarias independientes destinadas de manera específica a gastos personales de Andy; el propio Andy se lo había comentado cuando le dio la tarjeta, antes de que partieran rumbo a Irlanda. Nadie en su sano juicio esperaba hoy que una persona se identificase y se dejara guiar por alguien a quien no conociera bien. Ponte al día, mamá. En cuanto a centavos, dólares, pesos y etcétera que entran en las oficinas de los Hijos de Dios, ese dinero se destina íntegramente a programas sociales locales y a afrontar los gastos; Hacienda y sus primos del extranjero se encargan de verificarlo.

Conforme. Pero ella tenía el propósito de hacer las compras de Navidad con su propio dinero el año siguiente.

En la tienda de Sulka examinó un estupendo traje de seda, negro, con adornos y forro de azul real, que a Andy le sentaría de maravilla. Desafortunadamente caro, lógicamente, y tal vez un poco demasiado atrevido, de alcoba, pero no dejaba de ser una posibilidad...

Regresó a la *suite* poco después de las cuatro, tras haber cumplido una cita a las dos y media para un retoque al peinado y unas preguntas acerca del rey. Apenas se había quitado las gafas de sol cuando empezó a dar pitidos el teléfono privado; Andy había estado tratando de localizarla.

–Hola, no tenía intención de molestarte con esto, pero luego me acordé de que ¿no era *Lutero* una de las obras que interpretaba en Broadway el padre de Andy?

Diane era una de esas personas que dan por supuesto que uno conoce su voz al

oírla por teléfono.

–Sí –confirmó Rosemary.

–Eso tenía entendido. Puede que desees echarle una mano a esos chicos. Están preparando su reestreno en uno de esos teatros de los alrededores de Broadway, acaban de empezar los ensayos. Resulta que el propietario del local es un luterano; dice que se trata de una herejía y los está echando a patadas con una excusa técnica. El cheque llegó con dos segundos de retraso.

–Si es luterano, ¿por qué cree que es una herejía? –se extrañó Rosemary–. Es una obra pro Lutero.

–¿Sabes lo que el hombre tiene en la cabeza? Lo único que sé es que disponen de dos días antes de verse arrojados al arroyo, van a celebrar una reunión de alguna clase y la directora es nieta de un viejo amigo mío. Si pudieses concederles cinco minutos sobre la libertad de expresión, eso los pondría en las páginas de la prensa y les salvaría la jornada. Esa es la teoría. Francamente, el propietario no va a ceder; ya ha cometido esa mierda de tropelía otras veces y siempre se ha ido de rositas.

–¿Dónde y cuándo se va a celebrar esa reunión? –preguntó Rosemary.

Llamó a Judy a su apartamento. Oyó su mensaje y mantuvo la comunicación. Tras el pitido, dijo:

–Aquí, Rosemary... Judy. ¿Podríamos...?

–Estoy en casa, Rosemary. ¿De qué se trata?

–Hola. ¿Podríamos retrasar un poco nuestro encuentro de esta noche? Unos muchachos que están preparando una representación teatral han convocado una reunión y...

Se lo explicó.

–¡Sí, faltaría más! ¡Ayúdalos! ¡Es algo terrible eso de que la gente ponga trabas a la difusión de ideas! Aunque si el cheque llegó tarde y el hombre es dueño de la propiedad...

–Según Diane, a las nueve estaré de vuelta –dijo Rosemary–, pero la reunión es en la calle Carmine, en el Village, así que, para mayor seguridad, pongamos a las nueve y media.

–Por mí, vale. Estoy haciendo el equipaje y ese tiempo me vendrá bien.

–Tampoco tienes tanta prisa –dijo Rosemary–. Charlaremos un poco.

–Ya he tomado la decisión. La comuniqué. ¿Y qué dijeron? Buena suerte.

Rosemary llamó a Diane. Sólo dijo, en tono de voz grave:

–De acuerdo.

–¡Ah, estupendo! Puede funcionar; ¿no sería eso fantástico? Encargaré un coche. ¿A las siete y media?

–Telefonaré a Joe –dijo Rosemary–. Si quiere acompañarme, tal vez prefiera que vayamos en su coche. Volveré a llamarte. ¿Has visto a Andy hoy?

–Hoy no he visto a nadie, aparte mi doncella. Estoy en la cama con ciática.

–¡Oh, lo siento, Diane!

Llamó a Joe a su piso.

–Sí, desde luego. Podemos ir en mi coche. ¿Asistirá él?

–¿Andy?

–El luterano.

–Venga, Joe.

–Quizá tengamos algún amigo común, nada más. Conozco a varios propietarios de teatros. ¿A qué hora?

Llamó a Diane y tomó nota de la dirección.

–Tu contacto es el director de escena, Phil Algo. ¡Ah, enhorabuena por la encuesta!

Zumbó el timbre de la puerta. Llamaba Andy.

–Andy acaba de llegar –dijo Rosemary–. Ya te informaré de cómo va el asunto.

–Dale recuerdos...

Colgó el auricular y corrió hacia la puerta. Llegó en el momento en que Andy pulsaba el timbre por segunda vez. Abrió y las rosas acudieron a su encuentro, rosas que olían a rosas, redondas y rojas como las rosas que rodeaban la palabra MAGI.

Andy la sonreía radiante... ¿demasiado brillantemente?

–Cuéntalas –pidió, y puso en sus manos el manojo de tallos envueltos en el papel dorado de la floristería del vestíbulo.

–Son preciosas –Rosemary tomó el ramo–, gracias –le miró a la cara mientras Andy entraba y cerraba la puerta–. ¿Ocurre algo? –le preguntó.

–¿Bromeas? –respondió él–. Cuéntalas.

Nueve.

–Por la caída del punto nueve –explicó Andy–. ¡Eso es irradiación!

–¡Justo lo que yo pensaba! –Unieron sus mejillas, se las besaron mutuamente. Rosemary dijo–: ¡Oh, gracias, cariño! ¡Son realmente preciosas!

Hundió su rostro entre las rosas.

–Tu pelo parece haber cambiado –observó Andy, al tiempo que se bajaba la cremallera de la cazadora.

–¿Te gusta? Ernie estaba inspirado.

Le mostró ambos lados.

Entrecerrados los párpados, ladeada la cabeza, Andy emitió un:

–Hummm... se va a necesitar un pequeñísimo esfuerzo para acostumbrarse a él.

–Me encanta –aseguró Rosemary, y abrió la puerta de la cocina mientras Andy se quitaba la cazadora y la colgaba–. ¿Dónde has estado todo el día?

Rosemary abrió un armario.

–El alcalde nos llevó a unos cuantos de nosotros a Albany, en un vuelo –explicó–,

para presentar al gobernador una petición acerca de la cuenta del hospital.

Rosemary sacó un jarrón de cristal tallado.

–¿Y fuiste vestido así?

–Sí. –Andy asintió–. Y, ¡rayos!, el gobernador se encabronó. –Se sonrieron mutuamente. Andy se apoyó en el mostrador y contempló el espectáculo de Rosemary disponiendo las rosas en el jarrón. Dijo–: El asunto que tenía programado para esta noche se canceló. ¿Quieres que vayamos al cine?

–No puedo –declinó Rosemary; se echó hacia atrás y entornó los párpados–. Tengo que soltar un discursito, aunque sea breve.

Se explicó, al tiempo que arreglaba las rosas.

–Me gustaría escucharte –dijo Andy.

–Ven si quieres –invitó ella–, pero Joe me va a llevar en su coche. Es un dos plazas, ¿no?

–Tres –corrigió él.

En tanto echaba agua en el jarrón con la manguera del pulverizador, Rosemary le miró y dijo:

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Nada de «viejo», «colega» o «tronco» –impuso–. Ni uno solo en toda la noche.

–¿De qué estás hablando? –preguntó–. Yo no...

–¡Oh, Andy –secaba el jarrón mientras hablaba–, sinceramente! La verdad es que esperaba de ti más sutileza. Sabes perfectamente bien lo que quiero decir.

–Está bien –dijo. Se dirigió al televisor–, está bien, está bien.

–Me voy adentro –declaró Rosemary y puso el jarrón encima de la mesita de café–. Quiero descansar y tomar unas notas. Si te quedas, hay medio «jamón con suizo» en el frigorífico. O llévatelo contigo, sí quieres. Pienso pedir algo hacia las seis. Joe vendrá a buscarme a las siete y media.

–Aquí tenemos a Van Burén. –Andy estaba de pie ante el televisor, con el mando a distancia en la mano–. ¿Has oído? Suelta lo peor de su oratoria de charlatán callejero. –¿A causa del anuncio? –preguntó Rosemary. –Lee las encuestas.

Mike van Burén, tocado con sombrero vaquero, perfilado contra el cielo azul, con el aliento formando nubecillas de vapor, manifestaba por encima de varios micrófonos que los periodistas sostenían con la mano:

–... pueden enfriarse un poco, ¿no? Los Hijos de la Libertad Original dicen ahora que, si no se les presiona, reconsiderarán el Encendido, de modo que en realidad parece que, gracias a la consideración de Rosemary, el mensaje sincero, y el de Andy también, naturalmente, vamos a avanzar juntos como nación.

Andy se dio una palmada en el pecho. –¡Mi carrera ha terminado! –exclamó. Rosemary se echó a reír.

–¡Oh, Dios –dijo–, se desplaza hacia el centro; será el próximo presidente antes que nosotros!

Riendo entre dientes, Andy cambió de canal y dijo:

–De eso, nada, te lo prometo.

–No entiendes de política –dijo ella.

–En este caso, confía en mí –repuso Andy.

# 12

Una noche verdaderamente infernal.

La alocución fue casi lo único que salió bien. El auditorio era más reducido de lo que Rosemary esperaba –unos treinta asistentes, jóvenes de ambos sexos, o sea, los actores que interpretaban la obra y sus amigos– pero no pudieron mostrarse más receptivos ni más comprensivos; dieron la impresión de ser algo así como socios suyos en alguna clase de lectura, ensayo o *happening*. El local era un edificio de cuatro plantas, con suelo de piedra rojiza y un escenario cuya plataforma era más pequeña que el anfiteatro de los Hijos de Dios. Sacarle jugo allí a un mínimo *Latero* iba a constituir un auténtico desafío para la nieta de la amiga de Diane (a la que estaban atendiendo en el St. Vincent por un desprendimiento de retina, según dijo Phil, el director de escena).

Rosemary arrancó diversas carcajadas facilonas al citar unos cuantos sarcasmos despectivos de los que dedicó Hutch a los purificadores fundamentalistas de biblioteca –había tenido sus más y sus menos con ellos a causa de la escena que incluyó en uno de sus libros de aventuras en la que los chicos se bañaban en cueros y luego se sentaban alrededor de la fogata del campamento y comían cecina– y gracias a la ayuda de la línea informativa de la Biblioteca Pública de Nueva York, Rosemary también pudo citar con precisión a Tom Paine y Tom Jefferson. Sermoneó eficazmente al converso, quien realmente le echó una mano y luego estuvo a la altura de las circunstancias cuando se formó el grupo de los que pedían autógrafos y la felicitaban diciéndole que era fantástica y que siguiese por ese camino y cosas por el estilo. Andy se sentó en un rincón del fondo de la sala, en una de las sillas de plástico del montón que había allí, estiradas las piernas, cruzadas a la altura de los tobillos, doblados los brazos, baja la cabeza. Junto a él, Joe dirigía a Rosemary una sonrisa radiante, la animó moviendo los pulgares hacia arriba, a la vez que daba un codazo a Andy.

Lo catastrófico se produjo antes y después.

Primero fue el incendio de unas manzanas de edificios al este de la calle Carmine..., lo bastante considerable como para atraer sobre la zona todas las unidades móviles disponibles en la zona.

Después, a las ocho y media, cuando Phil dijo que no esperarían más y la emprendió con el metraje de las videocámaras en el auditorio, en el momento en que todos volvían a sentarse y él alzaba la mano para pedir silencio... llegaron los coches de la policía.

Y la brigada antiexplosivos. Con el camión y los perros.

Se había recibido el aviso de alguien que hablaba en nombre de un grupo denominado Luteranos contra Lutero..., la obra, no el hombre, había especificado la

mujer. Reivindicaban la responsabilidad de haber colocado una bomba que iba a estallar a las nueve. Existía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que se tratara de una falsa amenaza, pero de inmediato tuvo que evacuarse por completo el edificio y registrarlo de arriba abajo. Lo siento, muchachos.

Joe estaba listo para ir en busca del coche, pero Rosemary se mostró más molesta que nunca ante el increíble egoísmo de algunas personas que afirmaban creer en Jesucristo, y además, al estar mentalizada y tener un auditorio comprensivo y predispuesto, se daba cuenta de que podía ser una buena receta de animación o una buena prueba para discursos más largos con público más duro o difícil.

Andy se encogió de hombros.

Joe manifestó:

–Tú eres el jefe...

Se lo dijo a ella, no a él.

Rosemary tomó el teléfono de Phil –el chico era joven y alegre, con ojos azules, muy separados, como los de Leah Fountain, y también tenía el mismo mentón débil– y retrocedió entre la multitud que bloqueaba la calle, hasta colocarse al abrigo del escaparate de una chacinería, donde se ciñó el abrigo alrededor del cuerpo. Todos los demás –Andy, Joe, Phil, los actores, la mitad de la calle Carmine– comprobaban la salida de los hombres y mujeres que descendían de los dos pisos superiores del edificio, la Mazmorra de Dominique.

*Niveles de calidad flexibles, esa rata soplona de casero.* Rosemary sacudió la cabeza, a la espera de que acabase el mensaje saliente del contestador de Judy.

–Soy Rosemary –dijo luego–. ¿Estás ahí? –Debía de estar, su piso de la avenida de West End se encontraba a dos pasos de la Torre–. Me va a ser imposible estar de vuelta ahí a las nueve y media –se excusó Rosemary; estiró el cuello para ver quién lanzaba vítores entre la muchedumbre–. Ha habido una amenaza de bomba. Lo más probable es que hasta las diez no pueda estar ahí. Llamaré al despacho y les diré a quienesquiera estén hasta las siete que te dejen entrar, en el caso de que yo no pueda estar de vuelta para entonces.

Así fue.

Eran bastante más de las nueve y media cuando por fin se vio frente a aquel auditorio comprensivo, receptivo y decidido a apoyar.

Lo catastrófico se reanudó cuando Andy, a punto de plegarse en el asiento de atrás del clásico dos/tres plazas Alfa-Romeo negro de Joe, descubrió un flamante y brillante araño de ocho centímetros de longitud en la zona inferior del guardabarros izquierdo. Silencioso, fruncido el ceño, al volante del coche, Joe dobló la esquina y se dirigió al garaje donde había estado aparcado el vehículo, se apeó, se presentó al empleado, un individuo gigantesco, de cabeza afeitada y pendiente de oro en la oreja, y le invitó a echar un vistazo al rasguño. El hombre dijo que lo veía por primera vez,

cosa que a Joe le resultaba difícil de creer. Eran más de las diez cuando Rosemary logró convencerle de que ella verdaderamente quería volver a casa, y que los abogados, no las amenazas, eran la siguiente medida lógica que había que adoptar, si realmente aquello tenía importancia.

–¿Si tiene importancia? –silabeó Joe–. ¿Si...?

Fue aproximadamente entonces cuando reventó la cañería de agua en la intersección de la Octava Avenida y la calle Treinta y nueve.

–Te lo aseguro, Rosie, no pudiste haber estado mejor –afirmó Joe, mientras permanecían inmóviles por culpa del atasco de tráfico entre las calles Treinta y dos y Treinta y tres–. De principio a fin, los tuviste en la palma de la mano.

–¡Vamos, por favor! –recurrió Rosemary a la modestia–. Era el auditorio más cordial al que cualquiera podía dirigir la palabra. Lo mismo podía haberles recitado –meneó la cabeza y agitó la mano en su dirección– la guía telefónica.

–Venga, estuviste formidable. –Le sacó brillo al salpicadero con el canto de la mano–. ¿No es verdad, Andy?

–Lo estuvo.

Rosemary se revolvió, le miró con los ojos entrecerrados, acurrucada allí, tras ellos. Destellos fugaces de luz acariciaban sucesivamente el pelo, los pómulos y la barba de Andy.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó ella.

Andy la miró en silencio durante unos momentos, antes de reconocer:

–No, en realidad, no. Debo de haber comido algo...

Se señaló el vientre con un movimiento de la mano.

–Ahhhh –dijo Rosemary, alargó el brazo por encima del asiento y tocó la otra mano de Andy, que el muchacho tenía apoyada en la rodilla–. Espero que no haya sido el jamón con suizo.

–No, creo que no es eso –repuso Andy.

–Jamón, con el jamón tienes que andar con ojo –recomendó Joe, al tiempo que ponía un cásete en la reproductora.

Un tirón del tránsito les permitió avanzar despacio a lo largo de la calle Treinta y tres, para subir luego por la Décima Avenida, mientras Ella Fitzgerald interpretaba el *Irving Berlín Songbook*. La cantante había entonado ya más de la mitad del cancionero cuando, pasadas las once, llegaron por fin de vuelta a la Octava Avenida y continuaron por la Cuarenta. A Rosemary no le preocupaba excesivamente el que Judy estuviese esperándola, la joven estaría dormida en el sofá o, lo que era más probable, se entretendría formando palabras con las fichas de letras del *Scrabble*. ¡Roast Mules! Tendría que suplicarle la respuesta otra vez, tendría que ponerse literalmente de rodillas y suplicarle... en el caso de que Judy despegase hacia lares desconocidos. Enloquecedor, ¡el tiempo desperdiciado en torno a esas diez malditas

fichas de letras!

–Buen viaje de aquí en adelante –dijo Joe.

–Muérdete la lengua.

–No, tú. –Miró por el retrovisor, se desvió a la derecha y redujo la velocidad. Un ululante coche de la policía, con las luces roja y blanca lanzadas al aire, los adelantó a toda velocidad. El aullido de las sirenas fue perdiéndose en la distancia. Ella Fitzgerald cantaba lo que le afectaba, era un día maravilloso y todo iba de perlas.

–Es una noche infernal, Ella –le contradijo Rosemary, con la vista en las luces de los automóviles policíacos, que se iban perdiendo en la distancia, por delante.

Ella Fitzgerald contrató preguntando si no era aquel un día encantador para verse sorprendido por la lluvia y que era cosa de seguir adelante, ya que tenía que hacerlo...

–Pon las noticias –dijo Rosemary.

–Me gusta esto.

–A mí también –terció Joe, que volvió a mirar por el espejo retrovisor y, de nuevo, redujo la velocidad al desviarse a la derecha. La mano de Rosemary se dirigió al salpicadero y empezó a pulsar botones–. ¡Ooooh! –exclamó Joe–. De acuerdo. La tecla del centro. Con calma. –Una ambulancia pasó disparada por su izquierda, con la sirena a todo volumen–. ¡Aja! –dijo Joe; la sonrió, arqueadas las cejas–. ¡Hemos hecho levantarse a nuestro irlandés!

Rosemary exhaló el aliento y se relajó en el asiento.

Una mujer hablaba de los sótanos inundados en la Hell's Kitchen, la Cocina del Infierno, a lo que sucedió una suspensión del servicio del metro. Vino después el incendio en la calle Wets Houston: dos muertos, diez familias sin hogar cuatro días antes de la Navidad.

Rosemary suspiró y sacudió la cabeza. Se dio media vuelta en el momento en que otro aullador coche de la policía los adelantaba a toda marcha, con las luces ondulando al aire.

–¿Qué tal te las arreglas? –preguntó.

–Así, así.

–Andy –preguntó Rosemary, con la barbilla apoyada en la mano y ésta sobre el respaldo del asiento–, ¿a quién te recuerda Phil?

Andy no pronunció palabra.

–Leah Fountain –apuntó Rosemary–. ¿Los ojos? ¿La barbilla?

–Sí, tienes razón –se mostró de acuerdo Andy.

–Aja.

Rosemary se volvió. Se habían detenido ante un semáforo en rojo frente al Columbus Circle; por delante, a la izquierda, el resplandor de unas luces, rojo, blanco, ámbar centelleaban cegadoras en la base de la Torre.

–¡Oh, Dios! –exclamó Rosemary.

Joe le palmeó en el muslo cubierto por el faldón del abrigo.

–Puede que no sea nada –aventuró. Dejó allí la mano.

Andy soltó una carcajada.

–Una amenaza de bomba. Luteranos contra Lutero.

–Me alegro de que te encuentres mejor –dijo Rosemary, entornados los párpados frente al centelleo de las luces.

Joe levantó la mano de encima del muslo de Rosemary. Cerró el puño.

\* \* \*

–¿Qué ocurre? –preguntó Rosemary por la ventanilla.

El agente que les había franqueado el paso en la entrada del garaje se agachó y dijo:

–Un asesinato, eso es todo lo que me han dicho. ¡Te quiero, Rosemary!

Descendieron rampa abajo, rampa abajo, rampa abajo, rampa abajo. En el nivel inferior, Joe frenó delante de un vigilante femenino uniformado. La mujer rodeó el coche a toda prisa, se inclinó y abrió la portezuela de Rosemary.

–¡Eh, Rosemary! –saludó–. ¡Pareces fresca como una rosa!

–Gracias –repuso Rosemary, y se apeó con la ayuda de la mano de la empleada del ridículamente bajo automóvil...

Localizó el nombre de la mujer, bordado en el uniforme, dijo–: Gracias, Keesha – y señaló hacia la parte alta de la escalera–: ¿Sabe algo acerca de...?

Keesha se inclinó hacia adelante, muy abiertos sus ojos castaños.

–Han asesinado a una mujer –informó–. En el vestíbulo, en una tienda. Hay sangre por todas partes.

Rosemary respiró.

–¿Dónde ha dicho? –Andy alzó la mirada, medio fuera del asiento envolvente.

Rosemary le echó una mano.

–En una tienda –dijo al unísono con Keesha.

Andy se incorporó, con el ceño fruncido. Arqueó la espalda y empezó a darse un masaje en ella.

–¿Qué pasa? –quiso saber Joe, de pie al otro lado del coche.

–Han matado a una mujer –repitió Keesha, al tiempo que pasaba por delante del capó del Alfa–. En una tienda. No sé en cuál.

–Quiero subir a la planta –dijo Rosemary–. Andy, sube tú también a tu habitación, toma algo y métete en la cama. Tu aspecto es horroroso. ¿Tienes Pepto-Bismol o algo similar?

–Me repondré –repuso Andy.

Ella le puso la mano en la frente, la mantuvo allí, con la mirada en el espacio, fruncido el entrecejo. Andy se limitó a mirarla, quieto donde estaba.

–No tienes fiebre –comprobó Rosemary. Bajó la mano y le observó–, pero de todas formas tómate un par de aspirinas. ¿Tienes té? Hazte uno, o pídelo.

–Estuviste realmente bien –dijo Andy–. Hasta un público duro habría empezado a pensar.

–Elogios del maestro –comentó Rosemary–. *Merci*. Haz lo que te he dicho.

Anduvo con él hacia la puerta en la que rezaba: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO y le besó en la mejilla mientras él introducía la tarjeta en la cerradura. Se acercó Joe y mantuvo la puerta de par en par en tanto Andy pasaba la tarjeta por el dispositivo de apertura del ascensor, entraba en la cabina de color rojo y cobre y se volvía de cara a ellos.

–Gracias por el transporte, Joe, chaval –dijo. Sonrió a Rosemary al tiempo que se cerraba la cabina.

–A por él –dijo Joe. Dejó que se cerrase la puerta–. Joe Hollywood.

Sonriente, Rosemary propuso:

–Demos por concluida la jornada, ¿vale? Estoy hecha migas.

–Yo también –confesó Joe. Entrelazaron brazos y manos y echaron a andar rumbo a los ascensores–. Ir en el coche pisando huevos es verdaderamente criminal. Una palabrota.

–Me pregunto quién será esa pobre mujer.

Rosemary se estremeció.

–Ya nos enteraremos mañana. Me gustaría saber en qué tienda fue. Va a ser una publicidad de mierda.

Pulsó el botón.

Se besaron.

–Estuviste fantástica.

–Gracias –repuso Rosemary–. Y gracias por traernos. Lamento mucho el rasguño ese.

–Gracias por recordármelo.

Cuando Rosemary salió del ascensor, Luis estaba en la mesa escritorio, con un teléfono pegado al oído, los dedos apretando teclas y la cabeza yendo de derecha a izquierda y viceversa.

–Jamás vi cosa igual –le dijo a Rosemary; colgó el aparato y se puso en pie–. Están ocupadas todas las líneas. ¿Es cierto? ¿Se ha cometido un asesinato en las tiendas? ¿Se han vuelto locos los perros?

–De eso es la primera noticia que tengo –contestó Rosemary–, pero de lo otro... –Asintió con la cabeza–. Una mujer.

Luis se santiguó.

–¿Franqueaste la entrada a Judy Kharyat? –preguntó Rosemary.

–Dennis me dijo algo de eso –respondió el muchacho–, pero Judy no ha aparecido por esta garita.

Rosemary continuó allí de pie, le miró durante unos segundos, antes de decir:

–Gracias.

Dio media vuelta y se alejó pasillo abajo, a la vez que sacaba su tarjeta.

–¿Estás esperándola?

–¡Sí! –contestó Rosemary. Avivó el paso.

Entró y se fue derecha al teléfono de línea privada situado en la sala de estar.

Cero mensajes.

Descolgó el auricular y marcó el número de Judy.

Escuchó con los ojos cerrados el mensaje de salida. Los abrió para comunicar:

–Judy, aquí Rosemary. Coge el teléfono, si estás ahí... Esto es importante. ¿Judy? Por favor, contesta.

Aguardó.

Bip, bip. En el otro extremo de la línea, el teléfono dio tono.

Se despojó del abrigo, lo dejó en una silla y se quedó en pantalones vaqueros y camiseta de I♥ANDY.

¿Judy estaría allá abajo? ¿La habría cogido algún maníaco cuando entraba?

¿O de un modo u otro, vaya usted a saber cómo o por qué, se encontraba en alguno de aquellos trenes del metro atascados? ¿O tal vez –y esa era una posibilidad real– estaba en la cabina inmovilizada de un ascensor de su propio edificio? De modo que la señorita Puntualidad llegaba tarde; podía presentarse en cualquier momento con una historia de horror urbano, vulgar y corriente, en especial aquella noche.

Puso las noticias locales: encendió la radio y la televisión, las dos, con el volumen lo bastante alto para oírlas.

Apoyada en el marco de la ventana, con la vista sobre los techos de los automóviles, furgonetas y ambulancias que circulaban entre remolinos de luces blancas, rojas y ámbar.

Una noche auténticamente infernal.

# 13

Los lectores asiduos de periódicos de la ciudad de Nueva York, así como los ciudadanos que sólo echan una mirada fugaz a los quioscos de prensa, disfrutaban lo suyo esos raros y deliciosos días en que los dos tabloides más importantes de la urbe publicaban el mismo titular. El día martes 21 de diciembre fue uno de esos días: las dos primeras planas gemelas constituyeron verdaderas piezas de coleccionista.

No sólo fueron los típicos titulares idénticos del estilo «agresivo, irreverente» que había permitido a ambos rotativos sobrevivir hasta el filo del nuevo siglo, sino que también cada una de ambas páginas proyectaban fuego y agua en un par de aquellas casillas presentándolos en el mismo orden. Los términos en que formulaban sus crónicas difería un poco en algún punto, pero ¡bueno!, uno no puede esperar milagros, ¿verdad?

Un crimen espantoso, obra de un demente, la pobre mujer destrozada salvajemente de un modo tan extrañamente teatral, y el escenario, aquel edificio, ¡aquella tienda!... El sueño dorado de todo editor de tabloide. El titular se lo habían brindado en bandeja de plata: ¡ORGÍA DE SANGRE EN TIFFANY'S!

Caracteres grandes, negros, dispuestos en tres líneas.

No, los reportajes de ambos periódicos no se diferenciaban mucho. Uno decía que los perros que olfatearon la sangre aún caliente eran *weimaraners* pertenecientes al propietario de uno de los pisos de la planta superior; el otro afirmaba que se trataba de perros lobos propiedad del dueño del edificio.

Ambos diarios presentaban a la víctima tendida desnuda encima del mostrador central de la tienda, con los brazos a los costados, en postura semejante, por una parte, a la de una paciente echada en la mesa de operaciones y, por otra, a la ofrenda de sacrificio destinado a un dios primitivo.

Se mostraron de acuerdo respecto a los siete cuchillos de carne y al picahielos. Uno dijo que alrededor del cuerpo se habían colocado también otras piezas de cubertería; el otro se manifestó más concreto. Uno aludió a cierto pillaje más o menos insignificante: unas cuantas pulseras y relojes, una ponchera.

Los dos rotativos publicaban la misma telefoto de agencia con los mismos colores tibios: una vista de la víctima, de costado, borrosa donde era de esperar, tendida sobre la superficie de cristal de un mostrador cuajado de maravillas de la joyería, suntuosas y rutilantes, festoneada con cintas de sangre rojiza. Los mangos de plata del picahielos y tres cuchillos se encontraban en medio de un círculo blanco; se podían ver unos cuantos tenedores y cuchillos y, en segundo plano, al fondo, ramas de acebo.

Según ambos periódicos, a la hora de cerrar la edición aún no se había identificado a la desdichada víctima. Aparentaba veintitantos años y parecía ser hindú; le habían clavado el picahielo en el circulito rojo del tamaño de una moneda

de diez centavos que tenía en la frente.

Infortunada muchacha, sí.

Una chica con mala suerte, podría decirse incluso.

\* \* \*

Sólo cuando los funcionarios a las órdenes del juez de instrucción se dispusieron a proceder al levantamiento del cadáver se le ocurrió a alguien preguntarse si cabía la posibilidad de que la víctima fuese la moza india de Andy. Uno no podía tener esa certeza, ni siquiera los botones, considerando que la joven llevaba siempre en público el rostro cubierto por el velo y que las mujeres indias con la señal en la frente no son nada insólito en la ciudad de Nueva York, especialmente en un hotel de clientela internacional. Con todo, Andy tenía un ático en el edificio y la joven la edad apropiada, entonces, ¿no se le debería haber ocurrido a alguien avisarle?

Cuando Rosemary llamó a medianoche al portero nocturno para preguntarle si habían identificado ya a la mujer, el hombre le dijo que permaneciese donde estaba, que Andy subía ya a verla.

Desdicha infernal II. ¿O era la III?

Andy, recobradas las energías, estaba hiperangustiado. Más que angustiado... encolerizado, furioso con el asesino o asesinos lunáticos.

La puso completamente al corriente de lo poco que se sabía en aquel momento. Un trabajo hecho desde dentro, más allá de toda duda. El homicida u homicidas no sólo conocían el modo de desactivar los sistemas de alarma y seguridad de la tienda, sino también la situación exacta de la caja de control de las persianas de los escaparates, situada en un lugar bastante inusitado. Incluso sabían –aunque esto fuera cuestión de suerte más que otra cosa– que el personal del establecimiento se había ido en masa unos minutos después de las ocho, tras cerrar la tienda, para asistir al velatorio de uno de sus miembros que había fallecido aquella tarde.

El interrogatorio del personal del edificio y de la tienda, huéspedes del hotel, administrativos, propietarios de apartamentos e invitados de los mismos se iniciaría por la mañana. Se entrevistaría a miles de personas.

Rosemary lloró la muerte de Judy, tan joven, tan inteligente, tan segura de sí –salvo en lo concerniente a Andy–, y lloró también por la desgarradora circunstancia de que en el alba del año 2000, a pesar de la Navidad, a pesar de Andy, a pesar del advenimiento del Encendido, una mujer sola no estuviese segura en el corazón de lo que teóricamente era una capital del mundo civilizado.

La indignación de Andy se basaba naturalmente en un nivel más intenso y personal. Cuando Rosemary se quedó por fin adormilada, hacia las tres, mientras se preguntaba si Andy quizá sabía lo que quiso decir Judy acerca de que ella, Rosemary,

iba a enterarse de algo importante en abril o mayo, le oyó hablar por teléfono en el salón; describía a alguien la escena del asesinato, utilizando frases como «locura grotesca» y «espectáculo de horror de Gran Guiñol»... Su voz tenía un tono tan furibundo como si realmente tuviera agarrados por el cuello al asesino o asesinos y estuviera dando rienda suelta a toda su rabia y dolor. Dios, eso le ayudaría... .. ¡una producción de la jodida Asociación del Teatro!

\* \* \*

Joe llegó a las nueve con los periódicos y una caja de rosquillas, para hacer compañía a Rosemary mientras Andy, acompañado de William y Polly, se dirigía al Ayuntamiento para mantener una reunión con el alcalde, el jefe de la policía y representantes de los medios de comunicación social. Andy pidió a Mohamed que se pusiera al volante a fin de que Joe quedase libre.

Evidentemente, Andy se había pasado toda la noche pegado al teléfono, hablando con los principales patrocinadores de los Hijos de Dios; existía preocupación por la posibilidad de que se filtrase el rumor de que Judy, la Judy de Andy, era la desafortunada víctima del crimen que –gracias a su extraña, lunática y estafalaria teatralidad– se difundía con el amanecer por todo el universo de la televisión y la prensa amarillas, con el resultado de que los focos mediáticos se concentraban sobre Andy y el círculo interior de los Hijos de Dios en un contexto tan desagradable, precisamente en la semana anterior al Encendido, que podía provocar la pérdida del apoyo de algunas personas. Por ejemplo, el ala derecha de los musulmanes. Los amish. El Encendido se vería mellado e incompleto, en vez de ser una comunión unificada y trascendente como era el propósito que se pretendía conseguir.

Andy confiaba en ser capaz de persuadir al alcalde y a los demás para que mantuviesen en secreto la identidad de Judy, bajo la manta, hasta el uno de enero. También deseaban un Encendido impecable, perfecto, y unas vacaciones navideñas tal como se habían planeado y preparado. William había encontrado un argumento legal defendible, por si acaso se hacía necesario endulzar las cosas. Polly, la coqueta viuda de un senador estatal y de un juez del Tribunal de Sucesiones, había ensuciado el nombre de todos.

Tornando sorbos de negro café en una taza del hotel, Rosemary se irguió, embutida en su jersey de lana irlandesa, un jersey cálido, pero no lo bastante, y contempló las diez malditas fichas de letras segregadas del rebaño. Apartadas mercedadamente, aquellas asquerosas hijas de su madre. Formó con ellas el término LOUSETRASM{1}.

De él pasó a LOSTMAUSER. Problema del soldado alemán.  
OUTSLAREMS.

–¿Por qué siete cuchillos? –se extrañó.

–Cuando den con él, se lo preguntarán –repuso Joe que, sentado en el sofá, con el tabloide extendido sobre una pierna cruzada sobre la otra, leía a través de los cristales de media luna de las gafas. Apoyaba un brazo en el respaldo del sofá y la cara de Andy sonreía desde la pechera del chándal.

Rosemary dio media vuelta y anduvo lentamente hacia el vestíbulo; sostenía la taza con ambas manos y arqueaba las cejas sobre el café.

Por encima de los cristales de las gafas, Joe observó sus andares.

–Siéntate un poco –aconsejó.

Rosemary se detuvo, bajó la mirada sobre el otro periódico sensacionalista, que estaba encima de la mesita de café. Meneó la cabeza.

–Se creen muy listos –dijo–. No son más que enfermizos chacales nauseabundos que deberían avergonzarse de sí mismos. Son el bochorno de su profesión.

–Tiffany's está de acuerdo.

Rosemary reanudó su marcha hacia el vestíbulo.

Allí se detuvo y volvió la cabeza.

–En realidad, ¿por qué en Tiffany's? –preguntó–. Situación destacada, en primera línea, más movimiento de gente, mayores probabilidades de que pasen los sabuesos guardianes. ¿Por qué no una de las tiendas más pequeñas del otro lado? Y en definitiva, ¿por qué en una tienda?

–Cariño –dijo Joe, al tiempo que pasaba la página del periódico–, no hagas preguntas racionales sobre esa clase de perverso. O perversos.

Joe exhaló un suspiro y siguió leyendo a través de las gafas.

Rosemary anduvo despacio de vuelta hacia la mesa donde estaba el *Scrabble*, mientras sorbía café y enarcaba las cejas.

Se detuvo en el centro de la estancia.

Joe la miró.

Rosemary se puso de cara a él.

–¿Había allí algo más –preguntó–, aparte los cuchillos y el... punzón de picar hielo?

–Ujú –respondió Joe–. En las fotos se ven tenedores y cucharas. Espera un momento...

Hojeó hacia atrás las páginas del tabloide, se humedeció un dedo.

Ella se le acercó, observándole con ojos circundados de lápiz oscuro. Posó la taza y se pasó los dedos a guisa de peine por la cabellera.

En tono de murmullo, con la vista recorriendo una columna, Joe articuló:

–«Él también dijo que había otras piezas de cubertería colocadas allí y alrededor de la víctima».

–¿Qué otras piezas? ¿Cuántas? –preguntó Rosemary.

–No lo dice.

–Quizá lo lleve el *Times*...

Rosemary miró en torno.

–Ahórrate energías –sugirió Joe–. Está en Z-diecinueve: «Mujer asesinada en tienda». Eso es lo que hay.

–Comprueba ésa –pidió Rosemary.

Joe dejó el tabloide, bajó la pierna y se inclinó hacia Rosemary, apoyados los codos en las rodillas. Desde el chándal, Andy sonreía a su madre.

–Rosie –dijo Joe–, Judy está muerta. El número de cucharas que tuviera a su alrededor no significa nada. Esos tipos tienen sus objetos, sus fetiches; necesitan tener cosas dispuestas de una manera determinada. Por favor, cariño, no te obsesiones con ello. No te hará ningún bien.

–Hazme el favor de mirarlo –insistió ella–. No quiero quedarme con las ganas.

Joe exhaló un suspiro y cogió el otro ejemplar de prensa amarilla.

–Empiezo a creer que lo tuyo es contagioso –comentó, al tiempo que abría el periódico.

–Deberías –dijo Rosemary. Aguardó.

–¡Hijo de tal! –exclamó–. Hasta se hicieron con el patrón, eduardiano. Once de cada, cucharas y tenedores.

–Once –dijo Rosemary. Permaneció inmóvil unos segundos. Dio media vuelta y se encaminó a la mesa.

Joe la contempló.

Rosemary mezcló las letras de OUTSLAREMS, las revolvió durante un momento... y se puso a mirar por la ventana, golpeando con una ficha la uña del pulgar de la otra mano.

–¿Conoces por casualidad su apellido? –preguntó.

–¿El de Judy?

Rosemary dio media vuelta y dijo que sí con la cabeza.

–Ni siquiera sé si lo tenía –reconoció Joe–. ¿Y tendrías la bondad de aclararme qué puede tener eso que ver con todo lo demás?

–Hay una guía telefónica en ese cajón de ahí –dijo Rosemary–. Quizá figure en esa guía la inicial de su apellido, que es la que interesa. Kharyat... K, H, A, R, Y, A, T. Avenida del West End.

–La inicial de su apellido es importante –articuló Joe, sin dejar de mirar a Rosemary.

Ella asintió.

–De una importancia crucial.

Joe suspiró, abrió con los pies el cajón y extrajo el grueso volumen de la guía telefónica de Manhattan, encuadernada en color burdeos.

–¿Por qué me sentiré de pronto como un doctor Watson cualquiera? –comentó.

Rosemary esperó.

Joe localizó la K, pasó hojas; ella siguió observándole, mientras su pulgar frotaba la ficha de la letra.

–Sólo hay una –determinó Joe, con una mano en las gafas–. Kharyat, J. S.

Rosemary alargó el brazo por encima de las rosas y extendió los dedos de la mano; Joe cogió la ficha, la miró y luego su vista fue hacia Rosemary.

–¿Cómo lo haces? –preguntó.

–Soy adivina –repuso ella–. Tengo visiones.

Se volvió y cruzó la estancia. Se detuvo ante Andy della Robbia, apoyado en su caballete, encima del televisor... contemplado y contemplando a todos.

Rosemary giró en redondo y dijo:

–Once cucharas.

Joe alzó la mirada hacia ella, con el arco blanco de una rosquilla en la mano y la boca llena.

–Once tenedores –continuó Rosemary–. Siete cuchillos de carne. –Tomó aliento–. Un picahielo. ¿De qué son?

Joe tragó saliva.

–¿De qué son?

–En Tiffany's –dijo ella.

–¿Sería distinto en alguna otra parte? –quiso saber Joe.

–Tal vez –repuso Rosemary–. En otra parte podían ser de acero inoxidable o de aluminio. En Tiffany's son de plata. –Rosemary se pasó de nuevo las manos por el pelo, peinándose hacia atrás y luego se lo agarró–. Treinta piezas –sumó, fijos en Joe los ojos orillados de lápiz oscuro–. Treinta piezas de plata.

Al quedarse Joe boquiabierto, se escaparon migas hacia el suelo.

Rosemary se le acercó.

–Treinta piezas de plata –repitió–, alrededor y encima del cadáver... de Judith S. Kharyat.

Joe parpadeó frente a Rosemary y dejó la rosquilla.

Rosemary se le acercó aún más.

–Judith S. Kharyat. –Se inclinó por encima de las rosas y lo pronunció todo seguido–. Judithesskharyat.

–¿Judas Iscariote? –preguntó Joe.

Se quedaron mirando el uno al otro.

–Tengo la sensación –aventuró Rosemary– de que ese no es su nombre de nacimiento.

Se irguió. Cerró los ojos, se llevó una mano a la frente, dio media vuelta. Echó a andar despacio, en lento y amplio círculo...

En tanto la observaba, Joe preguntó:

–¿Es cierto? ¿Tienes visiones?

–A veces –contestó Rosemary, que seguía caminando despacio, con la mano en la frente y los ojos cerrados.

Joe la contemplaba, cubierta la boca con el dorso de la mano.

Rosemary interrumpió su paseo en círculo y, ante Joe, dejó escapar el aliento y dijo:

–Necesitaba un nombre que sonase a indio. Indio vassar... Supongo que para cuando se hiciera evidente antihindú. Era lista, Dios la bendiga. Y le gustan, le *gustaban* los juegos de letras, los enigmas y los crucigramas. –Permaneció inmóvil unos segundos, parpadeó, apretados los labios y unidas las manos con fuerza–. Se acercó a Andy con la intención de enfangarlo, a él y a los Hijos de Dios, con la idea de exponer el tinglado como un chanchullo inconfesable y presentar a Andy como, no sé, como un estafador, un sacamuelas. Todos nosotros sabemos qué parece, conocemos su pinta, así que ella dijo llamarse Judith S. Kharyat, Judy Kharyat. Debió de figurarse que podría dar el pego a todos, pasar por todas las esferas, cosa que hizo, y probablemente no pensaba estar aquí más de un mes o cosa así, si llegaba. Pero Andy derramó su hechizo sobre ella –Rosemary se aclaró la garganta– y la chica se enamoró de él. Se ceñía a su papel. Andy la hizo «descarrilar», dijo ella. Debí establecer entonces la relación.

–Establecer ¿qué relación? –Joe escrutó su rostro.

–Te apuesto lo que quieras –dijo Rosemary, al tiempo que se inclinaba y elegía una rosquilla–, a que esa chica era en realidad Alice Rosenbaum. Un acoplamiento perfecto. El examinador médico, o quienquiera que esté realizando la autopsia, a estas horas ya debería saberlo.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Joe–. ¿Quién es Alice Rosenbaum? ¡Es la primera vez que oigo ese nombre!

–Probablemente lo oíste hace unos años y lo olvidaste –sugirió Rosemary, mientras le hincaba el diente a una rosquilla y se sostenía el codo–. Yo lo oí en un documental del Sistema de Radiotelevisión Pública que vi hace quince días. Uno de mis hermanos salía, en su época de instituto, con una moza que se llamaba Alice Rosenbaum y tuvo sus trifulcas con mi padre por ese motivo, así que el nombre se me quedó en la cabeza. La Alice Rosenbaum del SRP era el miembro femenino de la Brigada Ayn Rand, la mujer que accionaba la válvula de aquel tren que secuestraron. Supongo que los trenes eran algo significativo para ella. Me refiero a que solía usar el verbo «descarrilar».

–¿Judy es... era esa atea paranoide? –articuló Joe.

Rosemary asintió.

–Estoy segura –dijo–. Tiene que serlo. –Comió un poco más de rosquilla–. Puede

que el nombre no sea el suyo verdadero y ninguna otra mujer hubiera tenido que hacer el papel de india en primer lugar.

–No acabo de captar lo que quieres decir –manifestó Joe, y se puso en pie–. ¿Tenía que ser india? ¿Por qué? ¿Por qué no hubiera bastado con que usara peluca y gafas y se llamara Alice J... Smith o Jones?

Rosemary empezó a darse golpecitos en el centro de la frente con la punta del dedo.

–Su tatuaje –dijo–. ¡Llevan tatuajes en la frente! ¿Qué iba a hacer, llevar una tirita durante un mes entero? ¿Se trataba de cubrir la marca? Necesitaba el punto para ocultar el signo del dólar.

Joe se la quedó mirando con la boca abierta.

Rosemary acabó la rosquilla, se limpió el *azúcar* de los labios y los dedos por el procedimiento de pasarse la lengua por ellos.

Joe se sujetó la frente y sacudió la cabeza.

–Jesús, aquí estoy en alta mar –se quejó–. De modo que quienquiera... que le diese las treinta piezas de plata –Joe bajó la mano y miró a Rosemary– ¿le estaba diciendo lo que era, un Judas? ¿Que estaba traicionando a Andy?

Rosemary se apartó.

–¿Cómo? –preguntó Joe–. Le quería, tal como has dicho. Desde luego, ya viste que la semana pasada tuvieron una pequeña pelotera a causa de no sé qué, pero no hubo forma alguna de que Andy pudiese tener algo que ver con esto –si es que pudieses imaginar tal cosa–. ¡Estuvo con nosotros en todo momento!

Rosemary dio media vuelta y proyectó la mirada de sus ojos circundados de obscuro sobre Joe.

–Los demás no estuvieron con nosotros –observó.

Zumbó el timbre. Andy llamaba a la puerta.

\* \* \*

Permanecieron un momento mirándose el uno al otro y, al final, ella dejó escapar el aire de sus pulmones y echó a andar. Aminoró el paso cuando llegaba al vestíbulo –Andy volvió a llamar– y aún redujo más la marcha al acercarse a la puerta. Se detuvo allí unos segundos. Joe salió de detrás de la mesita de café y observó la escena.

Rosemary abrió la puerta.

Andy inclinó la cabeza.

–Misión cumplida –dijo.

–Ah, bueno –repuso ella.

Se abrazaron.

–¿Qué tal? –Andy la besó en la frente, y le alisó el pelo, echándoselo hacia atrás.

–Muy bien. –Rosemary le besó en la mejilla–. ¡Has vuelto muy pronto!

A Andy le brillaron los ojos.

–¡Espera! –dijo. Cerró la puerta a su espalda.

Cogidos del brazo entraron en la sala de estar.

–¡Joe! –exclamó Andy.

–Andy... –le miró Joe.

–Sentaos los dos –indicó, separó su brazo del de Rosemary–. Voy a comunicaros algo que os va a dejar de piedra.

Se bajó la cremallera de la cazadora.

Se miraron entre sí.

–Hablo en serio –dijo Andy, se quitó la cazadora y su mirada fue de uno a otro–. Sentaos o dejaos caer, lo que prefiráis.

Se alisó el chándal: azul marino, sin mensaje estampado.

–¿Nos vas a hablar acaso de un tatuaje? –preguntó Joe.

Andy se le quedó mirando. Tragó saliva.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó–. Tengo que saber quién lo ha filtrado.

–Tu madre lo adivinó –Joe señaló a Rosemary con la cabeza.

Andy se volvió para mirarla fijamente.

–¿Que Judy era Alice Rosenbaum?

Rosemary asintió.

–¿Cómo?

Con la vista sobre Andy, Rosemary aclaró:

–Las treinta piezas de plata y el nombre.

–¿El nombre? –dijo Andy.

–Judith S. Kharyat...

–Pronúncialo más deprisa –sugirió Joe.

Los labios de Andy se movieron. Los contempló –a él, a ella– y se palmeó la parte lateral de la cabeza.

–Hasta pensaron en eso –dijo–. ¡Un nombre que lo reafirma todo! ¡Ni se me ocurrió juntar las palabras! Ella me dijo que su apellido indio era largo... –Hizo girar una mano, miró a Rosemary. Interrumpió el movimiento de la mano. Preguntó–: ¿No ves quién lo hizo? ¿No ves quién está detrás de todo?

–No... –respondió Rosemary, mirándole.

Andy se volvió hacia Joe.

Éste denegó con la cabeza, también mirándole.

–¡El resto de la Brigada! –afirmó Andy–. Los cinco tipos. O algunos de ellos. El comisario recibió la noticia de quién era Judy en el preciso momento en que llegábamos allí. Comprendí al instante de qué iba la historia, qué significaba: la habían plantado aquí para que nos espicara, lo estaban consiguiendo incluso con ella –

supongo que uno diría que se intercambiaban los equipos— y al mismo tiempo embrollaban el Encendido presentando el asunto como si a Judy la hubieran matado por traicionarme a mí de algún modo. Porque yo busco el modo de hacerlo, y las treinta piezas de plata... ¡que ese nombre no hace más que reforzar! Realmente, quién excepto alguien que pretenda conseguir el máximo absoluto de publicidad a escala mundial —me refiero a Tiffany's, desnudez, sangre, plata—; vamos, tenía que ser un montaje.

Con un jadeo, Joe dijo:

—Uf, chaval, tengo que reconocerlo, tu madre y yo pasamos un mal rato de los nervios, por lo menos yo, no debería hablar por ti, Rosie. ¡Qué alivio! ¡Uf!

Agitó una mano y se palmeó el pecho.

—Parece lógico... —dijo Rosemary.

Andy levantó el dedo índice.

—¡Pero antes de que tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra —manifestó—, el alcalde ya había reunido todos los datos! ¡Incluidas las treinta piezas de plata! —Se dio unos toquécitos en la sien y asintió con la cabeza—. Una vez lo expuso, todo el mundo se mostró de acuerdo fulgurantemente. A ella no se la identificará, de ninguna de sus dos personalidades, hasta después del Encendido, hasta pasadas las vacaciones, hasta el tres de enero. El FBI tienen montada plena vigilancia en Fuerte Comosellame, en Montana, y sus ordenadores ya han encontrado una conexión entre uno de los miembros de la Brigada y un abogado de la planta decimoctava.

—Es un alivio —comentó Joe, sin dejar de examinar las rosquillas.

Andy se volvió hacia Rosemary y la cogió por los hombros. A continuación suspiró, clavados los ojos en las pupilas de su madre.

—Al menos, sabemos quién lo hizo —declaró—. Confío en que eso ayude un poco.

Rosemary asintió.

—Ayuda, querido.

—Ahhh, pobrecilla... —Andy le dio un beso en la nariz y la abrazó—. Pareces lo bastante mayor para ser mi madre.

Ella le arreó un puñetazo, Andy rió entre dientes.

Aunque masticaba su rosquilla mientras los observaba, ello no le impidió a Joe sonreír.

Rosemary alzó la mirada hacia Andy.

—Ayuda de verdad, ángel mío —aseguró—. Probablemente yo hubiera comprendido que la Brigada estaba detrás del asunto, de haber dispuesto de más tiempo para reflexionar en ello. Sólo deduje quién era Judy unos minutos antes de que llegases. Me alegro de que el FBI se haya metido en esto con tanta rapidez; estoy segura de que los desenmascararán.

Le sonrió... irradiando candor y sinceridad. Y honestidad y franqueza.

La Antijudas...

Se suponía que había estado allí entre los doce antiapóstoles.

Once ahora.

Deshizo MULTAROSSES, cambió de sitio las fichas de letras y formó ASTROLUMES.

Sentada a la mesa a última hora de la tarde, después de dormir la siesta y de tomar una ducha. Holgazaneando en suave pijama, con jazz suave en la radio, nieve suave descendiendo al otro lado de la ventana.

ULTRAMESSO. Como la alcoba de una adolescente. No era una palabra tan común, aunque solían usarla los críos de cinco y seis años.

¿Era posible que Judy/Alice hubiera mentido también respecto a ROAST MULES... para aliviar su obsesión? ¿Realmente no había ninguna palabra que pudiera formarse con aquellas diez letras? ¿Era un truco, como sus saris y el punto en la frente?

No... Ni siquiera una atea paranoide haría eso...

Y habían sido amigas. Aquello no fue ningún engaño.

MORTUALESS...

Hutch no pudo revelarles la verdadera identidad de Román porque se lo impidieron mediante el hechizo que lanzaron sobre él Román y los integrantes del aquelarre, el maleficio que al final acabó con su vida.

A Judy le habían impedido revelarles... ¿qué? ¿Que Andy tenía un aquelarre? ¿Era brujería y satanismo, no fraude y evasión de impuestos, lo que había descubierto Alice Rosenbaum, por lo que Andy le había hecho descarrilar? Y después de que se lo hubiese contado a ella, ¿a quién se lo habría dicho hoy la Antijudas? ¿Al *Times*? ¿A los tabloides? Viniendo de ella, la prensa amarilla habría retenido oculto eso cosa de dos segundos. ¿O a un editor, para que preparase un libro que se publicaría en el próximo abril o mayo? ¿Por qué otro motivo la hubieran matado de aquel modo? Debían de estar alterados por algo, como muchos de los asesinos que blanden cuchillos de la historia reciente... que son muchos menos en la actualidad, gracias a Andy.

¿Podía la Antijudas haber difundido la peor noticia, la Mala Nueva?

No. Si hubiese sabido quién era el padre de Andy, nunca se habría sincerado con su madre, ni siquiera en parte... y hubiera seguido husmeando para obtener más información. La cuestión cultura india –¡ja!– le habría proporcionado la excusa adecuada.

Lo que significaba, probablemente, que los otros once tampoco lo sabían. Los participantes en el aquelarre compartían su conocimiento secreto; ese fue uno de los

reclamos de Román, cada vez que intentó inducirla a que se le uniera...

### STEALORMUS...

La última Nochebuena –su última Nochebuena, seis meses atrás– había permitido por primera vez que Andy fuese solo al piso de Minnie y Román y que pasara la noche con ellos. Aquel día, Andy contaba cinco años y medio. Había ritos que tenían que celebrarse seis meses antes del próximo cumpleaños del chico, dijo Román, instrucciones que debían impartirse. Ellos estaban cumpliendo su parte del trato, ella debía hacer honor a la suya. El padre de Andy también tenía derechos. Y también ritos.

Ella necesitaba a los conjurados del aquelarre. Cuando se tiene un chiquillo con preciosos ojos de tigre, y brotes de cuernos un poco menos bonitos, además de otras partes todavía menos hermosas –era de suponer que todo eso lo tuviese hoy bajo control (Rosemary no le había hecho ninguna pregunta sobre el particular) merced a su propia fuerza de voluntad semisatánica, la misma fuerza interior que le proporcionaba aquel color avellana a sus ojos–, cuando una tiene un niño así, una no puede dejarlo en la guardería y marcharse tranquilamente al trabajo. En esas condiciones, una necesita real y desesperadamente una niñera, una no puede llamar a una agencia ni recurrir al adolescente que vive unas cuantas puertas más abajo, en la misma planta del edificio.

El conjunto de miembros del aquelarre pagaba las facturas. Las mujeres eran amantes abuelitas a las que Rosemary confiaba la criatura sólo cuando le era absolutamente necesario, bajo normas estrictas cuyo cumplimiento ella verificaba por secretos medios. Todos, hombres y mujeres –excepto Laura-Louise, la arpía–, la trataban con la misma amabilidad y respeto que todo el mundo volcaba hoy sobre ella.

Román le prometió –hizo un voto solemne que afirmó era sagrado para él– que en ningún modo se ocasionaría daño alguno a Andy, ni se le obligaría a hacer algo que él no quisiera hacer, que al chico sólo se le fortalecería mental y físicamente en diversos sentidos que le resultarían útiles durante toda su vida. La experiencia sería inspiradora y estimulante, destinada a levantarle el ánimo, como cualquier otro buen servicio religioso. Aunque ella no podía estar allí como espectadora, se la recibía bien, tanto seguramente, ella lo sabía ahora, como celebrante. Desde luego, al aquelarre le venía de perlas un poco de sangre joven –los ojos de Andy fulguraban– y había allí dos plazas libres. Lo cual permitió a Rosemary no perder de vista a Andy.

Gracias pero no, gracias.

Había pasado la mitad de aquella Nochebuena sentada en una banquetta, dentro de un armario sin estantes cuya parte posterior se abría, cuando no tenía echada la llave por el otro lado, sobre el mismo pasillo por el que la transportaron aquella noche de octubre del 65. Sentada allí, con el oído pegado al fondo de un vaso comprimido

contra el contrachapado blanco, percibía débilmente de vez en cuando los ecos de la música que producía aquella noche el tubo de la flauta, de los cánticos, del batir del tambor. El penetrante olor de la raíz de tanis se filtraba por los resquicios de la madera, acre pero no desagradable... Un tufillo de sulfuro, sin embargo, la mareaba. ¿Él había subido, había salido, se había materializado procedente del espacio exterior o de vaya una a saber de que punto del infierno?

Entonces lloró por Andy. Debería haber cogido a Andy y emprendido la huida. Hubiera tenido que marcharse, antes de que el niño naciese, lejos, a San Francisco o Seattle. De una manera o de otra, como hubiese podido, debió agenciarse un billete de avión y encontrar una institución o un hospital infantil, un hospital regido por la Iglesia, que le hubiera ayudado.

Al cabo de un rato, la emanación de sulfuro se volatilizó y de nuevo sólo se apreció el olor del tanis, que enseguida se hizo más fuerte dentro del armario, y Rosemary se sintió mejor. Recordó el sabor a tanis de las bebidas que Minnie le había preparado durante el embarazo, bebidas que habían alimentado a Andy. Minnie y Román le querían, se habían cuidado de él.

Posteriormente se sirvió un vaso de ponche de huevo, añadió una rociada de whisky escocés y miró *It's a Wonderful Life* («Es una vida maravillosa»)... tradición navideña según la televisión. Una película empalagosa. Rosemary la veía por segunda vez.

Cuando a la mañana siguiente llegó Andy a través de los armarios, se sentía estupendamente, feliz, contento de verla, de abrazarla, de besarla y de irrumpir en el salón. ¿Lo había pasado bien? Asintió, alzó la vista hacia el árbol.

–¿Qué estuviste haciendo? –le preguntó Rosemary; se arrodilló junto a él y sonrió a la luminosidad que brillaba en sus ojos, en sus mejillas.

–Me comprometí a no decirlo –manifestó Andy–. ¿Debería?

Con la mano apoyada en la espalda de la camisa de franela, Rosemary dijo:

–Si realmente no quieres decirlo, sí. Si has cambiado de idea y quieres contármelo a pesar de todo... Los chicos pueden hacer eso. Si no quieres, no. Te di permiso, te dije que podías ir.

Él optó por callar.

La última Navidad de ella. Él había vivido veintisiete más, desde entonces, o ésta sería su vigesimoséptima. Las que disfrutó durante la infancia y durante la adolescencia, por lo menos, debieron de ser como aquella, aromatizadas con tanis, entre cánticos navideños acompañados por la música gemebunda de la flauta. Navidades negras...

TREMULOSSA...

Andy le dijo que había acabado con el satanismo... tras mirarla a los ojos y afirmar que no volvería a mentirle nunca más. Si le había mentado... El viernes por la

noche sería el momento de averiguarlo.

Había dicho en el avión que Judy y él tenían planes para la Nochebuena, que intercambiarían regalos con Joe y con ella, con Rosemary, el día de Navidad por la mañana. Y la primera vez que jugaron al *Scrabble*, Judy había empezado a decir algo acerca de los tejemanejes que se desarrollaban en la planta novena...

No era un mal espacio... el anfiteatro y sus camerinos y entre bastidores, las salas de conferencias, todas alfombradas, insonorizadas por pisos de despachos vacíos por encima y por abajo. No era un mal espacio, en absoluto, para celebrar misas negras. Sin ninguna duda, mucho mejor que el salón de Minnie y Román.

¿Cinco personas para mantenerlo impecable? ¿No eran nueve las que integraban el equipo de limpieza? ¿Ultramesso?

SOULMASTER...

La nieve arañaba la ventana, cayendo ahora más deprisa, ramalazos blancos que sacudía el viento, lanzados como latigazos de un cielo cada vez más tenebroso. Un tanto para los meteorólogos; hacia la medianoche, una capa de diez centímetros, pronosticaron; para por la mañana, de cinco a diez centímetros más. Las ráfagas de viento alcanzarían los sesenta y cinco kilómetros por hora.

La nieve también caería probablemente en la emisora de radio; Bing Crosby había empezado a soñar con unas Navidades blancas.

Precisamente como las que solía conocer.

# TRES



La nevada del 99, que duró dos días y medio y tendió una alfombra blanca de sesenta centímetros a metro y medio, según los lugares, a lo largo de la costa oriental desde Cabo Hatteras hasta Cabo Cod, fue con mucho la cima, el pináculo, el Everest de las tormentas de nieve del siglo, y el quebradero de cabeza supremo de cuanto proporcionaron ellas.

La ciudad de Nueva York tuvo suerte, sólo cayó allí una capa de sesenta centímetros y medio. Había que dar las gracias a Dios por eso –Boston, se dijo, nunca emergería de debajo de la nieve– y la «Madre Naturaleza» cargó con la culpa de las consecuencias posteriores: los trenes de cercanías enterrados o bloqueados, los techos de supermercados que se derrumbaron, la desertización de cines y teatros, los viajeros encallados, la inmovilización en que quedó todo el mundo, salvo los niños que poseían trineos y esquís para campo a través.

Descendieron los últimos copos y volvió a salir el sol a primera hora de la mañana del viernes, como si obedeciera religiosamente la belicosa e irreverente orden de sólo uno de los tabloides: CÓLMALO, BING. La periferia del centro urbano de Manhattan era un mosaico de tundras irregulares donde la gente deambulaba, pateaba, esquiaba, arrojaba bolas de nieve, retozaba con perros, empujaba niños montados en conchas de plástico... mientras los encargados de grandes almacenes observaban, sonrientes, desde la puerta de sus establecimientos.

Únicamente Tiffany's rebosaba compradores que agitaban sus tarjetas de crédito, no sólo en la joyería de la Quinta Avenida y sus tiendas satélite, sino también en las sucursales de White Plains y Short Hill... una prueba más de que si el nombre se deletrea bien, no existe mala publicidad.

\* \* \*

–Hola. Vamos a echar una mirada al árbol.

No se habían visto ni dirigido la palabra desde el martes por la mañana, cuando el espantoso estado de agotamiento de Rosemary le proporcionó una excusa legítima para despedirle, a él y a Joe, tras dar un beso en la mejilla a cada uno de ellos. Joe se marchó con las rosquillas que quedaban y los periódicos, gracias. Andy había dicho que iba a su retiro, pero que estaría de regreso para el almuerzo de la mañana de Navidad.

A Rosemary le alegró la marcha de Andy –lo de la irradiación no había sido exactamente una ironía–, pero no dejó de preguntarse si de lo que se retiraba era del dolor, del sentimiento de culpa o de una mezcla de ambos. Y en compañía de quién se

retiraba, caso de haber alguien. Se lo imaginó, a él o a ellos, en una casa de adobe y decoración ganadera, propia de *Playboy*, rodeada de desierto. Había otro asunto que no se citaba; un retiro es un retiro.

–¿Estás ahí?

–Sí –respondió Rosemary, y se trasladó con el auricular hasta la ventana del dormitorio—. ¿Y tú dónde estás?

–Cuarenta y cinco plantas por encima. Acabo de llegar.

–¿Cómo? –preguntó ella, al tiempo que su mirada descendía hacia la ondulante colcha blanca extendida sobre el parque.

–Avión, helicóptero y metro. ¿Te seduce un poco de ejercicio? La nieve ha cuajado más o menos en mitad de las calles y las máquinas la están quitando. Es auténticamente navideño.

Rosemary suspiró.

–Recuerdo que las últimas Navidades tuvimos árbol propio. Tú contabas cinco años y medio, lo adornamos juntos. ¿Te acuerdas?

–Lo he olvidado completamente. Por eso estoy aún en Arizona. ¿Tienes botas? Las zapaterías deben de haber agotado sus existencias.

–Las tengo –dijo Rosemary.

\* \* \*

Todo el mundo tenía... botas pardas, negras, rojas, amarillas. Guantes, mitones, bufandas, pañuelos, gorros, orejeras, mejillas enrojecidas (las que normalmente eran rosadas), chapas de I♥ANDY y I♥ROSEMARY, amplias sonrisas, brillantes gafas u ojos que le sonreían a uno.

–La ciudad nunca está mejor que después de una gran nevada –dijo Rosemary, despidiendo nubéculas de vapor al respirar, caminando cogida del brazo de Andy por el medio de Central Park South entre docenas de otros orgullosos Reivindicadores de la Tierra contra los Vehículos–. La verdad es que impulsa a las personas a dar lo mejor de sí mismas.

–Supongo que sí –concedió Andy, en el momento en que hacían un alto en la Séptima Avenida para observar a unos cuantos hombres, mujeres y niños que ayudaban a una brigada de empleados del servicio de recogida de basuras a poner en el buen camino a un esparcidor de sal que se había atascado. Un poco más allá, otro grupo realizaba una tarea similar con otra máquina aún mayor y de color naranja.

Avanzaron pisoteando la nieve por Central Park South entre los demás pioneros, sosteniéndose mutuamente de vez en cuando, cuando resbalaban; los sesenta centímetros y medio de nieve aún no se habían endurecido.

Rosemary llevaba su completo atavío Greta Garbo: gafas oscuras nuevas, más

grandes, un pañuelo cubriéndole la cabeza, el sombrero de ala flexible y un chaquetón tipo *Ninotchka*, que tal vez había llevado algún coronel ruso. Una vez ella estuvo en un tris de regalárselo a un botones.

El disfraz sencillo que Andy utilizaba para salir a la calle nunca le había fallado: gafas oscuras y una chapa gigante de I♥ANDY le transformaban instantáneamente en uno más de los incondicionales émulos caracterizados de Andy que poblaban la ciudad, miembros de las legiones de ellos existentes en el planeta.

Uno de los mejores. Un agente con gafas oscuras se acercó a Andy y Rosemary y su enguantada mano se movió hacia arriba con el pulgar extendido.

–¡Tú, Andy! –sonrió–. ¡Formidable! ¡Número uno!

Le devolvieron la sonrisa.

–¡Gracias! –dijo Andy, al cruzarse con él–. ¡Te quiero!

–¡Y la voz también perfecta! –gritó el agente, señaló con el dedo y retrocedió unos pasos–. ¡Di algo más!

–¡Vete a hacer gárgaras!

El agente se echó a reír y agitó la mano.

Rosemary dio un codazo a su hijo.

–¡Andy! –recriminó.

–Es parte del disfraz –repuso él–. ¿Acaso Andy diría una cosa así? ¡Nunca!

–¡Ahhhh...!

–Di «¡mierda!» y ayudará.

Soltaron una carcajada –¡Mierda!– y torcieron a la derecha, por un paseo de nieve endurecida que desembocaba en la Sexta Avenida. Allí la Tierra había sido ya reivindicada en todo lo que alcanzaba la vista... blanca tundra salpicada de puntos que eran personas y bordeada por iglús con forma de automóviles.

–¿Cuándo renunciaron a la «Avenida de las Américas»? –preguntó Rosemary, al tiempo que miraba un rótulo callejero.

–Oficialmente, hace unos meses –respondió Andy.

–Hutch solía decir que algún día contarían las sílabas –sonrió Rosemary.

La mención de aquel nombre empañó el ambiente.

Rosemary ya le había hablado de Hutch, el amigo suyo al que el aquelarre de Román ocasionó la muerte.

Avanzaron pesadamente por la tundra de la Sexta Avenida, cogidas las manos enguantadas, escudriñando el paisaje tras las gafas oscuras, con la sonrisa en los labios.

Hicieron una pausa en mitad de la avenida y contemplaron los esfuerzos de un grupo de personas que accionaban las palas para quitar la nieve acumulada en torno a una limusina con las ventanillas parcialmente descubiertas.

Andy les echó una mano. Rosemary también. Cuando dejaron al descubierto la

cerradura de una portezuela, que no tenía echada la llave, y la abrieron, resultó que no había nadie dentro.

Andy y Rosemary se despidieron agitando la mano y reanudaron la marcha, mientras se quitaban la nieve de la frente.

En la tundra de la calle Cincuenta y una Oeste, pasaron por delante de la marquesina posterior, con sus luces de neón rojas, del Radio City Music Hall.

–¿Para cuándo tu próxima actuación en directo? –preguntó Rosemary–. Estoy impaciente por presenciarla.

Andy respiró; el aliento surgido por las ventanas de su nariz formó nubéculas de vapor.

–No creo que vaya a hacer ningún programa más –dijo–, al menos durante una temporada.

–¿Por qué no? –se extrañó Rosemary–. Son terroríficamente efectivos. La mujer del sanatorio que me habló de ti, te vio allí y se refirió a ello como si... hubiese vivido una experiencia religiosa.

Las gafas de Andy dejaron de enfocar a Rosemary.

–No sé –articuló–, tengo la impresión de que después del Encendido debería tomarme cierto tiempo de descanso... para evaluar con calma lo que me gustaría hacer a continuación.

–He estado trabajando en un esbozo para la presentación de un programa de tertulia y entrevistas. No me seduce lo más mínimo presentarme sin más y decir: «Aquí estoy, soy la mamá de Andy, tomadme». Tengo un título estupendo para ese espacio. «Ojos nuevos.» ¿No es un buen título para un programa que trate de las diferencias entre el hoy y el ayer?

–Sí, lo es –reconoció Andy.

–Quiero tratar asuntos importantes, como el error de emplear el lenguaje de los terroristas, y temas triviales, como el de los monopatinos... hablando con personas relacionadas de un modo u otro con el sector correspondiente.

–No olvides que vamos a estar ausentes una temporada –dijo Andy.

Rosemary exhaló una prolongada nubécula de vapor.

–No –dijo–. No, la verdad es que no creo que eso sea una buena idea. En estos momentos, no.

Andy respiró y apretó los labios.

Siguieron adelante, apisonando la nieve, con las gafas oscuras puestas y las enguantadas manos juntas.

Irrumpieron en Rockefeller Plaza, y se detuvieron, helados de pronto, encogidos.

–¡Caray! –exclamó Andy; alzó la mano libre.

Rosemary silbó. La gente se movía a su alrededor, se cruzaban con ellos en ambas direcciones.

Fueron acercándose al estratosférico cono de luces multicolores.

–Te diré una cosa que los ojos nuevos pueden ver de inmediato: ¡demasiado! Solía ocurrir que lo que vieses allí fuera un *árbol* con todo lo que debe tener un árbol; y eso no es más que un cono de luces y chucherías. Podría ser que en su interior no hubiese más que espuma de poliestireno.

–Lo cierto es que lo han podado bastante desde el año pasado –observó Andy–. La gente empezó a quejarse.

Siguieron acercándose..., ya casi sobre asfalto limpio, entre el gentío, con muros de nieve amontonada a ambos lados.

–Pero –dijo Rosemary, cuando se encontraron en una atalaya ventajosa, desde la que se veían perfectamente el árbol y los patinadores que circulaban por la pista tendida delante–, si vas a hacerlo por el oropel...

Andy asintió y levantó la vista hacia el árbol.

Rosemary le miró, a las luces que se reflejaban en los cristales de sus gafas, a la parte de las mejillas situada encima de la barba.

–Saluda a Andy de mi parte –pidió un hombre frente a ellos, un hombre que tiraba de la manopla de un rapaz de unos siete años. El chiquillo se mordisqueaba la otra manopla, con la cabeza levantada para mirar a Andy. El hombre les dedicó un guiño.

–Pórtate bien... –aconsejó Rosemary.

Andy se agachó, sonrió al muchacho, se quitó las gafas y dijo:

–Hola.

El chaval se puso la manopla debajo de la barbilla y dudó: –¿De verdad eres Andy?

–Para ser completamente sincero –repuso Andy–, en este momento no estoy seguro. ¿Quién eres tú? –James –contestó el chiquillo.

–Hola, James –Andy le tendió su mano enguantada. James se la estrechó con su manopla. –Hola... –dijo.

–Cuando la nieve lo cubre todo es divertido, ¿verdad? –preguntó Andy.

–Sí –James movió la cabeza afirmativamente–. Vamos a hacer un muñeco de nieve.

Andy le cogió el hombro, sonrió y dijo: –Disfrútalo, Jimbo. Se irguió.

–Un chico estupendo –le dijo al hombre y volvió a ponerse las gafas oscuras.

–Tú –afirmó el hombre, al tiempo que le golpeaba en el pecho con la punta del índice– eres diez veces mejor Andy que el tipo de la miniserie. Y tu voz se parece más a la del verdadero Andy.

–Años de práctica –dijo Andy. Rosemary le tiró de la manga.

–¡Felices Pascuas! –deseó el hombre. Saludó también a Rosemary, con un asentimiento de cabeza, y condujo a James hacia el árbol.

–¡Felices Pascuas! –correspondió Rosemary.  
Andy agitó el brazo; James le devolvió el gesto.

\* \* \*

Continuaron avanzando por la Séptima Avenida, tundra en la que un ejército de máquinas quitanieves abría amplios surcos. Luego ascendieron hacia el Stage Deli... medio vacío.

–Su hermano está en la esquina –dijo el camarero, de pie junto a la mesa, con cuaderno de notas y lápiz. Andy miró en la dirección indicada; otro Andy le saludó agitando la mano. Hizo lo propio. Rosemary también agitó el brazo. Lo mismo hizo la compañera de mesa del otro Andy, Marilyn Monroe. El camarero preguntó–: ¿Qué va a ser?

Emparedados de pastrami, cerveza.

Andy masticó, con las gafas enfocadas sobre la ventana.

Rosemary se quitó las suyas, le miró y dijo:

–¿Quieres hablar, Andy?

Andy permaneció en silencio durante un momento. Suspiró, se encogió de hombros.

–Es simplemente irónico, ni más ni menos –manifestó Andy; las gafas se volvieron hacia el medio emparedado del plato. Lo cogió–: Por fin he encontrado una chica inteligente, sexualmente excitante y que prefiere de veras la obscuridad total, y eso es porque le ahorra estar bronceada por completo. Me dijo que las mujeres indias nunca dejan que el hombre lo vea todo. Quién sabe, a lo mejor es cierto.

–Lo dudo –repuso Rosemary–. Son muy abiertas... creo.

–Seguro que da alas a la imaginación –observó Andy.

Rosemary volvió a ponerse las gafas oscuras y examinó el plato.

–No puedo comer todo esto, voy a decir que lo envuelvan.

Las máquinas quitanieves ya habían terminado y Central Park South empezaba a disponer de un segundo paseo; algunos taxis y turismos se desplazaban sobre una capa de treinta centímetros de espesor de nieve sucia. Rosemary avanzó detrás de Andy, en fila india, junto al brillante muro blanco de un banco de nieve.

–¿Qué haces esta noche?

–A las ocho y media dicen misa en San Patricio –contestó Rosemary–. Joe ha conseguido asientos. –Marchó en pos de Andy. Le preguntó–: ¿Y tú?

–Me acostaré temprano. El viaje me ha dejado sin ánimos. Aunque mereció la pena.

Un cartero le echó una mano, ayudándole a subir una escalinata cubierta de nieve pisoteada, y luego ambos hombres hicieron lo mismo con Rosemary. Andy y ella

dieron las gracias al empleado de correos.

–Muy bien –dijo el hombre.

–Gracias, te quiero. –¡Estupendo!

Se encaminaron a la marquesina de la entrada a la Torre, saludaron al portero con una inclinación de cabeza, que les dedicó un guiño y, primero Rosemary y después Andy, pasaron por la puerta giratoria al atestado vestíbulo del gran hotel, con sus mármoles adornados con ramas verdes y hojas doradas, «Greensleeves» tintineando por encima del personal, colgadas de cadenas medievales. Maniobraron entre botones que trasladaban maletas, pasaron por delante de la recepción, donde se entretenían ociosamente un jeque y su séquito, atravesaron un barullo de estudiantes francesas de uniforme y un tambaleante camarero que iba derramando las naranjas del frutero que llevaba en las manos, y llegaron a la hilera de ascensores.

–Tengo que recoger unas cosas en la galería comercial –dijo Rosemary–. ¿Seguro que no lo quieres?

Mantuvo levantada la bolsa de fiambres.

–Positivo –repuso Andy, y apartó una naranja mediante una patada–. ¿Alrededor de las once mañana?

–Perfecto –aceptó Rosemary.

–Te llamaré.

Chasquearon las gafas al chocar cuando se besaron en la mejilla.

–¡Felices Pascuas! –se desearon recíprocamente, sonrientes los labios.

Andy se alejó en dirección a la esquina de más allá de los ascensores.

Rosemary entró en la galería comercial. Las colegialas francesas parloteaban delante de los estantes de revistas ilustradas y las vitrinas donde se exponían perfumes y bisutería.

Seleccionó un tubo de pasta dentífrica y una linterna, lo cargó a la cuenta de la *suite*, luego regresó y dirigió la palabra al sonriente farmacéutico. El hombre se retiró del mostrador.

Rosemary escudriñó el establecimiento tras las gafas, se las quitó y sonrió al dependiente, que le devolvió la sonrisa. El dependiente le barrenó la oreja con el índice y esbozó una mueca de dolor, mientras las estudiantes se apresuraban camino de la puerta.

Regresó el farmacéutico y alargó la mano por encima del mostrador.

–¿Misa del gallo?

–Acertaste, Al. Gracias. ¡Felices Pascuas!

–Media te mantendrá despierta y con los ojos de par en par durante tres o cuatro horas. Feliz Navidad, Rosemary.

\* \* \*

–Hola, Rosemary. Soy Joe. Dame un telefonazo cuando llegues, ¿querrás? Tengo un problema.

El problema, se lo dijo cuando le llamó, implicaba a Mary Elizabeth, la hija de veintitrés años de Joe, que había resultado ser lesbiana y se había ido a vivir con su amante, una mujer de cuarenta y tantos años.

–Ronnie tuvo un detalle repentino y las invitó a cenar, estaba animada por el espíritu navideño en su más amorosa expresión, y ellas se encuentran ya en camino. Los trenes se acercan y me temo que si no voy, es muy probable que Mary Elizabeth crea que estoy cerrando la...

–¡Oh, ve, Joe! –le interrumpió Rosemary–. ¡Ve, no te preocupes! Me alegro de que os sentéis todos juntos.

–Yo también quiero encontrarme con ella. Quiero decir que, si vive con esa mujer, al menos deseo tener una especie de...

–Te diré la verdad, Joe –le interrumpió Rosemary–. Por mi parte, no me importa nada ir sola. Sinceramente. Hace mucho tiempo que no aparezco por la iglesia, incluso llevaba una buena temporada antes del coma, y tal vez será mejor para mí si es más... privado. Ve, no te preocupes. Debes hacerlo, quiero que vayas.

–Gracias, Rosie. Entra por la puerta de la Cincuenta y una, la que está cerca de Madison. Alguien estará allí con una lista, no tienes más que dar mi nombre. ¿A qué hora mañana?

–Hacia las once –dijo Rosemary.

–Te veré entonces. Gracias otra vez.

Rosemary se sintió doblemente agradecida: porque todos estarían sentados juntos y porque realmente ella deseaba ir sola. En el interior también iría de Greta Garbo.

No tenía intención de ir a misa hasta la noche del martes, una vez hubiese decidido dónde pasaría los últimos momentos de la Nochebuena. En la catedral no cabría un alfiler, incluso a pesar de que se habían programado misas extraordinarias aquellas navidades de 1999, y a Rosemary no le gustaba llevar gafas oscuras en la iglesia, así que le había preguntado a Joe si le era posible proporcionarle un asiento especial. Ella le había invitado a acompañarla al considerarse obligada; e intuyó que él aceptó por similar motivo. Joe no era más devoto que ella, ambos con sus divorcios a cuestas.

Y ella había tenido que darle plantón, de todas formas... otro corte para él.

Pobre Joe. Pobres los dos. Él lo había dispuesto todo de maravilla y luego no vio motivos de verdadero peso para aplazar las cosas como ella *hacía*, pero cada vez que proyectaron pasar una noche a gusto o un fin de semana juntos, siempre surgió algo que se interpuso en sus planes. Primero el apagón de Dublín, después el incendio en la posada de las afueras de Belfast, luego el pinzamiento del nervio raquídeo y, finalmente, la tormenta de nieve.

Era casi como si, en algún lugar del universo, un poder espiritual malévolamente tuviera como único objetivo oponerse a que logran meterse juntos en el saco antes de Nochevieja.

\* \* \*

Rosemary telefoneó a sus hermanos y a su hermana. Distribuyó los últimos regalos navideños del personal.

Sus regalos para el círculo interior de los Hijos de Dios, posiblemente los miembros del aquelarre de Andy –inocente hasta que se demostrara lo contrario–, aguardarían hasta el día siguiente o hasta nunca, según.

El pañuelo de Judy en su envoltorio de Hermés... Rosemary no sabía qué hacer con él. Probablemente se lo pondría ella misma. Un diseño indio. Ja.

Sentada junto a la ventana se comió la otra mitad del emparedado de pastrami, mientras pensaba en el modo de arreglar las cosas, mientras ponía sus pensamientos en orden de forma que no malgastara su tiempo, mientras asumía... Era, después de todo, una de sus noches más atareadas.

Los huesos de Hutch debían haber estado revolviéndose en el «restaurante de gusanos», como él lo llamaba.

Judy/Alice también se habría sentido molesta, desde luego, aunque es probable que lo hubiese aceptado como una clase de «centrado».

Cuando se tiene una prueba positiva, obtenida por la vía dura y difícil, de la realidad de Satanás, una tiende a recuperar su fe en Dios. Naturalmente, Él puede no creer ya en una, puede incluso sentir cierto nerviosismo si una pone pie en su casa o se atreve a tomar su sagrada comunión, así que una mantiene una respetuosa distancia...

Hasta que parece verdaderamente necesario aclarar las cosas.

Rosemary salió de la Torre a las siete, equipada por completo con el atavío tipo Garbo. El portero dijo que por allí abundaban los taxis, pero Rosemary disponía de tiempo de sobra, la noche era clara y ella era de Nebraska; echó a andar.

El mismo itinerario que había recorrido con Andy, ahora con las aceras limpias por la acción de las palas y con montañas de nieve amontonada aquí y allá, pilas blancas en las que refulgían los destellos del cromo sepultado.

Numerosos Santa Claus con sus barbas postizas tocaban la campanilla, yendo allí con Chanel número 5 y emparedados de pastrami de Stage Deli en la lista de Ojos Nuevos de Cosas Buenas Inmutables, una idea para el cuarto o quinto programa o acaso para un telefilme semanal.

Pasó por delante del Rockefeller Plaza sin lanzar más que una sola mirada al cono de brillantes luces nocturnas –no demasiado malo– y continuó hacia la Quinta

Avenida, donde los montes de nieve se habían desvanecido y el tráfico, el escaso tránsito, lo desviaban. Al otro lado de la avenida, la catedral de San Patricio se erguía en toda su gótica majestad, cada detalle de su fachada de tres arcos y dos agujas gemelas glaseada pródigamente, blanca, inundada por los chorros de luz que despedían sobre ella los brillantes focos, espléndida como nunca.

Otra gran atracción extra para el Nueva York de 1999, la iluminación nocturna de los gigantescos edificios.

Llegaba con más de una hora de adelanto. Tras las barreras azules de la policía, la cola serpenteaba en torno a la calle Decimoquinta, pero aún no era lo bastante larga como para llenar los bancos. Las malas condiciones para viajar probablemente mantenían en sus domicilios a un montón de personas de Long Island, Westchester y todos los suburbios.

Desde el primer momento, la idea de asientos particulares para la oración sería no le había hecho gracia, y cuando atravesó la avenida y lanzó una mirada atenta a algunas de las personas de la cola –motoristas con cazadoras de cuero, una moza con el pelo púrpura, por el amor de san Pedro decidió entrar con la plebe; las prendas estilo Garbo no provocarían ningún arqueamiento de cejas, desde luego no el suyo.

La pareja de edad que tenía delante –habían llegado de Westchester– le dedicaron una sonrisa y se pusieron a mirar al frente.

La ventisca aún no había vuelto a desatarse cuando Rosemary cruzó el porche y el vestíbulo; ningún rayo zigzagueó en el cielo cuando ella se arrodilló y santiguó. Había espacio más que suficiente en el banco trasero de la derecha, se deslizó en él y tomó asiento.

Respiró hondo, se desabrochó el cinturón y los botones del abrigo. Reclinada en el chirriante banco, saboreó la cascada de notas armónicas que despedía el órgano y se maravilló de la belleza de la nave abovedada que tenía ante sí. Las hileras de columnas de piedra que se remontaban hacia las alturas para convertirse allí en arcos; en cada pilar colgaba una corona con cintas rojas, cada arco exterior enmarcaba una vidriera de colores que relucía como joya rutilante al recibir la luz exterior. Las llamas anaranjadas de los bancos de velas parpadeaban alineadas en los altares y nichos laterales; el altar mayor y santuario, blanco y dorado, se encontraba al fondo, desierto, a la espera, iluminado por los focos, flanqueado por masas de rojas flores de Pascua.

Carraspeó. Una mujer aguardaba junto al banco: robusta, de pelo blanco, tocada con sombrero rosa, vestida con traje chaqueta del mismo color con sendas chapas de I♥ANDY y I♥ROSEMARY, una junto a otra en un hombro. Rosemary le sonrió y se desplazó hacia el hombre situado a su derecha. La mujer titubeó, esbozó una sonrisa y se introdujo apretadamente en el banco. El banco crujió.

–Todos chirrían –bisbiseó la mujer.

–Ya lo sé –susurró Rosemary.

–Felices Pascuas –bisbiseó la mujer.

–Felices Pascuas –susurró Rosemary.

Miraron al frente.

La mujer se removió. Con el abrigo doblado sobre las rodillas, cambió de postura. Trajinó en su bolso. Se revolvió. Pobre señora, va a misa y se encuentra junto a aquella extraña criatura con gafas espaciales. Demasiado violenta o cortés para levantarse y buscar otro asiento, si hubiese alguno libre.

Rosemary se inclinó hacia ella, se tocó las patillas de las gafas y susurró:

–Cirugía ocular.

–¡Ah! –bisbiseó la mujer, y asintió con la cabeza–. Comprendo, comprendo, me extrañaba. ¿Qué ha sido, querida? Soy enfermera en el Saint Clare's.

–Desprendimiento de retina –susurró Rosemary.

–¡Ah! –bisbiseó la enfermera, y asintió con la cabeza. Palmeó la mano de Rosemary.

Se sonrieron mutuamente, miraron hacia adelante.

Mentir en la iglesia. A una enfermera irlandesa. Un principio estupendo.

Irguió la espalda.

Intentó erguir también la cabeza.

El órgano vertió escalas descendentes por todas sus voces. Ahora, casi todos rezaban arrodillados: el viejo que tenía a la derecha, así como la enfermera, que oraba en murmullo, doblada la ancha espalda. ¡Un coro de voces que se elevaba en creciente volumen!

Rosemary dobló las rodillas sobre el acolchado reclinatorio de cuero rojo, echó hacia atrás los pies calzados con botas, entrelazó las manos sobre el reborde de roble que coronaba el respaldo del banco situado delante del suyo y agachó la cabeza.

Bajó y guardó con disimulo las gafas en un bolsillo, volvió a entrelazar las manos, cerró los ojos y exhaló el aire de sus pulmones. Había olvidado la comodidad de aquella postura. Respiró de nuevo...

Padre, perdóname por haber pecado. Como bien sabes. Pero estoy aquí por Andy y por lo que se está preparando. Gracias por permitirme participar en ello. Ya sé que esto es una impertinencia, supongo que mi actitud se debe a que todo el mundo habla tanto de mi despertar milagroso y de mi milagrosa recuperación, pero estos últimos días he empezado a pensar que tal vez tú echaste una mano para que Stan Shand muriese en el momento en que lo hizo, a fin de que yo pudiera despertarme y hacer algo que tú quieres que se haga. El problema consiste en que no estoy segura de qué es y que temo que se trate de algo que pueda contribuir a que Andy resulte herido, acaso de gravedad.

El banco sobre el que se inclinaba tembló, crujió. Rosemary aguardó, agachada la

cabeza, mientras los ocupantes del banco volvían a sus respectivos sitios.

Trato de hacer las cosas de una en una. Si descubro esta noche lo que me temo voy a descubrir, Andy oficiando una misa negra, por favor, ayúdame a dar el paso siguiente. Te agradecería con toda mi alma que me lanzases alguna señal, fuese de la clase que fuera. La verdad es que la necesito desesperadamente. Todo lo que me atrevo a pedir es que recuerdes que Andy es medio humano –algo más que medio, espero– y que si las cosas se ponen mal para él, te rezaré para que le concedas al menos la mitad de tu acostumbrada misericordia. Eso es...

Como una rueda de acero lanzada a través de la catedral, un grito surcó el aire hacia la bóveda del techo, rebotó en los cruceros, volvió redoblado a la nave, seguido por otro grito esquileante, y otro chillido de rueda de acero que retumbó, tintineó y esquileo en ecos que fueron perdiéndose en la distancia. Se alzaron las cabezas, los ojos elevaron su mirada a las alturas desde todos y cada uno de los bancos de la iglesia en forma de cruz –nave, ábside, cruceros–, se mordieron los labios, se besaron los rosarios, las manos trazaron cruces.

La enfermera empujó su abrigo y bolso entre ellos, se agarró al banco de delante, se apoyó en él para levantarse, salió como pudo al pasillo y apresuró el paso. Unos cuantos bancos por delante, un hombre que se había puesto de pie se desplazó sigilosamente...

–Soy médico, dispéñeme.

Fulguraron y se apagaron pequeños gritos. El silencio se extendió, colmó la catedral hasta sus muros y ventanas.

Unos sollozos por delante, al punto donde acudían la enfermera y otras personas. Un sacerdote salió a toda prisa de detrás del altar.

El órgano derramaba música; todo el mundo musitaba. Rezaban, en susurros.

Rosemary continuó sentada, inmóvil y muy derecha, con el puño en el pecho, allí donde había acabado de santiguarse.

Una señal bastante clara. ¡Ojos nuevos!

Tragó saliva, exhaló el aliento.

Se envolvió en el abrigo, empujó hacia un rincón las cosas de la enfermera; salió del banco y se encaminó al vestíbulo, mientras se ceñía el abrigo, se colocaba las gafas oscuras, se calaba el sombrero, y apretaba el paso.

–¡Esa era Rosemary! ¡Juro que lo era!

–Sigue, venga ¿Vestida así? ¿Marchándose ahora? ¿Sola? Sí, seguro que era Rosemary.

Pura coincidencia, se dijo, mientras caminaba con la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos, por las aceras recién barridas de Central Park South. Las coincidencias se dan, incluso en San Patricio la víspera de Navidad. Era una estúpida al tomar el ataque epiléptico de aquella pobre criatura como una señal que Él le enviaba.

No sólo estúpida, también arrogante por adjudicarse la condición de agente de Dios sobre la Tierra. Y por pensar, incluso aunque fuera tan sólo por un segundo, que entre los centenares de millones de plegarias que se elevaban hacia Él aquella noche, había seleccionado la de Rosemary para atenderla de inmediato y contestarla fulgurantemente.

Pasó por delante de hoteles y edificios de apartamentos, personas que salían y personas que llegaban, regalos navideños y navideñas sonrisas. Su paso la llevó de la ráfaga de aire caliente que descendía de una amplia marquesina al frío viento de costado de la Sexta Avenida.

La Torre, cuando se acercaba a ella, relucía como si estuviesen en plena mañana, y la nieve del parque y de las calles aumentaba el resplandor de la noche. Había confiado en distinguir el indicador de una ventana iluminada en alguna de las plantas de los Hijos de Dios, había dejado una señal en la ventana de su dormitorio –un pañuelo azul prendido, estirado, entre las cortinas, con una lámpara sin pantalla detrás de él– para localizar los pisos de encima. Pero ni siquiera logró descubrir la ventana azul en la fachada de cristal dorado.

Cuando hubo atravesado Central Park South en el Columbus Circle, se apartó a un lado de la avenida cubierta de nieve pisoteada, se quitó las gafas y miró hacia arriba. En toda su impresionante altura, el rascacielos mantuvo todas sus sombras en el lugar correspondiente; no había forma de distinguir en su cara de cielo luminoso qué ventanas tenían luz o estaban a oscuras, ni cuáles tenían reflejo azul o reflejo púrpura.

Rosemary rodeó el círculo y prosiguió hacia el corte a través del banco de nieve que estaba enfrente de la marquesina.

\* \* \*

Se cambió de ropa, se puso pantalones negros, blusa verde, jersey negro y zapatos planos también negros. Sacó la delgada linterna negra de su funda de cartulina plastificada, colocó las pilas, encajó la tapa y accionó el interruptor de la parte delantera para comprobar el encendido y apagado. Luz brillante, foco bien definido.

Buen objeto nuevo.

Se guardó la linterna en el bolsillo izquierdo, y la funda en el derecho.

No necesitaría ninguna otra cosa. Sólo estaría allí un par de minutos; ellos también estarían allí, preparándose para llevar a cabo la blasfema ceremonia, cualquiera que fuese el rito infernal que cumpliesen, o el piso estaría a oscuras. No era como si ella tuviera intención de merodear por allí y espiar.

Le había pedido a Al la píldora –Al le dio dos aunque ella sólo había pedido una– sólo por si el paseo la dejaba fuera de combate. No había ocurrido así; Rosemary se sentía completamente despierta, rebosante de vitalidad... probablemente, la adrenalina sacudiendo patadones a todo meter.

O quizá se trataba nada más de que sólo eran las nueve y cuarto. Es decir, que podía ser demasiado temprano para que se encontrasen allí más de uno o dos de ellos, concebiblemente por algún motivo.

Se preparó una taza de café instantáneo y encendió el televisor, para encontrarse con el locutor de un noticiario que se llevaba la mano a la oreja y escuchaba.

–Nos enteramos ahora –le dijo a Rosemary– de que la cifra de muertos asciende ya a cincuenta y siete. –Suspiró, sacudió la cabeza–. Recapitulando...

Otro Hamburgo. Reducido. Esta vez, Quebec.

En Nochebuena...

Se sentó, consternada, y meneó la cabeza.

La mitad de los canales daban la noticia.

Un presentador dijo:

–Nadie ha reivindicado el hecho.

–Imbécil –calificó Rosemary.

Pasó de largo por la cinta de Jimmy Stewart bailando con Donna Reed en una pista al aire libre junto a una piscina –una película muy bonita, pero con dos veces había más que suficiente– y miró un trozo del *Especial de Días Santos de los Hijos de Dios*. Cuando Andy tomó la palabra, Rosemary cambió de emisora; no tenía ganas de verle soltar su parlamento aquella noche. Volvió al telediario. El número de muertos había subido a sesenta y dos. Apagó la televisión.

Se puso a mirar por la ventana la capa de nieve que cubría el parque –formas redondeadas radiantes de luz, entrecruzadas por los senderos– mientras se preguntaba cómo le iría a Joe en Little Neck, a la mesa de Ronnie con Mary Elizabeth y su médico. ¿El errático servicio ferroviario le obligaría a quedarse? A ella no le había dado detalles acerca del matrimonio y de la subsiguiente ruptura, pero Rosemary había sobreentendido que el problema no estuvo en la cuestión física. ¿Pasaría Joe la noche en la habitación de Ronnie, la antigua modelo? La idea le dolió... como un pinchazo sorprendentemente agudo. Chirriaron unos frenos en la calle; oyó los gritos en San Patricio, golpes, timbrazos. Se estremeció, apretó los brazos alrededor del

cuerpo.

Cambió AMOURLETS por LOSTMAUSER. Vagamente familiar.

A las once menos cuarto se restauró el maquillaje, se arregló el pelo –tenía a Ernie en plena inspiración, Andy había estado en lo cierto– y se tomó media píldora, sólo para estar segura.

Entreabrió unos centímetros la puerta del pasillo y lanzó un vistazo hacia la garita del conserje; una de las mujeres, no le era posible distinguir cuál, estaba allí hablando con una pareja que llevaban el abrigo puesto. Rosemary volvió a cerrar la puerta, mientras miraba el enmarcado plano del pasillo con sus salidas de emergencia en rojo. Se las arreglaría para encontrar la suya... a tres metros por delante.

Volvió a entreabrir la puerta y –al oír que unas personas salían de una estancia del otro lado del pasillo, un poco más abajo– la cerró de nuevo. Pero la abrió ligeramente una vez más, esperó hasta que los dos hombres y la mujer se encontraran cerca de la garita, interponiéndose entre ella y el conserje, y entonces salió, cerró la puerta, colgó del pomo el letrero de NO MOLESTAR, cruzó el pasillo, abrió la puerta acristalada de la SALIDA DE EMERGENCIA, pasó al rellano y cerró la puerta nuevamente.

La escalera era de bloques encalados e iluminada por tubos fluorescentes. Agarrándose a la negra barandilla de metal, Rosemary subió los tramos en zigzag hasta el descansillo de la planta octava.

Aplicó la mejilla al cristal de la puerta.

Abrió ésta y salió a un pasillo suavemente iluminado –vinilo verde bosque y paredes azul celeste– como el corredor de la diez, aunque la mitad de ancho, con sólo un par de grandes puertas en toda la longitud de las paredes, situadas enfrente de los ascensores y los aseos.

Echó a andar pasillo abajo, hasta la doble puerta de nogal con su gigantesco logotipo en bronce de los Hijos de Dios. De reajo, se vio reflejada, vestida de negro, en la pulimentada superficie.

Se agachó, apoyó una mano en el suelo; y aplicó un ojo a la rendija que había debajo del bronce.

Se enderezó, dejó escapar el aliento y se sacó de los bolsillos la linterna y la tarjeta. Alargó e introdujo la tarjeta en la ranura situada junto al marco de la puerta; si le permitía acceder al ascensor particular de Andy, también debería franquearle la puerta frontal.

Antes de que tuviera tiempo de tocar el logotipo de bronce, éste se separó en dos, ambas mitades se retiraron hacia atrás y ambas hojas de la puerta se abrieron a la oscuridad.

La linterna y el resplandor que llegaba del pasillo mostraron una gran sala de espera: mobiliario elegante, revistas ilustradas, puertas alrededor.

Entró en la estancia y se dio media vuelta, para ponerse de cara al ascensor.

Permaneció inmóvil y se palmeó la frente, tratando de recordar la disposición de la planta novena según la vio el día de la grabación, un par de semanas antes, y cuando la reunión en una de las salas de conferencias, un día o dos después.

Las salas de conferencias tenían vistas al parque, lo que significaba que el anfiteatro estaba detrás de los ascensores. Sí, habían salido y habían vuelto, en torno a una pared curvada, la parte posterior del escenario corría en paralelo a la parte de Broadway del edificio. Lo que quería decir que la escalera de caracol del pasillo sito entre los vestuarios y los cuartos de baño –estaría allí– se encontraría en algún punto más allá de la esquina noroeste de la sala de espera, casi todo el camino de vuelta.

Siguió su fluido disco de luz a través de una puerta, y descendió por el vinilo de color verde bosque entre paredes de puertas de despacho con números por debajo del 800. Al llegar a una bifurcación optó por el ramal izquierdo; siguió adelante entre más vinilo color verde bosque, pasando por delante de más puertas con números más altos. Justo en el punto donde pensaba que lo había, encontró, en un nicho situado a su derecha, una escalera de caracol, de hierro negro, que se elevaba hacia el techo.

Subió despacio sus peldaños triangulares, agarrada al pasamanos; hizo una pausa para aguzar el oído –silencio–, mantuvo baja la luz, llegó al pasillo de color verde bosque, suelo y paredes enmoquetados. A la derecha, dos puertas separadas unos metros, un teléfono de pago en el tabique curvado, entre una puerta y otra; a la izquierda, dos puertas juntas, puertas con los símbolos de lavabo, oscura la parte inferior. La luz se filtraba por la línea del borde inferior de las puertas de los vestuarios; la más próxima, la de señoras, estaba ligeramente entreabierta, la luz del interior vitrificaba su esmalte verde bosque. Al dejar a su espalda la escalera de caracol, de pie en el pasillo enmoquetado, Rosemary olfateó el aire.

Repitió la operación.

¿Tanis, alguien?

\* \* \*

Echó una mirada furtiva al vestuario.

Ningún movimiento, ningún sonido.

Abrió la puerta un poco más. Las cabinas, una frente a la otra, de tres en tres, estaban abiertas, con las cortinas recogidas a los lados. En la cabina de su derecha, los quinientos visones muertos de Diane colgaban de una percha de la pared junto a una de sus tiendas de terciopelo. El reloj enjoyado y los anillos estaban en un estante, el negro bolso de piel, encima del banco; las botas, también negras, debajo. En el otro extremo del banco, pantis negros, enredados, tendidos.

Se oyó la voz profunda de Craig en el cuarto de descanso; la puerta de entrada al mismo, más allá de las sillas vacías ante las mesas de maquillaje, sólo estaba cerrada

parcialmente. La voz de Craig sonó como si estuviese preguntando algo. Rosemary se asomó al vestuario, con una mano en el pomo y la otra en la jamba, al tiempo que aguzaba el oído. No logró distinguir las palabras que pronunció Craig ni la respuesta a las mismas, pero captó un clic procedente del pasillo; entró y cerró la puerta, quedándose a un lado, mientras se abría la del vestuario de los hombres. De espaldas, se metió en la cabina de Diane y permaneció allí, con el corazón rebotándole en el pecho.

Respiró hondo.

En el camerino de enfrente, un vestido de volantes, castores, muertos, botas de color, una bolsa Gucci. Polly. Ropa interior con estampado de piel de leopardo...

El silencio llegaba del cuarto de descanso.

Rosemary aguardó.

Venteó. El olor a tanis parecía más intenso, ondulaba a través de la jungla de perfumería... o quizá la píldora, cualquiera que fuese, había agudizado su sentido del olfato. Los colores también parecían más claros.

Se inclinó en torno y examinó la cabina contigua. Vanessa: trenca azul eléctrica, vaqueros, jersey fucsia, botas castañas de motorista, pantis negros.

Estiró el cuerpo un poco más; la cabina siguiente a la de Polly era la de Sandy: coyotes muertos, botas de cuero blanco, vestido pistacho. Nada de lencería.

Ya podía marcharse. ¿Qué más daba que Andy estuviese o no allí? No se habían desnudado para debatir el programa de salud pública de los Hijos de Dios para el año 2000... no importaba que al menos dos hombres estuviesen allí. Y el olor a tanis era olor a tanis, desde luego, no cabía la menor duda.

Decididamente era tanis...

Silencio en el cuarto de descanso.

Rosemary salió y comprobó las dos últimas cabinas; una vacía al lado de la de Sandy, otra vacía más allá de la de Vanessa, salvo por una bata de color orín que colgaba contra la pared junto a la que Rosemary pasaba.

Se detuvo, entró en la cabina, examinó la prenda teñida espléndidamente. Seda cruda, flexible, dúctil entre las yemas de sus dedos. Tiró hacia sí de una manga amplia; detrás colgaba una capucha, un cinto de cordón color orín.

Era como un hábito de monje, ligero, bien cortado, dobladillo con doble costura. Lo levantó de la percha para ver la etiqueta, entornó los párpados: MADAME DELPHINE. VESTUARIO TEATRAL.

Cogió con los dedos un cabello pegado a la etiqueta, tiró de él hasta soltarlo.

Lo levantó para observar con sus ojos nuevos y ultraclaros el brillo de aquel filamento negro, de unos treinta centímetros de longitud...

Entre las sillas y las mesas de maquillaje con sus espejos rodeados de bombillas, Rosemary se encaminó hacia la puerta entrecerrada; se situó detrás de la hoja de

madera y, con la mano en el pomo, echó una mirada por la rendija de la bisagra.

A unos cuatro metros y medio de distancia, directamente frente a ella, aunque un poco a la izquierda, sentada en el centro de un sofá, vestida con una vestidura color óxido, Sandy estudiaba las cartas de una baraja que iba posando sobre la superficie de un antiguo baúl guardarropa; cartas de tarot, seguramente. Movi6 una, examin6 la figura, suspir6. Malas noticias del m6s all6.

El tanis se filtraba por la hendidura, probablemente lo estaban quemando como incienso, bien all6, bien en el escenario. Otra bata de aquellas de color or6n pas6 cerca de Rosemary, de izquierda a derecha.

–¡Son m6s de las diez y media! Le ped6 espec6ficamente que se empezara con puntualidad. –Polly–. Me fastidia tener que estar aqu6 hasta la madrugada; mis relojes interiores se ponen todos a sonar como locos.

Sandy recog6 las cartas, las baraj6 con r6pidos movimientos y procedi6 a ir las poniendo otra vez boca arriba. Volvi6 Polly, se sent6 en el brazo del sof6 mientras mordisqueaba una galleta. Cruz6 sus largas piernas desnudas, fuera de la bata, unas piernas estupendas para su edad. Agit6 las u6as de los pies lacadas en rojo. Inclini6 sus rizos rubios sobre el ba6l, se mord6 el labio. Tsk, tska...

Sandy suspir6:

–Siempre caos, caos carente de sentido...

Sali6 la tercera bruja, a la izquierda.

–¿Ha visto alguien a Andy? Estaba aqu6, pero se ha largado ya.

–Son m6s de las diez y media –dijo Polly.

–Ya lo s6 –dijo Diane, que llegaba por el otro lado de Sandy–. Los chicos empiezan a ponerse nerviosos. –Su vestidura era violeta, te6nida sin duda a juego con sus ojos. Mir6 las cartas cambiantes. Pregunt6–: ¿Qu6 es «lousetrasm»?

–Nada –contest6 Sandy–. Caos. Un rompecabezas que me dio Judy.

–Alice, quieres decir –intervino Polly.

–A6n no puedo creerlo –dijo Sandy, desplazando las cartas.

–Los juegos de letras me aburren hasta el v6mito –dijo Diane. Se apart6 de ellas, para alejarse por la derecha.

Rosemary se retir6 de la rendija, desorbitados los ojos. ¿Sandy tambi6n estaba enganchada? Dio media vuelta. Andy ten6a el 6ndice cruzado sobre los labios.

–Chissst.

Rosemary jade6; se cubri6 con la mano la abierta boca. Susurr6:

–Estaba empezando a creer que no me inclu6as.

Andy le sonri6 y le dio un beso en la nariz.

\* \* \*

Le quitó los dedos de encima de la boca, mantuvo alzada la mano en solicitud de silencio, le dedicó un guiño, abrió la puerta, apretándola contra Rosemary, y cruzó el umbral.

–Damas, ¿os importaría...? Necesito el cuarto unos minutos.

–¿Para qué? –preguntó Diane, desde la parte derecha.

–Meditación profunda, ¿vale? Fuera. Muchas gracias a todas.

Una vestidura negra para él, del mismo diseño que las otras, tomada de detrás, caída la capucha, el cordón a la cintura. El ropaje Sulka, envuelto para regalo en el piso de abajo, resultaría un tanto redundante; razón de más para no dársela a él, el descarado hijo de... Satanás.

–¿Qué estabas haciendo ahí? –quiso saber Sandy, mientras recogía la baraja.

–Me probaba botas. Polly...

–Dijiste que empezaríamos a...

–Empezar sin mí. Ya está dicho, adelante. ¡Tú, Kevin! ¡En serio! Díselo.

Cerraba la puerta que daba al escenario cuando Rosemary entró en el cuarto de descanso y sala de espera, agachó la cabeza, levantó la mirada para contemplarse y bajó la vista sobre sí misma.

Una sala de espera de teatro o de televisión, lo que llaman cuarto verde, que sea realmente de ese color, es toda una rareza. Una en la que todo sea verde, verde bosque, en un teatro absolutamente verde bosque, es una paradoja o contradicción visual. O algo así. El techo bajo con espejo duplicaba el extraño ambiente de la estancia. Habían engalanado el espacio entre bastidores; la sala de control de los sistemas de iluminación y sonido estaba cerrada por encima de sus cabezas... junto el reflejo invertido de las figuras que caminaran, permaneciesen sentadas, se entretuvieran o hicieran cualquier otra cosa en aquella verde sala de espera color verde bosque.

Rosemary eligió una butaca cerca del sofá; se sentó muy derecha, con los codos apoyados en los brazos del mueble, las manos dobladas ante sí, entrelazados los dedos, pegadas una a otra las piernas embutidas en medias negras, juntos los zapatos planos sobre la moqueta del suelo.

Andy atravesó la estancia –el reflejo de su persona anduvo también por encima de él–, ceñida la tela de su vestidura, apretados los cintos de cordón, rumbo a las máquinas de té y café y la gigantesca roja de Coca-Cola.

–¿Quieres café?

Rosemary guardó silencio unos instantes.

–Solo, por favor –dijo luego.

Llenó una taza de café; pulsó el botón de la máquina; resonó el golpe de una lata al caer.

Le llevó a Rosemary su taza de los Hijos de Dios con el café negro, acompañada

de la cucharilla y la bolsita de edulcorante; tomó asiento en el extremo del sofá próximo a ella y abrió la roja lata. Tomó un sorbo de Coca-Cola.

Rosemary removió el café con la taza puesta encima del baúl, al tiempo que miraba las «cartas» de Sandy, trozos de papel de unos seis y medio por doce bajo un esférico pisapapeles de plata.

—¿Quieres la respuesta a eso?

Rosemary alzó la cabeza.

—¿A *Roast Mules*? —preguntó.

Andy asintió.

—La tengo en cuestión de una semana.

—¡Ni se te ocurra decírmela! —prohibió Rosemary—. ¡La descubriré por mi cuenta!

Andy emitió una risita.

—Ah, vamos —dijo—, ahora te tengo a mi merced. Ándate con ojo, si no quieres que lo suelte.

Rosemary dejó la cucharilla, mantuvo erguido el cuerpo, cogida la taza con las dos manos; respiró y tomó un sorbo, mientras miraba al frente.

Andy dejó la lata encima de la moqueta, a cierta distancia de su pie descalzo, y se inclinó hacia Rosemary.

—No debería bromear —confesó—. Sé que estás preocupada. No tienes por qué. Sólo he mentado un poco. Lo siento. Temía que pudiera asustarte otra vez, después de tu larga ausencia. Mamá, mírame. Por favor.

Ella volvió la cabeza y le miró.

Los ojos de Andy eran color avellana claro.

—Lo que hacemos aquí no es satanismo —articuló—. No adoramos al diablo, créeme. Conocerlo es odiarlo. Vive conforme a su fama. Esto son... adornos, cosas con las que he crecido y que me gustan, nada más. Aquello sólo eran fiestas y diversiones que he conocido. Ni siquiera es brujería, no hacemos conjuros, hechizos ni nada por el estilo. Se parece menos a la vieja religión de Minnie y Román... que un oficio de fiesta navideña a lo de Rob Patterson. Escucha eso.

Movió la cabeza en dirección al otro lado de la estancia.

Habían empezado el cántico —que brotaba de un altavoz de la moqueta verde bosque situado entre los dinteles de las puertas del vestuario—, un cántico ondulante hermanado con extraños tonos trémulos.

—¿No lo reconoces?

Rosemary inclinó la cabeza en dirección al altavoz.

—¿Nunca participaste... en ninguna...?

Ella denegó con la cabeza.

—No —dijo—. Aunque sí lo oí. A través de las paredes, y en el armario, ya sabes.

Andy asintió, sonriente.

–Esto es distinto –dijo Rosemary.

–Es uno de los viejos cánticos –explicó–, pero Hank ha hecho algunos arreglos electrónicos..., ese es su entretenimiento, la música electrónica. Exactamente eso es lo que quiero decir: cánticos en cinta, realzados electrónicamente. –Sonrió–. Si se reproducen en retroceso, se oye el padrenuestro.

Rosemary sonrió y tomó un sorbo de la taza. Le observó mientras Andy cogía la lata de Coca-Cola, bebía un trago y se le movía la nuez. Ella posó la taza en el baúl, se echó hacia atrás, apoyadas las manos en los brazos de la butaca y con la vista hacia adelante. Cruzó las piernas. Olfateó el aire. Se abanicó agitando una mano por delante de la cara.

–Es realmente un oficio de fiesta navideña –aseguró Andy, al tiempo que volvía a dejar la lata en el suelo–. Hecho tal como a Andy le gusta. Lo aceptan como una interesante, aunque nada extraordinaria, chifladura de alguien que tiene que presentar continuamente una imagen pública de bondad convencional... un capricho que Andy intuía que cada uno de ellos o ellas era capaz de aceptar y soportar por su propia razón. En cierto modo está relacionado con esos tipos profesionales que salen en la noche del lunes en la Mazmorra de Dominique. Según Vanessa, al menos; ella escribió su tesis doctoral sobre ese tema.

Andy se acercó un poco más a Rosemary.

–Son personas de talento que mejoran el mundo –dijo– y alivian la tensión y la presión comportándose de manera poco convencional. No son más satanistas que tú; la mitad de ellos van a la iglesia con regularidad. Jay es dignatario de su sinagoga. – Posó las manos sobre las de su madre en el brazo de la butaca. Dijo–: Y no hay asesinos, mamá. Y no les digo que asesinen. Eso es lo que más te preocupa, ¿verdad?

Con los ojos clavados en Andy, Rosemary asintió.

–Sí –reconoció.

Andy se retrepó en el asiento, sacudió la cabeza, se pasó los dedos por la leonada cabellera.

–No lo entiendo –dijo–. ¿Por qué? Supongo que podrías decirme que Judy pretendió traicionarme el verano pasado, pero no lo hizo. No teníamos ni la más remota idea de quién era realmente.

–Vino para decirme algo –repuso Rosemary–, no para jugar al *Scrabble*.

Andy desvió la mirada, sacudió la cabeza y suspiró. Miró de nuevo a su madre.

–Probablemente que iba a poner fin a nuestras relaciones –aventuró Andy–. Las cosas se vinieron abajo en Dublín. Imagino en qué noche.

Cogió la lata y bebió.

–Eso ya me lo había dicho –le informó Rosemary, sin dejar de mirarle–. Creo que intentaba hablarme de esto.

–Mamá, no es nada –insistió él–. Compruébalo con tus propios ojos, observa unos

minutos. Su vestidura está ahí; pónstela, cálate la capucha, nadie sabrá que eres tú. Creerán que he traído a alguien, cosa que ya he hecho otras veces. Verás, es sólo una reunión con unos cánticos de druida, danzas antiguas y buenos manjares. Velas negras en vez de rojas y verdes, tanis en lugar de acebo... Algo por todo lo alto.

Rosemary le miró.

–Gracias, pero no, gracias.

–Nadie te obligará a hacer nada –expresó Andy.

–He dicho que no –se mantuvo ella en sus trece–. Incluso aunque sea tan inocente como...

–Yo no dije que fuera inocente –sonrió Andy–. Dije que no se trata de satanismo y que no se ejercerá ninguna presión. Existen altas probabilidades de que William trate de sobarte, pero si le sacudes en la mano no volverá a repetir el intento. Mohamed es más tenaz.

–¿Y si Judy hubiese acudido a los medios de comunicación sólo con eso? –preguntó Rosemary–. Nada más que oficios festivos drúidicos en el centro de los Hijos de Dios de Nueva York.

Andy permaneció sentado un momento más, después se levantó y se dirigió a las puertas del vestuario, mientras apuraba el contenido de la lata, bajo el reflejo de su persona, vista al revés.

Estrujó la lata, la arrojó a una papelera y se dio media vuelta para ponerse de cara a Rosemary.

–Hubiera sido muy embarazoso, sí –convino–, pero créeme, mamá, nunca le habría lastimado un dedo meñique para impedirselo. La quería de verdad... incluso después de la Acción de Gracias.

Rosemary miró a otro lado. El batir de un tambor se unió al canto, lento y uniforme...

–Y no creo que lo hubiese hecho –manifestó Andy, mientras regresaba hacia Rosemary–. Disfrutaba de todo esto tanto como los demás. Aportó ideas del yoga que incluimos en lo nuestro. –Se puso en cuclillas junto a la butaca–. Venga. –Su mano apretó la de Rosemary, encima del brazo del mueble–. Sólo unos minutos. Por nosotros, por ti y por mí. ¿Cómo quieres que nos divirtamos juntos, como hoy, si no te quitas de la cabeza la sospecha de que tal vez te esté mintiendo y se dediquen ahí fuera a cortarle la cabeza a unos pollos?

Rosemary suspiró.

–No pensaba eso.

–¿Pues qué pensabas?

Rosemary le miró, parpadeó, se encogió de hombros.

–No lo sé –confesó–. En una misa negra, supongo. Lo cierto es que no lo sé.

–¿Qué eres tú –le preguntó Andy, sonriente–, un cardenal que condena películas

que no ha visto? Y libros que no ha leído.

–¡Ah, por Dios, Andy! –exclamó Rosemary–. Está bien, tú ganas.

Se levantó de la butaca, mientras él se mantenía de pie allí, sonriente. La cogió por los hombros con ambas manos.

–Me alegro de que la cosa funcione así –dijo Andy–. Es como cuando me enseñaste cosas en Irlanda. Aquellas son mis raíces, algo así, algunas de mis raíces. Nunca pensé que sería capaz de hacértelo comprender.

La besó en la mejilla; Rosemary besó la de él, en el punto donde nacía la barba.

–Me quedaré dos minutos –dijo Rosemary–. Ha sido un día largo y estoy muy cansada.

Con la sonrisa en los labios, mientras se alisaba la vestidura y se apretaba el cordón del cinto, Andy la observó dirigirse a la puerta del vestidor de mujeres, con su reflejo, al revés, por encima de ellas, sincronizado el paso con el redoble del tambor.

Estaba de pie, cogida de la mano de Andy, junto a la pared del lado del escenario, con la mirada atravesando la oscuridad, rebasando la penumbra aligerada por las llamas de las velas, para llegar a la luz pastel de los focos y a los velados tonos rojos de los indicadores de las salidas. A unos tres metros y medio, vestiduras con capucha, manga contra manga, marcaban pasos de baile lentos, atrás y adelante; un corro cuyo círculo giraba despaciosa y lateralmente en sentido contrario al de las agujas del reloj. Las voces desplazaban por el aire el canto ondulante del coro, el tambor llevaba el ritmo, un pífano o una flauta acompañaba; el conjunto era una mezcla de ecos reverberantes. Batas color orín, batas de color pardo, oscuras como la sombra del bosque, balanceo, paso lateral... la única identidad que se conocía con certeza era la de la persona que llevaba la vestidura violeta.

Y la de quien llevaba la vestidura más corta, Jay.

Y la de quien llevaba la vestidura más larga, Kevin. Uuupa. Lanzó una ojeada, más allá de las mangas encadenadas, la atracción de una silla oscura. Se inclinó, acercándose a Andy, y susurró:

–¿Ese asiento del centro es el de Hank?

–No –bisbiseó Andy–. Ahí me siento yo. Él está en el corro.

Rosemary volvió la cabeza, le soltó la mano y apartó un lado de la capucha para mirarle.

Envuelta en negrura su barbada faz, Andy asintió.

–Es el único momento en que puede estar en pie más de unos minutos –dijo–. Le di una charla de ánimo antes. –Sonrió a su madre–. Quédate hasta el final, ¿de acuerdo? Diez minutos, máximo. No dejarán el corro.

La besó, dio media vuelta y se alejó, con el borde inferior de la vestidura agitándose en torno a sus talones desnudos, sus tendones de Aquiles.

Rosemary vio separarse las mangas oscuras que, al elevarse, dejaron al descubierto la bata negra; las mangas descendieron por unos brazos blancos, una ancha pulsera de plata relució en el delgado antebrazo izquierdo. La capucha de la vestidura volvió a su sitio –oscuridad, rostro sombrío– y los brazos cubiertos por las mangas volvieron a encadenarse. La capucha se puso de cara a otra capucha; ésta inclinó su rostro envuelto en sombras hacia ella mientras el círculo de danzantes se alejaba más, girando en sentido opuesto a las agujas del reloj.

Andy estaba ahora sentado, centro del escenario, de cara, todo vestidura negra, lustrosa con los tonos pastel de los puntos de las alturas, completamente negro salvo la punta de la barba y la mano izquierda apoyada en el brazo del sillón. El ropaje violeta descendía hasta el asiento de delante. Capucha frente a capucha, enlazadas las mangas, mientras los cantantes se marcaban los pasos laterales al ritmo del tambor.

Las capuchas permanecieron encaradas, violeta y negra, luego se unían y se separaban. La vestidura violeta subió, ayudada por la mano de Andy. Hizo una seña al frente. Un ropaje oscuro, pardo, abandonó el círculo; violeta y pardo intercambiaron sus puestos. Los cantantes se movieron lateralmente, el tambor redobló.

Rosemary se balanceó a la cadencia del tambor, separados los brazos de los costados de forma que la seda flexible podía rozarle la piel, increíblemente sensible en su totalidad. Quizás a causa de la píldora... ¿o acaso pudiera ser del tanis? O del combo; confió en que no hubiese allí peligro.

Pero se sentía súper, tan fresca y suelta como si estuviera en alguna discoteca con Guy, el hijo de tal, durante los buenos tiempos. Las capuchas volvieron sus rostros en sombras hacia ella; Rosemary les sonrió, sabedora de que su semblante era tan anónimo como el de ellas, si no más, al margen del resplandor de los focos, con las velas más próximas a su lado.

¿Habían sospechado quién era ella? ¿O acaso pensaban que Andy había encontrado ya una nueva chavala...? Presteza para eso perfectamente comprensible en alguien que tenía que proyectar tanta bondad convencional. Se balanceó con mayor libertad con el canto y el ritmo del tambor... Una visitante extranjera que Andy había pescado en el vestíbulo. Italiana. No, griega. Melina Mercouri. Oscilando, seda acariciándole la piel...

Desde el círculo, los dedos de las manos de dos o tres mangas le hicieron señas. Ella denegó con la cabeza encapuchada, sonriente, al tiempo que se balanceaba cadenciosamente. Nunca en Navidad...

La danza era sencilla: dos pasos adelante y uno hacia atrás, con una variación cada cuarto redoble. Un movimiento lento, de danza folklórica, regular, pausada. Difícilmente un reto para Ginger Rogers. De todas formas, Rosemary intentó los pasos, suave la moqueta bajo las suelas de sus zapatos.

¿Qué pensaría Joe de la escena? ¿Un caso para la Brigada Antivicio? Tal vez... pero tal vez no. También podía verlo buscando una vestidura. Joe tenía un espíritu aventurero que a ella realmente le gustaba, y del que ella carecía. El Alfa Romeo, por ejemplo.

Oh, qué diablos.

Se ajustó el ropaje, se apretó el cordón de la cintura, se caló la capucha para que le cubriese al máximo. Respiró hondo... y echó a andar despacio, muy lentamente, al ritmo del tambor, hacia el corro de bailarines envueltos en las vestiduras, hacia las mangas que se separaban y las manos que tocaron sus manos afectuosamente.

Bailó con los demás integrantes del corro, compartió su ritmo, marcó sus pasos, observó a Andy, ataviado con su vestidura negra, y a una mujer de ropaje color óxido, habló con ellos, cogidas las manos. Se desplazó en círculo, lateralmente, dejando

atrás el hombro de Andy, retuvo la mano de Vanessa, cuyo color cacao teñía de tono verdoso la luz de bosque y cuyas uñas que normalmente eran claras estaban pintadas de negro o casi negro. Cuando sus brazos se entrelazaron, una pulsera de cadena descendió y asomó bajo la manga de Vanessa: grandes y redondos eslabones de plata.

La vestidura parda contigua a Rosemary era alta: William o Craig. Rosemary mantuvo apretada con fuerza la mano de aquella figura, por si acaso se trataba de la de William Manoslargas. Cerró los ojos y se puso a tararear a tono con el cántico, sin importarle repetir las sílabas; bailaba sin dificultad, respondiendo a alguna especie de instinto de mamífero gregario, alertas todos sus sentidos...

–¡Pssst! –La mano de Vanessa apretó y luego soltó la de Rosemary–. ¡Andy te llama!

Le estaba haciendo señas; Rosemary estaba casi enfrente de él; se alzaba una vestidura parda.

Rosemary retrocedió al ritmo del toque del tambor hacia una silla negra situada en la parte de atrás; se ciñó el ropaje alrededor del cuerpo y se acomodó sobre un asiento cálido.

Con las rodillas tocándose, Rosemary le dio las manos y le miró; él también la miró, sonriente desde el interior de su negra caperuza.

–Estaba esperando –dijo.

–Lo sabías condenadamente bien, so bicho –respondió ella.

–¿Mi propia madre? Vergüenza...

–¿Qué dices cuando ellos se sientan aquí?

Andy la miró y su sonrisa fue desvaneciéndose.

–Les doy las gracias –repuso–. Por todo lo que hacen por los Hijos de Dios y por mí. Y les digo lo que alegra al resto de nosotros el que formen parte del círculo. Y ellos dicen lo que sienten, exponen sus quejas, reconocen algún error o se limitan a contestar: «Gracias, a la recíproca». En el aquelarre, se arrodillaban ante Román, prometían solemnemente lealtad imperecedera a Satanás y a él, y Román se pinchaba el dedo con una daga y ellos bebían una gota de su sangre. Puedes comprender por qué no me atrapó eso.

Permaneció sentada en silencio, retuvo las manos de Andy y le miró. El volvió a sonreír.

–Aquí nos besamos en la boca –dijo–. Castamente. Ahora es cosa tuya.

–Castamente es fácil –dijo Rosemary. Se inclinó, aplicó sus labios a los de él, como un picotazo, se levantó y liberó las manos antes de que Andy pudiera impedirselo.

\* \* \*

Los «sabrosos yantares» –que dispusieron las vestiduras color orín a lo largo de la primera grada curva del anfiteatro– no pasaban de medianos: platos vulgares recalentados en la cocina de la planta baja y *pates* viscosos. Aunque también había un terrorífico ponche de huevo, con un toque picante y una pizca de tanis, servido en el estrado central, en una hermosa ponchera de plata –no era del servicio de mesa chapado en plata del hotel sino algo inequívocamente auténtico, sencillo, brillante, de plata de verdad–, acuchillada por seis o siete rayos de luz pastel, sobre una mesa cubierta por un tapete color verde bosque, a la que se había sentado Andy.

La ataviada de violeta Diane se encargó de servir, con la capucha echada detrás de su cabellera adornada y obscurecida últimamente. Tenía un aspecto magnífico, arrebolada como consecuencia de la danza y a todas luces recuperada totalmente de su ataque de ciática. Con el cucharón plateado fue llenando de cremosa nata las copas de plata mientras las vestiduras, entremezcladas, levantadas las capuchas, charlaban. En su asiento, rojo el semblante, Hank acogía con risas algo que William le estaba contando, cada uno de ellos con la copa de plata en la mano.

Sentada casi rozando la zona oscura, en la grada superior, junto al espacio verdoso de la curva, Rosemary conservaba puesta la capucha, aunque probablemente no tenía necesidad de ello. Nadie había mostrado el menor interés en lanzarle una sola mirada desde que Andy, una vez concluido el baile, la acompañó a las alturas. Los dos comieron allí, en platos que Andy bajó a buscar, junto con las copas de aquel espantoso ponche de huevo. Devoraron vorazmente, ya que durante toda la jornada no habían comido más que los emparedados de pastrami.

Andy subió las gradas como una cabra, cargado con provisiones de repuesto, una copa en cada mano, negra toda su figura contra la luz del escenario. De cualquier modo, Rosemary miraba hacia otro lado.

Las faldas de los ropajes tenían tendencia a abrirse, cosa que se puso de manifiesto poco después de que todos se hubieran sentado y hablado con él.

Andy le entregó una de las copas de plata, ocupó un asiento a cosa de un metro de ella, más cerca del centro de la curva, y se ciñó la vestidura en torno al cuerpo.

–Puedes levantarte la capucha si quieres –dijo–. Eres casi invisible y, sea como fuere, todos te conocen. A nadie se le ocurrió que pudiera traer tan pronto un nuevo ligue, así, ¿qué otra podía ser? Vanessa estaba segura.

Tomó un sorbo de su copa.

Rosemary se echó la capucha hacia atrás, se arregló el pelo.

–¿Cuál fue su reacción? –preguntó.

–Se alegran de que estés aquí –afirmó Andy– y comprenden que no desees mezclarte con los demás. Esperan que te integres en la próxima danza, pero tampoco se sentirán dolidos si no lo haces.

Rosemary bebió un traguito de la copa.

–¿Eso significa que habrá otra fiesta o que la siguiente pieza es esta noche?

–Esta noche –dijo Andy–. Habrá otras dos o tres danzas. Más rápidas, diferentes.

Se regaló con otro sorbo de su copa de plata.

–¡Oh! –articuló ella, y también le dio a la copa.

–Si estás cansada, tómate unas píldoras.

–No, no, estoy bien –dijo Rosemary.

–Son inofensivas –aclaró Andy–. Me las proporcionó Al, abajo.

–No, me encuentro perfectamente –insistió ella–. Renovada.

–¡Andy! –Sandy miraba hacia ellos, de pie en el borde del escenario–. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Parecía malhumorada.

Andy emitió un gruñido, posó la copa y se levantó.

–Vuelvo enseguida, espero.

Bajó corriendo las gradas, sosteniéndose la vestidura.

Rosemary se incorporó, dio un tirón de la seda, se revolvió, adoptó una postura más cómoda contra la moqueta que tenía a la espalda y por debajo, se ajustó la vestidura. Cogió la copa y tomó un sorbo, mientras observaba a Andy que, en el escenario suavemente iluminado, escuchaba un altercado entre Sandy y Diane. Dio unos pasos con ellas, con las manos sobre los hombros de las mujeres, hasta el otro extremo del escenario, luego las siguió a través de la puerta, hacia los despachos y almacenes.

Rosemary paladeó el cremoso ponche, agridulce y sazonado con tanis; degustó la música nueva-antigua que caracoleaba a su alrededor, el druídico sabor de bosque primitivo del escenario iluminado por las velas; los focos estaban tan apagados como los ropajes oscuros de Kevin y Craig, que en aquel momento levantaban la mesa con la ponchera encima –la hermosa ponchera de plata, ¿propiedad de Diane o de los Hijos de Dios?– y la trasladaban al rincón del otro lado de la puerta del cuarto de descanso. Despejaban el escenario para la danza siguiente... Más rápida, diferente...

Jimmy Durante lo había expresado de maravilla: «¿No has tenido nunca la sensación de que deseabas irte y sin embargo no te abandonaba la sensación de que querías quedarte?» Rosemary rió entre dientes, al recordarlo. Colocada. *Estás muy colocada*. Ligeramente colocada, de cualquier modo. El ron, el vodka o lo que llevase el ponche. O quizás era tanis... allí, dentro del ponche, y en el aire. A duras penas percibía ahora el olor, pero los pebeteros ardían sin llama en las esquinas del escenario y el humo ascendía en espirales hasta las columnas de tono pastel. Precioso...

Como aquella vez en que fumó marihuana con Guy y funcionó, así es como se sentía –la música tan ultracleara, la piel tan ultrahormigueante, notando el tacto de la seda contra ella, la moqueta a través de la seda–, pero en este caso con las facultades

mentales absolutamente libres de neblina, agudas como la punta de una tachuela. Tomó un sorbo de la copa de plata. ¿Tendrían alguna relación el tanis y el cannabis? Un escalador obscuro se detuvo dos gradas por debajo de ella. Hizo una reverencia.

–Perdonamos, por favor, Rosemary –se disculpó Yuriko–. Me produce tal felicidad verte aquí. ¿Puedo hablar un momento contigo mientras Andy está ausente?

Sentada muy derecha, Rosemary depositó a un lado la copa, sonrió y dijo:

–¡Naturalmente, Yuriko, ten la bondad de sentarte!

Se ajustó un poco más la vestidura.

–Confiaba en que se presentara otra oportunidad de hablar contigo.

–Gracias, a mí me ocurría lo mismo –dijo Yuriko; se acomodó en la grada de debajo de la de Rosemary, a unos palmos a su izquierda y los planos angulosos de su mejilla y pómulo relucieron a la claridad del escenario.

Extraordinariamente guapo. Cuarenta y nueve, divorciado, dos hijos casados. Rosemary lo había verificado con Judy al día siguiente de la fiesta improvisada en la oficina de Andy.

Rosemary había visto *Hiroshima, mon amour* no hacía tanto tiempo, o así se lo parecía; el hombre que había sido también arquitecto. Yuriko era miembro de los Hijos de Dios de Nueva York, el diseñador de su anfiteatro; supervisaba los planos de los proyectos de los Hijos de Dios en todo el mundo y dirigía también su propia empresa, una de las más prestigiosas de su profesión.

–¿Cómo van las lecciones de informática? –acompañó la pregunta con una sonrisa.

–Es una de mis firmes determinaciones para el Año Nuevo –dijo Rosemary–. La primera de la lista.

–Yo sólo tengo una –repuso él–. Reducir el ritmo. El año que viene cumpliré los cincuenta; eso le hace a uno recapacitar. Los Hijos de Dios no tienen proyectos en perspectiva para mí, por suerte estoy rodeado de socios y colaboradores competentes, así que he decidido tomarme una temporada de vacaciones y «oler las rosas».

–Voto por todo eso –dijo Rosemary; volvió a sonreírle y se inclinó hacia adelante, entrelazadas las manos sobre las rodillas.

–He visto esta noche parte del «Especial de todas las fiestas» –explicó Yuriko, alzada la vista hacia ella–. La parte de Andy. Lo veo siempre, incluso aunque lo tengo todo en cinta; pero, sea como fuera, no es lo mismo, ¿verdad? Salgo de ello, como siempre, como de todo lo que él hace... Hablo como si yo fuese único –sonrió–, salgo de ello con la renovada impresión de que es un ser celestial, al margen de sus esfuerzos por pretender que se trata de un mero ser humano. Y naturalmente sentarme con él esta noche ha reforzado esa sensación. No hay nada que no hiciese por él. –Suspiró–. Estoy realmente convencido de que figurará entre los inmortales –dijo–. El Encendido, creo, va a ser un acontecimiento determinante en la historia de la

humanidad, y al mismo tiempo una magnífica obra de arte, aún mayor a causa de su naturaleza transitoria.

–Esa misma impresión es la que tengo yo, Yuriko –declaró Rosemary, inclinándose para acercarse a él–. Se lo he dicho así a Andy; no sabes lo que me alegro de que coincidas conmigo.

–Verte aquí esta noche –le dijo Yuriko– me hace estar más seguro que nunca de que Andy –y también tú– es una verdadera divinidad. Lo digo con toda la sinceridad de mi corazón. ¿Qué mortal ordinario podría compartir esto con su madre? –Hizo un ademán circular en torno a ellos–. ¿Qué madre corriente podría compartirlo? –Le dedicó una sonrisa deslumbrante–. Las leyendas crecerán a vuestro alrededor. ¿No es lógico?

La sonrisa que le devolvió Rosemary era aún más deslumbrante. –No –dijo.

–Supongo que habla el tanis –repuso él, sin dejar de sonreír.

–¿El tanis? –se extrañó Rosemary.

–El incienso. –Yuriko lo señaló–. Se deriva de las hojas de una planta egipcia de la familia del cáñamo indio, la fuente del cannabis.

–Imaginaba que me estaba colocando un poco –comentó Rosemary.

–Todos están ya bastante colocados –repuso él–, pero aunque yo no lo estoy, te veo como un ser celestial..., de modo que tomo asiento por debajo de ti. A tus pies.

Dobló su cabeza de pelo azabache.

Rosemary se quedó boquiabierta. Le besaron, por sorpresa, los dedos de los pies... por primera vez, y no era una mala experiencia.

Yuriko se levantó y le ofreció la mano, sonriente. –Ven a bailar otra vez –invitó–. Este es divertido. Las vestiduras formaban un corro en la penumbra con pilares pastel que no lograban iluminar las candilejas... Vestiduras negras y violetas subían al escenario. Andy la miró mientras Rosemary se levantaba.

Ella se contempló los pies y se sostuvo el ropaje en el brazo mientras Yuriko la ayudaba a descender por los empinados peldaños. La música aumentó su volumen, un sinuoso rumor sibilante de viento de foresta, un redoble torrencial de tambor más acelerado que antes.

Cuando llegaron a la esquina del escenario y se situaron cara a cara, él ligeramente más alto que ella, Rosemary dijo: –Es una tentación dolorosa, Yuriko, pero estoy muy, muy cansada, he tenido un día increíblemente largo.

Yuriko se inclinó sobre la mano de Rosemary y se la besó, un tenue roce en el dorso de los dedos.

–¡Qué colgante tan bonito! –comentó Rosemary, muy derecha.

–¿Verdad que sí? –repuso Yuriko; lo adelantó separándolo de la V de su vestidura: un círculo de plata, una lágrima doblada sobre sí misma, suspendida de un cordón negro.

Rosemary se inclinó hacia el colgante en la sombra del bosque.

–¿Tiene algún significado especial? –preguntó.

–Ignoro lo que pretendía el que lo diseñó –repuso Turiko–; a mí me sugiere la continuidad de la vida, la continuidad de todas las cosas.

Soltó el medallón, que cayó sobre su pecho.

–Es una preciosidad –dijo Rosemary.

Yuriko sonrió.

–Me prendé de él –dijo–. Ahora tengo otra determinación en la cabeza: invitarte a cenar en el año nuevo.

–Decido aceptar –sonrió Rosemary.

Intercambiaron una sonrisa y Yuriko se retiró hacia el círculo, repitiendo reverencias. Rosemary buscó con la mirada la vestidura negra de Andy. No llevaban capuchas en aquel baile, sostenían en ambas manos un tallo de enredadera color verde claro.

No estaba Andy, ninguna vestidura negra. Aunque sí violeta, entre los ropajes oscuros. El tambor saltó a un volumen más intenso; el corro enlazado por la enredadera inició los pasos a su redoble y empezó a girar en el sentido de las agujas del reloj.

Rosemary lo observó durante unos segundos, después dio media vuelta y entró en la sala de espera; parpadeó ante la rociada de luz al tiempo que cerraba la puerta. La música se contrajo en el altavoz situado a su derecha.

Andy la estaba mirando, sentado en el sofá, con su vestidura negra y una galleta en la mano.

–Creí que Yuriko y tú...

Rosemary sacudió negativamente la cabeza y pestañeó. Alzó la vista y miró a través de la sala, hacia la mesa del refrigerio.

–¿Por qué no estás tú?

Andy se encogió de hombros.

–Ese baile puede resultar lascivo –contestó– y el ron debe de haber calentado a Diane más de la cuenta. Iba a pedirte que fueses tú mi pareja, pero entonces te vi bajar con él, y pensé... –Se encogió de hombros. Dijo–: Me figuré que podía esperar.

Rosemary fue a coger un puñado de galletas y regresó hacia el sofá.

Andy cambió de posición.

Ella se sentó, puso las galletas encima del baúl, formando un montoncito entre ellos. Se sentó y mordisqueó una galleta.

–¿Sabes que el tanis está relacionado con el cannabis? –preguntó.

–Bromeas –dijo Andy–. Me dejas helado. Lo que se dice helado.

Rosemary le lanzó una ojeada.

–No me extraña que te engancharas a todo este asunto –dijo–. Nunca debí dejarte

con ellos la primera vez, con Minnie y Román.

–No estoy enganchado a nada –denegó Andy; se volvió hacia ella–, y no tienes nada que reprocharte; no te quedó ninguna otra elección. –La observó un momento, mientras Rosemary respiraba. Andy le tocó el hombro–. Un montón de mujeres se habrían limitado a marcharse y dejarme allí con ellos, punto.

Rosemary suspiró.

–Algunas, supongo –convino.

–Muchas –afirmó Andy.

La besó en la sien. Rosemary le tocó la mano que Andy le apoyaba en el hombro; se sonrieron.

Andy se volvió, cogió una Coca-Cola y bebió.

Rosemary alargó la mano. Él le pasó la lata; Rosemary se la llevó a los labios y tomó un trago. Le devolvió la lata. Andy se la puso en los labios y bebió.

Sentada, Rosemary contempló el redondo pisapapeles de Sandy que relucía sobre los rectángulos de papel. Sacudió la cabeza como si tratara de aclarársela.

–¿Estás satisfecha ya? –preguntó Andy; dejó la lata, se echó hacia atrás en el asiento y tomó la mano de Rosemary entre las suyas–. ¿Has descubierto un mínimo de satanismo aquí? ¿Algo de brujería? ¿Ha tratado alguien de obligarte a hacer algo horrendo?

–No... –reconoció ella, y se arrellanó en el sofá. Desde el altavoz, a través de la puerta, llegaba el batir del tambor, que aumentaba la velocidad de su ritmo y el fragor de su volumen–. ¿Esto también es de Hank?

–No –respondió Andy–, es de un grupo francés, creo.

Escucharon, acomodados en el sofá.

Andy cogió con la suya la otra mano de Rosemary, le pasó el brazo por los hombros, Ella se arrebuja contra él y exhaló un suspiro. Cerrados los ojos, Andy la besó en la sien. En la mejilla. En la comisura de la boca. –Andy... –Un beso casto...

\* \* \*

El redoble del tambor se elevó sobre una ola de maravilla, Rosemary abrió los ojos para verse a sí misma en el sofá, con los brazos aferrados a la espalda de la vestidura negra, una mano acariciando la cabellera masculina y un nudo en la garganta. Cerró los ojos... Le abrazó con fuerza, mientras él la apretaba contra sí, piel contra piel, las rodillas de Andy le separaban los muslos. Un pájaro de la jungla emitió su chillido; Rosemary dirigió la mirada hacia el altavoz y vio un letrero. Se inmovilizó al verlo.

Lo vio claramente a través del reflejo del techo: el único trozo de azul cielo azul en todo el verde bosque, un rectángulo con letras que cruzaban su parte central.

Bajo una lata roja estrujada.

Pillado dentro de un cesto, entre los mimbres entrelazados de una papelería suspendida boca abajo y flanqueada por los bordes inferiores de unas puertas vistas al revés.

Las letras del rótulo estaban invertidas y a unos seis metros largos de distancia, pero las leyó en un destello –tan definidas estaban, con tanta fuerza las habían grabado últimamente las noticias en su cerebro– y en el mismo destello vio lo que no había visto en todo el tiempo que estuvo envuelta en la neblina del tanis y los puntos pastel: el colgante de Yuriko, las pulseras, la ponchera, la copa que había sostenido en la mano y de la que bebió. El rótulo lo dejaba todo tan claro como el cristal: TIFFANY Y CÍA.

Se levantó la cabeza de Andy con los ojos de tigre, los cuernos a la vista.

–Creí que estabas dispuesta –dijo, mientras el tambor redoblaba y el pájaro chillaba.

Rosemary sacudió la cabeza.

Andy se deslizó un poco más abajo, una pierna le llegó al suelo; ella le empujó la cabeza.

–No –dijo–. Andy, quiero estar sola, sólo unos minutos. Por favor.

Andy se incorporó sobre una rodilla, con la vista fija en ella, los ojos medio color de avellana, los cuernos hundiéndose.

–Ahora –dijo.

–Por favor –repitió Rosemary.

Dejó escapar el aliento. Se levantó del sofá, cerró la abertura del ropaje.

–Lo que tú digas, señorita Garbo. –Se ciñó el cinturón, hizo un lazo, lo apretó. Lisa la frente, los ojos color avellana sonrieron a Rosemary–. No vas a huir de mí, ¿verdad?

–No –repuso ella–. Sólo es que tengo que... ordenar mis ideas. Un par de minutos. Por favor.

Andy asintió, tomó una galleta, se encaminó a la puerta del escenario; la abrió – las manos batían palmas al ritmo del tambor–, salió y cerró de nuevo la puerta.

Rosemary se sentó, corrió el vuelo de la falda para cubrirse, puso pie en la moqueta, sacudió la cabeza y se la sostuvo con las manos. Aspiró una bocanada de aire, la exhaló. Respiró a fondo otra vez. Meneó la cabeza.

Recogió la lata de Coca-Cola, la agitó, tomó un sorbo.

Dejó la lata y cogió el pisapapeles, sopesó la esfera de plata, verificó la base. Volvió a dejarlo.

Se puso en pie y fue hasta la papelería, se ajustó un poco más la vestidura, se ató el cinturón.

Cogió el prospecto atrapado entre los mimbres entretejidos.

Un tríptico publicitario de papel con la razón social TIFFANY Y CÍA cruzando la portada de color azul celeste. Dentro –la sostuvo más allá de Ojos Ciegos– se le felicitaba en cursiva por su compra de un encendedor de Tiffany, se le informaba de que el departamento de reparaciones estaba siempre dispuesto a prestarle cuantos servicios requiriese y se le mostraban fotografías de pitilleras y cigarreras de oro y de plata con el mismo diseño acanalado del encendedor.

William fumaba cigarrillos, Craig fumaba puros.

Rosemary entró en el vestuario de hombres.

William se había vestido de forma nada convencional: chaqueta deportiva azul marino con chapa de oro I♥ANDY, pantalones de franela gris. El encendedor de oro estaba en su estante, una pitillera de oro a juego la encontró en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta deportiva.

En el estante de Craig había otro encendedor de oro, junto con una pitillera de plata. Agotado el oro. Qué vergüenza.

En dos de los estantes aparecían relojes de oro con esferas llenas de diales, uno de ellos tenía el folleto de instrucciones al lado.

Salió. Por el altavoz vibraba lo que muy bien pudiera haber sido la banda sonora de *King Kong*. Rosemary entró en el vestuario de mujeres, aún con el prospecto publicitario en la mano.

Se quitó la vestidura y se puso sus propias prendas, esforzándose en no temblar; se guardó el prospecto en el bolsillo y sacó la linterna.

Camino de la salida examinó el reloj de oro incrustado de joyas de Diane. Cartier. No se puede ganar siempre.

Se apresuró escalera de caracol abajo, siguió por el disco de luz que iluminaba el vinilo verde bosque del pasillo...

El día de Navidad, por la mañana, Rosemary llamó a Joe y le dijo que se había pasado la noche en blanco y que tenía un dolor de cabeza de mil pares de diablos; ¿podían encontrarse a última hora del día?

Joe se mostró decepcionado, pero comprensivo. También había pasado mala noche. El tren de regreso sufrió un retraso de horas; no había llegado a casa hasta después de las tres.

–Ahhh –articuló Rosemary–, qué lástima. ¿Cómo fue la reunión? Un suspiro.

–No lo sé... Ella va de simpática y amable, pero tengo la sensación de que es una manipuladora, al margen de su orientación, y sigo creyendo que es demasiado vieja. ¿Se desarrolló todo bien en San Patricio?

–Sí –respondió Rosemary–. Te llamaré luego, ¿vale? Telefoneó a Andy. Le atendió el contestador automático. Llamada al número, monólogo dirigido al circuito integrado.

Sorbos de café en la mesa de café, vistazo a la primera plana del *Times*: el desastre de Quebec, sesenta y dos muertos, ocupando la mitad superior; debajo del pliegue, encajonados unos junto a otros, noticias y artículos sobre los preparativos de las fiestas del Encendido que iban a celebrarse en la Casa Blanca y Gracie Mansión.

Repicó el teléfono; Rosemary descolgó.

–Antes de que digas nada...

–No –replicó ella–, antes de que tú digas nada. Preséntate aquí abajo. Tienes diez minutos. Y no te molestes en traer regalos de Navidad. Colgó.

\* \* \*

Bajó en menos de nueve. Timbrazo. Pero tenía que ser él, puesto que del pomo de la puerta colgaba el aviso de «No molestar».

–¡Adelante! –ordenó Rosemary.

Estaba de pie ante la mesa del *Scrabble* y los brillantes visillos de la ventana, cruzada de brazos y vestida con el caftán de terciopelo azul cobalto que llevaba la noche en que Andy fue a verla a la *suite* del Waldorf, pero no se había puesto la chapa de I♥ANDY. Un director competente fue su consejero en la CBS-TV.

Andy la miró y meneó la cabeza; dejó escapar el aliento mientras cerraba la puerta tras de sí. Cruzó el recibidor... y sus ojos cayeron sobre el prospecto y la placa de Della Robbia que estaba encima de la mesa; su color azul casi hacía juego, aunque el de la placa era un pelo más oscuro.

–Hola, buenas –saludó, y fue hacia ellos.

Don Limpio con vaqueros nuevos y sudadera blanca como la nieve, ¿se podía creer tal descaro? Recién salido de la ducha, su pelo aún tenía la humedad oscura del agua, sin tiempo para el secador.

. –¿No crees que estás exagerando un poco? –preguntó, al ponerse de cara a Rosemary, con el blanco de sus ojos avellana tan blanco como la sudadera. Una enorme fuerza de voluntad; como su padre; de tal palo, tal astilla, sin duda–. Vamos –instó–. Quiero decir que nos paraste los pies ante la figura, ¿verdad? Y me refiero a nosotros no sólo a mí... vamos a dejarnos de jueguecitos... –Exhaló el aire de los pulmones, le sonrió–. Mira, los dos aspiramos tanis, los dos bebimos ponche de huevo...

Andy alargó las manos con las palmas hacia arriba, se encogió de hombros.

–De las copas de Tiffany –precisó Rosemary.

Andy puso cara de desconcierto. Bastante convincente.

Rosemary señaló el prospecto.

Andy continuó haciéndose el tonto, le echó una ojeada, levantó la vista hacia Rosemary..., exactamente igual que un perplejo doble de Jesús.

–Andy –dijo Rosemary–, aquí arriba hay otra joyería. La ponchera, las copas, brazaletes, relojes, encendedores...

Él se sujetó la frente, cerrados los ojos. Susurró:

–¡Oh, por todos los excrementos...!

Persuasivo. Una casi hubiera podido creer que Andy no tenía idea de todo aquello.

Rosemary se le acercó y plantó ambas manos en los hombros blancos como la nieve... los agarró con toda la fuerza que pudo, con la fuerza suficiente como para obligarle a manifestar una sorpresa que era decididamente auténtica; aferró las muñecas de Rosemary y contempló fijamente a su madre.

–Mírame a los ojos –conminó ella–, con tus verdaderos ojos, por favor, y asegúrame que tu aquelarre o tu banda o tu círculo interior no mató a Judy.

Se sujetaron mutuamente, por las muñecas y por los hombros; a Andy empezaron a asomarle los ojos de tigre.

Miró a través de las negras rendijas de sus pupilas.

–Continúa –dijo–. Nada de «mamá, ellos no lo hicieron, fueron otras cinco personas». Adelante, ese es el texto de tu papel. Interpretalo.

Los ojos de tigre siguieron mirando fijamente, curvados los labios.

–Vamos –insistió Rosemary; le apretó los hombros todavía más, se inclinó sobre él–. Pronuncia esas palabras y nos daremos la gran fiesta acto seguido.

Movió la cabeza en dirección al dormitorio.

Andy apartó de sus hombros las manos de Rosemary.

–¡Sí, lo hicieron ellos! –dio media vuelta y se separó de ella–. ¡Pero no fue idea

mía! ¡No soy un agente libre! –Se volvió–. Tengo patrocinadores. Ya lo sabes. ¿Te has parado a pensar cuánto dinero han volcado en el Encendido? Olvidas las fábricas, los distribuidores, piensa en los anuncios publicitarios y en los programas especiales realizados para conseguir que los vean en todo el mundo. ¡Todo el mundo!

–Se acercó a Rosemary, aún con los ojos de tigre–. ¡Estamos hablando de los individuos de las tribus bantú del Serengeti! ¡De campesinos de la Mongolia Exterior! ¡Lugares en los que tuvimos que construir carreteras para llevar generadores que nos permitieran mostrarles la primera televisión que veían en toda su existencia! ¡Miles de millones de dólares! ¡Miles de millones! –Tomó aliento–. Mis patrocinadores no querían... que eso se pusiera en peligro.

–Andy –repuso Rosemary–, las cosas han cambiado una barbaridad, ¿pero desde cuándo dirigen el espectáculo esos ángeles? ¡Tú eres el productor, tú eres la estrella, tú eres...!

Andy soltó una carcajada estentórea.

–¡Mis ángeles no son ángeles, mamá! –dijo. Tragó saliva–. Son personas de negocios, altruistas, sí, pero prácticas a la hora de proteger sus inversiones. –Se acercó más a Rosemary, aún atigrados los ojos; ella se cruzó de brazos–. ¿Qué puedo hacer? –preguntó Andy–. En realidad soy el chico que se marea en el coche, eso no he tratado nunca de disimularlo. Y nadie les dijo que hicieran algo así... ¡fue cosa de Diane! ¡Está como una cabra! Treinta y cinco años en la Asociación de Teatro y para ella el mundo entero es un escenario. Maneja a Craig a su antojo, él ladra y todos obedecen.

–Pero tú eres el que les dijo que lo hicieran –acusó Rosemary–. Tú les pusiste en condiciones de hacerlo, del mismo modo que capacitas a Hank para andar.

Andy respiró. Asintió con la cabeza.

–No es lo mismo –dijo–, aunque sí parecido. Sí. Yo soy el responsable. Sí. No tenía elección.

Se llegó a la mesa de café, aspiró profundamente y, de pie allí, bajó la mirada sobre el prospecto y la placa. Hundió las manos en los bolsillos.

Rosemary le observó, cruzada de brazos.

–Voy a volver al Waldorf –anunció.

Andy se volvió, todavía con ojos de tigre.

–¡Oh, mamá...! –articuló.

–No voy a seguir aquí –dijo–, solicitaré a un banco un préstamo por la cantidad que necesito hasta que consiga montar y poner en marcha *Ojos Nuevos*. Estoy segura de que mi clasificación de crédito es tremenda.

–Entonces pide el préstamo y quédate aquí.

–No –se mantuvo Rosemary en sus trece–. No sé qué va a ocurrir una vez empiece la investigación, ni siquiera se me ocurre ni por asomo lo que voy a declarar

cuando rae interroguen, pero quiero establecer una distancia entre nosotros a partir de ahora mismo, Andy.

Andy aspiró aire, lo exhaló y asintió. Agachó la cabeza.

–Tampoco quiero poner en peligro el Encendido, aunque no estoy tan loca respecto a ese asunto como tus ángeles que no son ángeles. No deseo que tengamos que hacer frente esta semana a un montón de preguntas violentas, no cuando lo de Irlanda funcionó tan estupendamente y los números son tan buenos.

Andy levantó la cabeza, la miró y sus ojos empezaron a recobrar el tono avellana.

–De modo que aguardaré hasta el sábado que viene –expuso Rosemary–. El uno de enero. Pero lo cierto es que no quiero verte, hasta que... las cosas se solucionen por sí misma en algún punto del proceso.

Inmóvil, Andy la contempló con sus ojos color avellana; Rosemary se volvió hacia la mesa y la ventana.

–¿Encenderemos... encenderemos juntos las velas? –preguntó él.

Rosemary guardó silencio unos instantes.

–¿En el parque? –inquirió luego.

–No –repuso Andy–. Si estamos allí, no estaremos en el Madison Square Garden ni en la Iglesia Baptista Abisinia ni en ningún otro sitio. Y no quiero hacer nada de tipo político... Creo que lo mejor será quedarnos en el piso, en mi casa. También Joe; no creo que quieras ir a otro sitio. Contemplaremos todo el espectáculo que se desarrolle abajo, en el Prado del Cordero, a vista de pájaro, y dispongo de ese gran espacio mediático –tienes que haber visto las imágenes–, de forma que podremos contemplarlo todo en las diversas cadenas. Realmente es la mejor manera de disfrutar de una vista de conjunto del acontecimiento en pleno.

Rosemary se puso de cara a él. Respiró hondo.

–Ya te diré algo –se abstuvo de comprometerse.

Andy asintió. Dio media vuelta y echó a andar hacia el recibidor.

–Llévate la Della Robbia –formuló Rosemary.

–Oh, ma... –se volvió él.

–Cógelo, Andy –dijo la madre–. Lo compraron ellos, no tú. Y desde luego no quiero nada que proceda de ellos, ni tampoco de ti.

Andy se acercó a la mesa de café, agarró la placa con una mano y la barrió hacia la otra; la balanceó en el costado como si se tratara de un libro de bolsillo y anduvo hacia el vestíbulo. Salió y cerró la puerta.

Rosemary dejó escapar el aire de los pulmones y desplegó los brazos.

\* \* \*

Se dispuso a apurar el café directamente; tenía ya inclinado el pitorro de la

cafetera imitación de plata a punto de verter el líquido..., cuando cambió de idea, tomó la taza limpia que tenía en la bandeja y sirvió allí la infusión; la taza se llenó cosa de tres cuartos. Dejó el café solo, negro, sin azucararlo.

Empezó a dar paseos entre el vestíbulo y la mesa del *Scrabble*...

Despacio, sostenida la taza con ambas manos.

Fruncido el entrecejo, tomando sorbos de café...

Extraño, extrañamente peculiar el modo en que se había reído al decir que sus ángeles no eran ángeles. Desde luego, no lo eran aquellos plutócratas que optaban por el asesinato en una causa noble. Si bien difícilmente eso podía considerarse algo nuevo en la historia de la humanidad.

¿Dónde encontraron los Hijos de Dios suficientes filántropos prácticos que invirtiesen miles de millones? ¿Dónde había miles de contribuyentes millonarios? ¿Centenares que entregasen muchos millones? A ella nunca se le ocurrió calcular el coste total de la realización del Encendido, nunca se preocupó lo más mínimo de los demás proyectos de los Hijos de Dios.

Andy había hablado como si el Encendido fuese el proyecto único y exclusivo, el fin y el principio de todo. Naturalmente, él lo consideraba así ahora, a ocho días vista...

Tomó otro sorbo, paseó...

¿Por qué no había conocido ella a ninguno de aquellos patrocinadores importantes? Le presentaron a personas que daban anualmente miles de dólares... en operaciones de Nueva York e Irlanda, y el día de Acción de Gracias de Mike van Burén. Sabía que el Consorcio Cristiano de Rob Patterson era un contribuyente significativo, ¿pero muchos millones? A ella no le había dado esa impresión. Unos cuantos millones quizás, en el curso de los últimos tres años.

¿No hubiera deseado conocerla alguno de aquellos filántropos de alto nivel? ¿No habría querido Andy obligarlo a ello?

Sólo aquel francés de edad, Rene, en el aeropuerto, y acaso el hombre que le acompañaba; el apretón de manos y unas cuantas palabras había sido todo el contacto que tuvo ella con los nada angélicos ángeles de los Hijos de Dios. Ciertamente, Rene había proporcionado a Andy un rato de todos los demonios al teléfono la mañana en que ella entró en la oficina de su hijo; Andy pareció estar acostumbrado a aplacar, o a intentar aplacar, al viejo...

Se detuvo en el centro de la estancia.

Permaneció inmóvil un instante. Tragó saliva.

Cerró los ojos, se llevó una mano a la frente.

Respiró hondo y abrió los ojos. Se volvió hacia la mesa de café. Anduvo hasta ella, se inclinó, depositó la temblorosa taza, dio media vuelta al *Times* para ponérselo de cara.

De pie, contempló la primera página.

Se volvió, se frotó la frente. Con paso lento, se llegó a la mesa del *Scrabble*. Las campanas de las iglesias empezaron a repicar.

Pestañeó frente a la claridad del día, brillante de nieve, que rutilaba a través de la gasa del visillo. Bajó la mirada sobre las fichas de la mesa.

El diez no.

El resto del rebaño, las otras noventa y dos, estaban allí extendidas, la mayor parte boca arriba, dispuestas para que los proscritos las cazasen.

Apoyó la punta del dedo índice en una ficha, la separó del resto deslizándola entre las otras hasta el margen de la superficie pulimentada de la mesa. La dejó allí: una B. Como el bing bong de los tañidos *de Campanas de Belén...*

Clavó la yema del dedo en otra ficha, la separó también y proporcionó a la B la compañía de una I. Y luego una O...

Dame una C...

Dame una H...

Dame una E, M, I...

No veía la otra C. Tampoco siguió buscándola.

Regresó a la mesa de café, descolgó el auricular, marcó un número.

–Joe al habla...

–Un poco mejor –dijo Rosemary–. Reunámonos ahora, ¿vale? En algún sitio donde podamos hablar, que no sea aquí, estoy hasta el gorro de esta torre... Iré allí; he visto auténticas pocilgas, no vomitaré.

Rosemary suspiró.

–¿Dónde está ese restaurante chino? Hoy estará vacío. –Eso me tiene sin cuidado –respondió ella–. La comida es buena, ¿verdad? ¿Dónde está?

\* \* \*

«Es un vertedero.»

Así lo había calificado él. En las proximidades de la Novena Avenida; un deslucido restaurante de doce mesas, con ventanales de gruesas lunas e inmóviles ventiladores colgando del techo, decorado por Edward Hopper.

En un reservado lateral, con una de las dos mesas ocupada, celebraron la festividad brindando con cerveza china y empezaron por sacar primero los regalos. El de Joe era un libro de gran tamaño espléndidamente encuadernado y con hermosa sobrecubierta, un volumen que Rosemary descubrió en la tienda Rizzoli del hotel: fotografías y cianotipos de automóviles clásicos italianos, incluido su Alfa-Romeo.

–¡Oh, es sencillamente precioso! –exclamó Joe, al tiempo que pasaba sus gruesas páginas–. ¡Ni siquiera sabía que existiese un libro así! ¡Bello! ¡Bellísimo!

Se inclinó por encima de la mesa y la besó.

El regalo de Rosemary era un pequeño alfiler de oro I♥ANDY con el corazón de rubí. Van Cleef & Arpéis.

–No deberías... –Rosemary suspiró. Le dio un beso, también por encima de la mesa–. Me encanta, Joe, muchas gracias.

Se lo prendió en el suéter mientras Joe y el camarero recogían los envoltorios y Joe pedía la cena para ambos, sin mirar la carta.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Joe cuando el camarero se hubo retirado.

–En algo realmente preocupante –repuso ella–, y no deseo inquietar a Andy con ello.

–¿Una amenaza?

–Podría llamarse así. –Le miró a los ojos–. Judy dejó caer unas cuantas observaciones –dijo– que me hacen pensar, ahora que sé quién era y ahora que estoy enterada de lo que ha pasado en Hamburgo y luego en Quebec... me hacen pensar que su banda muy bien podía haber tramado algo respecto a las velas. O una banda de Extremo Oriente con la que estaban relacionados.

Joe se echó hacia atrás en la silla. Parpadeó unas cuantas veces, la miró.

–¿Tramar algo con las velas del Encendido? –preguntó.

Rosemary asintió.

–Pueden repetirse casos como esos, en los que alguien encienda una antes de tiempo, o quizás un almacén o una casa que se incendie con velas dentro.

Joe siguió mirándola, sentado.

–Sólo ha ocurrido dos veces –dijo–. Las velas han estado dando vueltas de un lado a otro, por todo el mundo, durante meses y esas son las dos únicas ocasiones en que se encendieron o quemaron.

–Tal vez cuentan con un temporizador susceptible de ir incorporado –aventuró Rosemary–. No sé nada de bioquímica, estoy casi segura de que aquí hay bioquímica; las velas tienen dos partes, ¿verdad?, la azul y la amarilla. Quizá son más complicadas que todo eso. Quizás existe algún producto químico que las mantiene seguras, desarmadas durante cierto tiempo y después unas cuantas estallan. Tal vez determinado número de estas últimas estaban en Hamburgo y Quebec...

Intercambiaron una mirada. Tomaron un trago de sus vasos de cerveza.

Joe le dirigió una sonrisa de soslayo. –¿Crees que éste podría ser un caso de nervios de noche de estreno? Eres la madre de Andy, quieres que todo salga de maravilla para que el cuadro sea perfecto...

–Puede ser –reconoció ella–. Así lo espero. Pero tal vez es más; tenemos que verificarlo, Joe. ¿Sabes de alguien que pudiera hacerlo? No en el laboratorio de la Policía Criminal ni en el FBI. Algún particular, algún químico forense que se dedique a trabajos de consulta. Alguien por el estilo. Con acceso a información sobre lo más

avanzado.

–¿De verdad Judy te dijo algo? –preguntó Joe–. ¿O eso fue una visión?

Rosemary desvió la vista, guardó silencio unos segundos, volvió a mirarle.

–Un poco dé cada –dijo.

Permanecieron arrellanados en la silla mientras la camarera depositaba los platos encima de la mesa, les sirvió los budines de carne y les dejó un par de palillos. Comieron, él con los palillos, ella con tenedor. –¿No están buenos? –preguntó Joe. – Hummm –respondió Rosemary, con la boca demasiado llena para hablar.

–Esta es la peor época del año para conseguir que se haga algo –dogmatizó Joe– y menos algo tan complicado como esto; todo el mundo está de vacaciones. La Escuela de Medicina de la Universidad de Nueva York está cerrada, en esa facultad es donde trabaja la primera persona que me vino a las mientes, un coleccionista de automóviles que reside en Armonk. Si él no puede hacerlo personalmente, sabrá de alguien que sí podrá. Sólo que es muy probable que mi hombre esté en Aspen o en vaya Dios a saber dónde, él, su esposa y sus chicos son todo esquí. Mira, si vas en serio en lo que a esto concierne, entonces deberíamos recurrir al FBI. Conozco a algunos funcionarios de la oficina de aquí, y en Arlington tienen todos los medios para realizar el trabajo y hacerlo rápido.

Rosemary sacudió la cabeza.

–No quiero que Andy se vea envuelto en una... en una investigación completa y a fondo –dijo.

Se cubrió el rostro con las manos, cuajados de lágrimas los ojos.

–¡Eh, eh, ah...! –Joe alargó las manos por encima de la mesa, le palmeó en el hombro, en la mejilla–. Andy no se verá complicado –dijo–, en ningún mal sentido. Estoy seguro de que él será el primero que...

–No quiero ir al FBI –dijo Rosemary–. Quizás estoy... alucinando, tienes razón, y no quiero levantar la tapa de una lata de gusanos. ¡Por favor, Joe!

Echado contra el respaldo de la silla, enarcadas las cejas, Joe la miró llevarse a los ojos una servilleta de papel.

–De acuerdo –dijo él–. Esta tarde iré a buscar a ese individuo. Está metido en algo relacionado con la bioquímica, el doctor Stamos. Una de sus ayudantes de laboratorio diseñaba drogas, allí, en el laboratorio. Hasta que su novio le pegó un tiro. En el 94. George tiene dos Alfas, pero no tienen ni punto de comparación con el mío.

\* \* \*

La llamó hacia las cinco de la tarde. La familia Stamos se había ausentado, pero su contestador automático comunicaba que estarían de regreso el lunes por la mañana.

–No expliqué el motivo de mi llamada; creerá que estoy dispuesto a venderle el coche y se apresurará a ser el primero en devolverme el telefonazo. De todas formas, no puedes esperar realmente que se pueda llevar a cabo alguna acción antes del lunes. Pero, Rosie, cuanto más pienso en ello... Si Hamburgo fue una muestra, entonces estás hablando de algo que quizá pueda borrar del planeta a toda la raza humana. Nadie está lo bastante loco como para querer hacer semejante cosa.

Rosemary respiró.

–Espero que tengas razón, Joe –dijo–. Gracias por escucharme hasta el final.

–Tranquila. Pronto mejorará todo.

Rosemary reanudó la lectura de un libro en rústica que había comprado aquella tarde en el Doubleday's de la Quinta Avenida: *Bioquímica: la espada de dos filos*. Estaba en el capítulo dedicado a los gases nerviosos y los virus carnívoros.

La familia Stamos regresó de sus vacaciones de esquí el lunes por la mañana, todos excepto George, que se quedó en un hospital de Zurich, sometido a tratamiento de tracción. Joe consiguió que Helen Stamos le diera el número de teléfono del hospital, después de explicarle que se trataba de hacer un favor a Rosemary, no de automóviles, pero no podía efectuar la llamada telefónica hasta el martes por la mañana, a causa de la diferencia de horario.

Esa fue la mala noticia que transmitió por teléfono a Rosemary el martes por la tarde. La buena fue que George le había proporcionado enseguida un hombre que se encargaría de la tarea, un colega que era socio de un laboratorio de Syosset (Long Island) y que como colaborador independiente realizaba trabajos forenses en casos criminales. Joe había hablado con el hombre, al que dijo que él, como colaborador de los Hijos de Dios, captó rumores en el sentido de que se habían manipulado las velas y deseaba comprobarlo para su propia tranquilidad de espíritu; tenía la certeza casi absoluta de que no había nada de cierto en los rumores, pero por si acaso...

–Ese hombre va a comprobar unas cuantas. Para mañana por la mañana sabrá si están o no limpias.

–¿Le dijiste «bioquímicos»? –preguntó Rosemary.

–Sí. Dice que no es imposible, pero que constituiría toda una señora hazaña para una banda de ateos paranoides llevarlo a cabo.

Rosemary miró la tele, pasando de uno a otro de los múltiples canales... mientras se informaba, mediante su propia persona y a través de Andy, en cuñas de diez y de treinta y dos segundos, de lo emocionante y sugerente que iba a ser el Encendido, y lo formidable que resultaría que todos los miembros de la raza humana participasen en un acontecimiento tan glorioso, simbólico y artístico, y que la hora en que iban a desenvolverse y encenderse las velas en aquella zona sería las siete de la tarde del próximo viernes, lo que se haría ante las cámaras de la televisión, de todos los canales, no se pierdan el prelude, el programa empezará a las seis, y recuerden que

han de mantenerlo fuera del alcance de los niños. Andy le dirigió un guiño.

–Ya estás hasta las narices de esto, ¿verdad? –Rió entre dientes, ella no–. De acuerdo, pero es muy importante –dijo Andy–. Te ruego que, por favor, te asegures de que todos enciendan la vela en el momento justo; ¿harás eso por mí? Gracias. Te quiero.

Rosemary se preguntó si habría algo que Andy hiciera, algo que proyectase, a lo que ella fuese inmune, a causa de su parentesco. Eso parecía no menos imposible que ciertos gases pudieran convertir en jalea a una persona en cuestión de quince minutos.

Joe se las arregló para conseguir localidades para la sesión de la tarde del primer estreno importante de la temporada de Broadway, la reposición de un musical que agotó sus posibilidades en 1965 y en cuyas representaciones, lo que no dejaba de ser irónico, Guy había intervenido allá por aquella época feliz anterior a su traslado a la Bram, cuando aún vivían en el apartamento de una habitación de aquel edificio sin ascensor, en la Tercera Avenida. El espectáculo era un encanto, tal como Rosemary había supuesto, pero durante el primer acto le costó trabajo concentrarse en él; Joe no había recibido noticias del laboratorio de Syosset.

En el entreacto, Joe fue a consultar su contestador automático. Rosemary sonrió y firmó autógrafos a personas que ocupaban las butacas próximas y luego leyó el abierto programa de la función.

Joe no regresó hasta después de que se apagaran las luces del patio de butacas y hubiese empezado la obertura del segundo acto.

–Limpias –susurró, tras sentarse en la butaca contigua. Ella le miró con ojos muy abiertos. Joe asintió–: Absolutamente limpias. Nada de bioquímica. Ni siquiera perfume.

–¡Chissst! –siseó alguien detrás de ellos.

A Rosemary le costó un buen rato poder concentrarse también en la acción del segundo acto, pero aplaudió con entusiasmo al final y se unió a Joe en la prolongada ovación.

Entraron a base de codazos en el bar abierto junto al teatro y encontraron una mesa de dos metros y medio cuadrados en un rincón oscuro.

–Lo ha analizado todo –explicó Joe–, la cera, los pabilos, los vasos. Cuatro velas: dos de aquí, una del estado y una del país. Limpias al ciento por ciento.

–¿Hablaste con él? –preguntó Rosemary.

–El mensaje estaba en el contestador –repuso Joe–. Enviaré a continuación un informe por escrito.

–¡Vaya! –exclamó Rosemary–. Esto sí que es un gran alivio.

–Verás –expuso Joe–. Me molesta mencionarlo, pero esto no es concluyente. No olvides que los envíos proceden de catorce fábricas. Es posible que manipularan la producción de una, o de varias, y estas velas fueran de otra.

–No –replicó Rosemary–, mi... impresión era la de que todas las velas estaban afectadas.

–¿Todas? ¿Las de las catorce fábricas? ¿De verdad has pensado eso?

Rosemary sonrió, se encogió de hombros.

–Nervios de noche de estreno –se justificó.

El camarero sirvió la *Gibson* de Rosemary y el *Glenlivet* de Joe.

–¡Salud! –brindaron, entrechocaron los vasos y tomaron un sorbo.

–Gracias por todo, Joe, que ha sido mucho –dijo ella–. ¡Te estoy tan agradecida!

Le besó.

–¿Dónde vamos a encender las nuestras? –quiso saber Joe.

–En casa de Andy –informó Rosemary–. Creo. Nosotros tres. ¿Te va bien?

–¿Por qué no me iba a ir bien? Claro que sí, no hay otro sitio mejor. –Dedicó una sonrisa a Rosemary–. Para encender nuestras primeras velas, quiero decir.

–Exacto –articuló ella, y le devolvió la sonrisa.

–¿Te recojo a las seis y subimos juntos?

–Esa era precisamente mi idea –aceptó Rosemary.

–Feliz Año Nuevo –dijo Joe. Se dieron el pico. Él confesó–: Tíldame de romántico, pero me alegra que esperemos juntos. Va a ser una Nochevieja magnífica.

\* \* \*

¡Qué preocupación se había quitado de la cabeza! Andy podía haberse dejado instigar por los obsesionados patrocinadores de los Hijos de Dios al asesinato de Judy –por lo que nunca habría perdón ni olvido, decididamente no–, pero al menos eran eso, patrocinadores ofuscados cuyo objetivo era hacer el bien, no su «viejo» utilizándole para lograr la victoria en un inmediato Armagedón.

Rosemary tomó una larga ducha caliente. Por fin iba a disfrutar de una buena noche de sueño. Habían transcurrido semanas desde la última, con el viaje y luego Judy...

Pidió chocolate y bollos al servicio de habitaciones; masticó y bebió entre las almohadas de raso, mientras contemplaba las operaciones de preparación del Encendido en un aula de Argentina, en la Academia de las Fuerzas Aéreas, en el Muro de las Lamentaciones, en una plataforma petrolífera del mar del Norte.

Lo único que la desasosegaba, mientras iba de un programa de televisión a otro y se acurrucaba en aquel capullo de raso, era la sensación de que Andy la estaba llamando..., como aquella vez en que el niño encajó la cabeza entre las tablillas de la cuna y la llamaba sin que de su garganta pudiera salir sonido alguno.

Deslizó un brazo fuera de la ropa de la cama y levantó el auricular del teléfono..., funcionaba y emitía su zumbido de tono, así que volvió a dejarlo en la horquilla. Se

hizo un ovillo entre la seda.

Sabía condenadamente bien que era ella la que llamaba a Andy.

Debió haber tomado una ducha fría, en vez de caliente.

«¡Mamá!» La voz de Andy, dolorida, la despertó. La luz del día trazaba una franja de claridad en los bordes de las cortinas corridas.

Aguzó el oído, tendida en la cama.

Le sentía, con menos intensidad, pero desde luego no había vuelto a oírle.

Se negó a dejarse engañar a sí misma, a inducirse a telefonarle. Fue al gimnasio, después de desayunarse, y pedaleó en la bicicleta, saltó a la comba, nadó... el chapoteo del agua contra la pared de cristal de la piscina enmascaraba todo otro sonido.

La fastidiosa sensación fue desapareciendo mientras comía un emparedado sentada en el salón del club y veía cómo iba cobrando realidad el Encendido... y mucho más esplendorosamente de lo que había llegado a imaginar.

Se había suspendido toda programación regular. En todos los canales, música del Encendido, el logotipo del Encendido, la cuenta atrás del Encendido en un ángulo o en otro: 30.44.27, los segundos corrían, los minutos se fundían. En todos los canales, velas para el Encendido en paquetes envueltos con papel dorado y azul celeste y colocados encima de mesas y mostradores, se enarbolaban banderas doradas y azul celeste.

En el *campus* de Princeton. En una cárcel de mujeres de Hong Kong. En un casino de Connecticut, en un hospital del Chad, a bordo del *QE2*. En unos grandes almacenes de Oslo, en un parvulario de Salt Lake City.

Las cabezas hablaban con otras cabezas sobre la belleza y el significado del Encendido y sobre la discordia, dolor y sufrimiento que hubiera obscurecido el planeta en aquel hito cósmico de no ser, gracias a Dios, por Andy, Hijo de Rosemary, que nos guiaría al año 2000 como Humanidad Única, Revitalizada y Renovada.

Los reporteros ponían los micrófonos ante la boca de las personas y formulaban preguntas directas: en una fábrica de calzado de Bolivia, en una comunidad hasídica de la parte septentrional del estado de Nueva York, en un parque de bomberos de Queensland (Australia). En la plaza de San Pedro, en una estación del metro de Pekín; en Disneylandia, Mickey y Minnie agitaban paquetes de velas.

Probablemente, Andy también lo estaría viendo, en el piso de arriba. Rosemary suspiró; a pesar de todo, debían verlo juntos. Al día siguiente por la noche, contemplaría el auténtico acontecimiento con él, sería la experiencia cumbre de su vida.

Se deslizó por los canales, entre sorbos de Coca-Cola, usando el libro de bioquímica como buque de cabotaje. Mombasa, Irak, Tibet, Yucatán...

¡La totalidad de los habitantes del mundo entero encenderían velas de los Hijos de

Dios limpias, seguras!

A los amish les gustaba la televisión, ante el micrófono hablaban con gran desenvoltura de Andy, Rosemary, el Encendido y la satisfacción de los tractores.

Hasta los majaderos que esperaban que de un momento a otro llegasen los extraterrestres y se los llevaran en un objeto volador no identificado encenderían sus velas antes de abandonar el planeta Tierra. Tendrían el tiempo justo, explicó una mujer que capitaneaba un contingente de California constituido por trescientos individuos; Nostradamus había profetizado que los recogerían en el *segundo* minuto del año 2000, no en el primero. Dos casa con dos, ¿comprendes?

## 6 + 6 + 6

La mañana del viernes, llamarle era razonable; Rosemary tenía que rematar y confirmar sus planes, el sí definitiva aún no lo había pronunciado. Y no imaginaba que Andy la volviera a llamar más; Rosemary había disfrutado por fin de una estupenda noche de sueño. Y de un fabuloso desayuno a base de melón, café y medialuna, allí entre el raso. María, la muchacha que le había llevado la bandeja, se mostró aún más entusiasmada que ella.

–¡Me siento como si esta noche fuera a casarme con todo el mundo! –anunció, riendo, al tiempo que descorría las cortinas frente a un cielo encapotado.

Rosemary marcó el número regular de Andy y aguardó mientras el contestador desgranaba su mensaje. Observó los preparativos del Encendido que se llevaban a cabo entre bastidores en el Metropolitan Opera House: 9.37.17.

–¿Andy? –dijo–. Quiero tratar esto esta noche.

Esperó, contemplando la perspectiva del Yankee Stadium.

Bip, tono para marcar.

Marcó el número, dirigió la palabra al circuito integrado.

Una vez hecho, se sintió a gusto. Comprobó el crucigrama y se sintió incluso mejor; allí estaba ella: 1 horizontal. *Célebre madre*, ocho letras. El Encendido era el tema del día, naturalmente, y el resto del crucigrama –salvo el 6 vertical, *Hijo famoso*, cuatro letras– era difícil y engañoso, el acostumbrado desafío de los viernes. Lo había acabado casi cuarenta minutos antes.

Andy no había llamado.

Volvió a marcar el número, habló al *chip*, permaneció a la escucha durante la opción de los distintos números.

–Si sólo desea transmitir un mensaje a Andy, pulse el dos.

Pulsó el dos.

–Por favor, grabe el mensaje para Andy a partir de ahora. –Bip.

–Hola –dijo Rosemary–. Quiero debatir esto contigo. Joe va a recogerme a las seis; ¿no era eso lo que te figurabas? Llama en cuanto puedas, ¿quieres? Tengo cita en la peluquería para las once y media.

Esperó.

–Gracias, Rosemary. Andy recibirá tu recado enseguida. Ya puedes colgar.

Cuando Rosemary se marchó, Andy aún no había llamado.

A su regreso a la *suite*, ya arreglada, había dos mensajes de dígito en la línea normal y uno en la línea privada.

–Hola, ¿sabes dónde está ese hijo tuyo? –Diane–. No tengo noticias tuyas desde el martes y las llamadas no paran de llover. Hay algunos a los que tiene que contestar él... Como los del papa y del presidente, quiero decir. Ni siquiera sé qué lugar vais a

ocupar vosotros dos; doy por supuesto que estaréis en el parque con el resto de nosotros. ¿Tendrías la bondad de decirle que me llame o de llamarme tú misma si sabes qué se está preparando? Adivina quién está escribiendo poesía *haiku* sobre ti. Adiós.

Rosemary lo borró.

Encendió el televisor. Bustos parlantes, a: 4.14.51.

Una bolsa de plástico de la camarera colgaba de la barra de cosas por retirar, entre las puertas del armario. Rosemary la abrió, soltó el crepé azul celeste, puso el traje chaqueta cruzado encima de la cama. Apartó las otras prendas colgadas y sacó la blusa de seda dorada y las sandalias del mismo tono de tacón alto; las puso también sobre la cama. Enrolló el plástico, lo pinchó y lo metió en la papelera.

Permaneció inmóvil, de pie, fruncido el ceño. Se registró los bolsillos del pantalón para cerciorarse de que llevaba la tarjeta.

Se puso las gafas y el pañuelo.

Descendió al vestíbulo –atestado y bullicioso– y, con la cabeza gacha, dobló la esquina de los ascensores y se dirigió a la puerta en la que rezaba: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO; introdujo la tarjeta en la ranura y abrió la puerta.

Hizo lo propio en la puerta del ascensor; se separaron las hojas y allí estaba la cabina... sugiriendo que Andy había salido. Quizá no murió de un ataque al corazón, después de todo, mientras ella hacía oídos sordos a sus llamadas pidiendo ayuda.

Sin saber cómo entró en aquella barra de labios, se revolvió, se apuntaló para el despegue, apretó el 52. *Ziusss* mientras pasaban vertiginosos los 8, 9,10... Se quitó las gafas y el pañuelo, se esponjó el peinado, movió la mandíbula hasta que le estallaron los oídos.

Recordaba la última vez, frente al barbado mentón, disparada hacia arriba a mayor velocidad de lo que le gustaba... hasta la vista y etcétera.

El 52 en rojo se encendió mientras la cabina frenaba o concluía por partirse en dos.

Más allá del salón negro y bronce, el cielo presentaba un tono gris invernal, obscurecido ya a las tres de la tarde; los nubarrones se concentraban cada vez más ominosos sobre el distante Queens. ¿Más nieve en camino?

–¿Andy? –llamó, en tanto el cilindro metálico se cerraba a sus espaldas.

Hablaba una mujer, una voz fluida, familiar, que llegaba de la izquierda, hacia el fondo.

–... con nuestra cobertura continua del Encendido. Faltan ya menos de cuatro horas, y en todas partes, en todos los husos horarios, la gente siente la inminencia de una solemnidad nueva...

–¿Andy? –volvió a llamar Rosemary y, siguiendo la pista de la voz, anduvo hacia una puerta que estaba entreabierta.

Brillaban y se movían imágenes de televisión en una pared lateral de la habitación interior; pudo ver cuatro grandes pantallas y partes de dos que estaban más cerca, tres sobre tres.

–¿Andy? –volvió a llamar, junto con los chicos de una clase que aparecían en la pantalla con sonido. Rosemary empujó la puerta para abrirla del todo y echó una mirada a la estancia que había más allá.

Andy estaba clavado a la pared. Los clavos le atravesaban las ensangrentadas palmas de las manos, tenía los brazos extendidos, la cabeza caída. De pie en su blanca sudadera de los Hijos de Dios, entre la pared revestida de madera oscura y los pies de un sofá de cuero negro apoyado contra él.

Rosemary cerró los ojos, se tambaleó, agarrada a la jamba de la puerta.

A la vacilante luz del cuarto volvió a mirar a –no era ningún sueño– Andy crucificado, de cuya ensangrentada cabellera asomaban unos pequeños cuernos. ¿Muerto?

Se apartó de la jamba, corrió hacia el sofá y, de rodillas, llevó una mano al pecho de Andy y la otra a un lado del cuello.

Caliente.

Y un latido.

Lento.

Mientras percibía las palpitaciones de la parte lateral del cuello, contenida la respiración, Rosemary hizo una mueca al ver la mano derecha de Andy: las uñas habían crecido hasta convertirse en garras y diez centímetros de metal con cabeza plana y del grueso de un lápiz sobresalían de la palma cuajada de sangre. ¿Qué lunático había hecho aquello? Un hilo de sangre seca descendía por la pared de madera oscura.

¿Estaban clavados también los tobillos? Estiró el cuello junto a Andy pero no pudo distinguir nada en la negrura reinante detrás del sofá. Parecía que los pies de Andy se apoyaban en el suelo, a juzgar por su estatura y la moderada tensión de sus brazos. Notó que se le agitaba el pecho.

–¿Andy? –articuló.

Al otro lado de la habitación, detrás de Rosemary, él hablaba del Encendido.

Se movió la cabeza de Andy, se volvió hacia ella, en el nacimiento se curvaban los cuernos, del tamaño de un dedo pulgar. Rosemary le acarició la mejilla, se estremeció. Andy abrió los ojos. Ella le sonrió.

–Estoy aquí–dijo–. Te oí. ¡Pensé que era mi imaginación! ¡Lo siento en el alma, cariño!

Andy abrió la boca, jadeante; sus ojos de tigre imploraban.

Rosemary se volvió hacia una baja consola negra, apoyó un pie en el suelo, sacó una goteante botella de champán del enfriador y la puso a un lado. Cogió el enfriador,

dio media vuelta con él en las manos y se arrodilló de nuevo junto al sofá. Hundió una mano en el agua del recipiente y humedeció los labios de Andy.

Le echó gotas de agua en la lengua, en la boca; él chupó agua de los dedos de Rosemary, la tragó...

–Te bajaré –dijo ella–. Te bajaré...

Andy succionó agua de los dedos, la tragó y los ojos atigrados le dieron las gracias.

–¡Oh, ángel mío! –articuló Rosemary–. ¿Quién te hizo esto? ¿Qué bestia pudo hacer esto?

El labio inferior de Andy tembló contra los dientes superiores.

–P... p... padre –balbuceó. Rosemary se le quedó mirando.

–¿Tu... padre? –Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, meneó la cabeza–. ¿Estuvo aquí? ¿Él te hizo esto? –Está aquí... –dijo Andy–. Él está aquí... Se le cerraron los ojos, su cabeza astada cayó.

\* \* \*

Quizás alucinaba, ¿pero qué otra persona podía haber cometido semejante atrocidad? ¿Venganza por haber traicionado Andy su plan? ¿Porque las velas resultaran inofensivas?

Satanás no saltó fuera de la cocina cuando ella la encontró, ni del congelador cuando lo abrió.

Sacó uno de los cajones de plástico con cubitos de hielo y fue con él en busca del cuarto de baño; lo encontró al lado de la alcoba con otra ventana que daba al cielo invernal, ambos cuartos ultradesordenados. En el cuarto de baño dio con unas cuantas toallas bastante limpias, un par de tijeras de peluquero y un frasco de alcohol; de uno de los armarios del dormitorio enganchó dos corbatas.

Arrodillada encima del sofá, mantuvo una toalla cargada con cubitos de hielo en torno a la mano derecha clavada y al grueso clavo de hierro que sobresalía de ella. El clavo resistió antes, sólido como una roca; no podía saberse hasta qué punto estaba hundido en el panel de madera de palisandro y lo que hubiese debajo del mismo. Rosemary confió en que el hielo contrajera el metal... e insensibilizara la mano de Andy para que aguantase mejor la acrecentada intensidad de un dolor que seguramente ya debía de ser agudísimo; ¿no era así como se había ganado el nombre?

Se obligó a esperar, mientras contemplaba el rostro de Andy, dormido y con expresión doliente. ¿No se habían hundido un poco los cuernos? ¿O es que ella estaba acostumbrándose a verlos?

Levantó las manos ateridas –la humedad de la toalla se filtraba hasta la superficie– y las bajó de nuevo tras asegurarse de que el hielo permanecía contra el

clavo y la palma de la mano de Andy. Meneó la cabeza, extrañada ante la crueldad de un ser capaz de hacer aquello a alguien, y menos a su propio hijo. «Vive con arreglo a su fama», había dicho Andy. Superándola, más bien; lo peor que ella recordaba de la Biblia era «el padre de las mentiras». ¿Qué decir del padre del salvajismo bestial?

Se estremeció, al ver de nuevo –por primera vez en largo tiempo– los ojos de tono amarillo candente cuyas pupilas vislumbró durante un momento aquella noche, el instante en que estuvieron clavadas en ella, mientras los miembros del aquelarre, a su alrededor, contemplaban la escena. Los ojos de tigre de Andy, decidió al verle quieto en su cuna, eran de un amarillo medio, entre los extremos de aquellos ojos infernales y los ojos humanos que tenía ella; ahora le asaltó la idea de que los menos atractivos rasgos y aptitudes de Andy, como su falacia y su capacidad para influir sobre las personas, podían ser sólo la mitad de los que poseía su padre. Bonito pensamiento.

Bajó la toalla de hielo derretido, la dejó en el cajón de plástico, sobre la consola, se bajó del sofá y se secó las manos en las perneras de los pantalones.

Arrastró el extremo del sofá para separarlo de la pared, por la parte derecha de Andy. No había clavos en los tobillos. Se cercioró de ello: miró por encima de las zapatillas deportivas y del borde de los calcetines, no había clavos.

Permaneció inmóvil con la espalda contra la cadera de Andy, el hombro bajo su brazo; envolvió con una tira de toalla seca los centímetros del clavo que sobresalía de la mano y agarró el envoltorio, frío metal bajo una mano sobre la cual había otra.

–Fuera –ordenó Rosemary, y empujó y tiró del clavo, despacio, sin demasiada dureza. Andy emitió un gemido cuando se renovó el hilo de sangre que corría bajo su mano–. No hay más remedio que hacerlo –dijo Rosemary. El clavo se movió; ella empujó y tiró con una mano, mientras la otra acompañaba a la de Andy y, tan suave y cuidadosamente como le era posible, empezó a retorcer y a arrancar el clavo de la mano en la que estaba hundido, sujetándola contra la pared. Dieciocho, veinte, veintidós centímetros tenía de largo el maldito clavo; lo lanzó lejos de sí; emitió un sonido metálico al chocar contra la moqueta.

Envolvió la mano de Andy con otro pedazo de toalla y lo ató con una corbata, muy apretado; luego se volvió hacia él, se pasó su brazo por el hombro en tanto se esforzaba en pensar cómo podría sostener a Andy mientras ella rodeaba el sofá por su extremo para pasar a la otra mano. Pero el brazo de Andy se levantó y se alargó por encima de Rosemary. Ella agachó la *cabeza*, sin apartar los ojos de Andy, sosteniéndolo contra la pared mientras él se volvía y alargaba la mano recién liberada hacia el clavo que asomaba en la palma de su otra mano.

–Primero el hielo –dijo Rosemary.

Pero Andy aferró el clavo con la mano envuelta en la toalla y tiró, apretados con fuerza los cerrados párpados.

Rosemary se apartó un poco, con una mueca –madera y manipostería chirriaron–,

y sujetó a Andy; casi cayó debajo de él, pero logró sostenerlo y cubrirlo en el extremo del sofá, mientras el clavo iba a chocar estruendosamente contra la consola. Rosemary se inclinó, abrazó las piernas embutidas en los vaqueros, las levantó, primero una y luego la otra, ayudándolas en su camino alrededor del sofá, le hizo detenerse, le apuntaló de cara a la parte posterior del sofá.

Le fue bajando poco a poco, de espaldas –inconsciente–, y cuando lo tuvo tendido encima del sofá tiró de él hasta que los tobillos quedaron sobre el brazo almohadillado y entonces le bajó la cabeza sobre el otro brazo. Envolvió la ensangrentada mano izquierda en un trozo de toalla, lo ató y lo puso al costado; arregló el otro brazo. De pie, contempló cómo subía y bajaba, a impulsos de la respiración, la sudadera de los Hijos de Dios.

Aspiró una profunda bocanada de aire y se echó el pelo hacia atrás.

Desató los cordones de las zapatillas deportivas, le descalzó y procedió a frotarle los pies por encima de los calcetines.

Comprobó la cuenta atrás del Encendido al salir de la estancia: 3.16.04.

Cogió jabón en el cuarto de baño y un cuenco de agua caliente en la cocina, con todo lo cual regresó junto a Andy; desenvolvió primero una mano y después la otra, retiró los fragmentos de materia visibles alrededor de las heridas, lavó éstas, las desinfectó con alcohol; envolvió de nuevo las manos con tiras de toalla limpias y las ató fuertemente otra vez.

Desplegó sobre Andy un descolorido afgano de punto, una pieza que recordaba, estaba casi segura, haber visto en la sala de estar de los Castevet.

Necesitaba la inyección antitetánica, cirugía, cuidado hospitalario; ¿cómo podía conseguir todo eso para él, cómo iba a presentarlo con sus cuernos, sus garras y aquellos ojos?

Tendría que confesar a Joe la verdad, no quedaba otro remedio. Quizá, sólo quizá, Joe conociera a un médico en el que se pudiera confiar, o que se dejara sobornar, llegado el caso, para guardar silencio, o acaso supiera de alguna clínica particular en alguna parte...

Lavó la cara de Andy y le limpió la sangre de la cabellera, separó los pelos y dio ligeros toques a una hinchada línea de dos centímetros y medio de sangre seca; la dejó como estaba.

Llevó cosas de vuelta a la cocina, se lavó las manos en el fregadero, y la sangre del suéter; puso el cajón debajo del productor de hielo y lo accionó, llenó un vaso de agua fría. Lo bebió y volvió a llenarlo.

Dejó el vaso encima de la consola y se sentó en el suelo, a los pies del sofá. Puso la mano en la frente de Andy. Fría, pero no demasiado. Tocó la punta de uno de los cuernos... mafileño, o algo por el estilo.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el extremo del sofá, dejó descansar la

cabeza en el brazo, cerca de la cabeza de Andy, caída contra él. Suspiró, cerrados los ojos. Escuchó la llamada a la oración de un almuecín que luego se enlazó con un canto religioso, como un tenor de ópera.

Rosemary abrió los ojos y vio cuatro escenas distintas en seis pantallas: dos templos gemelos, un estadio egipcio sembrado de letreros, la gran escalera del *QE2*, dos vistas idénticas de la atestada sección inferior del Sheep Meadow. Todos los contadores habían bajado a: 1.32.54 y seguían corriendo. Los dígitos rojos de la consola daban la traducción: 5.29.

No se había dado cuenta de lo tarde que era, pero cortar las toallas, desinfectarlas heridas... Joe estaría ya en camino, o casi; era inútil llamarle. Seguramente daría por supuesto que ella habría subido temprano y él también subiría en cuanto llegase.

Contempló las pantallas, escuchó a los bustos parlantes, a los presentadores, al Coro del Tabernáculo Mormón.

Andy había vuelto la cabeza; ella volvió la suya; los ojos de tigre miraban las pantallas.

–Hola –dijo Rosemary–. Es estupendo tenerte con nosotros. –Andy continuó silencioso, observando. Ella le preguntó–: ¿Tienes sed?

Produjo un sonido en el fondo de su garganta.

Rosemary se arrodilló, apoyó en el ángulo del brazo medio doblado la nuca de Andy y le sostuvo el vaso mientras él bebía.

–Joe estará aquí enseguida –dijo Rosemary–. Hay muchas probabilidades de que conozca algún sitio donde recibirás tratamiento médico. Vas a recuperarte.

Le bajó la cabeza y dejó el vaso.

Andy contempló las pantallas.

–Todo va saliendo de maravilla –dijo Rosemary... Cambió de postura y se recostó de nuevo contra el cuero del brazo del sofá.

Se juntaron sus cabezas, miraron, escucharon. –Ah, mira... –sonrió Rosemary.

Andy se aclaró la garganta.

–Tres minutos después de que las enciendan –silabeó–, las velas soltarán un virus que está suspendido en un gas. Se extiende...

Rosemary se puso de cara a él.

–Un laboratorio dijo que estaban limpias...

–No sabían lo que buscaban –repuso Andy–. Por eso estaba clavado ahí, para evitar que lo anunciase mientras hubiera tiempo de difundir la noticia. Es lo que iba a hacer. –Tragó saliva, miró a Rosemary–. ¡Me siento tan fatal! –dijo–. No he cesado de pensar en ese chico, James...

Rosemary le miró fijamente, mientras la música del Encendido se elevaba y el coro seguía cantando.

–¡Rosie! ¿Estás ahí?

–¡Joe! –exclamó Rosemary–. Aguarda un segundo.

Empezó a incorporarse; la vendada mano de Andy le sujetó el brazo.

–¡Me siento tan culpable, mamá! –dijo Andy, llenos de lágrimas sus ojos de tigre–. Por mentirte, por ocultarte todo esto –lo de las velas, lo de él–, ¡quisiera estar muerto!

Rosemary se volvió hacia Joe, que entraba por la puerta, alto y elegante –superelegante– con su chistera, su corbata blanca, su frac; llevaba en una mano enguantada de blanco un fardo de seda dorada y azul celeste, y en la otra, una cesta de merienda campestre.

–Es extraño –dijo, al tiempo que dejaba caer el fardo encima de una silla–. Siempre pensé que ésta iba a ser una ocasión festiva, pero ahora, cuando por fin se presenta, se apodera de toda mi persona una repentina sensación... supongo que «grave» es la palabra. Hummm. –Plantó la cesta de mimbre sobre la consola. Se quitó la chistera y la dejó junto a la cesta, con la copa debajo–. Tú –señaló a Andy con el índice de la mano enguantada de blanco– tienes suerte de contar con una madre amatísima, porque de haber sido por mí, te habrías pasado el resto de la eternidad clavado a esa pared.

De rodillas, agarrada al borde de la consola, Rosemary alzó la vista hacia él.

–¿Joe? –dijo.

–Hola, nena –dijo Joe, le sonrió mientras tiraba de la punta blanca de los dedos del guante–. Esta noche es la noche.

Le dedicó el guiño de un ojo amarillo candente.

\* \* \*

Sonrió a Rosemary mientras ella se ponía en pie, con la vista clavada en él, y Andy murmuraba algo entre dientes.

Joe depositó el primer guante dentro de la chistera, tiró de la punta de los dedos del guante número dos.

–Tenía que estar con él –sonrió a Rosemary–. No podía confiarle la dirección del espectáculo, ¿verdad que no?, al ser medio humano y estar sometido al riesgo de volverse blando. No podía hacerlo, con lo mucho que hay en juego, de ninguna manera. ¿Y tuve razón o estaba equivocado al pedírtelo?

Dejó caer el guante número dos dentro del sombrero. Rosemary no apartaba los ojos de Joe. –Yo sabía que se iba a arrojar sobre el dentista un taxi o algo así –dijo Joe, al tiempo que se enderezaba la corbata–. Conozco el modo en que funciona ese cerebro ahí arriba. Esto es un superajedrez, el juego infinito; él es blanco, yo soy negro. Él hizo el primer movimiento, pero esta noche me he comido todos sus peones. –Sonrió a Rosemary–. Y también los caballos, los alfiles y el rey. He dejado

la reina. –Dedicó a Rosemary una reverencia y un guiño–. Eso salió limpio, ¿verdad? Tú eras su movimiento lógico para jugar la baza del sentimentalismo, así que tuve listo a Joe Maffia y aguardé el momento de mi contrajugada. Rosemary siguió mirándole fijamente. –¿A quién va a recurrir probablemente una dama afligida –preguntó Joe, a la vez que se arreglaba la pechera de la camisa– si no es a un antiguo policía que quizá mantiene relaciones con la chusma? ¿Puede ser alguien más útil, caso de que ella necesitara, pongamos, un químico forense, que quien se lo proporcionara? Y quien dice un químico forense puede decir asientos para una misa o localidades de platea para un éxito teatral. ¡Ah, recuerdos de Mary Elizabeth y su amante lesbiana! –Volvió a sonreír a Rosemary–. Cuando yo entro en una catedral, muñeca –dijo–, a todo el mundo le da un ataque. Pero basta de maquinaciones diabólicas. ¡Arrogancia! Parece que no puedo agitarlo. –Meneó la cabeza, cogió el fardo con envoltura dorada y azul celeste, tomó el traje chaqueta y la blusa de Rosemary, sacó las sandalias; lo cogió con ambas manos y se lo ofreció.

Rosemary miró las prendas y luego alzó la vista hacia él. –Cámbiate –instó él–. Y ponte bien guapa; Andy tiene las obras completas de Elizabeth Arden en el cuarto de baño de invitados. Cerca del ascensor. Ella se le quedó mirando.

–Vamos –dijo él, sonriente–. Anímate, enciende, como Andy dice en los anuncios. Bailaremos un poco. Es el mejor calentamiento para una tontería como ésta. La de ahí es una gran planta; es donde le enseñé. La sala de baile es una de las pocas cosas bonitas de ver que hacen los chicos. Rosemary respiró.

–Preferiría morir cuanto antes –declaró–. Sinceramente. Lo digo en serio.

–¿Ah sí? –Joe bajó los dos puñados de ropa, asintió–. Comprendo que te sientas así –dijo–. Es cosa de tu especie, al fin y al cabo. Además de tu educación católica.

Inclinó la cabeza y vio en la moqueta uno de los clavos. Entornó los ojos sobre él.

El clavo de hierro manchado de sangre se remontó en el aire, se desvió a un lado, adquirió altura y quedó suspendido con la cabeza hacia el techo, a unos tres metros o poco menos de la cara de Andy.

Tendido en el sofá, Andy alzó la vista hacia el clavo. –¿Qué ojo? –preguntó Joe/Satán, con los ojos puestos en Rosemary, no en el clavo inmóvil en el aire. Rosemary extendió las manos.

\* \* \*

–Sólo relájate. ¿Recuerdas? Yo me encargo de todo el trabajo.

Bailaron sobre la lisa pista negra frente al brillante diorama: el East Side, el puente de Whitestone, Queens, el concurso de tiro al blanco al completo, bajo los fondos luminosos de las encrespadas nubes.

El cantó a coro con Fred Astaire aquellas letras relativas a la huida de los

violinistas, antes de que presentaran la cuenta, y mientras teníamos la oportunidad de hacerlo... La mantuvo pegada a él, sostenida por la cintura, cogida la mano.

–Eh, escucha –dijo–, lamento haberme comportado allí de un modo tan odioso. Para mí es una noche muy especial, tienes que hacerte cargo de ello, y soy de los que se ponen a cien a la menor. Además, no estoy acostumbrado a oír impertinencias, y he aguantado demasiadas de él últimamente.

–Así que le clavaste a una pared –replicó Rosemary, sin mirarle.

Bailaron, a los acordes de piano y orquesta.

–Mira –repuso Joe–. Podía haber logrado que el aquelarre hiciese contigo lo que era razonable allá, en su momento, pero no me empeñé en ello; impuse el coma y me aseguré de que estuvieses ingresada en un buen sitio y de que se pagaran las facturas. –Le dio la vuelta, cuando ella desvió la vista–. Nos miramos mutuamente a los ojos aquella noche –dijo él– y no me digas que no te acuerdas. Para ti pudo haber sido un momento espeluznante, un momento terrible, eso te lo concedo, pero fue un momento hermoso y emocionante para mí. Una vez en la vida –en mi vida, no en la tuya, si me sigues–, en una vida que tú llevas mejor ahora, ¿entiendes? Y quién sabe. –La inclinó, la enderezó–. Tal vez soy incluso más listo de lo que creo que soy. Quizá lo sabía, ó sólo esperaba, en algún punto recóndito de las profundidades interiores, que si tú estabas viva cuando llegase el momento en que Andy iniciara su trabajo, podía ocurrir que volviéramos a mirarnos mutuamente a los ojos, en unas circunstancias más agradables, más civilizadas... que existiera la posibilidad, por expresarlo así, de una continuidad para lo nuestro.

Ella le miró; él le sonrió.

–Bueno, vamos a ver –dijo, de cara a Rosemary–. A ti te gustan sus ojos. Yo puedo hacer que los míos sean de tigre.

–La miró con ojos atigrados–. ¿Te gusta Clark Gable? –Se lo preguntó el propio Clark Gable, presentándole sus hoyuelos, dándole la vuelta–. Puedo interpretar a Rhett Butler durante toda la noche, Escarlata. –Gable dibujó en los labios su sonrisa picara, mientras la obligaba a doblarse–. En el piso de arriba y sin que nunca haya un fundido. –Joe/Satán la levantó en peso. Dijo–: Mis efectos especiales son muy especiales.

Le hizo un guiño.

Rosemary miró para otro lado; él la hizo trazar una pirueta y volver a sus brazos. Ataire cantaba que era posible que se derramaran lágrimas...

–Ahora estamos llegando a la mejor parte –dijo Joe/Satán–. Por si acaso no has comprendido a dónde conduce esto... te estoy hablando de la eterna juventud, Rosie. Elige la edad que quieras, veintitrés, veinticuatro años, la edad que más te guste, y la disfrutarás para siempre. Nada de dolores, ni sufrimientos, ni uno solo de esos puñeteros granitos oscuros, todo funcionará como una seda, como el motor de un

Rolls. –Rosemary le miró mientras seguían bailando; él asintió. Dijo–: Lo que siempre prometo y rara vez cumplo. Eres lo bastante madura para apreciarlo, ¿verdad?, y lo cumpliré en tu caso... te concederé no sólo los años que has perdido, sino los que te quedaban por delante, todos ellos, en un ambiente encantador, totalmente distinto a la inmundicia del fuego del infierno que te han brindado durante toda tu vida. La habitación de servicio que deja este lugar en la barrera de salida.

Al tiempo que giraba con él, Rosemary preguntó: –¿Suspenderías el Encendido si yo...? –Oh, por favor –dijo Joe–, no empieces con ese asunto. No lo suspendería. Y tampoco puedo, es demasiado tarde, Así que se trata de la eterna juventud o la muerte cuando bajemos a la otra planta. El gas se extiende y permanece en el ambiente; es más pesado que el aire; por eso estamos aquí arriba, en lo más alto.

Rosemary se echó hacia atrás, cogida por el brazo de Joe; le miró y dijo:

–¿Qué va a pasar con Andy?

Joe meneó la cabeza.

–Él se queda –manifestó–. Ya no lo necesito más y no puedo confiar en él, especialmente en lo que concierne a ti. Podemos tener otros chicos, todos los que quieras; serás siempre joven, ¿recuerdas?

»Piénsalo, Rosemary. Sé que para ti es una decisión difícil de tomar, dadas todas las circunstancias, tu educación y todo lo demás, pero eres una persona inteligente capaz de sacar sus propias conclusiones –me desconcertaste lo tuyo cuando dedujiste tan acertadamente todo el asunto de Judy–, así que tengo la certeza de que comprenderás cuál es la única decisión que resulta lógica.

Bailaron ante los fulgores y los nubarrones. Joe la hizo girar, la sostuvo, juntó su mejilla con la de Rosemary. Según la letra, el vocalista afirmaba estar en la gloria y que su corazón latía con tal fuerza que apenas le era posible oír su propia voz...

\* \* \*

Frente al resplandor cambiante de las pantallas, Rosemary permanecía en la silla, inclinada hacia adelante, con las manos entrelazadas y la *cabeza* baja.

Reclinado en el sofá, con un codo apoyado en el brazo del mueble y el afgano retirado de encima, mientras miraba con sus ojos de tigre y sacudía su astada cabeza, Andy bajó los labios hasta la paja que sobresalía de la lata de Coca-Cola que sostenía con fuerza entre el pulgar y el índice, rematados por uñas como garras, de la mano envuelta en un trozo de toalla.

Arrellanado en la silla, con los pies embutidos en negros calcetines de seda apoyados encima de la consola, Joe/Satán observaba con ojos de horno candente que luego poco a poco cambiaban a atigrados, mientras comía a cucharadas el caviar de una lata de cuatrocientos gramos. Consultó su reloj de esfera con varios diales,

poniendo buen cuidado en no volcar la lata. Engulló lo que tenía en la boca y dijo:

–Maldita sea, tres minutos y doce segundos y ahí van. Mira, el tipo que está en la escalera. ¿Ves? Y allí, por allí, esa mujer. Aja, mira dónde ha caído la vela. –Sacudió la cabeza y hundió directamente la cuchara en el caviar–. Increíble, el modo en que pueden calcular el tiempo de algo como esto. –Cogió su copa de champán. Tomó un sorbo–. Esos muchachos son realmente buenos–dijo–. ¿A dónde vas?

Rosemary abandonaba la habitación.

Anduvo hasta la ventana.

Permaneció allí, con la frente pegada al cristal.

El polvo de oro rociaba el parque, cincuenta y dos plantas más abajo, polvo de oro sobre los campos donde se jugaba a la pelota, polvo de oro sobre el Prado del Cordero, polvo de oro que relucía por el norte hasta donde alcanzaba la vista, más fino en algunos puntos, mezclado con briznas negras en otros.

La mitad de la ciudad –el círculo interno de los Hijos de Dios entre ellos– debía de haberse congregado para encender sus velas allá al fondo, bajo los árboles que el invierno había dejado sin hojas. ¿Atraídos por evocaciones druídicas?

El fuego ardía en dos ventanas del acantilado de la Quinta Avenida. En Queens, un resplandor rojo teñía las nubes.

En las alturas, unas luces se desplazaban lentamente a través de un boquete que las nubes habían dejado en el estrellado cielo: uno de los pocos vuelos internacionales que no pudo reprogramarse para evitar la hora. Pero el piloto habría tenido que volver atrás y encender una vela de muestra por todos los pasajeros y miembros de la tripulación, que planeaban encender sus propias velas cuando el avión tomase tierra.

Mucho más abajo, un diminuto caballo se desplomó en una zona cubierta de polvo dorado del Central Park South, y el carruaje del que tiraba volcó sobre él. Otros caballos y carruajes yacían en fila detrás del primero. Turismos y autobuses permanecían inmóviles, oscuros puntitos y polvo de oro a su lado.

Rosemary lloró.

Si hubiera subido allí el miércoles por la noche, cuando oyó por primera vez la llamada de Andy... Si su sentimiento de culpa no la hubiese confundido...

Se estremeció.

Respiró. Se secó las mejillas con el canto de la mano. Erguida en toda su estatura miró hacia afuera, contó seis ventanas con llamas de vela en la escarpada vertical de la Quinta Avenida. En Queens también había ahora llamas. Le oyó a su espalda. –Ponte detrás de mí, Satanás.

–Yo me quedo con Andy –dijo Rosemary.

–Y yo creía que eras más inteligente –dijo Andy.

Rosemary se volvió hacia él.

Se miraron el uno al otro.

–Ve –dijo Andy.

–¿Cómo voy a irme? –le preguntó ella–. No puedo. Ni siquiera merezco una vida eterna de vieja. Ni siquiera merezco vivir un día más a partir de ahora.

–Ve –insistió Andy–. Créeme, es lo que deberías hacer. Estarás bien.

–¿Bien? –articuló ella, con el llanto brotando de sus ojos–. ¿Voy a estar bien? ¿Con todos los habitantes del planeta muertos, y tú muerto, y yo sola con él? ¡Te has vuelto loco! ¡Loco de atar!

–Mírame –pidió Andy.

Ella le miró. Al fondo de sus pupilas de tigre.

–Confía en mí esta vez –dijo Andy.

Rosemary le contempló con atención.

–¿De verdad? –preguntó.

Andy le sonrió.

–¿Te mentaría?

Intercambiaron una sonrisa.

Rosemary se agachó sobre él, le acarició la mejilla. Ella se puso de puntillas, Andy se inclinó; se besaron en los labios, castamente.

Se sonrieron.

Andy se apartó a un lado, levantó su mano vendada con la toalla en dirección a Joe/Satán, que, con su frac y su corbata blanca, y con la chistera en la mano, aguardaba junto al abierto cilindro metálico.

Rosemary dudó un instante más y luego echó a andar hacia él –ondulante el crespón, tableteantes los altos tacones– por el lustroso suelo negro.

Joe/Satán le cedió el paso al interior de la cabina roja y bronce. Rosemary volvió la cabeza –entrevió a Andy de pie con el resplandor y las nubes a su espalda, con una mano alzada– mientras Joe/Satán entraba tras ella y cerraba la cabina.

Descendieron.

Joe/Satán se puso el sombrero de copa, le dio un toquecito en el ala para inclinarlo delicadamente hacia atrás, se ahuecó un poco de pelo que asomaba por debajo de la chistera.

–Cuco –dijo, y sonrió a Rosemary.

Ella miró al frente, a la corbata blanca. Perfectamente anudada, sin alfiler que la sujetase.

–¿Cómo conseguiremos pasar sin que nos afecte el gas? –preguntó.

–No te preocupes.

Rosemary siguió mirándole; Joe/Satán seguía sonriendo. El indicador en rojo chasqueaba sobre la cabeza de Joe/Satán: 10,9, 8... P.B., S1,S2...

La cabina aceleró su descenso. Aumentaba el calor.

Al empezar a sudar, Rosemary continuaba con la vista fija en la corbata blanca.

–No veo el momento de quitarme este maldito uniforme –dijo Joe/Satán–. El que va debajo, quiero decir. Hace tres malditos años que lo llevo puesto. –Sus manos lanzaron un zarpazo –dispararon las garras– hacia la corbata y el cuello de la camisa, los desgarraron, los arrancaron de su sitio junto con trozos de cuello y de escalas verdinegras; despidieron tela y carne sobre el bronce y el cuero rojo.

Rosemary contempló aquellos ojos de horno candente, los arqueados cuernos blancos.

–¡Dijiste que no era el fuego del infierno! –Rosemary, muñeca –refunfuñó él, al tiempo que rasgaba y se quitaba de encima chaqueta, camisa y carne de sus escamas verdinegras–. ¡MENTÍ! ¿Aún no te has dado cuenta? Agitó una ondulante y gigantesca lengua ante la cara de Rosemary; ella cerró los ojos y lanzó un chillido, en el mismo instante en que los brazos se cerraban alrededor de su cuerpo.

–¡Ro! ¡Ro! –gritó él, mientras la retenía, la abrazaba impetuosamente, le cubría de besos la cabeza–. ¡Estás bien! ¡Estás bien!

Rosemary abrió los ojos y, jadeante, exhaló un grito ahogado.

–Estás bien –dijo él, y la abrazó–, estás bien, estás bien...

Rosemary se agarró la parte superior de su pijama de cachemira, un puñado de pelos de su cabellera castaña, miró a su alrededor, con la boca abierta, y contempló su habitación a aquella hora temprana de la mañana.

Los carteles de París y Verona, el amarillento anuncio a toda página de *Lutero*, con el círculo rojo cerca del borde inferior.

Se derrumbó contra el pecho, entre jadeos y sollozos. Recobró el aliento:

–¡Oh, Guy! –exclamó–. ¡Fue horrible! Seguía y seguía, y me dormía, y volvía a empezar de nuevo, y continuaba sin parar...

–Ah, mi pobre nena –la consoló, la *abrazó*, la besó en la cara.

–¡Era tan real!

–Eso que te ha sucedido fue por leer *Drácula* en la cama...

Rosemary se inclinó decididamente por encima de los brazos de Guy y bajó la mirada hacia el libro en rústica caído en el suelo.

–¡Bram Stoker! –exclamó–. ¡Claro! –Recobró el aliento mientras Guy volvía a sentarse en la cama junto a ella–. Conseguimos un piso en esa vieja casa llamada la Bram –explicó Rosemary–, ¡la Bramford! Primero estaba en el centro de la ciudad, después en Central Park West; primero era negra, después, rosa, tenía gárgolas, no tenía gárgolas... básicamente era el edificio Dakota, sólo que de alquiler controlado.

–No sería tan encantador –dijo él; se tendió de espaldas en la cama, bostezó y se rascó por debajo de los botones de su pijama de cachemira, al nivel de la cintura.

Rosemary se dio media vuelta y le asestó un puñetazo en el hombro.

–¡Y tú, rata traidora, me dejabas en poder de una panda de brujas!

–¡Nunca, nunca jamás! –rió Guy, y le agarró el puño.

–¡Y tuve un niño engendrado por Satanás! –continuó Rosemary.

–Aja, vaya –repuso Guy; la obligó a echarse y se le puso encima–, si esta conversación va a derivar hacia el tema del bebé, estoy ocupado.

Saltó fuera de la cama, entró en el cuarto de baño y dejó la puerta medio cerrada, mientras Rosemary atraía con las rodillas el espejo de marco dorado apoyado en la pared, a los pies de la cama.

–¡Oh, Dios! –dijo, al tiempo que se palmeaba el pecho y se inclinaba para acercarse más al espejo. Se dio unos toques en las mejillas, se cogió la melena, la besó, se miró a los ojos, deslizó los dedos por la piel que los circundaba, se acarició el rostro, la garganta, las manos–. ¡Tenía cincuenta y ocho años! –exclamó–. No los aparentaba, pero esa era la edad que se me suponía! ¡Fue espantoso! ¡Parecía tía Peg!

–¿No es esa la bonita?

–Sí, pero a pesar de todo... ¿cincuenta y ocho? –Silbó–. ¡Caray, qué alivio volver a ser joven! ¡Era tan real! ¡Todo el episodio! –Se sentó en cuclillas, fruncido el entrecejo. Dijo–: Estábamos en 1999. Era sobrenatural. Mi hijo y yo veníamos a ser como... Jesús y María... pero muy diferentes... –Meneó la cabeza, se arrodilló y examinó de nuevo sus mejillas. Las observó realmente de cerca. Comprobó una manchita diminuta–. Tendré que extremar el cuidado de mi piel –dijo.

–Es bueno madrugar. Voy a ir a esa prueba para *Drat! The Cat!* [¡Arrea! ¡El gato!]

–Era una sensación en 1999 –manifestó Rosemary, mientras se repasaba las proximidades del ojo izquierdo–. Un reestreno.

–Se lo diré, les emocionará. Quiero decir que es una frase fantástica con la que romper el hielo. «¡Caballeros, tengo la feliz satisfacción de anunciarles que cuentan ustedes con un éxito intemporal! ¡Mi esposa es médium y anoche soñó que esta obra se repondrá en 1999!»

–¿Desde cuándo soy médium? –preguntó Rosemary, entregada a la tarea de mirarse en el espejo y llevar la melena de un lado hacia arriba y hacia abajo.

–Eh, este es el mundo del espectáculo, ¿no te acuerdas? –Los patines tenían cuatro ruedas en línea –informó Rosemary.

–Eso no se lo diré. Ella rió entre dientes.

–Había una alta torre dorada en Columbus Circle –prosiguió Rosemary, al tiempo que contemplaba el otro lado de la *cabeza*, sosteniéndose muy corto el pelo–. Allí era donde vivía yo durante esa parte en que era vieja. –¿Dónde estaba yo entonces? –O muerto o desconocido, no famoso. –Viene a ser lo mismo. Rosemary sonrió ante su pequeña broma. –Voy a dejar que Ernie me corte el pelo... –dijo. Sonó el teléfono; Rosemary se volvió, se agachó, encontró el aparato cuando sonaba el segundo timbrado y descolgó el negro auricular. Dijo–; ¿Hola?

–¡Hola, ángel mío! Si te he despertado, lo siento. –¡Hutch! –exclamó Rosemary;

se tendió de espaldas en la cama y tiró del cordón—. ¡No puedes imaginar lo que me alegra oírte! He tenido la más horrorosa de las pesadillas, ¡un aquelarre de brujas te echaba un maleficio!

—Fue profético, así es exactamente como me siento; anoche me fui de juerga y ahora me encuentro en el Racquet Club intentando evaporar las secuelas. Tengo aquí a Gerald Reynolds. Dime, ¿habéis encontrado ya Guy y tú nuevo alojamiento?

—No —contestó Rosemary, en tanto se sentaba—, y estamos desesperados. Tenemos que estar fuera de aquí a final de mes; en esa fecha es cuando lo cierran todo.

—Seréis mi bendición, chiquilla. ¿Recuerdas que te hablé del piso de Gerald? Con la selva y los papagayos. En el edificio Dakota.

—¡Precisamente ahora estábamos *hablando* de eso! —repuso Rosemary—. ¡Del Dakota, quiero decir! No... del piso...

Se agarró un mechón de pelo, sostuvo el auricular, miró hacia adelante.

—Necesita alguien que lo ocupe durante por lo menos un año, tal vez más. Vuelve a casa para trabajar en una película de David Lean. Está buscando desesperadamente alguien que se responsabilice del cuidado de la flora y la fauna. Se supone que ha de emprender viaje pasado mañana; tenía un primo dispuesto a mudarse allí, pero justamente ayer le atropello un taxi y se va a pasar en el hospital un mínimo de seis meses.

Guy asomó la cabeza por el hueco de la puerta del cuarto de baño, con la mitad de la cara cubierta por la espuma del afeitado. Articuló:

—¿Un piso?

Rosemary le dijo que sí con la cabeza.

—¿Sigues ahí?

—Desde luego —respondió Rosemary, desplazó las manos sobre el teléfono cuando Guy fue a sentarse junto a ella; con la cuchilla en la mano, Guy se agachó para escuchar al mismo tiempo que Rosemary.

—¡Alquiler gratis, ángel mío! ¡Cuatro habitaciones en el Dakota, con vistas al parque! Estarás rodeada de celebridades: ¡Leonard Bernstein! ¡Lauren Bacall! ¡Uno de los Beatles está regateando, en negociaciones para quedarse con el piso contiguo de la derecha!

Guy y Rosemary se miraron.

Ella desvió la vista al frente, y se agarró el pelo con la mano libre.

—¿Quieres discutirlo con Guy? Aunque no logro imaginar qué podéis discutir. Aprovecha la ocasión ya mismo; aquí hay otro tipo que está esperando para llamar a alguien sobre el asunto. Retendré el teléfono, aún me queda una moneda, pero el sujeto me está fulminando con los ojos. Ah, antes de que se me olvide, ¿Roast Mules? Exactamente tres minutos y doce segundos por mi reloj.

Rosemary bajó el teléfono unos centímetros. Ella y Guy intercambiaron una

mirada.

–Ro–dijo Hutch, no es posible que estéis pensando en dejar escapar una ocasión de ensueño que se os brinda así, por las buenas. ¡Nadie lo haría! ¡Alquiler gratis! ¡El Dakota!

Rosemary miró adelante.

# AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido a Alan Ladd, hijo, y a Andrew Wald por arrancarme del sofá y ponerme delante del ordenador, y a las siguientes personas por su asesoramiento, paciencia y amistad, al menos dos de esas tres cosas en cada caso: Adam y Tara Levin Delson, Jed y Suzanne Levin, Nicholas Levin, Phyllis Westberg, Michaela Hamilton, Howard Rosenstone, Wendy Schmalz, Patricia Powell, Herbert E. Kaplan, Peter L. Felcher, Julius Medwin y Ellie y Joe Busman.

*Roast Mules* me lo planteó en una boda hace siete años un hombre del que sólo sé que es padre de la actriz Bebe Neuwirt. Le estuve maldiciendo durante largo tiempo – en tono menor, por su hija– pero ahora también le estoy agradecido. La solución al revoltigrama es razonable y simpática. Ahórrese el sello.

I. L.

Nueva York, 1997



### **Ira Levin**

Hijo de un comerciante judío, se graduó en la escuela de Horace; en la universidad de Nueva York se licenció en Filosofía e Inglés, tras lo cual se enroló en el ejército a comienzos de los cincuenta. Comenzó su carrera de escritor con guiones para la televisión, tras haber sido en la misma script boy. Su primera obra de teatro adaptaba una novela de Mac Hyman, *No times for Sergeant*, de la que posteriormente se hizo una versión cinematográfica en 1958. La primera de las siete novelas principalmente de misterio que llegó a publicar fue *A Kiss Before Dying* (Bésame antes de morir), que narra la historia de un “trepa” muy ambicioso que asesina a su novia para quedarse con la hermana de ésta; alcanzó un gran éxito de público y obtuvo el premio Edgar Allan Poe, concedido por la Asociación de Escritores de Misterio de América, a la mejor primera novela publicada; enseguida fue adaptada en el cine en 1954 con Robert Wagner y Joanne Woodward y posteriormente en 1991 interpretada por Matt Dillon y Max von Sydow. Volvió al teatro para escribir su obra más conocida en este campo, *Deathtrap* (Trampa mortal), éxito en Broadway por el que ganó un nuevo premio Edgar. Se trata de la historia de un dramaturgo decadente que interviene en un complot para matar a un rival al que envidia y robarle su novela. Fue adaptada al cine en los ochenta interpretada por Michael Caine y Christopher Reeve.

Su novela más popular es, sin duda *Rosemary's Baby* (El bebé de Rose Mary), también mal titulada en España *La semilla del diablo*; fue adaptada al cine por Roman Polanski interpretada por John Cassavetes y Mia Farrow;

esta versión se considera un clásico del cine de terror y narra la concepción y nacimiento en los tiempos modernos del Anticristo desde el punto de vista de su madre, quien ignora que ha sido elegida para ello.

También llevada al cine fue su novela *The Boys from Brazil* (Los niños del Brasil) por Franklin J. Schaffner protagonizada por Gregory Peck y Laurence Olivier; en esta novela se fabula sobre la creación de decenas de clones de Adolfo Hitler por parte de un proyecto urdido por el criminal de guerra nazi Josef Mengele, y la lucha contra él por parte del cazanazis Jakob Liebermann, máscara que esconde a un personaje real, el cazanazis Simon Wiesenthal.

Igualmente llevadas al cine fueron su fantasía satírica *The Stepford Wives* con el título *Las mujeres perfectas* en 1975 (de la que se rodó otra versión en 2004 con Nicole Kidman) y *Acosada* en 1991, protagonizada esta última por Sharon Stone.

En *Un día perfecto* cultiva la novela de ficción científica; presenta a una humanidad aborregada y feliz controlada y protegida completamente por el superordenador omnisciente UniComp. El dolor y el sufrimiento humanos han sido casi erradicados de la sociedad y los instintos agresivos han sido eliminados mediante tratamientos de quimioterapia aplicados masivamente, convirtiendo el mundo en un sistema asfixiante de pura ambilidad. La novela cuenta la lucha por la libertad de Chip, el nieto de uno de los creadores de UniComp, junto a un pequeño grupo de ciudadanos que se empiezan a cuestionar todo el sistema establecido.

Sus dos matrimonios terminaron en divorcio y le sobreviven tres hijos: Nicholas, Adam y Jared, además de una hermana y tres nietos.

[\[1\]](#) Es imposible traducir del original inglés el revoltigrama «Roast Mules». «Lousetrasm», como todas las propuestas de diez letras que se ofrecen, no es ninguna palabra inglesa real y el autor la ha seleccionado por la asociación de ideas que sugiere. Algunas variaciones, como «lostmauser», son juegos de palabras: «lost» significa «perdido», en inglés, y «mauser» es el nombre de un fusil alemán. Ninguna de las variaciones es importante en sentido alguno para la trama de la novela ni para su comprensión. El autor pide disculpas a los lectores extranjeros.